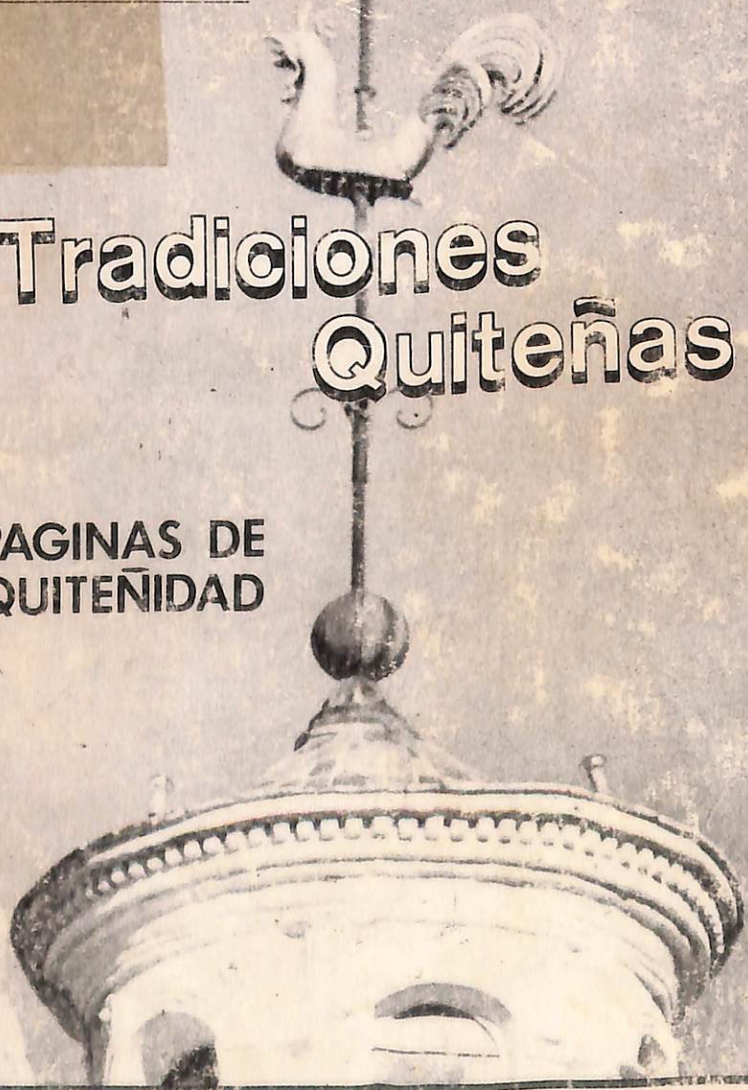


GUILLERMO NOBGA

Tradiciones Quiteñas

PAGINAS DE
QUITENIDAD





Tradiciones Quiteñas

GUILLERMO NOBOA

HONOR A LA QUITEÑIDAD

La quiteñidad es un cúmulo de las más grandes virtudes, que bien pueden poner a la Patria ecuatoriana en el camino de la prosperidad. La quiteñidad es nobleza. La quiteñidad es amor a los demás; y es igualdad absoluta para todos.

La quiteñidad elimina todas las pasiones bastardas.

Si se examinan todas las virtudes de la quiteñidad, allí están también las de la auténtica democracia.

Por esto es que en la actualidad, es raro el ciudadano que con elevado talento, practique la quiteñidad. Entre esos ciudadanos está el Economista Don. Humberto Rodríguez, Gerente Propietario de Gráficas "San Pablo", que con la publicación de este modesto libro, ha querido demostrar que su quiteñidad es efectiva. Por lo que dejamos constancia de nuestro verdadero agradecimiento.

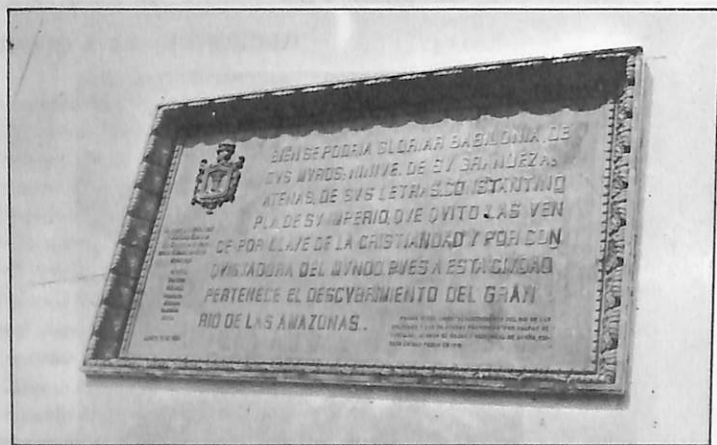
GUILLERMO NOBOA

Los dibujos de este libro son tomados del diario EL COMERCIO, Decano de la Prensa Capitalina, que se publicaron con tradiciones que también constan aquí.

Fotografías preparadas en el estudio del Fotógrafo Profesional Sr. Augusto de la Rosa.



*La portentosa imagen de Jesús del Gran Poder,
que se venera en el Templo de San Francisco
de Quito.*



En el muro principal de la Catedral de Quito, existe una dorada placa con la siguiente leyenda:

*“Bien se podría gloriar Babilonia de sus muros;
Nínive de su grandeza; Atenas de sus letras;
Constantinopla de su imperio; que Quito las
vence por llave de la cristiandad y por conquistadora
del mundo, pues a esta ciudad pertenece el
descubrimiento del gran Río de las Amazonas”*

(Fr. Gaspar de Carvajal ...)

DEDICATORIA

*Dedico este modesto libro, con profundo,
con inmenso cariño, a mi esposa doña
Matilde Molina de Noboa, ejemplo de virtudes
y de abnegación, y a mis hijos Guillermina
María, Guillermo Alfonso, Fabiola Elena,
Edmundo Dositeo y Martha Beatriz.
Ellos que son el tesoro más grandes que
Dios me ha dado.*

Guillermo Noboa





INSTITUTO DE CULTURA HISPANICA

JEFE DE DEPARTAMENTO

Madrid, 15 de febrero de 1965

Sr. D. Guillermo Noboa
QUITO (ECUADOR)

Mi distinguido amigo:

Hemos recibido en la Biblioteca, su obra
TRADICIONES QUITENAS, a través de la señorita Rosa
Elena Bonifaz.

El ejemplar que nos envía queda en la
Biblioteca del Instituto. Le felicito por este conjunto de
temas de tan honda raíz, de la línea de Ricardo Palma,
y otros escritores.

Muy reconocido le saludo atentamente su
afmo.,

J. Ibáñez Cerdá
DIRECTOR DE LA BIBLIOTECA



PRESIDENCIA DE LA REPUBLICA DEL ECUADOR

Corina Parral de Velasco Ibarra

Quito, 12 de marzo de 1970

Señor C
Guillermo Noboa
Ciudad

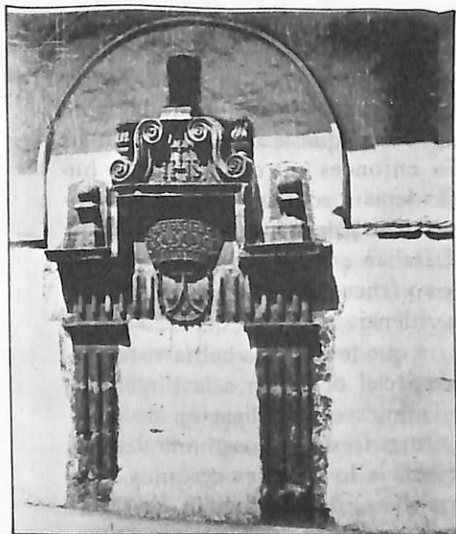
Distinguido Señor:

He recibido su interesantísimo libro "Tradiciones Quiteñas". Se lo agradezco verdaderamente. No conocía yo estas leyendas tan llenas de dolorido e historia, narradas en ágil estilo y gracia. Me será muy útil su libro. También vaya mi reconocimiento por su generosa dedicatoria. Su elogio a la tristeza me ha emocionado porque ella es fuente de inspiración y de profundidad.

Salúdole muy cordialmente,

Corina de Velasco Ibarra

Corina de Velasco Ibarra



*La Puerta Clausurada
del Carmen Bajo*

LA LEYENDA DE LA PUERTA CLAUSURADA DEL CARMEN BAJO

Los habitantes de la muy noble ciudad de San Francisco de Quito, han visto seguramente el artístico marco de piedra de una puerta condenada, quién sabe desde cuándo, en el muro del convento del Carmen Bajo, de la calle Venezuela; pero talvez son pocos los que se han hecho esta pregunta: ¿por qué la cerraron definitivamente? Son varias las leyendas que cuentan sobre este cuasi misterio; pero encuentra mayor aceptación entre los octogenarios del pueblo, que saben de estos asuntos, ésta que vamos a relatarla ligeramente:

Una niña quiteña de rara hermosura

Sucedió hace muchos años, cuando Quito todavía no había cubierto de casas las lomas que le circundan. En las faldas de San Juan, existía entonces una casita blanca y humilde, recamada de enredaderas y rosales, cuyas flores brillaban con primor en las mañanas de sol, que eran la mayor parte de las del año. Habitaban en ella, Alfonso y Magdalena, dos esposos pobres pero felices con su única hija Elena, a la que parecía que la Providencia se había esmerado en hacerla bella y virtuosa. Elena que todavía no había visto dieciocho primaveras, tenía especial devoción a la Virgen del Carmen Bajo, y se había impuesyo la obligación de mantener siempre su altar con flores frescas. Acostumbraba con este fin, recorrer con frecuencia los trigales cercanos, que doraban las laderas de San Juan, donde crecían en abundancia rojas amapolas y otras graciosas flores silvestres. Era una faena que la muchacha la encontraba dulce y halagüeña, como una caricia maternal, y ansiaba cumplirla sobre todo en las tardes despejadas de recios vientos. Elena, entonces, se metía entre un mar de espigas, rosándolas afectuosamente con sus blanquísimas manos, y enseñando al sol toda la hermosura de su alabastrino rostro y de su ondulada cabellera. Otras veces, sentábase al borde de una zanja, desde donde miraba la ciudad serpenteada de calles que subían o bajaban caprichosamente, para desaparecer entre vericuetos de brillantes cúpulas y anaranjadas techumbres, o por verdulentos peñascos y tupidos bosques, que como pequeñas manchas oscuras se interponían en la parte poblada. O también, entonaba sencillas canciones que eran alegremente repetidas por el eco, hasta perderse en la lejanía. Pero cuando su mente había recorrido las variadas comarcas que estaban a su vista que le conducían a un mundo desconocido todavía para su ingenuidad, reunía afectuosamente las

flores y amapolas que había recogido, y saltando bajaba la ladera para encaminarse presto a depositarlas al pie de la Virgen en el Templo del Carmen Bajo.

La inesperada aparición de un apuesto galán

Nada impedía las alegres excursiones de Elena a los trigales vecinos, ni turbaba su inocente espíritu de niña virtuosa; pero una tarde que como de costumbre murmuraba una tonada en tanto gozosa recogía las amapolas más lozanas, al levantar la cabeza para buscar un sendero, vio delante suyo un apuesto mancebo que, como extraña aparición, le miraba quieto, cruzado los brazos sobre el pecho, mientras un leve vientecillo, movía apenas las amplias faldas de su sombrero negro, y las extremidades de su lujosa capa del mismo color que caían como alas plegadas de un ser algo siniestro. Elena lanzó una exclamación de espanto y de temor, mas el mancebo, soltando los brazos con gallardía, y sonriendo con poderoso atractivo, murmuró: No te asustes niña, y recoge sin cuidado todas las flores que quieras; pues soy el dueño de esta heredad. y sólo me detuve para admirar tu hermosura.

Elena bajó su mirada, y encendidos los carrillos de rubor, contestó tenuemente: gracias; le agradezco.

No tienes de qué, si mejor haces un beneficio limpiando el trigal de tanta amapola; pero dime ¿para quién recoges estas flores?

Para la Virgen del Carmen.

¿Eres devota de élla?

La quiero con un amor grande.

¿Y no te da temor de andar sola por aquí?

No, porque confío en que élla me salvará de todo peligro.

¿Crees tú eso?

La tengo fé.

Puede ser así; aunque a mi. . . me hace gracia lo que me dices.

¿Por qué? ¿Usted no es devoto?

Pues . . . al contrario; amo todo lo que tú amas, y quisiera que tú me enseñes cómo se debe pedirle una gracia.

¿Qué gracia quiere alcanzar?

La de que tu me mires con cariño, pero con un cariño de hermanos, porque allá, en el magnífico retiro de mi hacienda, vivo solo y huérfano de familia.

Me asusta oírle y quiero irme porque ya es tarde, y pueden cerrar la iglesia y marchitarse las flores.

Tienes razón niña, y perdóname si te he ofendido; más antes de irte, tienes que creerme que te respeto como a mi madre. Y no dejes de llevarte estas flores. Pero . . . me olvidaba. Dime, ¿cómo te llamas?

Elena; Elena de la Virgen del Carmen.

Bien haces Elena, de llamarte así. Amale mucho, y rézale por mí. Adiós, Elena.

Y el galán tomando en sus manos las alas de su oscura capa, desapareció presuroso entre la exuberancia del trigo. En tanto la muchacha, quedó pensando en el raro suceso, sintiendo que las palabras del extraño joven, sonaban todavía en sus oídos, como atractivas vibraciones musicales. Sin embargo, hizo el propósito de no regresar. Abrazó un haz de amapolas, y corrió ladera abajo para ir a depositarlas en el altar de su devoción.

La irresistible excursión al campo de amapolas

A la tarde del siguiente día, Elena se acordó de las flores que tenía que llevar a la Virgen, y aunque se propuso no regresar al trigal, sintió sin embargo algo que le empujaba poderosamente a volver a su paseo campestre. Pensó lo triste y destartalado que quedaría el altar de su divina Madre, sin las frescas amapolas que llevaba, y luego experimentó también cierto deseo de ver otra vez el raro personaje, para oír de nuevo su elegante lenguaje, agradable, y misterioso, que sin saber cómo, había llegado hasta lo más recondito de su alma ingenua y buena. Y Elena siguió a esa llamada invisible y muda, y se encaminó a los trigales de las laderas de San Juan, no tan alegre como en las otras tardes, sino pensativa y con algún temor, aunque subyugada por doradas fantasías que no sabía descifrarlas con claridad.

Cuando llegó al verdeante trigal, Elena cogía las amapolas con visible inquietud, y a cada momento miraba alrededor para descubrir al extraño visitante, y cuando iba a regresar al hogar, perdida una oculta esperanza, el galán saltó por un pequeño chaparro, para hacer a Elena un saludo con expresiva cortesía. Y luego, con su acostumbrado lenguaje subyugante, le habló de la sinceridad de su cariño, de la nobleza y bondades de sus antepasados y de su santa muerte. Y con extraordinaria sutileza, siguió hablándole de la riqueza predominante de su hacienda y de su regia mansión solariega de Quito, todo lo cual no hacía más que aburrirle, porque vivía en angustiosa soledad. Le dijo además, que cuando creía que jamás hallaría una mujer de belleza y virtudes que le satisfagan, una dichosa casualidad le había presentado a Elena, a la que rendido de amor le rogaba no le niegue la felicidad. La niña quedó absorta al escuchar las maravillas que le refería el apuesto personaje, y

su cándida imaginación, aún la llevaba a verse coronada de azahares y cubierta de vaporoso vestido blanco, requerida tiernamente por su amante, para recibir en el altar; la indisoluble unión nupcial. Y quedó acordado que al declinar el sol, todas las tardes Elena debía recoger las flores para la Virgen, y esperar al afortunado heredero para que le participara sus cuitas y le renovara sus juramentos de amor.

La hórrida tarde de la tempestad

Pero una tarde, el cielo se tornó plomiso y gigantescos nubarrones negros, anunciaban la proximidad de la tempestad. Sinembargo, Elena tenía que concurrir al trigal en busca de las amapolas para su altar, y de la obligada cita de su prometido. Angustiada por una inquietud que jamás había sentido, pensó que si faltaba esa tarde, aquel atrayente joven, de amante y bondadoso se cambiaría en caprichoso y violento, y enseñaría el terrible ceño que en no pocas ocasiones en vano había querido disimularlo y disculparlo. Reflexionó también en el peligro, al que se exponía si se desataba la tempestad, y llegaba la noche llevando consigo la fatalidad y la celada. Sinembargo, el amor que había impresionado profundamente su alma candorosa y sencilla, empujóle a la acostumbrada cita, como el huracanado viento a la traviesa mariposa que insiste en posarse sobre los aterciopelados pétalos de las flores de la campiña.

Elena buscó como ninguna otra vez, las amapolas más lindas, como si tuviera el presagio de algún acontecimiento que posteriormente le obstará tan agradable faena. Llenó de ellas la falda de su vestido, y continuó cogiéndolas para deshojarlas lentamente con sus virginales labios, en tanto miraba en rededor el trigal que se extendía formando pequeñas ondas y el cielo que cada vez se hacía más obscuro y amena-

zante. La tarde avanzaba envolviéndose en un ambiente de borrasca; las aves habían huido del fondo del follaje; el vendaval sacudía con fuerza los árboles hasta romper sus ramas, y un rumor lejano delataba un peligroso temporal.

De pronto un terrible relámpago rasgó la atmósfera súbitamente, y el estrépito del trueno parecía que hendía el suelo hasta agrietarlo. Elena dio entonces un angustioso grito, y corrió a refugiarse en una estrecha cueva en cuyos bordes crecían silvestres enredaderas. Apenas la niña se había acomodado en el agreste albergue, cuando la tempestad azotó furiosa la comarca, y el agua que caía, primero humedeció la tierra haciéndola lodosa y negra, y luego corrió a torrentes ladera abajo hasta encauzarse por las diversas quebradas colindantes. Elena empezó a sentir miedo; pero un miedo helante, como la agonía lenta de un moribundo. Y aunque extrañaba que su prometido había estado ausente en tan terrible trance, se satisfacía sin embargo de esa circunstancia, que la consideraba como feliz porque amenguaba su natural inquietud.

La Tempestad arreciaba, y la noche por fin fue confundiendo todo, hasta convertirse en una obscuridad dilatada y lóbrega. Elena pensó en huir y gritar a los suyos para que acudieran a socorrerle; pero la lluvia se aumentaba, los relámpagos se sucedían inmediatamente, y los ruidos más extraños le impedían salir de donde se guarecía con dificultad.

Elena empezó a musitar una oración, mientras sus ojos vertían abundantes lágrimas. El temor iba invadiendo su pensamiento y sentía miedo hasta de moverse, porque se imaginaba que seres siniestros espían su salida y le acechaban para causarle todo daño. Sin embargo, hubo un instante

en que tomó una suprema resolución y abandonó su refugio y corrió hacia un grupo de luces que abajo, a lo lejos en la ciudad, se divisaba apenas. La lluvia empapó en un momento sus tenues ropas y sus delicados miembros; chorros de agua golpeaban su cabeza y sacudían sus cabellos; las espigas y las ramas, semejaban torpes reptiles que obstaban su carrera; los pocos árboles que crecían esparcidos en los linderos del sembrío, le parecía que habían desaparecido y que en su lugar estaban escuálidos espíritus que se mofaban de su aflicción, enseñándole hórridas caras.

Y en un momento en que el aullido de un lobo se sobrepuso en el desconcierto de espantosos ruidos, Elena creyó que eran salvajes carcajadas que festejaban su perdición y ruina. Y cuando una montaña de angustias rodeaban y constreñían a la niña, sintió detrás de su cuello el aliento caliente de algún fantasma que por raro designio de la Providencia, se había escapado de un olvidado sepulcro. Y luego, oyó una voz jadeante y ronca que le decía: Elena! Espera Elena!. . . Te he buscado en toda esta terrible tempestad! Pero hoy . . . será la última cita nuestra. . . porque te llevaré conmigo! Espera Elena! No corras más! La niña instintivamente regresó su rostro por un brevísimo momento, y a la claridad fulgurante de un relámpago, reconoció a su prometido que le seguía vehemente; pero de gallardo y atractivo que era cuando le juraba su cariño, vió que se había transformado en fiero y diabólico que salvajemente quería retenerle. Elena gritó de espanto y como una última esperanza exclamó anhelante: Madre del Carmen sálvanos a los dos! Y apropiándose de un sobrehumano esfuerzo, corrió con extraordinario ahinco buscando angustiada su salvación. Hasta que por un hecho providencial, se encontró de repente en la calle del convento del Carmen, y se arrojó a la puerta por donde entraba a dejar sus flores.

Sin explicarse cómo, la puerta cedió y vio que el altar de su devoción estaba iluminado con numerosos cirios como en los días de las fiestas solemnes. La niña, entonces voló a los pies de la Señora del Cielo, y se postró rendida de cansancio. En tanto el galán que por sobre todo trataba de retenerla, quiso también pasar la puerta con furioso atrevimiento, recibió el rechazo potente de la puerta que volvió a cerrarse, echándole al suelo exhausto e impotente.

La tradición de la puerta del Carmen Bajo y las nupcias de ultratumba

Al otro día muy por la mañana, cuando la madre sacristana fue a la iglesia a arreglar el altar para la celebración de la misa, lo encontró misteriosamente alumbrado, y vio que una niña de rara hermosura, arrodillada e inmóvil, ofrecía a la Virgen un haz de amapolas estropeadas y tristes, y aun mojadas por la tempestad que poco antes se había extinguido. Era Elena que estaba yerta y muerta, pero pura e inocente. Al mismo tiempo, algunos vecinos que habían madrugado a sus cotidianas ocupaciones, hallaron también en la puerta lateral del convento, a un joven de nada común guapeza, cuya vida había terminado, sin embargo de lo cual enseñaba en su tersa frente un terrible ceño.

Desde entonces, se dice, que todas las noches al dar las doce, se oía que en la puerta lateral del convento del Carmen Bajo, golpeaban fuertemente, de modo que las religiosas huían a sus claustros y los vecinos que transitaban por ese lugar horrorizados aseguraban que eran cosas de un condenado que había muerto en ese mismo sitio al cometer un desacato. Hasta que un sabio y santo confesor de las religiosas, elevando devotas plegarias, bendijo la puerta y dispuso que se la clausure definitivamente.

Y cuentan también, que un viernes santo, las religiosas que hacían oración muy por la noche, vieron asombradas que salían de la sacristía una niña coronada de azahares, vestida de blanco y con un manojo de rojísimas amapolas, que sonriente ofrecía su diestra a un joven gallardo y altivo que lucía una amplísima capa igualmente blanca, y que luego de posarse reverentes ante el altar de la Virgen del Carmen, fueron desapareciendo lentamente dejando una gratísima impresión.

LA TRADICION DE LAS IMAGENES SAGRADAS DEL ARCO DE LA VIRGEN

Por los años de 1724 a 1726, se construyó el imponente Arco del Templo de Santo Domingo de Quito, llamado el Arco de la Virgen, porque precisamente sostiene su riquísima capilla, celosamente conservada por los Padres Dominicos. Los devotos quiteños, para satisfacer un anhelo religioso, como para librarse de ciertas tentaciones, consiguieron que en ambos lados del Arco, se abrieran sendos nichos, en los que colocaron dos preciosas imágenes talladas en una sola pieza de piedra por habilísimos artífices. Celebrada su bendición solemne, los devotos les rindieron culto por muchos años, dedicándoles piadosas oraciones,

El Arco del Templo de Santo Domingo



o quemando numerosas velas que se consumían íntegras, conforme el deseo de los ofrendantes. Hasta que poco antes del triunfo definitivo de la revolución del general Eloy Alfaro, individuos fanáticos no tuvieron en cuenta ni siquiera el valor de arte lapidario de aquellas imágenes, y las hicieron pedazos a fuerza de pico. Los devotos recogieron cuidadosamente los pedazos y con la dirección e interés de los Padres Dominicos y del señor Arzobispo doctor José Ignacio Ordóñez, las reconstruyeron, colocándolas nuevamente con una pomposa procesión, y devolviéndolas al culto quiteño.

El "demonio blanco" y el "demonio negro" de la Loma Grande

Cuando se terminó la construcción del Arco de la Virgen, dando una maravillosa perspectiva del barrio de la Loma Grande, sucedió un grave y sangriento incidente, al que se atribuyó que los malos espíritus hicieran guardia en ese sagrado lugar. Había, pues, en aquel barrio, dos jóvenes cuyas proezas de diverso género, dieron ocasión a que comúnmente les llamaran el "demonio blanco" y el "demonio negro", porque el uno era de color blanco y el otro moreno. Ambos eran casi de la misma edad, de igual estatura, inteligentes, valerosos, de facciones atractivas y de conversación fácil, elegante y amena, de manera que siempre les acompañaba la simpatía popular. No había día en que no se contara de ellos, que habían salido airosos de una conquista de amor, o de reyertas de las que no eran culpables, o de una extraordinaria serenata que había conmovido gratamente a los vecinos, o de cualquiera aventura que la realizaban en forma tal, que lejos de hacerles odiosos y mal vistos, les convertían en los hijos mimados del barrio. En esa misma época, y precisamente en una casa muy cerca del

Arco, residía una niña muy hermosa, que había iniciado su juventud rodeada de costumbres virtuosas y con fama de invulnerable para todo requerimiento amoroso, por más que al pie de su ventana los mancebos más distinguidos, rompían el silencio de las noches, cantándole el hondo pesar de sus enamorados corazones, y encumbraban en escogidas y galanas estrofas, la inigualada belleza de la privilegiada muchacha. Sinembargo, ciertos detalles que seguramente no fueron bien disimulados, dieron motivo para que corrieran leves rumores de que la niña había correspondido a uno de los "demonios" de la Loma Grande, sin que acertaran a precisar cuál de los dos había alcanzado esa dicha. Y una noche, siempre han de buscar la noche estos sucesos, dos hombres envueltos en amplias capas se encontraron ceremoniosamente bajo el solitario Arco, y con varonil serenidad, frente a frente, dialogaron para entenderse.

¿Qué buscabas tan cerca de su balcón? —Pregunto el uno.

— Y tú, ¿qué fuiste a buscar en ese mismo lugar? —respondió el otro.

— Acudí a una cita que me dio ella —, explicó el primero.

— ¡Cómo! Si también yo recibí la cita a la misma hora — continuó el segundo.

— Es posible que se trate de una equivocación.

— No puede ser así, porque en el sobre de la misiva estaba escrito: "Para el dulce demonio de la Loma Grande. . .

— Pero advierte que somos dos, y yo igualmente recibí otra misiva en la que claramente decía: "Para el dulce Demonio Negro de la Loma Grande". . .

— Parece que estás faltando a la verdad.

— De boca de un hombre como yo jamás puede escaparse una mentira.

— Sin embargo, nadie puede garantizar que no sea así, — continuó el “demonio blanco”, en tono provocador.

— No tengo necesidad de ello, si me bastan mis puños y mi entereza para juzgar a los hombres vanos como tú — replicó el moreno un poco exaltado.

— Está bien; pero no gastemos palabras, sino terminemos como varones este enojoso asunto, porque ni aguanto tu ofensivo lenguaje, ni menos que inquietes la mente de la mujer a quien amo!

— Pero que no te corresponde . . . Já, já, já — replicó maliciosamente el demonio negro.

— ¡Imposible! — contestó el “blanco” con terrible enojo—. Y por su noble nombre, cerraré como mereces tu boca!

— ¿A mí? ¡Já, já, já!

— ¡Atrevido!

— Iluso, porque tienes plata!

— ¡Nada de eso, miserable!

Y luego, arrojando lejos las capas y los sombreros, diéronse de golpes con espantosa furia. Cansados de reñir, tomaban reposo, un corto rato, para lanzarse nuevamente, hasta romperse las narices y despazarse los rostros como dos seres insensibles al dolor. Hasta que agotados de tanto luchar, cayeron al suelo empedrado, y aún así, continuaron golpeándose persistentemente, de modo que la sangre que se les escapaba de las heridas, iba dejando sobre las piedras una extensa mancha roja. De pronto el demonio blanco, musitó:

— Ya no puedo más.

— También yo estoy cansado. Sin embargo, ¡no cedo!
— respondió el moreno.

— Ni yo tampoco. Es la primera vez que he peleado tan duro. Nadie me ha resistido hasta hoy.

— A mi me ha sucedido lo mismo.

— Pero, dime ¿quién es tu padre? Pues es un detalle que ignoro, a pesar de haber sido siempre amigo contigo.

— No te interesa saberlo. Además son algunos años que ha dejado de existir.

— Vaya, que coincidencia. También mi padre murió cuando yo todavía era niño.

— Realmente, es una coincidencia.

— Sin embargo, abandona un instante tu enojo y dime, cómo se llamaba.

— Tuve la desgracia de no conocerle; pero sé que su nombre era Don Clemente N. R.

— ¿Cómo? ¡Mi padre!

Siguió un largo rato de silencio, después del cual, el demonio blanco continuó:

— Algo de esto me dijo mi madre cierto día. Y cuando mi padre había pedido su mano para su casamiento, ya lo había anticipado. Y de veras te digo: mi madre desea conocerte y apoyarte. . . Pero no sabía con certeza donde encontrarte . . . ¿Tienes otros hermanos?

— Ninguno.

— Tampoco yo. Dejemos pues de luchar, y vamos a dar esta grata sorpresa a mi madre.

— Gracias, te acepto. Y si el destino ha hecho que nos reconozcamos en medio de una pelea sangrienta, levantemos esa sangre para honrarla y honrar a la sagrada memoria de nuestro común progenitor. Vamos, hermano, levántate, — continuó el demonio negro, poniéndose de pie y ofreciendo gentilmente su mano a su hermano.



LA TRADICION DEL ARCO DE LA VIRGEN DEL ROSARIO

La bella pretenciosa

Por allá en el año de 1880, vivía en el barrio de lo que hoy se llama "Loma Chica", una joven bellísima, oriunda de la ciudad de Ibarra. Se llamaba Margarita, pero era más conocida con el apodo de la "bella pretenciosa". Su residencia, disponía de todas las comodidades de esos tiempos y estaba distribuida de manera elegante y con detalles lujosos. No faltaba el salón de piso cubierto de regias alfombras, con techo decorado de oro y pendientes enormes arañas de finísimo cristal; y las paredes adornadas de costosos tapices y arabescos dibujos; y los muebles de brillante caoba con incrustados de artísticos efectos; óleos trabajados por los más renombrados pintores; y junto a una amplia ventana, por la que entraban raudales de luz, reposaba majestuo-

samente un piano de prestigiosa marca europea. Tampoco faltaba, el comedor surtido de añejos vinos y escogidos licores, colocados en estanterías rematadas con caprichosos tallados y novedosas esculturas; y las vidrieras con valiosísimas porcelanas, transparentes cristalerías y deslumbrantes servicios de plata. Ni faltaba el dormitorio con abundancia de sedas y pieles, ni el peinador cuajado de perfumes. Y más allá de las habitaciones, el extenso jardín abrumado de preciosas flores e incásicos surtidores por los que el agua cristalina caía como chorros de diamantes. Allí, vivía Margarita rodeada de numerosos sirvientes que se disputaban por servirla y atenderla.

La vida inquieta de Margarita

Su vida, era inquieta y variable como las transparencias del tiempo. Cuando el sol, a través de las ventanas de su dormitorio, llegaban a despertarla suavemente con su luz matinal, Margarita se levantaba dichosa y alegre, y ágil como un hada feliz, volaba al jardín para aspirar las primeras fragancias, brotadas de las frescas corolas, como un regalo que le había destinado al naturaleza. Y llenaba el espacio con la melodía de su voz, haciendo un maravilloso concierto con el dulce trinar de sinnúmero de pajarillos, que recelosos se ocultaban en los ramajes tupidos. Y cuando el calor de la eterna primavera quiteña, se aumentaba agradablemente en el medio día, Margarita, vestíase con vaporosos tules, soltábase sus sedosos y largos cabellos, e iba a refrescar sus delicados miembros en la apacible fuente conservada con especial cuidado a la sombra de un robusto magnolio, de cuyas blancas y exquisitas flores caían sobre las transparentes aguas, gotas de suavísimo perfume mezclado con el rocío de la mañana. Y luego de un sustancioso refrigerio, quedábase recostada sobre una blanda alfombra de tréboles rojos. Y en tanto el sol, secaba tiernamente su castaña cabellera, es-

cuchaba con alma emocionada las ilusiones y fantasías que le relataba tenue y amoroso el viento. Y cuando al caer de la tarde, las cúpulas de la ciudad estampaban caprichosas siluetas sobre el paisaje crepuscular, el tañido melancólico de las campanas hacía que Margarita se torne triste y pensativa, como si al acabarse el día, le abandonaran sus sencillas y placenteras esperanzas, para confundirse después en un torbellino de pesares y miserias humanas que la visitaban protegidos por la obscuridad de la noche.

Envuelta en el vértigo de la vida bohemia

Y cuando un viejo sirviente de pálido rostro, parábase en el ancho portón de la casa de Margarita, y luego de exhalar un suspiro nacido de un pecho agobiado, levantábase su pesada capa y prendía los gruesos mecheros de enormes faroles que como impertérritos centinelas, quedábanse quietos dando claridad a un pedazo de calle, mientras en la fastuosa residencia, entraban triunfalmente decenas de audaces jóvenes de fama popular, y acaudalados y elegantes derrochadores. Luego, los sirvientes hacían gala de su cortejía y diligencia; encendíanse enormes cirios cuya claridad destacaba el lujo de los salones y corredores; oíanse carcajadas y expresiones galanas; y el fino sonido de las copas que chocaban al compás del entusiasmo. De repente, enloquecían el ambiente las aristocráticas notas del valse; y se sucedían apasionados juramentos y escenas románticas. Hasta que, hacia la media noche, como para tocar las fibras más tiernas del sentimiento, el yaraví de esta hermosa tierra andina, esparcía toda su ternura tenuemente, llegando a conmover aún el espíritu bohemio de Margarita. Y como si quisiera salvarse de aquel lago de vanidades, Margarita envolvíase en un lujoso mantón de seda, y escapándose como una ráfaga, deshaciendo el placentero vértigo que continuaba ofreciéndole el vino, el galanteo, la música y el licor.

Lanzábase luego sobre los mullidos cojines de un soberbio coche y después de respirar con fruición, hacíase conducir al escape por silenciosas calles, en cuyo empedrado, sonaban estrepitosamente los 'cascos de los caballos, que trémulos halaban el carruaje empujados por el látigo del obediente conductor.

Al pie del humilde lienzo de la Virgen del Rosario.

Y al pasar frente a la muralla oriental del Convento de Santo Domingo, Margarita hacía detener su carruaje, en el lugar donde pendía un humilde lienzo de la Virgen del Rosario, que a pesar de su pobreza, su bondadoso maternal rostro, invitaba a la piedad y al rezo. Y como si la jarana hubiera lacerado su alma, y encontrara en el camino el divino remedio para su profunda nostalgia, Margarita dejaba el coche y contrita hincaba sus rodillas en la dura piedra, para reclamarle con filial despecho: Señora del Rosario! Tú que sentiste la angustia más grande de una madre, al ver a Tu Hijo expirar en la Cruz, por qué no te apiadas también de esta alma que vive estrujada por invencible y venal placer? Y como para recordarle la tierna reconversión, Margarita al levantarse, tirábale una piedrecilla que luego de tocar el sagrado cuadro, caía al suelo mezclándose en un pequeño montón de guijarros. Margarita, desahogando así su espíritu, seguía su extraño paseo, para luego regresar a descansar en su mansión, libre ya de impertinentes visitantes.

Y los pétalos de la hermosa flor se agostaron

Más sucedió que, las noches con vino y emociones, con música y perfumes, enfermaron a la delicada Margarita, y un día, cargado de muchas tristezas, se sintió decaída y pesadora, como la flor que desfallecida dobla sus pétalos,

agostada por el cruel verano. No se oyeron entonces, los arrobadores acordes musicales; ni el chocar incitante de las copas; ni las frases de vehemente idolatría. Tampoco se encendieron los anchos faroles del portón, ni pasaron los umbrales de la fastuosa residencia, los soberbios y divertidos galanes de otros días. Las noches eran largas y angustiosas; el viento soplaba con silbidos siniestros; y hasta el espeluznante aullido de los perros que habrientos vagaban por las desiertas calles, desesperaban más a Margarita, que sentía que su mortal existencia agonizaba lentamente, asistida sólo por pocos sirvientes que le guardaban lealtad, más por humana compasión.

La tradición del Arco de la Virgen del Rosario

Punzada por el dolor y la soledad, Margarita, imploró contrita y devotamente el auxilio de la Señora de la muralla de Santo Domingo. Después, sintió un sobrenatural alivio, y aún aceptó con agrado que llegara la muerte. Y como si la bondadosa Señora, hubiera escuchado sus ruegos, quedó en aparente reposo y se durmió largo rato. Al despertar, llamó con alegría a sus sirvientes y con voz llena de ánimo, les dijo: "He visto a la Señora del Rosario con el manto agujereado por todas partes, con las piedrecillas que le he arrojado en mis noches de desvío; pero no estaba en el cuadro; sino sobre un arco y bruñida en el trozo de piedra. Me llamó como una madre de una bondad que no se halla en este mundo, y con inexplicable dulzura, tendióme su mano para llevarme a una mansión de eterno placer. "Después, Margarita, pidió que un Padre dominico le ayudara a morir bien. Y cuando el religioso solícito estuvo junto a su lecho, Margarita refirió nuevamente el extraordinario sueño: requirió los auxilios cristianos: legó todos sus bienes para las niñas desamparadas y huérfanas, y terminó su vida hacien-

do que se cerraran eternamente sus moribundos labios, pronunciando jubilosos el nombre de la bondadosa Virgen del Arco de la Muralla de Santo Domingo.

Como se construyó el Arco de la tradición

La muerte de Margarita causó notable impresión en los quiteños. El sueño que había tenido antes de expirar, relatábase como una señal de divina preferencia. Y aún se creía que aunque su vida se había deslizado entre brumas de fugaces placeres, al término de ella, su arrepentimiento le había transformado en una santa. Insistíase sobre todo en que aquel sueño era además una advertencia a los devotos, para que cambiaran el humilde lienzo de la Virgen, con el arco y la imagen que Margarita había visto en su letargo. La idea alcanzó general aprobación y júbilo en los habitantes de Quito. Hicieron partícipes del devoto anhelo a los Padres dominicos, quienes interpretando el alma religiosa y arraigada piedad del pueblo quiteño, concedieron su apoyo para que en la parte oriental del murallón del Convento de Santo Domingo, obra del incomparable dominico Padre Manuel Román, "El Chimborazo de cal y ladrillo", como dijera el Reverendo Padre Alfonso Jerves, levantara el artístico arco de piedra, desde el cual hasta la días actuales, riega sus inmensos favores la Virgen del Rosario, constituyendo también una obra más de estética lapidaria y pictórica, de las que con razón de ufana nuestra ciudad de incomparables tradiciones.

LA CRUZ DE PIEDRA DE SAN AGUSTIN

*La Cruz de Piedra
de San Agustín*



Esta noble ciudad de San Francisco de Quito, de tradicional espiritualidad religiosa, ostenta en varias de sus calles numerosas cruces coloniales. Cada una de ellas tiene su tradición, conservada con típicos detalles en la memoria de algunos viejos y auténticos quiteños, que aun cuando sus años de oro, con sus faroles de mechero, sus fantasmas y aparecidos, sus cenas con chocolate y buñuelo, y sus relumbrantes charlas hogareñas, han pasado muy lejos a través de muchos años, saborean sin embargo su inigualada exquisitez, al revivirlos con cariñosos recuerdos. Este, pues, es uno de aquellos recuerdos: La tradición de la Cruz de Piedra de San Agustín.

Las aficiones del Hermano Ezequiel

El hermano Ezequiel C. de San Agustín, tenía fama de magnífico cocinero, sobre todo para la preparación de

los dulces de caja. No sólo eran los Padres de la Comunidad Agustina, los que gozaban de esos sabrosos preparados, sino también que aún afuera, las más encopetadas señoritas se disputaban por alcanzar la gracia de que alguna vez llegue a su delicado paladar los incomparables dulces del hermano Ezequiel. Tenía además este religioso, la fama de que jamás probaba los manjares que sus manos preparaban. Aún se creía que esta circunstancia se debía, a una promesa sugerida por su devoción especial a su santo patrono. Pero, parece que las paredes de aquellos tiempos, no solo tenían oídos, como dice el refrán sino también estaban provistas de buenos ojos. Por esto se sabe que el hermano Ezequiel que a más de sus faenas culinarias, tenía la obligación de tocar las campanas para el rezo de la tarde, se quedaba en el campanario, hasta cuando las horas de la noche estaban muy avanzadas. Ahí, bajo los huecos de las pesadas campanas, se complacía mirando y oyendo las cosas y los ruidos de la mundanal existencia. Tal vez en sus largas contemplaciones, reflexionaba en los pesares que laceran en todo tiempo el corazón de los pobres. Posibles es también que su imaginación, se hubiera concretado a los méritos espirituales que estaban a su alcance para conseguir la vida eterna. Lo absolutamente cierto es que el hermano Ezequiel tan pronto como se acomodaba en el campanario, echaba una mirada a las calles que aun circundan a la iglesia, y luego debajo de sus amplios hábitos, sacaba una caja de dulce, ese exquisito dulce que sólo él sabía hacer, y con grandes trozos de pan, igualmente bueno, iba depositándolo con extraordinario gusto en la boca, en cuyo fondo desaparecía con muestras de verdadero placer.

La noche de los espadachines

Y sucedió que una noche, talvez cogido por la fuerza vitamínica del dulce, el sueño había dejado inmóvil en el

campanario al hermano Ezequiel. De pronto, despertó asustado, por las imprecaciones y el ruido de dos hombres que frente a la puerta principal de la iglesia. se batían ferozmente. A la luz de la luna, los floretes brillaban centellantes, y parecía que los contendores trataban de despedazarse y destruirse. Santo fuerte! exclamó entonces el Hermano, alarmado de ver tan insensata lucha. Jesús me valga! continuó santiguándose.

Mientras tanto, los dos hombres daban pruebas de mucha destreza para manejar el florete. Unas veces adelantaban o retrocedían. Las paradas eran tan admirables como los ataques; lo mismo que la impetuosidad y el valor con que se acometían. Pero hubo un momento en que uno de ellos atacó con tanta rapidez, que casi no dejó al otro tiempo para cortar el intento de herirle sin ningún recelo. En esta apremiante situación, apeló a la retirada, cubriéndose como podía hasta conseguir posición firme para resistir con igualdad. Hasta tanto, parecía que la punzante arma de su enemigo, ya le tocaba en pleno corazón, o en el vientre, o en un costado, sin que demore la caída mortal y la ruina. El hecho era en verdad para espeluznar al más valiente, y el hermano Ezequiel con su espíritu cristiano, se angustiaba y maquinalmente se le escapaban exclamaciones que delataban su inquietud, al mismo tiempo que hacía gestos con las manos, y el cuerpo, y los pies, como queriendo ayudar al que llevaba la peor parte en la pelea, y detener al más agresivo. Detente! Detente hombre inhumano! decía el Hermano. Para! Detente! Mira que le vas a matar! Ay! Ya le heriste! Qué horror! Qué pecado tan mayúsculo! Pero nó; todavía se defiende! Así muy bien! Avientale una estocada al centro!. . . Así!. . . Así!. . . Pero no hombre! Qué malo! Perdiste una oportunidad! . . . Pero no importa! Párate con más valor! Vamos! Y seguía inquieto en

el campanario sudando de pena o de coraje. Mas hubo un instante, en que el perseguido cayó al suelo, y el otro rápi- do como un rayo, se precipitó sobre él, como resuelto a pa- sarle de lado a lado con su arma. Un grito tremendo salió entonces del robusto pecho del Hermano Ezequiel, al mis- mo tiempo que hizo rodar gradas abajo un grueso palo del que se había agarrado sin darse cuenta. El estrépito llegó hasta el convento, y sin duda fue oído por los Religiosos de la Comunidad. Pero el Hermano, no reflexionó en nada de esto, sino que siguió mirando lo que había pasado en la ca- lle. En tanto abajo, un diálogo casi tierno, cambiaba de faz aparentemente al duro combate.

Donde uno de los luchadores proponía tregua

Mira primo, dijo el más bravo para la lucha que se ha- bía arrodillado junto al caído. Dejemos este enojoso asun- to y permíteme que yo solo sea el pretendiente de María Eugenia.

No puedo, primo, repuso el otro tercamente. Lo que te pido es que como caballero, dejes que me levante para continuar nuestra disputa, pues no creas que caí por la fuerza de tu ataque, sino porque resbalé en una piedra. A ver! Vamos! Alístate! En guardia! continuó parándose de un salto y requiriendo su espadín.

Primo, te ruego que no hieras mi generosidad y obli- gues que te ataque de veras! repuso el otro.

No finjas más valor, cuando estoy notando que em- pieza a cogerte el miedo!

Vaya con mi primo replicó el primero, sonriéndose. No hay tal miedo, sino que temo herirte mortalmente y ofender a tu familia que también es la mía.

En fin, no discutamos más. En guardia! terminó el segundo, lanzándose al ataque con inconcebible furor. El otro no se hizo obligar más, sino que con igual decisión entró a la brega, en tanto la luna aclaraba intensamente la trágica escena.

Se pudo ver entonces, que el más diestro, tomó enojo por la testarudez de su primo, y acometió reciamente, seguro de que terminaría pronto el incidente. Sonaban de modo horripilante las armas, y el silbido de las paradas heló de espanto al hermano Ezequiel, único testigo del escalofriante disgusto. Sin embargo, continuó con sus exclamaciones y su gran deseo de ayudar al que retrocedió. De pronto, ambos se cruzaron con sus floretes y cayeron pesadamente al suelo, como si ambos hubieran quedado sin vida, Misericordia!!! gritó entonces el Hermano Ezequiel. Ya se mataron! La impresión que recibió fue tan fuerte, que se cogió la cara entre las manos y apoyado sobre la ventana del campanario quedó sin movimiento.

Alarma de la Comunidad, el Padre Alipio

El grito del Hermano fue tan intenso, que la Comunidad se alarmó y uno de los religiosos, consideró necesario subir al campanario para averiguar lo sucedido. Al cabo de poco rato, el Hermano Ezequiel, al sentir que una mano se posaba quedamente sobre su hombro, despertó del letargo y poniéndose en guardia, exclamó: Atrás espíritus de esos condenados que acaban de matarse! Atrás!

Qué es lo que sucede, Hermano Ezequiel? Preguntó en ese momento una voz paternal y bondadosa.

Ah! Padre Alipio! respondió asustado el Hermano al reconocer a su superior.

Yo soy, en efecto, siguió el Padre. Qué es lo que ha pasado?

Perdone Padre; pero venga mire su reverencia. Hay abajo dos muertos que se desafiaron estando vivos. Se atacaron ferozmente con sus estoques, y allí están tal vez esperando la absolución; pero, nó, Padre. Mírelos, que empiezan a moverse! No, no. Están vivos todavía! Y se levantan! Gracias al cielo. . . Padre! Quizás se pudiera hacer algo por ellos . . . ! Es verdad Hermano. Parece que sólo sufrieron un fuerte choque al desviarse mutuamente, explicó el Padre.

Pero, mire su reverencia! Se ponen otra vez en guardia. Y se atacan igual que hace un rato. Y se despedazan! . . . Y se hieren! . . . Y ése va a matar al otro! . . . Fíjese Padre, que le hace retroceder! Y le empuja! . . . Y le ataca sin compasión. . . Detente granuja! Por favor Padre, vamos a salvarles . . . !

La vida de los dos luchadores estaba en un hilo

Cuando ambos religiosos llegaron a la calle, los combatientes estaban más empeñados en terminarse mutuamente. Se acometían con furia inhumana, y no cesaban de lanzarse expresiones de odio y de venganza. Ambos tenían el rostro ensangrentado, y el brazo de uno de ellos, parecía ya destrozado con una ancha herida. La vida de esos dos hombres indomables, estaba practicamente en un hilo. Fray Alipio comprendió que debía intervenir sin vacilar, para impedir un crimen que no tenía excusa para una conciencia cristiana. Levantó, pues en su diesta un pequeño Cristo que llevaba en el cinto, y con voz paternal, exclamó: Basta, hijos míos! Deteneos! Os lo ruego por esta santa cruz!.

Los contendores, en efecto, se detuvieron como si aceptaran la benévola intervención del Padre. Fray Alipio consideró oportuno acercarse para convencerles que dejaran la cruel disputa, y arreglaran sus diferencias de modo

cordial. Más cuando estuvo casi entre los dos, sin saber por qué uno de ellos pronunció una infernal imprecación que sirvió para que volvieran a la pelea salvajamente. El más agresivo estuvo tan ciego de cólera, que no reparó siquiera que el Padre estaba en peligro y acometió fieramente a su contrario. De repente, se oyó una exclamación de agonía, y el monje se dobló sobre sus rodillas para tenderse duramente en el suelo. Jesús! Protéjeme! Ya lo maté! gritó en ese instante el Hermano Ezequiel cayendo junto a Fray Alipio para socorrerle. En efecto, tenía en el pecho una herida de gravedad de la que escapaba abundante sangre dejándole apenas pronunciar palabra. Casi al momento, el hechor con visible sorpresa de lo que había cometido, se hincó arrepentido junto al herido y le suplicó con angustia: Padre, perdóneme que no sé qué es lo que hecho! Perdóneme! Y al mismo tiempo se aprestó a llevarle en busca de un médico; pero el Padre se negó. No temas hijo mio, le contestó. Lo hiciste sin intención. Llévenme al Convento, porque estoy grave y quiero morir con la bendición del Padre Superior . . . Vamos hijos míos. . . ! Llévenme. . . !

Donde el hechor se convierte y nace la Cruz de San Agustín

La tradición cuenta, que Fray Alipio murió como un santo, y que el hechor, que pertenecía a una de las familias más ricas y nobles de Quito, tuvo tanto arrepentimiento que resolvió alejarse para siempre de la vida mundana. Y una tarde, entró para no salir jamás, al Convento de San Agustín, en donde tomó el humilde hábito de hermano de la Comunidad, a la que donó su fortuna, y alcanzó con su influencia que en el mismo lugar donde hirió mortalmente a Fray Alipio, se levante una cruz de piedra que le recuerde la falta que debía expiar con verdadera piedad cristiana. Esa es la Cruz de Piedra de San Agustín.



LA LEYENDA DE LA CRUZ PETREA DEL ATRIO DE LA CATEDRAL

*La Cruz de Piedra
del atrio de la Catedral*

Un simpático viejecito de La Tola

Don Panchito Andino, un viejecito muy simpático que vive en el barrio de La Tola, es un verdadero tesoro de tradiciones, leyendas y otros temas quiteños muy curiosos. A pesar de los ochenta y cinco años que dice ha pasado en este mundo, conserva su memoria fresca, y relata con los más pequeños detalles acontecimientos muy antiguos. A las diez de la mañana, Don Panchito acostumbra sentarse en un rincón del patio de su casita, para recibir todo el sol mientras acaricia al último de sus nietos, un travieso pimpollo de tres años de edad. Es el momento más oportuno para la charla con él, sobre todo si se la inicia obsequiándole un cigarrillo. El viejecito entonces, se tuerce sus barbas blancas, aviva su mirada algo caída por el peso de los años, coge su bastón entre sus gruesas manos y empieza.

Conoce muchas leyendas quiteñas

A usted dice que le agrada saber tantas cosas que han pasado en Quito? Pues yo sé muchas, porque cuando muchacho era muy metido en los conventos. Me gustaba acolitar las misas, y los padrecitos de Santo Domingo, para qué quejarme, me trataban muy bien. Ah! no me olvido de ese rico dulce de higos que me daban los días de fiesta, y el dulce de toronjas; pero en una escudilla grande, con un pansote y casi medio queso! y haber tenido que vivir para ver lo de este mísero tiempo! No. No! Bueno; por eso sé muchas historias verdícas que sucedieron aún mucho antes de que yo sea niño. Pero voy a empezar por la leyenda de la cruz de piedra de la Catedral. Oígame.

La fonda del duende negro

A una cuadra y media de la Capilla Mayor, había una casita con el techo bajo y extendido. Tenía una tienda y dos ventanitas a los lados, de manera que por la noche en verdad parecía la cabeza de un duende. Por eso le llamaban "la Fonda del Duende Negro". Allí preparaban unos platos exquisitos y servían buenos licores. De modo que concurría lo mejor de Quito. En un cuarto de esa casa, se reunían de costumbre y todas las noches, tres caballeros vestidos de blanco, con amplias capas negras que les caían hasta los tobillos, y sombreros alones calados al ras de las orejas. Se sentaban alrededor de una pequeña mesa, y en tanto tomaban una que otra copa de anisado, concentraban su atención en el más reñido juego de baraja. Los modales distinguidos, la forma de hablar elegante y nada común, delataban que los tres debían pertenecer a familias cultas. Así probaba también el trato deferente que les prodigaba el dueño de la fonda.



El hermoso Atrio de la Catedral

Las apuestas se repetían y la suerte, como inquieta mariposa, se posaba ya en uno, ya en otro, infundiéndoles entusiasmo y capricho. Las monedas de plata sonaban continuamente sobre la mesa, y las horas pasaban sin sentir para los tres jugadores. Hasta que, cuando la noche llegaba a su fin o había empezado la madrugada, festejaban el resultado de la brega apurando sendas y reforzadas copas del mejor vino y se retiraban a descansar en sus moradas, citándose siempre para la noche siguiente.

La noche trágica

Una noche, los tres caballeros concurrieron como de costumbre a la Fonda del Duende Negro, y estuvieron tan contentos al iniciar la partida de baraja, que bebieron más anisado que el que ingerían de ordinario en tales casos. Lo cierto es que al dar las doce de la noche interrumpieron de

repente la partida y uno de ellos dirigiéndose al otro, visiblemente colérico, le dijo:

— Así no juega un caballero!

— Estás equivocado, pues he jugado muy limpio, repuso el otro calmadamente.

— Te digo que nó, porque has visto mis cartas!

— Te aseguro que no hay tal cosa, pues ha sido sólo una casualidad que haga esta buena jugada.

— Eres un embustero!

— Pero, hombre! No hay motivo para que te enojés. Estás equivocado!.

— El equivocado eres tú, porque a sujetos de tu calaña se trata de este modo!

Y levantándose violentamente de su asiento, asestó a su contrincante una tremenda puñalada. El hombre herido murmuró algo que no se le pudo entender, y cayó al suelo sin movimiento. Al poco rato, un hilo de sangre que le salía del pecho, manchaba su vestido blanco y caía en las enormes alas de su capa negra. Sorprendido de lo que había hecho, el hombre del puñal, acudió a su cordura y exclamó aterrizado: Qué horror he muerto a mi mejor amigo! Soy un miserable! Un miserable! Luego se agachó, abrazó al herido y tristemente le dijo: Perdóname, que soy un miserable! Después, levantóse y fugó.

La revelación de un secreto y la promesa de construir la Cruz

Quedó todavía tendido un buen rato el herido en el reservado de la Fonda del Duende Negro, hasta que inquieto el dueño por los resultados con la Policía, obligó al

Otro compañero que sacara el supuesto cadáver y lo llevara. Efectivamente, el tercero de los amigos, cargó sobre sus hombros al caído y abandonó la fonda. Llévome así un gran trecho, hasta la esquina del atrio de la Catedral, donde había un montón de piedras para una construcción. Se decidía a continuar el camino hasta la casa, cuando oyó una voz lastimera que le decía: Espera . . . Hazme descansar un momentito que me muero. . ! Era su amigo herido. Accedió al pedido y le hizo que se tienda en el suelo ocultándole detrás del montón de piedras, mientras pensaba lo que debía hacer.

— Mira . . . Acércate, — repitió entonces el herido.

— Estás grave? porque quiero llevarte a mi casa para que te cure un médico amigo mío le contesto el otro.

— No; óyeme, y te ruego por la memoria de tu madre, que guardes el más estricto secreto.

— Muy bien. No tengas cuidado, que yo sabré ser siempre tu amigo leal.

— Quítame el sombrero, replicó el herido haciendo un esfuerzo para reprimir el dolor.

— Ya está; pero . . . Ah! Con que eres tonsurado! Eres un sacerdote!

— Ya lo ves; pero hago solemne promesa, de que si salvo con vida esta aventura, no volveré más a estas correrías e influiré en todo medio para que en este mismo sitio se levante una cruz de piedra, como recuerdo perdurable de mi conversión . . !

— Hombre! Que me has dejado pensando! Pero . . . es necesario curarte inmediatamente. Vamos, que te cargo!

— Aguarda! No me llesves a tu casa. Llévame mejor a la casa de mi familia que está en la Loma Grande; pero en-

vuélveme bien en mi capa, y si alguien se percata de la extraña forma de conducirme, le dices que estoy beodo de remate. Vamos! Que la Providencia nos ayude y te dé fuerzas.

— Y de qué convento eres?

— Me has prometido que guardarás el secreto de todo esto, y te voy a satisfacer. Pues soy del Convento de Santo Domingo. . . Por favor vamos, que siento una debilidad de muerte.

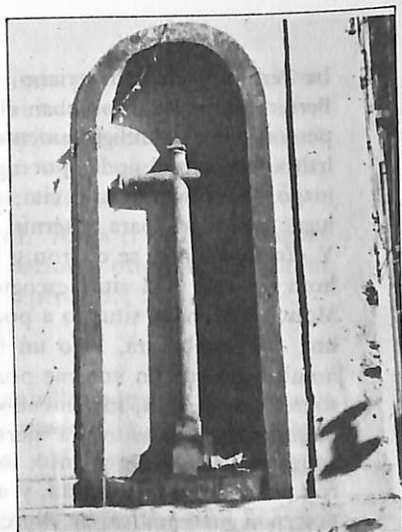
Cumplió la promesa

Y sucedió que el leal amigo del herido, hizo todo esfuerzo para llevar a la casa indicada, dando rodeos por calles apartadas y oscuras, para que nadie se informara del asunto. Aunque en lo que se refiere al secreto, parece que no anduvo muy discreto porque aún varias días después la gente iba a la esquina del atrio de la Catedral, a mirar la sangre que había quedado allí, y no escatimaba comentarios y conjeturas sobre el desgraciado incidente, insistiendo en que los tres amigos pertenecían a familias quiteñas muy distinguidas y ricas, que por casualidad se habían conocido en la Fonda del Duende Negro. De que el herido salvó de la muerte, no hay duda, como también de que se concretó contrito y santamente al ejercicio de su misión sacerdotal, porque al cabo de poco tiempo, en la esquina del atrio de la Catedral, se levantaba majestuosa una cruz de piedra labrada, que se conserva hasta nuestros tiempos como un preciado monumento colonial.

Fue cabalmente obra del religioso herido que milagrosamente salvó su vida.

LA TRADICION DE LA CRUZ DE SANTA CLARA DE ASIS

*La Cruz de la muralla
de Santa Clara de Asís*



La tradición de la Cruz de Santa Clara de Asís, frente al mercado de San Francisco, según refieren los pocos viejos quiteños que saben detalles del asunto, tiene su origen en un hecho en el que se interpuso la desobediencia de un bandolero. Cuentan, pues, que hace muchísimos años, existía una banda de ladrones que actuaba en el Ecuador y en el Perú, obedeciendo órdenes de un solo jefe el que para alcanzar este título, tenía que dar pruebas de una gran habilidad en el oficio. Y se cita precisamente un detalle sobre este aspecto que tiene enlace con la tradición de este relato.

Los dos famosos ladrones

Pues, en ese ya muy lejano tiempo existían dos famosos ladrones que a fuerza de ingenio maléfico se habían perfeccionado en el modo de robar. Uno de ellos se llama-

ba Perejil, y era ecuatoriano; y el otro Culantrillo, era del Perú. Ambos se disputaban el mando supremo de la banda, pero respetaban religiosamente al más diestro. Culantrillo había ejercido el poder por algún tiempo, hasta que Perejil juzgó conveniente darle cita, según sus costumbres, en un lugar apartado, para disernir la jefatura tan ambicionada. Y efectivamente, se citaron y acudieron puntualmente a la hora exacta. El sitio escogido para este evento, fue el Monte Redondo, situado a poca distancia de Machachi. Y una noche oscura, bajo un frondoso árbol de cedro, un hombre puesto un enorme poncho de lana, estaba tendido sobre la hojarasca, sosteniendo, su cabeza sobre su robusta diestra, como si estuviera alerta para cualquier inesperado acontecimiento. De pronto, los pasos de un caballo resonaron en la cercana carretera, y a poco rato otro hombre, con precisión matemática, se acercó al primero y dijo en tono severo: Estás allí Perejil?

Te espero, Culantrillo. Acércate, respondió el primero también con voz resuelta.

Quieres un trago de mi tierra?

Primero acéptame uno de la mía.

Convenido . . .

Sírvete.

Salud, Perejil.

Por tu salud, Culantrillo.

Me toca el turno

Como gustes

Salud.

Salud.

Repites?

Después. Te acompaña alguien?

Si. dos muchachos que les dejé a tres leguas de aquí.

Muy bien, yo estoy solo.

Tienes novedades de importancia en el negocio?

Nada, si no es que hay más pasajeros que transitan, por la noche, y aún cuando el botín es más apetecible en muchas ocasiones, tenemos hoy la desventaja de que los soldados han empezado a proteger a los viajeros. Es decir hay que actuar con más rapidez que antes.

Lo mismo pasa en el Perú. Hasta el punto de que hemos tenido que despachar a varios al otro mundo, porque de otro modo el negocio estaba perdido. . .

Has hecho mal. Muy mal . . .

Pero, por qué?

No sabes, mi amigo Culantrillo, que sólo el que carece de ingenio, de astucia y de inteligencia mata para robar? Y mata para robar el cobarde, y el que evade la lucha y ha dejado de ser creyente. . .

Bueno, bueno, amigo Perejil. Discutiremos este asunto en el abrigo de tu guarida. Ahora vamos al objeto de nuestra cita: veamos cuál de los dos debe ser el jefe de nuestra banda.

Está bien. Escoge la prueba.

Te corresponde a tí escogerla;

Acepto. Déjame pensar un instante.

Más en aquel mismo momento, movióse una rama del cedro, y se percibió un ligero ruido.

Donde se discierne la Jefatura de la banda de ladrones

Es una pava que anida? preguntó el peruano.

Tal como dices. Una pava que anida, respondió secamente el ecuatoriano.

Hombre! Pues tenemos la prueba a la mano!

Cuál es?

Pues, será jefe común el que robe los huevos a la pava, sin despertarla, explicó airosamente el peruano.

Aceptado, amigo Culantrillo. Empieza tú, siguió Perejil.

Ya lo creó, contestó el otro, bajando la voz. Y empezó a trepar por el árbol cautelosamente, hasta que llegó a la rama donde anidaba la pava. Se quedó allí un corto rato, y luego bajó.

Le quitaste los huevos a la pava?, preguntó inmediatamente Perejil.

Todos. Son cuatro, que voy a enseñártelos enseguida.

Está dormida la pava?

Como te consta, sigue dormida.

Muy bien: enséñame los huevos.

Culantrillo, metió presto la mano en el seno para sacar los huevos, pero asombrado exclamó: No los encuentro! Pero si los puse con mi propia mano en el seno!

Son estos?, dijo Perejil, enseñando en sus manos los huevos.

Son los mismos! Pero cómo . . . ! siguió Culantrillo, palpándolos admirado.

Muy sencillo, repuso con asombrosa calma el ecuatoriano. Tú robaste los huevos a la pava que estaba dormida, y yo te los robé a tí, que tienes todos los cinco sentidos despiertos. Con que, escoge tú mismo quién debe ser el jefe. . . !

Y no hubo más discusión, el jefe de la banda fue Perejil.

El ladrón desobediente

Perejil, pues era enemigo de matar para robar, ejercitaba a los ladrones que estaban bajo sus órdenes, a que pongan en práctica el máximun de habilidad para que roben el mejor botín, pero sin terminar con la vida de nadie, ni ocasionar ningún daño corporal. Sin embargo, se refiere que

uno de sus muchachos más hábiles y valerosos llamado, Sebastián P., se apartó de tal exigencia de su jefe, y le sucedió el siguiente hecho. Un día vino a Quito a gozar de la parte que le había correspondido en un lucrativo asalto, y en forma casual descubrió que una noche determinada, debía viajar el correo de Riobamba, conduciendo una gran cantidad de libras esterlinas y moneda de plata. Sin tener tiempo para indicar este asunto a su jefe, se puso de acuerdo con dos de sus compañeros, y la noche señalada, se escondieron en el sitio llamado Guacayaco de la carretera, antes de llegar a Machachi. Era un lugar de chaparros y monte, muy apropiado para un asalto. Esperaron por algunas horas, y cerca de la media noche, oyeron el tropel de caballos que se aproximaban. Sebastián y los suyos se pusieron alerta. De pronto, el bandolero vio que estaban a pocos pasos de distancia cuatro mulares cargados de cajones, y atrás protegían la carga cuatro nombres, al parecer jóvenes y fuertes.

Son cuatro, murmuró, entonces Sebastián; pero no importa que somos valientes. Compañeros! Ya es hora! Si se resisten, mátenlos! Mas retengamos la plata! Adentro muchachos, continuó el terrible salteador y con pasmosa rapidez e increíble ferocidad, se arrojaron sobre los hombres del correo, los que no se intimidaron por la sorpresa, y sin perder un minuto de tiempo, sacaron sendos y enormes machetes, resueltos a cumplir su deber con tremenda decisión. La lucha fue cruenta, y si valerosos se portaron los bandoleros por atrapar el botín, no lo estuvieron menos los conductores del correo para defender el dinero que conducían. Pero en un momento desafortunado para Sebastián, recibió un recio machetazo en el muslo de una pierna, que le hizo perder el equilibrio y cayó sin ánimo para seguir atacando. Este accidente produjo desconcierto en sus compañeros. Sin embargo continuaron batiéndose desesperadamente. Y

en el preciso momento en que casi tenían dominados a los correos, uno de ellos gritó: la guardia! Viene la guardia! Los bandoleros diéronse entonces cuenta de que la partida estaba perdida y fugaron rápidamente por los chaparros, abandonando a Sebastián que estaba herido. A poco rato, llegaron los soldados que vigilaban la carretera. Los correos maltrechos y con graves heridas, dieron a los soldados los informes sobre el terrible asalto, pidieron su protección para que llegue a su destino el dinero, porque se veían precisados a quedarse en el primer pueblo para curarse, y entregaron al bandolero Sebastián para que sea juzgado por la justicia.

Las promesas del bandolero y de su prometida

La tradición refiere, que el bandolero Sebastián había rendido su cariño a una muchacha de nombre Mariana S. de Machachi. Era ella muy religiosa, bonita e hija de padres de ejemplar honradez. Había correspondido al requerimiento amoroso de Sebastián, porque creía que era un joven recatado como ella, pues tenía esa apariencia cuando le trataba familiarmente. Mas sucedió que cuando descubrió sus fechorías por las murmuraciones de los vecinos del pueblo y quiso renunciar a su cariño, sintió una rara aflicción en su sencillo corazón, y con todo lo malo del bandolero, siguió amándole, exigiéndole sólo que dejara su vida delictuosa, y se transformara en ciudadano honrado y trabajador. Sebastián le había prometido que le obedecería, tan pronto como arreglara un asunto de pundonor con un bandolero de otra banda, al que le buscaba asiduamente.

Mariana, pues, llegó a saber lo que había sucedido a su prometido, y supo también que por la severidad de un juez, se le había condenado a la pena capital. Mariana sintió entonces honda amargura en su espíritu, y arrebatada por su

cariño, resolvió salvarle a toda costa. Como primer paso, acudió fervorosamente al altar del Señor de la Escuela, una imagen muy venerada en Machachi, hasta la época actual. Allí, puesta de rodillas, lloró copiosamente, y rogó al señor que salvara la vida de Sebastián, ofreciéndole en cambio, entrar en un convento de monjas, para dedicarse a su santo servicio. Confortada con alguna esperanza, se trasladó al otro día a Quito, y después de no pocas andanzas, supo que Sebastián debía ser fusilado al día siguiente, pegándole a la muralla del convento de Santa Clara de Asís. Mariana sentía que a cada instante, le saltaba el corazón tan violentamente, que parecía que se le escapaba del pecho. Las horas eran para ella siglos de espera y para aquietar algo su espíritu, entró en un templo y oró con la fe inquebrantable que le había inspirado su religión. Y esperó hasta el otro día.

Donde fusilan al bandolero

La gente inundaba toda la extensión frente a la muralla del templo de Santa Clara de Asís. Los soldados guardaban su enorme trecho que circundaba a la muralla, y no permitían que nadie pasara. En todos los rostros se adivinaba la angustia de la espera. De boca en boca se decía: Van a fusilar al bandolero Sebastián. En un grupo de curiosos, sobresalía por su inquietud una muchacha que hacía pedazos en sus manos el fleco de su pañolón. Era Mariana. A cada momento veía por todo lado, y balbuceaba una plegaria constante. De repente, un soldado tocó una señal en su clarín y la gente arreció su curiosidad. A poco rato, un pequeño pelotón de soldados se abrió campo entre la multitud, conduciendo a un robusto muchachón con las manos atadas para atrás. Era Sebastián. Iba con la frente erguida, vestía de blanco y una de las piernas que llevaba el calzón levantado, estaba fuertemente vendada y tenía huellas de sangre.

Los soldados sin más preámbulo, le colocaron contra el muro, y a cierta distancia se alistó el pelotón para disparar. Se acercó entonces al bandolero un sacerdote y le presentó un pequeño crucifijo. Sebastián lo tomó en su diestra ya desatado, la besó devotamente, y alzó la cabeza con valor en espera de la muerte. El sacerdote se retiró. Entonces, un oficial, se cuadró y ordenó: Apunten ¡Y en ese mismo instante, un penetrante y angustioso grito conmovió a los circunstantes, inclusive a los soldados. Era Mariana que no pudo retener su dolor. El oficial también con alguna inquietud, terminó sus órdenes. Levantó la voz y dijo: Fuego. El sonido de la descarga repercutió en las calles cercanas, y Sebastián cayó de bruces al pie de la muralla.

Donde el bandolero y Mariana cumplen sus promesas.

Termina la tradición, indicando que casi enseguida de la ejecución de Sebastián, una partida de bandoleros disfrazados de campesinos, guiados por el mismo Perejil, retiraron el cadáver de su compañero desobediente, fingiéndose sus familiares, y lo llevaron a un lugar desconocido. Al cabo de algunos meses, el mismo Sebastián asomó sano y salvo en unas faenas agrícolas. El misterio de esta transformación estaba en que Perejil había sobornado hábilmente a los soldados del pelotón, designado anticipadamente para que fusilen a Sebastián, conviniendo en que sólo uno de ellos que se distinguía como tirador extraordinario, le hiriera levemente en la pierna sana, de modo que caiga más que todo por la impresión, porque no había encontrado medio de avisarle oportunamente los detalles del plan para salvarle.

El plan se desarrolló bien y se salvo. Sebastián libre ya del peligro, se acordó de la promesa que hizo a Mariana, de retomarse y continuar su vida honradamente. Y cumplió su palabra. Para evadir a la justicia, se refugió en una hacienda

montañosa de la Costa, en donde arrendó una extensa parcela de terreno cultivable para la siembra de arroz y otros productos apropiados.

Mariana por su parte, consiguió que los bandoleros le dejaran hablar con Sebastián en el momento que le retiraran después del simulacro de su ejecución, y con movida por haberse salvado su amante, le explicó la promesa que había hecho al Señor de la Escuela. Luego bañada en llanto se despidió jurando recordarle siempre en sus oraciones. Días después, Mariana se enclaustraba en el convento de monjas de Santa Clara de Asís, en Quito, en donde se hizo cuanto estuvo a sus alcances para que el hecho sucedido a Sebastián y el cumplimiento de su promesa de hacerse religiosa, se recuerde con una cruz colocada en el muro del convento. El proyecto tuvo muchas dificultades para realizarse, pero al fin, Mariana, que entonces era una religiosa modelo de virtudes, logró en una misiones dadas por los Padres Franciscanos, que su confesor que pertenecía a la misma comunidad satisfaga su anhelo, y la cruz fue puesta encima del lugar donde cayó herido Sebastián, donde se conserva hasta nuestro tiempo.



La Cruz de Piedra colocada en la mitad de la gran muralla del Convento de San Francisco, cuyo origen está en una tradición también de este libro.

LA LEYENDA DE LA CRUZ DE LA MURALLA DE SAN FRANCISCO

Anoche ya le he contado la Leyenda de la Cruz del Atrio de la Catedral. Ahora, pues . . . fumemos otro tabaquito, y le contaré la de la Cruz de la Muralla de San Francisco, en la calle Alianza, dijo el viejecito Don Panchito, con sus habitual campechanería.

Lo que era la señal de la Cruz

Pues parece que en tiempo de la Colonia y al principio de la Independencia, el diablo andaba suelto por todos los rincones de Quito y no cejaba de molestar al prójimo con cualquier pretexto. Ni siquiera los sacerdotes se escapaban de tan impertinente espíritu y más bien, aunque involun-

tariamente, le daban oportunidad a intromisiones terroríficas; por lo que las gentes acudían al signo de la Cruz como el remedio más eficaz para ahuyentar aquellos maleficios. Nadie se movía a ninguna parte sin llevar consigo una pequeña cruz; la cruz se destacaba en la puerta de las casas, en los corredores y en los lugares más transitados. Con la señal de la cruz se empezaba el trabajo diario y las comidas; y la cruz era el monumento preferido para recordar los hechos providenciales y acontecimientos extraordinarios. Esto prueba que tiene su fondo de veracidad lo que vamos a relatar.

El Hermano Carlos

En el convento franciscano de San Diego, existía el Hermano . . . el Hermano . . . Bueno, no digamos su nombre, porque a más de ser todavía mentado, no es indispensable para nuestro objeto. Y sólo le llamaremos el Hermano - Carlos. Pues el Hermano Carlos, pasaba meses enteros entregado al cumplimiento de sus deberes religiosos con ejemplar devoción. Y a pesar de que en sus faenas conventuales el diablo con frecuencia le tentaba, haciéndole saborear la exquisitez de los buenos licores y el placer de la popular jarana, el buen hermano desechaba inmediatamente el mal pensamiento, y pegaba apresurado sus labios a la cruz de su rosario, sintiendo después una profunda satisfacción, como cuando se toma un agradable refrigerio después de haber escapado de un incendio. Más como el Hermano era hecho de carne y hueso como cualquier mortal, al fin se dejaba llevar por el espíritu del mal, pareciéndole, que el hábito le pesaba como si fuera de plomo y que era necesario dejar esa carga siquiera por pocas horas, hasta para volver a recogerlo con más amor. Así fue que una noche cuando la gente del vecindario se había retirado después de haber rezado las oraciones de costumbre, el Hermano Carlos, paso los ce-

rojos en las puertas del convento, subió a trancos a su celda, se quitó los sagrados hábitos guardándoles cuidadosamente, se puso un enorme poncho de lana y se preparó para salir. Escogió para esto una ventana de la parte posterior del convento, por la que escapó escurriéndose por una soga llena de nudos. Y cuando estuvo en la calle, se bajo hasta los ojos su sombrero de paja, se arrebozó bien su poncho y a través de la obscuridad se dirigió hacia lo que ahora es El Tejar, donde en aquella época había contadas casas de paja. Más, después de haber caminado algunas cuadras, al cruzar una esquina, saltó al encuentro un hombre de gigantesca altura enfundado en un negro capuchón, como para dar miedo al más esforzado y sereno. Paróse al instante el Hermano y aplicando la mano a la cruz de su rosario, exclamó: Eres de ésta o de la otra?

Mi mansión está en el otro mundo, pero tengo que cumplir una misión en éste . . .!, contestó el aparecido con una voz cavernosa y lenta.

Vienes de los infiernos o de otros lugares más benignos?, siguió el religioso impaciente.

Vengo de lo más profundo del averno, y sólo quiero que me respondas algo que en tu conciencia clama pronto arrepentimiento. . .!, replicó el fantasma.

Apártate espíritu infiel, que si eres de los infiernos tengo bien apretada en la diestra la Santa Cruz de mi Comunidad. . .!, indistió el lego.

Prepárate a recibir lo que mereces por tu desobediencia a los santos reglamentos. . .! prosiguió el aparecido.

Ah! No hay tal! Porque si fueras de los infiernos, desaparecerías con la fuerza de mis exorcismos! Eres sin duda algún pícaro de este mundo, y preparado estoy a recibirte! Y apresúrate a cumplir tu cometido, que tengo prisa de salir de este aprieto!, dijo el Hermano en tono de inigualado valor.

Tu lo has querido y encomiéndate al santo de tu devoción, porque voy a terminar con tu mísera existencia. . . ! Dicho lo cual, el aparecido se lanzó con sobrehumana rapidez sobre el pobre Hermano, que violando la severidad de su convento, se había escapado en busca de los atractivos terrenales.

La obscuridad completa de la noche no permitió ver como el fantasma desfogó su furia sobre el atrevido religioso. Solo se oyó el choque fuerte de dos cuerpos que se agarraron en terrible lucha. El sonido de los golpes se repitió a cada instante, como también los quejidos de momentáneo dolor. Se notó entonces que ambos contrincantes eran de este mundo, y los dos poseían poderosos músculos. De pronto calló todo, como si los luchadores hubiesen muerto instantáneamente. Y sólo al cabo de pocos minutos, se oyó una voz quejumbrosa, lenta y perceptible como un suspiro, que suplicó: Por favor. . . ! Hermano . . . Carlos! . . . Suéltame . . . que . . . me ahogas . . . y . . . ya . . . expiro . . . !

Quien es usted que sabe ni nombre?, preguntó entonces admirado el religioso, dejando en libertad seguramente al presunto fantasma.

Soy . . . el Padre Superior. . .

El Padre Superior . . . ! Santo Fuerte . . . Pero cómo. . .

Si, hermano Carlos. Yo sabía que te escapabas del Convento, y como ya no llegaban a tu corazón mis paternales reconvenciones, resolví valerme de este engaño para ver si así volvías al santo aprisco.

Yo le prometo, Padre Superior, que no volveré a cometer esto; pero perdóneme los estrujones que acabo de darle.

No te preocupes, Hermano. Vamos al Convento.

Después de lo cual, ambos religiosos, regresaron al seno de la comunidad.

Una espantosa aparición

Más, sucedió que al cabo de poco tiempo del acontecimiento con el Padre Superior, el Hermano Carlos se olvidó de los propósitos de enmienda y de las promesas que hizo para no volver a desobedecer, saltó como en otras ocasiones por una ventana del Convento de San Diego, y siguió por la calle que conducía al Tejar. Llegó en efecto, a una casita de paja. Adnetro, en el corredor, a la luz de un farol, bailaban y se divertían. En tanto los guitarristas tocaban y cantaban dulcemente. El Hermano Carlos no vaciló en ingresar a la jarana, y le recibieron con delirante entusiasmo. Así pasaron las horas, dando un constante placer al religioso. Hasta que al acercarse la madrugada, juzgó oportuno retirarse. Y así lo hizo. Al encontrarse detrás de la muralla de San Francisco, encaminándose a San Diego, vio que junto a la pared de una casa, había abandonada una criatura que lloraba lastimeramente. El Hermano, que en verdad tenía buen corazón, se apiadó de la niña. Se agachó, la recogió y la llevó cubriéndola con las puntas de su poncho. Pero notó que mientras caminaba, la criatura iba pesando más y más, hasta el punto de que cuando estuvo frente a un portón donde brillaba un farolillo, quiso hacerle descansar para cargarla. Mas al mirarle la cara, vio que tenía bigotes. Soltóle entonces aterrizado: pero en ese preciso instante, se transformó en el mismo diablo de color rojo encendido, con puntiagudos cachos y rabo largo, que crispando espantosamente las manos de afiladas y largas uñas, las dirigió cruelmente sobre la humanidad del religioso; pero éste, al momento cogió la cruz de su rosario que jamás abandonaba y exclamó: Padre Santo! Sálvame!!! Se oyó entonces un estruendo terrible, como si se hundiera el suelo, y se percibió un olor mordiscante, de azufre. El diablo había desaparecido!! Lívido de temor, el Hermano Carlos, y a la vez agradecido de la Providencia, juntó las manos y se arrodilló allí mismo

para orar y prometer, entonces sí, solemnemente, su arrepentimiento. Y dicen que el Hermano refirió al Padre Superior lo acaecido, y le rogó que en el lugar de la tremenda aparición, hiciera colocar una cruz pegada de la muralla, para que los Hermanos de la Comunidad, recordaran el hecho y evitarán la tentación. Esa es la cruz que hasta vemos al comenzar la calla Alianza.

*La Cruz Verde
de la Muralla
de San Francisco*



No es nada nuevo que cada uno de los rincones del Quito Colonial, tenga su leyenda llena de romanticismo, de tragedia, de música, de valor o de misterio. Tampoco es desconocido aquello de la relajación del clero en época remota, hasta cuando el Presidente Don Gabriel García Moreno, puso orden y disciplina en el asunto. A esa época precisamente pertenecían los Hermanos de la Comunidad Franciscana, famosa siempre por su soberbio coro de cantores, cuyas voces han repercutido con excelso arte y religiosidad a través de los siglos, en las amplias bóvedas de su soberbio templo. Cuenta, pues, la tradición, que eran dos religiosos de talento, vástagos de familias linajudas y de sobrados recursos económicos, que buscaron en la vida conventual, un refugio para sus inquietudes espirituales. En el recuerdo de esos dos franciscanos, llamados José Roberto y Manuel, que cabalmente formaban parte de aquel famoso coro, no se

anota nada que pudiera interpretarse como disipación o maldad: pero si se señala la circunstancia de que de vez en cuando, tal vez empujados por las costumbres de esos tiempos, se vestían de civiles, requerían en sus casas magníficas guitarras, y se situaban en algún apartado lugar del barrio de San Roque, para dedicar sus privilegiadas voces a los pasillos y a las tonadas melancólicas. Todo esto cuando la noche regaba obscuridad, e imponía paz, tranquilidad y silencio.

Un dúo que arrobaba a las sanroqueñas

Los sanroqueños andaban muy curiosos de saber quiénes cantaban con tanta maravilla, en algunas noches oscuras, en lo más apartado del barrio. Aunque algunos que se preciaban de saber muchos enredos de ultratumba, decían que eran dos almas en pena, condenadas a cantar eternamente porque en vida habían enturbiado con su voz el alma de muchachas inocentes y recatadas. Y hasta varias virtuosas solteronas, relataban que habían visto a los misteriosos cantores rotados de llamas y rasgando unas guitarras de fuego, obligados por espantosos demonios de ojos fosforescentes. Lo cierto es que cuando el potente dúo llenaba los aires con el canto de sus cuitas y ternuras, no había muchacha en el barrio que se aguante en la cama, y se abrían lentamente y a medias los balcones, por donde se escapaban tristes y amorosos suspiros; y hasta las puertas de calle, cedían espontáneamente, atraídas por refunfuñadores dueños que terminaban por escuchar el canto con irresistible arrobamiento. Este asunto preocupó tanto a las muchachas sanroqueñas, que varios jóvenes se pusieron celosos y resolvieron atrapar a los cantantes para convencerles más por fuerza, de que no volviesen con semejante artificio a impresionar la imaginación de sus prometidas.

Un diálogo íntimo.

Las dos de la tarde daban, cuando dos religiosos sentados en la grada de uno de los claustros del convento de San Francisco de Quito, se dormitaban tranquilamente recibiendo el agradable calor del sol. Había pasado un largo rato de envidiable descanso, cuando uno de ellos abrió los ojos lentamente, bostezó con tamaña boca, y extendió los brazos desprezándose y quedándose otra vez quieto, pero despierto. Su compañero, no demoró en imitarle y luego con picaresca sonrisa inició una conversación para ellos muy interesante:

Qué sueño, Hermano José Roberto. . .!, dijo el uno.

Muy rico, Hermano Manuel. Es que anoche regresamos muy tarde, contestó el otro.

Eran pasadas las doce. . .

Le aseguro Hermano Pepito que nuestro canto vuelve loco por lo menos a medio San Roque.

Pero, parece que tendremos que irnos con la broma a otra parte. . .

Por qué?

Pues, sabrá que esta mañana, estuvieron dos beatitas en la Portería, y dijeron que ya no sabían que hacer con sus tres sobrinas que andaban locas de remate, desde que han oído un canto maravilloso en su barrio. Añadieron que el canto se repite, sobre todo en las noches oscuras, y que ellas mismas podían atestiguar que eran voces tan prodigiosas, que no podían ser precisamente de seres de este mundo. Que con este motivo, los jóvenes sanroqueños estaban muy preocupados y que se preparaban a obligar por la violencia a que los cantores no vuelvan con aquella tentación de canto, y por si se tratare de aparecidos, llevarían agua bendita para conjurarles con los exorcismos más eficaces. . .

Toma, Hermano Pepito! De manera que tendremos que batirnos con los jovencitos sanroqueños. . .!

Ni más, ni menos, Hermano Manuel.

Por mi parte, no hay inconveniente, a pesar de que conozco que los sanroqueños son muy tiesos; pero aquí tiene usted estos músculos que los preparé bonitamente en una de las haciendas de mi padre, dijo el Hermano Manuel, levantándose la manga de su hábito y enseñando un brazo poderosamente musculado.

No quedo yo atrás, replicó el Hermano José Roberto, mostrando también los fuertes músculos de su diestra.

Hum! Ya me figuro, los sanroqueños tratando de descubrirnos, y nosotros rompiendo narices y mandíbulas para escaparnos. . .!

Ja, ja, ja!

No se ría tanto, Hermano Manuel, que la cosa es muy seria, y que las almas benditas del Purgatorio, nos salven de esta travesura!

Es verdad; pero caramba, que no podamos dejar este vicio del canto, y el gusto de hacerles que pierdan la cabeza los que nos oyen! Hombre! Y a propósito: vamos, que ya es hora de hacer nuestra oración en el altar de las almitas del Purgatorio.

Cierto; vamos.

Y los dos religiosos, después de haber comentado la impresión que habían dado con sus voces en la noche anterior a los sanroqueños, se dirigieron a la iglesia del convento, para rezar a las almas del Purgatorio, pues mantenían celosamente esta devoción, y no había ser humano ni pretexto capaz de hacerles desistir de su leal cumplimiento.



El monumental templo de San Francisco de Quito

Los sanroqueños tratan de capturar a los misteriosos cantores.

Nada turbaba el tranquilo sueño de los sanroqueños, si no era el croar de las ranas que habitaban en los húmedos charparros cercanos, o en los tupidos gramales que bordeaban algunas de sus calles. Y afuera, en la impenetrable obscuridad, sólo se veía la luz fosforescente y fugaz, de algún insecto, que como misteriosa señal, se desprendía del suelo. De pronto, repercutieron en el espacio dos armoniosas y melifluas voces, que llevaban por todas partes las tristísimas notas de un pasillo. Inmediatamente de una puerta de calle, salieron con ímpetu varios jóvenes, uno de los cuales dijo: Son ellos! Ahora no se escapan! Vamos!

Y presurosos se dirigieron por una calle cuesta arriba, murmurando terribles imprecaciones. Anduvieron dos cua-

dras. más o menos, y pudieron entonces precisar el lugar donde los cantores rasgaban con entusiasmo sus guitarras. Ahora sí, duro con ellos!, exclamó uno de los sanroqueños, que se precipitaron sobre los extraordinarios artistas del

Ahora sí, duro con ellos!, exclamó uno de los sanroqueños, que se precipitaron sobre los extraordinarios artistas del duo. Pero éstos, diéronse inmediatamente cuenta del peligro. Paráronse y se pusieron en guardia para la defensa. Los atacantes trataron de rodearlos; mas los cantores reparieron tremendos puñetazos echando al suelo a los que en mala hora los recibían. Los sanroqueños entonces, se encolezaron visiblemente y arreciaron el ataque. Vean quiénes son!, gritó alguien del grupo. Varios de los más apuestos y fuertes, quisieron en efecto, quitar los sombreros a los artistas, para conocerles; pero fueron tan listos, que sin perder un instante corrieron rápidamente hasta un lugar más apropiado para la pelea. Atrás le siguieron los curiosos agresores. A poco rato, la lucha volvió con furia. Los jóvenes de San Roque hicieron esfuerzos para capturar a los intrusos: mas todo fue inútil, porque demostraron tanta fuerza en sus músculos, que se hizo muy difícil satisfacer el intento. Hasta que viéndose seguramente agotados, corrieron de nuevo por una calle y luego por otra; torcieron por una esquina y por otras, hasta que llegaron al pretil de San Francisco, y desaparecieron como por encanto. Un instante después llegaron los sanroqueños, que a toda costa querían descubrir quiénes eran los del maravilloso canto. Avanzaron también por el pretil; pero no vieron a nadie. Uno de ellos que se distinguía por su empeño en la persecución, exclamó confundido: No hay nadie! por dónde irían?

En verdad, no pueden haberse adelantado mucho, observó otro.

Se meterían en el convento?, continúa el primero.

Imposible. A estas horas no abren la puerta a nadie, explicó el segundo.

Pero . . . no serían tal vez Hermanitos de aquí mismo?

No seas tan atrevido, que ningún religioso puede hacer eso . . .

Sin embargo. . . ya hemos oído de muchos casos de religiosos que no son tan malos guitarreros, y . . .

No; no tengas esas sospechas, y has de saber que a los Padrecitos de San Francisco tenemos que respetarles. Vamos. Por ahora nos han ganado. Regresaremos.

Es verdad. Nos hicieron una buena jugada; pero en la próxima, les prometo que no se escapan. Así sean demonios del mismo infierno. Maldición!

Y regresaron.

La devoción de los extraordinarios cantores.

Se refiere que los jóvenes sanroqueños, nunca llegaron a cerciorarse personalmente de quiénes eran los autores del canto que tenía inquietas a las muchachas de su barrio; aunque corrían ya rumores de que se trataba de dos religiosos franciscanos, como en realidad eran los Hermanos José Roberto y Manuel. Dicen asimismo los relatos sobre este punto, que cuando estaban los religiosos cantores en inminente peligro de ser cogidos, sin saber de dónde salían sinnúmero de gentes que les defendían, les salvaba del peligro y desaparecían, juzgando que eran las almas del Purgatorio, que acudían a proteger a sus fieles devotos. Mas parece que también estos buenos espíritus, se cansaron de sus protegidos. Además los sanroqueños tomaron como una cobardía sin igual que siendo tan valientes, no pudieran apresar a los misteriosos cantores. De este modo que entre los más audaces y picados por la curiosidad, acordaron reunirse en gran número y se pusieron en acecho, resueltos a salir triunfantes

cueste lo que cueste. Efectivamente, en altas horas de la noche, las melodiosas voces cautivaron nuevamente a los oyentes. Sin perder un instante, los sanroqueños se lanzaron sobre los ejecutantes guitarristas; pero éstos recurrieron a su táctica conocida para su defensa, que eran los fuertes puñetazos y la carrera. Habían corrido varias cuadras, cuando, los perseguidores alcanzaron a cogerles tan fuertemente, que en esa ocasión parecía que iban a dar cuenta definitiva de sus bromas. Mas en el momento de más peligro, uno de los religiosos exclamó: A nosotros, almas benditas del Purgatorio! Y se cuenta que al instante se oyó un alboroto de muchas gentes, algunas de las cuales que llevaban tapadas la cara con mantos negros, se interpusieron ante los sanroqueños, anulando asombrosamente sus golpes y sus furias, y poniéndoles en fuga, hasta que aterrorizados llegaron a sus casas. Mientras tanto, los hermanos José Roberto y Manuel, habían visto también que aquellas gentes tapadas con mantas negras les habían defendido; pero cuando se disponían a seguir tranquilamente a su convento, como era su costumbre, una de esas almas vestidas de luto, pisando vaporosamente sobre el suelo, les impidió el paso. Se descubrió entonces el manto, para enseñarles una cara de hueso, con dos huecos profundos por ojos, la nariz cortada en forma horripilante, y luego moviendo dos hileras de dientes montados igualmente sobre una materia ósea, les dijo con una voz gruesa, ronca y lenta, capaz de poner de punta los pelos del más arrogante: Hermano José Roberto. . .! y tú, hermano Manuel! No se puede abusar de los beneficios que han conseguido al ser devotos de las almas del Purgatorio. . .! Y este mismo momento será el último de la mísera existencia de ustedes, si no reflexionan y prometen seguir el camino del arrepentimiento y de la penitencia. . .! Produjo tal espanto a los legos franciscanos la aparición, que quedaron quietos como estatuas, y apenas respiraron para decir: Al-

mas benditas . . . prometemos . . . prometemos! Y también grabaremos de algún modo. . . el recuerdo . . . de este acontecimiento . . . bendito . . .!

La paz divina estará entonces con ustedes. . .!, respondió enseguida el espíritu y desapareció después.

La conversión de los cantores y la Cruz Verde y la esquina de las Almas

Desde entonces, se cuenta que los dos religiosos, jamás volvieron a inquietar con su privilegiado canto a los sanroqueños, y el prodigio de sus voces lo dedicaron en adelante sólo para las ceremonias litúrgicas o para cantar las alabanzas al Señor de los cielos. Pero anhelosos de hacer pública su conversión, acudieron al cuantioso dinero de sus íntimos familiares, y mediante sus influencias, consiguieron que en la muralla del Convento de San Francisco, siguiendo por donde ahora es el Orfanato de San Carlos, se coloque una cruz conocida en los actuales tiempos como "La Cruz Verde", cerca de la "esquina de las almas", llamada así precisamente por las almas que defendieron a los dos religiosos de esta tradición.



La Cruz del patio de San Diego

LA TRADICION DE LA CRUZ DEL PATIO DE SAN DIEGO

En las tradiciones quiteñas que todavía se relatan íntimamente, casi siempre se incluye la tragedia, y como un aliciente expiatorio, se anota el detalle religioso, llegando a la cruz como el símbolo del más bello ideal al que acude la humanidad doliente y amargada por decepciones de diverso género. Y en la tradición quiteña, común es que el arrepentimiento busque remedio de su dolor en los silenciosos claustros de las casas del seráfico Padre Francisco de Asís, como si fuera el santo que más confianza inspira, para confesar la verdad de una culpa, y la desgracia ocasionada en el arrebató de las pasiones, porque anduvo siempre para resañar las heridas y la tristeza del caído, del pobre, del huér-

fano y del que sufre. Es como si en la lobreguez de la vida, al fin brillara un cúmulo de esperanzas en el tosco sayal de los bondadosos y humildes hijos de la Orden de San Francisco de Asís.

La tradición de la Cruz del patio de San Diego, tiene precisamente acíbar de tragedia, y el consuelo de la expiación, en el regazo de una espiritualidad amplia y confortante.

Los dos apasionados enamorados

Dicen, pues, que en el barrio de San Francisco, vivía en una lujosa mansión, el único heredero de una acaudalada familia quiteña. Se llamaba Eduardo y llevaba un ilustre apellido. Había quedado huérfano cuando apenas comenzaba sus años de mocedad, y sorprendido por la riqueza que en sus inexpertas manos pusieron sus tutores, dióse a la holganza y buscaba la manera de satisfacer el vehemente anhelo de amar apasionadamente. Y una tarde que regresaba cazando perdices en las faldas del Pichincha, al pasar frente a un huerto donde abundaban los rosales, vio una niña más hermosa que las flores que recogía con donosura en su blanquísimo delantal. Quedó absorto en el oportuno y feliz descubrimiento, y luego averiguó en la vecindad el nombre de la niña y el de sus más íntimos familiares. Dijéronle que pertenecía a una familia humilde, y que se llamaba Blanca María, añadiendo que era muy apreciada por sus bondadosos sentimientos. Eduardo concibió entonces una idea que instantáneamente le puso contento, y haciendo una picaresca mueca, continuó el camino a su rica residencia. Desde ese venturoso encuentro, el rico heredero, montaba en un brioso caballo, y todas las tardes paseaba alrededor de la pintoresca casita de Blanca María, hasta que consiguió que pusiera atención a sus frases de amor, mas la niña le explicó que con el consentimiento de sus padres, amaba a un jo-

ven pobre como ella, que era escultor y pintaba maravillosos cuadros. Sin embargo, Eduardo continuaba en sus amorosos requerimientos, y no eran pocas las noches que acudía con las más dulces serenatas a cantar las penas de su enamorado corazón en la puerta de la casa de Blanca María.

La noche del mortal encuentro

Y una de aquellas noches, en el momento en que los guitarristas, iniciaban una sentimental tonada muy popular en ese tiempo, y Eduardo daba golpecitos en la ventana de su hermosa pretendida, un hombre igualmente joven, alto y con la apariencia de una fuerte musculatura, paróse de modo intempestivo frente al acaudalado, saludándole con exagerada cortesía. Me permitirá, le dijo, que interrumpa a su merced por un instante?

Qué es lo que deseas?, contestó Eduardo con mucha contrariedad.

Apenas una simple explicación, por si su merced como no es de este barrio ignore, replicó el hombre, acentuando sarcásticamente aquellos del "su merced".

Pués, dejalo para otro momento que en el actual estoy ocupado, continuó el de la serenata en tono altivo.

Precisamente, he acertado al escoger este momento, que es el más oportuno, prosiguió el otro de modo picante.

Hombre! Al fin, qué es lo que que quieres, que no reparas en la molestia que me están dando!

Procuraré poner rápido fin a esta molestia, si su merced por lo menos me regala un instante de atención.

Te escucho y habla pronto para no impacientarme!

Pues, debe saber que la niña a quien trata de convencer a fuerza de música, tiene los oídos sordos para su merced, y . . .

Eres acaso el pintor, su prometido?

Esa es la verdad. Soy el humilde pintor prometido de Blanca María.

Y qué es lo que insinúas?

Que su merced no vuelva más a poner sus pies frente a esta ventana porque los rojos claveles que florecen en los tiestos detrás de sus rejas, son para mí y sólo para mí, y para los extraños se transforman en sangre!

Hombre! Qué pretensión! Hasta ahora no había conocido tunante más bravo!

Pronto su merced, sabrá que no soy un tunante, sino un hombre honrado con paciencia para oír sandeces, pero también con buenos puños para hacerlas callar en todos los días de la existencia . . .

La pelea

Fuera de aquí insolente, que capaz soy de herirte y manchar mis manos!, exclamó colérico Eduardo.

Si su merced, se dignara apartarse un trecho de sus sirvientes, probaría que es un cobarde que sólo despierta lástima. . .

Basta! Que voy a enseñarte a no interrumpir los actos de un caballero! Sígueme!, continuó Eduardo apartándose del lugar de la serenata seguido del hombre, avanzando un largo espacio, hasta donde el silencio era completo, y la luz de un farolillo, aclaraba débilmente el lugar. Paróse entonces el acaudalado, y propuso: Aquí podemos observar tu ponderado valor. Procura darme pronto la razón, para no acabar contigo. Quieres pelear a cuchillo?

No acostumbro, porque me bastan mis puños!

Pues, te espero!

Golpea tú primero, repuso cambiando de tono el pintor.

Hombre! Con que me tratas como tu igual?

Ni más, ni menos. Para mí, ni siquiera tienes el mérito de haber hecho tu fortuna con tu trabajo, sino que la heredaste. En tanto que yo, llevo al lienzo imágenes que por sí solas, expresan un mundo de bellos ideales. Y aún aspiro a que en esos lienzos, mi nombre quede grabado para la posteridad! Eres, pues un hombre simple, como cualquier hombre simple!

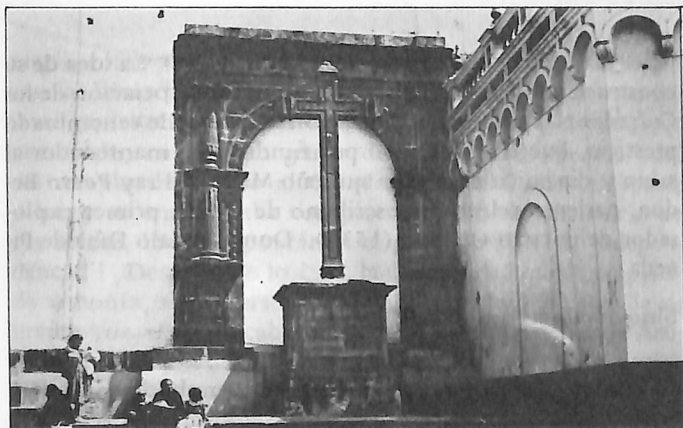
Cállate! Insolente!, repuso el acaudalado lanzándose furioso empuñando en su diestra una relumbrante daga; pero el artista, rápidamente esquivó el golpe y con asombrosa destreza, torcióle con fuerza la muñeca, haciéndole soltar el arma. Luego, sin perder un instante, cogióle por los brazos y con increíble impulso, estrellóle contra las piedras de una pared. Eduardo quedó exánime en el suelo. Y cuando el pintor se agachó para ver el daño que le había ocasionado, observó con terror que estaba muerto.

El Monje de las Avemarías

El autor del horrendo crimen huyó, y fueron inútiles los esfuerzos que las autoridades hicieron para descubrir su escondite. Y pocos meses después de este escándalo, los devotos que acudían a rezar sus plegarias al templo de San Diego, hablaban con frecuencia de un monje alto y enjuto, que al empezar la madrugada, cuando las campanas tocaban melancólicamente las "Avemarías" abandonaba su celda y caminaba paso a paso al centro del patio del convento, postrándose devotamente y quedando inmóvil, sumido en profundo recogimiento. Muchos vecinos constataron la verdad de este acontecimiento pero nadie sabía qué religioso ni por qué grave motivo se había sujetado a la extraña manera de hacer oración sin embargo de los medios que se emplearon para descifrar el misterio.

La tradición de la Cruz del patio de San Diego

Durante varios años el monje siguió cumpliendo severamente su oración, dejándose ver apenas como una tenue sombra, entre la obscuridad de la madrugada, hasta que una mañana las campanas de San Diego tocaron a muerto, llevando en su triste sonido, la noticia de que había terminado la vida el monje de la rara devoción. Pocos días después, se levantaba una majestuosa cruz de piedra en el lugar donde oraba extrañamente el desconocido religioso. Se supo entonces, que el devoto monje era el artista, que arrepentido de su violencia, pidió amparo a los hijos de San Francisco de Asís, y, cuando acudía al patio del convento al toque de las Avemarías, cumplía la dura penitencia impuesta por su confesor. Se añade que en largos años que pasó observando santamente ejemplar recogimiento, pintó numerosos y magníficos cuadros, para que después de su muerte, una cruz de piedra sea la que invite a sus compañeros de la seráfica Orden franciscana, a que recen diariamente por su salvación eterna.



La Cruz de Santo Domingo en los albores de la Libertad.

LA LEYENDA DE LA CRUZ DE SANTO DOMINGO EN LOS ALBORES DE LA LIBERTAD NACIONAL

La tradición de la Cruz de Santo Domingo da a entender que fue inspirada por la poderosa llama del patriotismo, que en el tiempo en que fue construida se había prendido ya en el alma de talentosos ciudadanos que anhelaban la independencia de su Patria y vencían todos los obstáculos y aún arriesgaban su vida para manifestar sus nobles ideas, en la cara misma de los conquistadores, muchas veces con muestras de singular ingenio, impresionando profundamente el ánimo popular.

Cuando nació para Quito la Cruz de Santo Domingo

La Cruz de Santo Domingo, vino a aumentar los monumentos coloniales de esta noble ciudad, en la segunda mitad

del siglo XVII, hacia el año de 1674 y 1678. La idea de su construcción, nació como iniciativa de la "Asociación de los Cofrades Nazarenos", organización religiosa de renombrado prestigio, que en 1588 tuvo por fundador y mantenedor al sabio y dinámico dominico quiteño Maestro Fray Pedro Bedón, pariente del primer escribano de Quito, primer explorador de nuestro Oriente (1538). Don Gonzalo Díaz de Pineda.

Sitio donde se levantaba la Cruz

En sus primeros tiempos, la Cruz se levantaba en el lado izquierdo de la puerta principal del templo de Santo Domingo, donde se conservó como un signo más de la fe religiosa del pueblo quiteño, hasta 1910, año en el cual un General del Ejército tuvo la peregrina idea de hacerla desaparecer y ejerció presión en los religiosos dominicos para que se cumpla su deseo. Felizmente, el Superior del Convento en aquel tiempo Fray Alfonso Jerves, inspirado por legítimo patriotismo, tuvo una idea salvadora para contrarrestar la obra destructora, y le contestó que "la Cruz de Santo Domingo, era la Cruz de la mayor gloria patria, y que por lo mismo no podía eliminarla sin cometer una imperdonable ofensa para aquellos próceres, cuyo ejemplo debíamos siempre seguir, y que lo más que podía hacer para forzosamente satisfacerle, era cambiarla a un lugar cercano". El General, para no darse de vencido en su pretensión, aceptó lo dicho por el Padre Superior, y la venerada Cruz fue trasladada al lugar donde hasta hoy difunde su gloriosa tradición, en la leyenda que ostenta.

La tradición de la Cruz de Santo Domingo y el origen de las banderitas libertadoras.

No hay duda de que a medida que el tiempo transcurría desde la conquista de nuestra Patria, en sus hijos

surgía como un aliciente prometedor de hermosas esperanzas, las ideas por la libertad que embriagaban fervorosamente el espíritu de los patriotas. Y cuenta la tradición, que una tarde, cuando un grupo de religiosos dominicos salía del templo dirigiendo al Creador sus cotidianas oraciones, y luego se encaminaba con placentero rostro al silencio de sus celdas, brotó espontáneo el grito de "Viva la Independencia"! Después de lo cual, la Comunidad quedó en placida armonía, sin saberse de qué noble pecho salió aquella vibrante voz. Pero al cabo de poco tiempo, fue creada la Asociación de Cofrades Nazarenos, en cuyo seno había socios que alimentaban aquel fervor por la independencia de la Patria. Un tiempo después, la Cruz de Santo Domingo, extendía sus amorosos brazos, llamando a la devoción religiosa y al más ferviente patriotismo. Y una noche, poco antes de 1795, sobre aquella sagrada Cruz, como en las demás de la ciudad, asomaron enhiestas y flotantes al aire, sendas banderitas, que con extraordinario orgullo, ostentaban esta patriótica leyenda: SALVE CRUCE LIBER ESTO, GLORIAM ET LIBERTATEM CONSEQUITUR! SALVA LA CRUZ: CONQUISTATE LIBERTAD Y GLORIA

Investigando por los autores de las Banderitas Patrióticas

Indescriptible fue la sorpresa que al otro día tuvieron los realistas, con la hazaña de las banderitas patrióticas, que constituían un tremendo reto a la opresión, en defensa de la libertad tan ambicionada por los nativos. Para los hombres ilustrados de Quito, como para los magistrados españoles, el inusitado hecho fue en verdad un rompecabezas, que provocó gigantesca alarma, y con sobra de razón se ordenó que se investigue por los promotores de semejante atrocidad

Los rumores que sobre el asunto corrían por toda la ciudad, atribuían la hazaña al doctor Espejo; mas declinaba

este parecer, por la circunstancia de que se encontraba ausente en Nueva Granada. Decían también que podía ser el Maestro Marcelino, que entonces enseñaba latín. O se mentaba como autores a varios patriotas conocidos por su inquebrantable fe en la libertad. Hasta que por último, tan influyente hecho se achacó a un sabio padre dominico, granadino de alta mentalidad, de ánimo valiente y cultivador de encumbradas ideas: el Padre Ildefonso Gil de Tejada. Este rumor que se regó con mayor insistencia en el pueblo, llegó a oídos del Provincial de Santo Domingo en aquella época, el que como celoso servidor del Rey, emplazó a Fray Ildefonso a que explicara ante el Tribunal correspondiente, el origen de tal rumor, que según su parecer, quebraba la disciplina y la conciencia religiosa del Convento. El Padre Ildefonso, con la tranquilidad del que cumple un sagrado deber, contesto con serenidad, que seguramente el rumor se debía a alguna ocurrencia del negrito que le servía. Y el Tribunal sin otro argumento, dispuso que la investigación prosiga con un detenido interrogatorio al inquieto negrito, que sintiendo también en su sencillo pero leal corazón el amor a la libertad, no hay duda que dejó suelta la lengua, hasta cuando creyó prudente callar.

La escena del aferrado negrito

Y una tarde, en la portería del convento de Santo Domingo, un negrito simpático que no llegaba a los dieciocho años de edad, se entretenía molestando traviesamente a los devotos, que por cualquier motivo se detenían por allí cerca. A unos les cosía con un alfiler las esquinas del poncho; a otros les pegaba una cadena de papel a manera de rabo; a otros les decía que llevaban el sombrero sucio, con el único fin de que se lo sacaran. Mas todos aceptaban las bromas con agrado, porque para disculpar su travesura y sencillez, el negrito graciosamente les hacía esta pregunta:

— Sabe usted quién es el que ha puesto las banderitas en las cruces?

— ¿Quién puede ser? — le contestaban con marcada curiosidad.

— Pues, su Reverencia el Padre Ildefonso. Y el Padre tiene razón, porque hay que acabar con los realistas, porque no necesitamos más amos en esta tierra! — continuaba el negrito con entusiasmo contagiante.

— Eres un verdadero varón, —le dijo un hombre de respetable aspecto que estaba entre los que escuchaban al muchacho.

De pronto, se abrió la puerta interior de la portería, y un religioso del convento, le hizo una seña para que entrara. El negrito se apresuró a obedecer, en tanto musito apenas:

Virgencita del Rosario! Ahora sí que la cosa revienta!

Efectivamente, el hermano condujo al negrito a la celda del Padre Provincial, el que le recibió con rostro grave, casi terrible y cogiéndole violentamente por un brazo, le dijo:

— Mira! Vas a decirme sin regateo y con toda verdad, a qué hora fue el Padre Ildefonso a poner las banderillas?

— El Padre Ildefonso! —contestó el negrito aparentemente sorprendido. — Si yo no sé nada de esto!

— Piensa que si no dices la verdad, ahora mismo hago que el hermano te baje los calzones y te aplique con toda su fuerza el látigo que está suspendido de ese clavo!

— Pero. . . Reverencia! No me regañe! Si yo no sé nada! Y . . . voy a sufrir inocentemente!

— ¿Por qué entonces dijiste que el Padre Ildefonso es el autor de aquellos trapos en las cruces?

— Eso sí dije. . . su Reverencia! Yo dije, es verdad!

— Pero, ¿por qué dijiste? ¡Explícame! - insistió el Padre en tono impaciente.

— Porque también a mí. . . me contó un hombre de la calle — contestó lloriqueando el negrito.

— Mientes! — repuso el religioso con despecho.

— ¡No, Reverencia esta es la verdad!

— ¿A quiénes contaste esta negra historia?

— A las gentes que pasaban

— ¿Y qué te contestaban?

— ¡Que viva la Independencia!

— Cállate! No repitas! — exclamó el Padre indignado —. Te prohibo que vuelvas a meterte en este lío, y conserva en adelante la boca cerrada!

— Le obedezco, su Reverencia como siempre lo hago, — repuso humildemente el muchacho, abandonando cabizbajo la celda del Provincial, que al fin no logró descubrir la paternidad de las banderitas patrióticas. Tal era el fervor que se extendía por alcanzar la independencia, que se guardaba fielmente todo secreto para estimular aquella noble finalidad.

Y la Cruz de Santo Domingo, cumplió la misión de inculcar constantemente la fe y el patriotismo, y cumple hasta los días actuales, en que aún ostenta la gloriosa leyenda de **Salva Cruce, Liber esto. Gloriam et Libertem consequitor!** **Salva la Cruz: Conquistate Libertad y Gloria!**

UNA OBSERVACION DE UN DISTINGUIDO PERIODISTA

Quito, a 21 de julio de 1946
Señor Director de "El Comercio"
Presente:

Muy distinguido amigo:

En el prestigioso "Suplemento Dominical Ilustrado" de esta fecha y que corresponde al diario de su muy digna dirección, hay un interesante artículo intitulado "La Leyenda de la cruz de Santo Domingo en los Albores de la Libertad Nacional" y que nos ha obsequiado el conocido estudioso señor Guillermo Noboa, que nos ha obsequiado ya varios artículos de nuestro pasado.

Al referirse a los banderines que aparecieron en no solamente la Cruz de Santo Domingo, sino en todas las cruces de la ciudad de Quito, con leyendas en tafetán, que invitaban a luchar por la Libertad, dice el señor Noboa que al principio se la atribuyó al Doctor Eugenio Espejo ser el autor de este "atentado" como calificaron las autoridades españolas, pero que no podía ser Espejo porque se hallaba en esa época en Bogotá.

Yo no quiero discutir en forma alguna el motivo de la hermosa leyenda del señor Noboa que atribuye al Padre Fray Ildefonso Gil de Tejada y las reclamaciones del "negrito", porque puede ser verdad el hecho ya que no solamente una vez aparecieron esos banderines con leyendas "subversivas", sino repetidas ocasiones y sobre todo, cuan-

do el ilustre Espejo estaba ya preso. Pero en cuanto a la certeza de que la primera oportunidad de este grito silencioso se debe a los hermanos Eugenio y Juan Pablo Espejo, acompañados de algunas personas más, no cabe casi discutir. En el sumario entablado al respecto por el Presidente de la Audiencia Muñoz de Guzmán, se indica a Espejo en forma velada. Pero más tarde, una declaración hecha en Pasto por un fraile que al momento no recuerdo indicó claramente que los "hermanos Espejo" fueron los autores de la colocación de esos pasquines. De todos estos detalles apunto una buena parte en mi libro "Eugenio Espejo, Médico y Duende". Además, se debe advertir que el Doctor Espejo estaba ya en Quito, porque él regresó de Bogotá en 1791. En 1792 publicó "Primicias de la Cultura de Quito", en ese mismo año, casi al final puso los banderines. Fue apresado luego en enero de 1795 y murió en diciembre de ese año.

He dicho que no he querido discutir absolutamente nada, pero me anima el enviarle esta carta, el fervoroso anhelo de que la magna figura del Doctor Espejo no sufra menoscabo alguno, máxime que en ese romántico pasaje de los banderines él fue el gestor de primera talla. Vuelvo a decir que no se colocaron solamente una vez y que bien pudo Fray Ildefonso Gil de Tejada haber estado de acuerdo con las ideas de Espejo.

A este respecto, señor Director, quiero aprovechar la oportunidad para encarecerle se sirva usted, con el patriotismo que le es propio, reclamar tanto al Gobierno como a las instituciones científicas de Quito, la pronta organización del Comité que debe encargarse de rendir homenaje a Espejo en el Bicentenario de su nacimiento que se cumple en febrero del año próximo. Que yo sepa, solamente la Asociación Médico Quirúrgica de Quito se ha preocupado por bosquejar la

edición de un libro con los escritos médicos de Espejo que son tan difíciles de conseguir por encontrarse completamente agotadas las ediciones que hicieron Monseñor González Suárez y el doctor Gualberto Arcos en parte. Es una lástima, señor Director, que sea tan desconocido el aspecto médico del doctor Espejo, cuando precisamente en Estados Unidos, el doctor Arístides A. Moll, acaba de reconocer que la figura de Espejo tiene que ser considerada como una verdadera inicial de la Medicina en Latinoamérica.

En el año de 1942 se cumplió el tercer centenario del nacimiento del sabio inglés Isaac Newton. Gran Bretaña no pudo celebrar su homenaje porque se hallaba en guerra, empero tomó una decisión admirable: "postergar dicho homenaje para cuando se haya alcanzado la victoria". Efectivamente, Inglaterra acaba de realizar una reunión a la que han asistido sabios de todo el mundo con el fin de estar presentes en los actos organizados por la Real Sociedad Británica destinados a recordar a Newton.

Siempre pensaré que el doctor Eugenio Espejo, es la personalidad más vigorosa de nuestra Patria al mismo tiempo que la más ignorada a veces y olvidada en otras. Por eso me he empeñado siempre en insistir por el reclamo: el Ecuador debe rendir un cálido homenaje, un sentido homenaje a tan ilustre varón, haciendo que al amparo de su nombre se realicen actos de trascendencia para el país, tal como ya había propuesto en una circular que me permití enviar a entidades científicas y a la prensa a nombre del Servicio Sanitario de la Zona Central, cuanto tuve a honra pertenecer a la Sanidad.

Solamente la voz de la prensa podrá conseguir, la organización del Comité en el que deben estar representadas las

nización del Comité en el que deben estar representadas las instituciones de carácter médico y la prensa, como se sugirió ya en una nota enviada al señor Ministro de Previsión Social; al señor Ministro de Educación y al señor Alcalde de la ciudad de Quito. No es posible que dejemos pasar una fecha de tanta magnitud para el país, y especialmente para Quito que contó a Espejo como uno de sus más destacados hijos.

Perdone señor Director, que haya molestado su fina atención.

Enrique Garcés

Señor Director de "El Comercio",
Ciudad.

Muy distinguido señor Director:

En la sección "Cartas de los lectores" de "El Comercio" del 22 de este mes se publicó una inteligente carta en la que el destacado periodista Dr. Enrique Garcés, refiriéndose al interesante artículo intitulado "La Leyenda de la Cruz de Santo Domingo en los Albores de la Libertad Nacional", del conocido periodista señor Guillermo Noboa, dice, que en una declaración hecha en Pasto, por un fraile, indicó claramente que los hermanos Espejo fueron los primeros autores de la colocación de los banderines patrióticos.

Sería un desacato imperdonable restar importancia en lo más mínimo al patriotismo del Dr. Eugenio Espejo, auténtico orgullo de nuestra Patria, y por lo mismo, es muy probable que para la colocación de aquellos banderines, estuvo en relación con el Padre Ildelfonso Gil de Tejada. Sin embargo, se me permitirá manifestar, que yo sí estoy de

*acuerdo con el señor Noboa, pues llevado por mi afición a las investigaciones históricas, descubrí un autorizado y anti-
quísimo archivo religioso, en el que constan también las de-
claraciones no de uno, sino varios frailes que señalan al Pa-
dre Ildefonso Gil de Tejada, como iniciador de la campaña
patriótica de los banderines que asomaron sobre las cruces
de Quito, con la leyenda de "Salva Cruce, Liber esto. Glo-
riam et Libertatem consequitor".*

*El mismo estilo de esta leyenda y el hecho de haber si-
do escrita en latín demuestran que su autor fue un religioso.
Está muy claro. Esto no quiere decir, que también otros pa-
triotas no colocaron posteriormente los banderines. Al
contrario, continuaron colocándoles valientemente.*

*Agrádezco anticipadamente al señor Director, por la
generosa cabida que se digne dar a la presente.*

Carlos Fernández N.

LA LEYENDA DEL POGYO DE LOS RATONES

Quién no conoce en Quito el Pogyo de los Ratones? Queda en una orilla del río Machangara, cerca de los molinos de "El Censo". Es una fuente amplia, donde el agua vierte abundante, y en el día, las lavanderas se hunden hasta las rodillas para jabonar la ropa y frejarla contra las piedras colocadas alrededor. Y es frecuente que cuando alguna de aquellas buenas mujeres, busca un momento de reposo bajo el ramaje que crece espesamente en las cercanías, da un salto de espanto cuando se le cruza por las pantorillas un travieso ratoncillo blanco. Tampoco es una casualidad ver que al borde de la fuente, decenas de estos ratoncillos juegan animadamente antes de que las lavanderas interrumpen la soledad de aquel simpático paraje. Pues bien, esa popular lavandería, tiene una leyenda casi olvidada por el transcurso de muchísimos años.

La leyenda de Cora y Chasca

Se refiere que un grupo escogido de las vírgenes del Templo del Sol, que se levantaba con magnificencia en la cúspide del Panecillo, tenía la sagrada misión de tener y confeccionar los vestidos más suntuosos para la familia real del Reino de Quito; pero como un favor de los dioses para su protegido Atahualpa, habían dotado de extraordinaria habilidad a dos de aquellas vírgenes con el fin de que sus delicadísimas manos escogieran el algodón más fino y tejieran con él los mantos reales que el joven monarca luciera en los grandes festejos de su pueblo. Eran ellas Cora y Chasca, dos hermosísimas doncellas que habían nacido con las virtudes y

cualidades excepcionales de las predestinadas por Inti, el Sol, para su servicio. Efectivamente, cuando el gran sacerdote, Uiliac—Ucma, como le decían los aborígenes, después de una rara inspiración, dispuso que Cora y Chasca ingresaran al Templo del Sol obedeciendo su divina voluntad, experimentarían tanta dicha en cumplir su privilegiado destino, que cada vez que la luz solar asomaba por el oriente penetrando por los anchos ventanales abiertos en los gruesos muros de piedra, elevaban sus plegarias de agradecimiento a sus dios. Y como un placer profundo, hendían sus manos en los copos de blanco algodón, hilvanándolo luego en finísimos hilos y transformándolos en niveas telas durante largos días de constante tejer. Y para que la delicada obra consiguiera la anuencia del gran Atahualpa, Cora y Chasca salían en las noches de luna llena a una explanada junto al templo y devotamente pedían a la excelsa diosa que les dotara de maravillosas ideas y elasticidad a sus manos, para confeccionar el ropaje de su soberano. Y en tanto millares de florecillas silvestres abrían sus corolas y dejaban escapar sus más exquisitas fragancias, como humilde exvoto para su diosa la Luna. Las dos vírgenes extendían las telas sagradas sobre un amplio y gigantesco disco de oro, pidiendo al poder divino que les confirme su protección: inmediatamente aparecían alrededor del disco, millares de ratoncillos blancos que traviesamente jugueteaban sobre las reales telas, trazando con sus diminutas uñas los más caprichosos y admirables dibujos, como también cortaban con sus afilados diente-cillos, las formas del regio ropaje y luego desaparecían. Las doncellas entonces, cogían reverentemente en sus manos las telas preparadas con la ayuda divina, y las llevaban para coserlas y bordarlas con brillantes hilos, obtenidos con los colores de extraordinarios vegetales provenientes del Oriente. Presentada esta maravillosa obra al Gran Sacerdote, o a consagraba al destino real y una mañana cuando su Dios el Sol, se mostraba con todo su esplendor, invitaba a su soberano Ata-

hualpa y con ceremonias propias de su alta estirpe, le hacía la entrega de los lujosos vestidos. Y como un privilegio excepcional, Cora y Chasca, besaban con gratitud emocionante la diestra del inigualado soberano.

La protección de los dioses

El Sol, arrastrando un gigantesco manto rojizo, como anunciador de hondas tragedias, habíase ocultado en un lejano confín, dejando como siniestras figuras, las negras siluetas de los montes cercanos. En el gran templo, Cora y Chasca, apoyadas sobre el muro de una ventana, escudriñaban insistentemente a la distancia, como queriendo descubrir entre las sombras de la noche, algo extraño que pudiera suceder. Habían recibido la más tétrica noticia desde Cajabamba: Atahualpa, su bondadoso soberano engañado vilmente por hombres barbudos con sed de oro, le habían dado muerte bárbara y solapada. Uillac-Uma inspirado fielmente por los dioses, al anunciar la desaparición de su amado soberano, había pronosticado que la sangre aborigen sería destruída, los templos desguarnecidos de sus tesoros y aún las vírgenes del Sol sacrificadas sin misericordia. Cora y Chasca repasaban en sus mentes angustiosas palabras y sobresaltadas de dolor, desde su atalaya buscaban con la mirada el principio de la espantosa profecía. De pronto, en un extremo de la ciudad surgió una llamarada y luego otra y otra e invadieron el espacio aterrantes chillidos y el eco de extraños ruidos reboteó de cumbre en cumbre como el preludio de una inigualada tragedia.

Mama-Quilla, sálvanos!, exclamó Cora levantando sus brazos al cielo.

Sálvanos Mama-Quilla!, continuó Chasca pidiendo la protección de la Luna.

Casi en el mismo momento, se oyeron pasos precipitados alrededor del templo. Luego, sus pesadas puertas ce-

dieron empujadas por incontenible fuerza. Eran los vasallos del General Rumiñahui, que armados de afilados tumis o cuchillos, empezaron a sacrificar a las inocentes vírgenes del templo del Sol. Cora y Chasca, como única defensa, se abrazaron presas de angustia y esperaron el momento fatal. Y cuando parecía que los "auca—runas" o soldados aborígenes se aproximaban a ellas, brilló la luna en medio de obscuras nubes y a los pies de Cora y Chasca brotó una plateada alfombra que guiada por millares de alados ratoncitos blancos, condujeron sobre ella a las dos hermosas hilanderas de Atahualpa, cruzando por el espacio hasta depositarlas suavemente sobre una pequeña playa del río Machángara. En ese instante, la Luna que se había despojado de todo obstáculo para mostrarse en toda su plenitud, brilló fantásticamente e iluminó con un haz de plateados y brillantes rayos el lugar donde estaban las vírgenes protegidas. Y como si cumplieran una misión divina, centenares de inquietos mirlos, de multicolores papagayos y de otros pájaros de maravilloso canto, plegaron sus alas alrededor del privilegiado lugar y entonaron arrobador concierto, en tanto que infinidad de aquellos ratoncillos blancos, cavaban presurosos la arena con sus pequeñas uñas. Cora y Chasca repitieron entonces sus plegarias a sus tradicionales dioses y extendieron agradecidas sus brazos a la Luna. Y como si la diosa hubiera oído sus ruegos, junto a ellas brotó una fuente de abundantes y cristalinas aguas que fueron lentamente escondiendo entre sus diamantinas burbujas a las dos bellas aborígenes, hasta ocultarlas en un regazo de amor y de calma. Un momento después, toda la divina visión había desaparecido. Sólo quedaba la fuente tranquila que se escapaba de su misterioso origen, llevando aromáticos pétalos, y el río que al seguir invariable su curso, parecía que aún repetía tenuemente hermosos ecos de arpada música. Desde entonces, juguetea junto al Machángara, el travieso POGYO DE LOS RATONES.

EL MUERTO DEL CANDELERAZO

Una vista del Convento de San Agustín



Contaban las abuelitas que hace muchos años, en esta nobilísima ciudad de San Francisco de Quito, se acostumbraba velar los muertos en las iglesias. Los deudos acompañaban al velorio hasta las once de la noche, y los más valientes hasta las doce, a lo más porque no hay que ignorar que en aquellos tiempos, los aparecidos y los fantasmas, parece que estaban a sus anchas en los rincones quiteños, molestando de diversas maneras a los prójimos que se trasnochaban, o vagaban por los alrededores en busca de aventuras gratas para el corazón o que gozaban yendo a casa ajena, a tomar el sabroso chocolate con queso y pan de huevo, después de las más sazonadas tertulias. Pasada la media noche, quedaban velando el cadáver los coristas o los sacristanes, los que

sí eran devotos, se entregaban al rezo de largas oraciones por el descanso del alma del fallecido, o pasaban el tiempo relatando historietas espeluznantes, o también haciéndose cualquiera broma.

Siguiendo aquella costumbre, se veleba en el templo de San Agustín, el cadáver de un destacado militar que había muerto de una fuerte epidemia, después de salvar un sinnúmero de peligros en muchos combates. Durante el día y al comienzo de la noche, los familiares y amigos del difunto, le acompañaron cumplidamente, rememorando sus virtudes y manifestándose mutuamente su pesar; pero al acercarse la media noche, el velorio quedó sin acompañamiento. Todos se habían ido, a excepción de dos sacristanes que continuaron en vela obligadamente. Eran ellos, dos muchachones traviosos y amigos de las bromas pesadas, sin embargo de lo cual jamás habían roto su amistad. Se llamaban Pedro Illescas y Toribio Fonseca. Ambos vivían en la vieja parroquia de San Blas, en una misma casa. El gusto invencible de Pedro, era el pan con queso y raspadura, que en ese feliz tiempo se llamaba "un quinto", y costaban apenas dos centavos y medio, o sea "calé", como decían popularmente los vecinos de esa época, y se lo solicitaba en cualquier tienda con esta llanísima expresión: "mercado de pan, chaupi de queso y chaupi de dulce". En cambio para Toribio, no había mejor cosa que el maní tostado. Quedaron pues, estos dos simpáticos sacristanes cuidando el cadáver del militar, que yacía en una lujosa caja forrada de terciopelo negro y rodeado de enormes cirios, que iban consumiéndose lentamente chisporroteando sus gruesas mechas cada vez que un leve viento penetraba por algún resquicio de los altos ventanales.

Mientras, en las amplias naves del templo, a través de una miedosa semiobscuridad, brillaban los áureos relieves de

los ricos altares, y se extendía el silencio más compelto. Al principio, Pedro y Toribio entretuvieron su tiempo relatando historietas de ladrones y de brujas que volaban montadas en una escoba, o también del desentierro de valiosos tesoros escondidos por acaudalados avaros. Mas los temas iban agotándose y la noche todavía tenía un gran trecho. Se le ocurrió entonces a Pedro, ahuyentar el sueño valiéndose satánicamente de su ingenuo compañero.

— Escúchame Toribio, —le dijo—, tengo los párpados pesados como plomo, y si no hacemos algo para no dormirnos, el muerto como es militar, capaz es de levantarse y ponernos en un emparedado como castigo de nuestro descuido.

— Es verdad, pues también yo siento buenos deseos de tenderme aquí mismo y descansar un buen rato; pero, ¿qué podemos hacer para echar a este maldito sueño?, contesto Toribio.

— Es muy sencillo. Es cuestión de pocos minutos, nada más.

— ¿Y cómo?

— Pues tengo en el bolsillo un real de plata, y si tú te prestas para ir donde doña Petrona, el asunto quedaría arreglado.

— ¿Dónde la señora que vende cirios para nuestros altares?

— La misma. Comprendo que eres un muchacho de aventura, que nada te arredra, ni te detiene.

— Achica el elogio, y vamos al grano. Dime, qué debo hacer donde doña Petrona?

— Sencillamente, le convences que te abra la puerta de su tienda, y le compras dos "quintos dobles", como para que en nuestras panzas no quede espacio para el almuerzo, y luego regresas.

- ¿Nada más que eso?
- Sólo eso, mi buen Toribio
- Dame, pues, el real, que yo sacaré ingenio de donde no hay, para que la señora abra la peurta.

Toribio se restregó los ojos, cogió la moneda y abandonó el templo, en busca de los famosos quintos. Mientras tanto, Pedro sin perder un instante, subióse sobre la tarima donde descansaba el muerto, y con extraordinaria sangre fría, lo levantó, tocóle sus helados miembros, miróle su yerba y amoratada cara, y casi lo suelta de miedo; sin embargo, recobró su valor, y más influyó en su ánimo el deseo de realizar la diabólica idea que había concebido. Echó, pues, manos a los vestidos del difunto, y en un momento lo desnudó, de la chaqueta y pantalones, cambiándoles con los suyos, que asimismo en un abrir y cerrar de ojos, se los saco. Luego tomó en sus brazos el cadáver, le hizo sentar en una silla cerca del catafalco. Púsose enseguida las ropas del extinto y también ocupó su lugar en la caja mortuoria, y esperó. Al cabo de pocos momentos, Toribio regresó ufano con sus reconfortables "quintos", y ya se acercaba a donde dejó sentado a su compañero, cuando vio que el muerto se levantaba lentamente, y con voz tremebunda exclamó:

¿A dónde fuiste, Toribio?

Toribio sintió que una corriente de frío, le atravesó de pies a cabeza, y por poco se cae de espanto. Sin embargo, con indescriptible turbación, respondió en cortadas sílabas: — No . . . fui . . . yo . . . señor, sino Pedro que me mandó a . . . a . . . a . . . comprar los quintos . . .!

Arrodíllate infeliz sacristán y pídemme con llanto mil veces perdón! —continuó Pedro que ya se encontraba incómodo en el atáud, con la estrecha chaqueta del militar fallecido.

— Perdón, perdon! Te pido . . . con lágrimas en mis ojos, clamó Toribio, arrodillándose y depositando en el suelo los quintos, y juntando las manos suplicante.

De pronto movióse también el verdadero muerto, que ocupaba el lugar de Pedro. Incorporándose pesadamente, abrió desorbitados ojos y con terrible gesto, dirigió la mirada en su rededor. Luego con potente fuerza, se apoderó de uno de los candelabros de bronce colocados con los cirios cerca del ataúd, y blandiendolo amenazante, buscó a los intrusos sacristanes para destruirles y matarles. Mas, Pedro apenas vio que el difunto se movía, saltó de la caja mortuoria y con extrema desesperación corrió hacia la puerta, arrastrando en su carrera a Toribio que asimismo no sabía por dónde escapar impulsado de miedo jamás experimentado. El muerto que por obra providencial había momentáneamente recobrado la vida, siguióles algunos pasos, y tiróles el candelabro con sobrehumana fuerza, de modo que fue a chocar con espantoso estruendo en el suelo empedrado de la puerta, en el preciso instante en que los sacristanes ganaban la calle, continuando su carrera dando hirientes gritos de terror, y rogando inmediato auxilio.

Al oír los alarmantes gritos de Pedro y Toribio, los vecinos se echaron a la calle, y se informaron del tremendo acontecimiento. Los más curiosos, acudieron sin pérdida de tiempo a San Agustín, y vieron entonces, que el muerto estaba rígido en la caja, como si nada hubiera sucedido;; pero sobre el pétreo suelo de la puerta, observaron que el candelabro se había despedazado, dejando una honda huella del fuerte golpe.

A través de muchísimos años, la huella ha desaparecido un tanto; sinembargo, todavía se puede distinguirla, si se la busca con paciente prolijidad.

EL FANTASMA DE LA TORRE DE SAN FRANCISCO DE QUITO



La gigantesca muralla colonial del Convento de San Francisco en la que está incrustada la Cruz de esta leyenda.

Han pasado muchos años, tal vez siglos, desde que sucedió esta historia en la Sanfranciscana ciudad de Quito. En una de las viejas casas de la Plaza de Santo Domingo, vivían sus dueños, vástagos de dos nobles familias quiteñas que se habían unido en matrimonio en temprana edad. Tenían tres hijas muy hermosas; pero la que sobresalía por su belleza y aptitudes era la última llamada Amelia. Todavía existen muchos descendientes de esas linajudas familias, por lo que sólo mentaremos sus nombres. Pues, a él, un hombre alto, corpulento, con luengas barbas, de imponente y orgulloso aspecto, con las aguas bautismales le llamaron Gabriel; élla, una señora con mucho garbo, esbelta y guapa a pesar de

los años transcurridos que pasaban de los cuarenta y con no menos orgullo que su distinguido consorte, se llamaba Catalina. En esa misma época, las gentes comentaban con mucha frecuencia y simpatía, de las proezas que un mozo de pueblo hacía casi diariamente con la fuerza de sus músculos, con la gracia de su canto y con la finura de sus oportunas frases. Su madre era una mujer de modesta posición, pero de muchos atractivos que le hacían muy estimable. No se sabía con certeza de su progenitor, aunque algunos vecinos escudriñadores de la vida ajena, aseguraban que era un noble arruinado económicamente por sus descuidos juveniles. Lo cierto es que "Juan Chiquito" es como generalmente le denominaban, en contraste intencional a su elevada estatura, su potente fuerza y las simpatías de que se rodeaba.

El misterio de una serenata

Durante varios días a la madrugada, Don Gabriel había escuchado que en la ventana de la alcoba de su hija Amelia, alguien tocaba maravillosamente la guitarra, para luego cantar con tanta armonía varias estrofas íntimamente sentidas, que le hacían olvidar su puesto de padre y más bien le traían placenteros recuerdos de su mocedad; mas pronto reaccionaba e invistiéndose de sus afectos y deberes paternos, se echaba bruscamente de la cama, se ponía un largo y abrigado poncho, y se lanzaba de sorpresa a la calle; pero no encontraba a nadie. Todo era en ese instante silencio que a poco se alteraba con el toque imponentemente místico de las "avemarías". Quien pudiera ser el atrevido que burlaba de manera tan audaz su vigilancia?, se preguntaba entonces Don Gabriel, mientras hacía de su imaginación un torbellino de conjeturas y terminaba por encolerizarse hasta pronunciar terribles amenazas y volverse con despecho a su cama. Sin embargo, las serenatas continuaban y Don

Gabriel estaba próximo a perder los sesos de tanto pensar para descubrir al impertinente autor. Con todo reflexionando una tarde serenamente, ocurriósele una idea feliz que la puso en práctica esa misma noche.

Un indio disfrazado.

La luz tenue de un enorme farol de la puerta principal de la iglesia de Santo Domingo, ponía un reducido espacio de claridad en lo obscuro de la noche. Un indio extendido con despecho sobre una grada y arrimado apenas a una pilastra del templo, interrumpía de vez en cuando el silencio pronunciando palabras incoherentes, en tanto blandía con una mano una botella vacía, y con la otra trataba en vano de quitarse un amplio sombrero que lo llevaba puesto hasta la nariz. Por una calle lateral, sonaron los tacones de alguien que se dirigía a la plaza apresuradamente, hasta que asomó de pronto, parándose con noble aspecto en una esquina, enrebosado en una larga capa casi hasta los talones y cubriendo su cabeza con un ancho sombrero negro. Por su erguida figura y la energía de sus movimientos, delataba ser muy joven y arrogante. Espió detenidamente por todas partes, y continuó su camino. Al pasar cerca del indígena le miró de soslayo y exclamó: Uf! has tomado licor hasta los codos! Infeliz! y siguió adelante. Al llegar a una puerta de calle, volvió a escudriñar por todo lado, luego golpeó apenas con los nudillos y esperó demostrando inquietud. A poco rato, se abrió la puerta a medias y una mujer de alguna edad cobijada toda la cabeza, murmuró quedo: creí que ya no venías. Entra pronto! Y el caballero entró. Un momento después salió nuevamente, pero llevaba en su diestra una reluciente vihuela. Caminó hasta la casa vecina y al estar bajo una ventana, arrancó del instrumento armoniosas notas y casi al mismo tiempo una voz privilegiada, dejó oír toda la dulzura de su alma enamorada, que como un cúmulo de

melodías regáronse en arrobadores ecos en la extensa plaza. La ventana fue abriéndose lentamente, y una mano blanquísimas dejó caer un diminuto papel. Al punto el joven se agachó para cogerlo, desdoblándolo con ansiedad. Mas en ese instante aparecióse frente al mancebo un hombre barburo de centelleantes ojos, que quitándose su tosco sombrero, arrojóle con furia en la cara del perturbante. El Indígena! Don Gabriel!, exclamó asombrado el joven echando a un lado la vihuela.

Ni más ni menos, villano!, respondió colérico Don Gabriel.

Pero por qué habéis escogido este disfraz?

Os metéis en un asunto peligroso, Don Gabriel!

Para descubrirlos y castigarlos, indecente!

Ya os reconozco! Juan! Juan de . . . del arrabal!

No os discuto, porque este lugar es sagrado para mí!

Silencio villano! Que no quiero ni pensarlo. Alejaos de aquí, antes de que mi servidumbre dé inmediata cuenta de vuestra pobre y baja humanidad!, recalcó el anciano, notando que se le acompañaban varios de sus servidores que habían abandonado seguramente sus escondites.

Me ofendéis, Don Gabriel!

Os atrevéis todavía!

Pensad que aunque del pueblo, tengo dignidad . . . !

Basta! Aporread a este hombre!, ordenó el anciano incitando a sus sirvientes.

Vais a salir muy mal parado con semejantes infulas, Don Gabriel.

Aporreadle! . . . Vaciláis? . . .

Al instante un hombre corpulento armado de un grueso palo, arrojóse sobre Juan Chiquito, que no era otro el del apurado trance.

Juan no tuvo tiempo, sino para dar un salto atrás y exclamar en tono sarcástico: Me obligáis a ello, Don Gabriel! pero no me echéis después la culpa! Venid en montón granujas!

Y luego, agachóse como un felino, para saltar y caer como enorme peso de plomo sobre el primero que le atacó dejándole maltrecho tendido en el suelo. Después de un tremendo empujón se dehizo de los otros tres atacantes; pero con tan mala suerte, que éstos al caer bruscamente, arrastraron a Don Gabriel que fue a dar de bruces contra una piedra de la pared. Inmediatamente brotóle de la frente un chorro de sangre de una ancha rotura, y quedó instantáneamente sin movimiento. En ese mismo momento, la viejecita que poco antes abrió la puerta y que había abandonado la pequeña habitación inquieta por lo sucedido a Juan, agarróse desesperada a él y con cariñoso acento, le dijo: Le has muerto, Juan! Huye sin demora! Huye . . . !

Le he muerto, murmuró el bravo quedándose un momento pensativo; pero reaccionó enseguida, abrazó a la viejecita y corrió en bajada por una calle, desapareciendo en la obscuridad.

Quien era la viejecita

La madre de Juan Chiquito, su hijo único, no había podido amamantarlo por escasez de leche, de manera que tuvo que acudir para que lo criara a la benignidad de una comadre suya que por rara coincidencia tenía un niño de pechos. La comadre que era exageradamente buena, aceptó con agrado el encargo y en el transcurso de la crianza quiso tanto al pequeño Juan, que después le tuvo el mismo cariño maternal que a sus hijos. Sin embargo, cuando se hizo mu-chacho, su madre lo reclamó afectuosamente y la comadre

cedió, aunque con muchas lágrimas. Juan que efectivamente había sido hijo de un linajudo caballero, anduvo feliz al encontrar el apoyo de un tío paterno, viejo y acaudalado solterón que al enterarse del secreto de su hermano, tuvo tanto afecto al muchacho, que resolvió educarlos cuidadosamente pero sin regatear nada, y cuando fue joven, le regaló una hacienda apreciable con la única condición de que conservara con reserva. Al entrar en su juventud, Juan conoció a la hermosa Amelia y fue entonces que se tuvieron mutua simpatía. Una rara circunstancia facilitó que los jóvenes se intimaran hasta un límite escabroso. La viejecita aquella que dió la leche de sus senos a Juan, cuidaba la casa de un acaudalado que pasaba casi todo el año en la Costa por consejo de su médico. De manera que actuaba como si en realidad fue propietaria de la mansión y vivía allí con sus hijos, porque había enviudado. Al conocer que Juan quería hacer su esposa a la hermosa hija de Don Gabriel, no vaciló en apoyarle. Así fue que cuando Don Gabriel escuchaba las serenatas y quería sorprender al atrevido enamorado de Amelia, no lo encontraba porque tranquilamente se ocultaba en la casa que guardaba la viejecita, su madre de pechos. Ese era Juan Chiquito; pero desgraciadamente, el golpe que recibió Don Gabriel, en la noche del fatal incidente con Juan, le ocasionó la muerte, Para librarse de la justicia el mozo tuvo que huir y nadie supo después de su destino.

Inesperado desenlace

Pasaron algunos meses de la muerte de Don Gabriel. El paradero de Juan Chiquito era un misterio y la justicia andaba alerta para descubrirlo. Lo que generalmente se creía, era que no regresaría nunca. Hubo sí, un desenlace que nadie supuso y que fue después el motivo predominante de las murmuraciones de los pacíficos habitantes de Quito. Ame-

lia tuvo un niño, hermoso como un angel, que creció arrullado ejemplarmente por su madre y se llamó también Juan. Puso todo su afán en educarle con el constante consejo de su confesor, un sabio sacerdote franciscano. Juan se hizo un muchacho fuerte, de refinado talento, de generosos sentimientos y sobre todo bondadoso y devoto. Como consecuencia de esta virtuosa inclinación, con anuencia de su madre resolvió hacerse religioso, entrando al convento de San Francisco cuanto tuvo 17 años de edad. Allí se distinguió notablemente por su contracción a los estudios, por su espontáneo y natural fervor por la oración y aun porque en los momentos de descanso, sabía distraer a los adustos y respetables monjes con sus travesuras y pruebas de prodigiosa fuerza, pues donde había que mover algún madero y objeto pesado, ya era sabido que tenían que llamar al Hermano Juanito, forma como le llamaban por su juventud los legos del convento.

Sucedió que el Hermano encargado de todas las "avemarías", enfermó de gravedad, de manera que tuvo que guardár cama. En esta situación, el Hermano Juan pidió a los superiores que le permitieran reemplazarle, hasta que recobre su salud. Concedido el permiso, el Hermano Juanito abandonaba generalmente su duro lecho antes de la hora de tocar las campanas, dirigiendo mientras tanto su atención a observar el silencio de la ciudad. Una madrugada que desde el alto campanario veía que dos trasnochadores atacaban a otro que practicamente pasaba, y como se tratara de ayudar al más débil, levantóse las mangas de los hábitos y apretó los puños, notó que desde la torre opuesta a la que sostenían las campanas, donde en los tiempos actuales está el enorme reloj, bajó como una exhalación un fantasma blanco desapareciendo en las tenebrosas gradas de ascender al campanario. Sin embargo de que el Herma-

no Juan era valiente y no creía jamás en los aparecidos, no dejó de causarle un poco de temor y para precaverse de cualquiera tentación, apresuróse, a santiguarse. A poco el reloj dió la tres de la mañana y el religioso lentamente las "avemarías", en tanto murmuraba devotamente una oración.

A la madrugada siguiente, de nuevo vio al fantasma y así sucesivamente por varias mañanas. El asunto le inquietó más de lo que creyó y después de largas reflexiones, resolvió descubrir al fin el misterio, suceda lo que suceda. Una madrugada se levantó más pronto que de costumbre, encomendándose a su santo patrono y subió al campanario infundiéndose valor. Al subir la oscura grada de caracol, hubo momentos en que sintió que el cuerpo se le enfriaba porque parecía que unas manos huesosas le apretaban el cuello, o que ya se le juntaba el fantasma respirando un vaho de tumba. Por poco no perdió el conocimiento exitado por el miedo; pero en fin, sacó fuerzas de la nada y avanzó. Hasta que llegó al término de la escalera y la tenue claridad de los luceros, amenguó un poco su nerviosidad. Mas cuando levantó la manga de su hábito para limpiarse un sudor helado que empezó a resbalar por la cara, súbitamente presentósele el fantasma, blanco, transparente y como si flotara en el aire. Al Hermano Juan le saltaron entonces los ojos y en un momento de rara resolución, arrojóse sobre el aparecido pronunciando el sagrado nombre de San Francisco de Asís. Y cuando creyó que sus manos darían en el vacío, quedó sorprendido al agarrar miembros humanos. Apretóles entonces con ansia, y ya sin miedo porque repentinamente se le vino la idea que no era nada del otro mundo. El aparecido hizo supremos esfuerzos para desahucarse de las férreas manos que le aprisionaban, pero fué inútil. El Hermano Juan tendido en el suelo, más bien fijaba las

rodillas y agarraba con más impulso los tobillos del que creía que era fantasma. De pronto, oyó una ronca voz que le dijo: Suéltame!

Quien eres y qué haces aquí? le respondió el religioso.

Suéltame y no preguntes más, para que no te suceda nada malo.

Ya me pasó el susto porque veo que eres de carne y hueso!

Mas el aparecido, en un instante cogió al Hermano Juan por la cintura y separóle con increíble vigor, tratando inmediatamente de fugar. El religioso levantóse igualmente con asombrosa presteza y alcanzó a tomarle por un brazo apretándole con poderosa fuerza, a tal punto de impedirle todo movimiento.

Espera! exclamó dolorido el fantasma. Quién eres que tienes tan prodigiosa fuerza? continuó con voz suave.

Soy el Hermano Juan. Y tú?

También soy hermano y llevo el mismo nombre de Juan, continuó.

Pero, cómo . . . ! Y qué te ha movido para que asomes como fantasma?

Escúchame. Cuando era mozo, antes de entrar a esta santa casa tenía como tú músculos potentes y un día . . . Pero antes, dime, guardará el secreto de lo que voy a referirte?

Si no se opone a las reglas de nuestra seráfica Orden, lo guardaré.

Está bien. Oyeme. Pues un día, maté a un hombre. . . !

A un hombre? No puede ser!

Así fue. Tuve una reyerta, e impulsado por mi dignidad herida, lo rechacé con fuerza, junto con otros que me atacaban; cayó contra una pared, se rompió terriblemente el

cráneo y murió. No creí que mi fuerza hubiese sido tanta, que tuviese ese resultado.

Y ese hombre ... era linajudo?

Si, de la flor y nata . . .

Ah! Entonces eres acaso Juan Chiquito.

Ese soy, en efecto. . .

Mi padre! murmuró quedamente el Hermano.

Qué has dicho? preguntó el otro religioso alarmado.

...!

Qué? No hablas?

...!

Te ruego Hermano, contéstame! Ten presente que así amenguarías el dolor de mi alma pecadora! Maté sin quererlo. Me arrepentí de corazón. Y resolví para mi salvación hacer penitencia por el resto de mi vida! Por eso estoy aquí Y mi confesor me dió como penitencia por tiempo indefinido que antes de las avemarías, me esfume en las sombras como un aparecido y salga al campanario a orar contritamente. Así lo hago con toda devoción. Ahora dime lo que tú sabes. Te lo ruego. Aún presiento algo que me une a tí . . . Juan . . dime!

Ya lo dije. Eres mi padre!

Pero es posible?

Si. Mi madre Doña Amelia, que hoy vive dedicada a hacer buenas obras en su hacienda del Valle de los Chillos, me relató varias veces en la tranquilidad de ese campestre retiro, los detalles de aquella involuntaria tragedia, lo que había impedido que realice su matrimonio contigo.

Así fue en efecto.

Y con su maternal amor me enseñó a honrar el nombre de mi padre, y a pedir a Dios por él y por todos los que sufren y necesitan el auxilio divino. Después, el Padre Fran-

cisco que iba a las misiones al retiro de mi madre, inició mi educación con raro afecto.

Desde entonces, sentí que en mi alma crecía con indescriptible dulzura, el anhelo de ser religioso. Pedía todos los días al cielo que ese deseo se haga realidad pronto. Y pedía también, que me hiciera la gracia de saber el rumbo de mi padre y hasta conocerle si fuera posible. Por consejo del Padre Francisco, un día me acerqué amoroso a mi madre y le anuncié que diera su asentimiento para consagrarme a la vida religiosa. Mi madre me escuchó con serenidad y me hizo algunas preguntas para salir de la duda; mas como insistí respetuosamente en mi propósito, levantó su mano y al bendecirme, me dijo: Si es la voluntad divina, que así sea. No pudo sin embargo terminar tan hermosa frase, porque sus ojos lloraron con abundancia. Atrajo con ternura mi cabeza contra su pecho, y sentí que sus lágrimas calientes de amor, rodaban por mi frente y caían. No pude más, y también lloré. Y contraído mi sentimiento de honda gratitud, arrebaté la mano de mi madre para cubrirla de besos y de llanto. Así pasaron largos minutos, hasta que mi madre pudo hablar y decirme: Hijo mío: eres la única ilusión que tengo en esta fugaz existencia, ilusión que hoy la entrego con placer al Creador. No creas hijo mío que lloro porque debes separarte; lloro de contento porque al fin tengo un intermediario íntimo que me ayude a pedir al cielo el perdón de mis culpas. Que Dios te bendiga, hijo mío. Varias semanas después, salí de la hacienda con el Padre Francisco y vine a este santo convento, y sólo aspiro a ser digno Ministro del altar. Y ahora, además, confirmo que todos mis ruegos han sido oídos. He conocido a mi padre. Soy feliz.

No sabes el caudal de emociones profundas que vibran a través de mi corazón. Al fin sé lo que para mí era una insistente duda que martirizaba mi vida religiosa. Siento una

felicidad inexplicable y veo que la bondad divina es infinita. Ahora podré entregarme con todo mi ser, al cumplimiento de mi penitencia y de mis obligaciones sagradas. Tu madre es una santa que ha sabido inculcarte íntimamente su nobleza espiritual, con todos sus generosos sentimientos. Anso que Dios haga que corones tu santa vocación. Pediré que me manden a otra de las casas de nuestra Orden, para que puedas estudiar sin que nada te distraiga. Que nuestro Padre San Francisco de Asís te bendiga y te haga que sigas sus huellas. Adiós, Hermano Juanito.

Amén, contestó lentamente el religioso menor, dejando que se le escapara una lágrima y mirando con las manos metidas en las amplias mangas de su hábito, que su padre desaparecía por las intrincadas graderías del campanario. Un instante después, el reloj de la torre daba las tres de la mañana, y el Hermanito Juan, sonriente ya tocaba las "Ave María", mientras musitaba con enorme complacencia: Dios te salve María llena eres de gracia.



**LA TRADICION
DE LA CASA
No. 1028**

*La casa No. 1028
de la calle Chile,
donde ahora se levanta
el edificio Guerrero.*

En la calle Chile, casi frente a las Escribanías, existe una casa con la arquitectura característica de la época colonial. Lleva el No. 1028 (hoy edificio Guerrero) y ni el transcurso de muchísimos años ni otros fenómenos de la naturaleza, han logrado herir su solidez. Vive allí esa casa anciana en pleno Quito, enseñando todavía el viejo portón remachado con gruesos clavos de artísticas cabezas; sus paredes anchas, el zaguán empedrado a la rústica; los corredores espaciosos y protegidos por gruesos pilares de piedra; el patio y con abundancia de sol como era costumbre en aquellos buenos tiempos. Cuando se la ve por primera vez, tiene algo que atrae la atención, cuando se charla sobre ella con viejos inquilinos, se apodera del que pregunta una curiosidad intensa y hasta rara, porque luego de satisfecha, quedan gravitando en el cerebro remembranzas de aparecidos y de

fantasmas provocadores de sustos y hechos miedosos. Dicen que en las noches de conjunción, se oyen aún pasos lentos que arrastran cadenas; gemidos prolongados como de seres agobiados por agudas dolencias; inclusive el bufido sordo y hueco como de un toro agónico, y otros ruidos extraños venidos de ultratumba. Dicen también que un fuerte temblor, abrió en la fachada una grieta ancha que produjo temores en sus propietarios; pero que poco tiempo después, otro movimiento terráqueo, compuso el desplome y desapareció la grieta, quedando la pared en sitio normal. Estos fenómenos se atribuyen a un hecho espeluznante sucedido en una época perdida en el trayecto de muchísimos años, talvez de siglos.

Los ricos propietarios de la casa

Eran propietarios de aquella casa, Don Ramón N. y doña Isabel N.; descendientes ambos de nobles familias quiteñas, cuyos apellidos no es necesario determinarlos para el objeto de este relato. Poseían varias haciendas cuyos rendimientos les permitía vivir con lujo y riqueza. Pero lo que más apreciaban, era su única hija que la Providencia les había concedido en veinte años de feliz matrimonio. Se llamaba Bella Aurora, coincidiendo su nombre con sus virtudes y su hermosura. Sus padres ponían especial cuidado en que nada le falte, ni tenga la menor contrariedad. Su alcoba estaba arreglada con extraordinario lujo. Cubrían las paredes costosos tapices y cuadros valiosos. En el marco de las puertas y ventanas, colgaban cortinas de finísimos rasos de seda, aborlonados con gruesos cordones de oro. Y luego, sobre la mullida alfombra del piso estaban regados caprichosamente cojines con artísticos y llamativos bordados. Y muebles de caoba de admirable acabado y en fin mucha riqueza por todas partes. En el ropero tenía innumerables

vestidos, que eran frecuentemente renovados por habilísimas costureras. Sus joyas eran verdaderas maravillas de oro y pedrería, talladas por maestros en el arte de orfebrería. De tal manera se habían empeñado Don Ramón y doña Isabel en rodear a su hija de riquezas y comodidades, que si la riqueza es suficiente para hacer feliz a un ser humano, Bella Aurora debía ser mil veces feliz.

Un sueño horrible

Sin embargo, el semblante de Bella Aurora no manifestaba tanta felicidad y con frecuencia más bien, delataba alguna tristeza por ignorados motivos.

Una circunstancia inesperada agravó la intranquilidad inexplicada de Bella Aurora. Una noche que al parecer dormía risueñamente en su alcoba, al dar las doce, despertó sobresaltada, y arrojándose de su lecho, empezó a dar gritos angustiosos, de manera que la numerosa servidumbre acudió presurosa a cerciorarse si no le había ocurrido algún accidente fatal. Y trabajo costó conseguir que la muchacha recobrara su serenidad y al fin hablara refiriendo lo sucedido. Mas sólo aplacó su espanto cuando acudieron a consolarla Don Ramón y su esposa. Entonces pudo hablar con angustioso ánimo. Refirió, pues, que había visto en sueños una opulenta corrida de toros, que se celebraba con delirante entusiasmo y que cuando ella veía tranquilamente las incidencias del popular regocijo, súbitamente un toro negro con frente blanca, que había hecho derroche de ferocidad, se presentó frente al embarradero donde ella estaba, y con voz de trueno le ordenó: Bella Aurora, baja! Y como presa de espanto, se resistiera a obedecerle, la bestia subió fácilmente al tablado, mugió de rabia y luego de romperle su ropaje de seda y sus joyas con su áspera lengua, hundió cruelmente sus afilados cuernos hasta atravesarle el

corazón, arrancándole un terrible grito de dolor, despertándose en ese momento, para llamar a sus sirvientes. La niña contó el sueño tan a lo vivo, que los que la escuchaban, santiguáronse con devoción, mirando luego por todas partes como si temiera que seres extraños invadieran el regio aposento. Inclusive Don Ramón y doña Isabel, no pudieron disimular su preocupación por el raro sueño de su hija. Con todo, la tranquilizaron y para librarle de temores, resolvieron terminar la noche junto a ella, para abrumarla de caricias, mientras aome la luz del nuevo día.

Una gran corrida de toros.

Era un tarde despejada y alegre. La que hoy es Plaza de la Independencia, presentaba un aspecto de fiesta. En los balcones de las casas se había colocado nutridas banderas de diferentes colores. Alrededor de la plaza, se levantaban cómodos tablados con techos de paja y embarrerados cubiertos de costosas telas de seda, flores y guirnaldas. En cada uno de ellos, se habían reunido las familias más distinguidas de la ciudad para mirar las famosas corridas de toros, de las tradicionales fiestas de San Pedro y San Pablo. En pasamanos improvisados, lucían las colchas obsequiadas por las chiquillas de la nobleza. Eran una especie de banderas de raso primorosamente bordadas y cuajadas de monedas de plata y oro, con las que las donantes hacían competencia de lujo y generosidad. Las colocaban fuertemente aseguradas sobre el lomo del toro y se llevaba el diestro que haciendo gala de valor, en un quite emocionante lograra arrancarla, muchas veces exponiendo su vida. En los intersticios de los tablados, estaban las modestas chinganas que a pesar de su modestia, eran de irresistible atracción por los llapingachos, el puerco hornado, el caucara y otros sabrosísimos platos de aceptación popular, que despedían un apetitoso olorcillo,



*El edificio Guerrero,
donde antes se
levantaba la vieja
casa 1028.*

capaz de despertar el gusto más refractario. En una esquina de la plaza, una banda de músicos inflamaba el entusiasmo de numerosos curiosos que no dejaban sitio desocupado esperando la lidia. De pronto, la muchedumbre lanzó un grito que atrajo toda la atención: Allí sale el toro! Y este grito fue repercutiendo en los labios de todos los espectadores ansiosos de emociones. Casi inmediatamente varios hombres del pueblo, con abundante arrojo se lanzaron a los mismos cuernos del terrible cuadrúpedo valientemente con sus amplios ponchos. El animal furioso, raspaba con sus pezuñas la tierra del suelo y luego de mirar ferozmente a sus provocadores, les acometía con ímpetu aterrador, sacudiendo su enorme testuz. Sin embargo, los toreros con habilísimos pases que arrancaban nutridos aplausos, conseguían librarse de las poderosas cornadas, para continuar incitando al inquieto animal. Mientras tanto en un tablado, donde sonaba un llamativo concierto de vihuelas, una niña lujosamente ataviada, no manifestaba tanta alegría como para indicar que era de su agrado la fiesta. Al contrario, su

semblante pálido y sobresaltado delataba un raro disgusto y hasta ciertos temores. Y hablaba sin descanso con su padre que estaba a su diestra, acariciándola con paternal afecto. Era Bella Aurora.

El toro fatal

Tengo temor papá, musitó ella agarrándose del brazo de su padre.

Pero qué puedes temer? El tablero está bien seguro, estás en medio de los tuyos; nuestros sirvientes están con nosotros listos para cualquiera emergencia; pero qué te puedes preocupar? respondió Don Ramón.

Se me ha puesto que tendrá fiel cumplimiento el sueño de aquella noche.

Oh! Hijita mía! Disparates y nada más que eso!.

No papá. Se me figura que ya va a salir a la plaza el toro negro que vi en sueños, y que se precipitará a exterminarme !Por favor, lléveme a casa!

Pero por qué tan nerviosa, hija mía? Serénate y pon atención en la fiesta que está animada como ningún año. Fíjate que bien torear al mulato que se halla en la plaza. Hombre! Y que bravo!

No diga eso papá! No quiero ver! Tengo como un presentimiento que me estruja el corazón! Vamos!

En ese instante los gritos y silbos del pueblo, anunciaron que otro toro se lanzaba a la plaza. En efecto, un toro de piel negrísima y lustrosa, con la frente blanca entró al campo de la lidia, bufando de furia y echando espuma por el hocico. De vez en cuando alzaba su poderosa cornamenta y dirigía sus encendidos ojos por todos los tablados y embarrerados.

Este es el toro! gritó entonces Bella Aurora con los ojos desorbitados de miedo y cayó sin aliento en brazos de su padre, que se apresuró a protegerla. El accidente alarmó visiblemente a los familiares de la muchacha y resolvieron conducirla a su mansión para tranquilizarla. Tan pronto como bella aurora llegó a su casa, acostóse en su regio lecho, para recibir fricciones de colonias y esencias que estimularán la reacción de su decaído sistema nervioso. Mientras tanto, en la plaza el toro continuaba como buscando a alguien en las barreras. Por más que los diestros toreros le provocaban para que embista, metiéndole en el hocico los ponchos de encendidos colores, el animal furioso sacudía su testuz y seguía en su misteriosa búsqueda sin acometer a nadie. De repente, cansado de su rara actitud, saltó con asombro de todos por encima de la barrera u se dirigió apresurado a la casa No. 1028. Llegó y rompiendo la puerta de calle que estaba asegurada con tranca y llave, subió por las gradas de piedra hasta llegar al corredor. Olfateó abriendo sus negras y espumosas narices y luego sin vacilar se encaminó con paso lento a la alcoba de la niña. Bella Aurosa abrió en ese instante los ojos y cuando pálida de terror quiso levantarse para huir, el toro se precipitó sobre ella y hundió ferozmente sus afiladas astas en su delicado cuerpo. Después, salió y desapareció por las calles de Quito, dejando muerta a Bella Aurora, cuya faz aureolada de sedas y armiños, delataba una extraña tristeza, a la que daba un trágico relieve, un hilo de sangre que se escapaba de su corazón yerto, por encima de sus lujosos vestidos y rutilantes joyas.

(LA VENGANZA DEL GALLITO DE LA CATEDRAL



*La torre de la
Catedral, en la
que gira el inquieto
"Gallito"*

Todavía los pocos octogenarios del barrio de Santa Catalina, cuentan las hazañas de Don Ramón Ayala y Sandoval, hombre de recia musculatura, valiente, aficionado a la vihuela, y también a las deliciosas mistelas que hace muchos años elaboraban las manos delicadas de la linda y dulce "Chola Mariana". Pero esto no tuviera nada de raro, si entre las aventuras de Don Ramón, no se hubiera mezclado el gallito de la Catedral, que sobre todo cuando éramos niños, robó tantas veces nuestra admiración y curiosidad y, que aún luce su arrogancia sobre las cúpulas y techumbres coloniales del viejo templo metropolitano. Dicen que Don Ramón, llevaba una vida sujeta a un horario estricto, haciendo honor a sus cuarenta años de soltería. Se levantaba a las seis de la mañana, se ponía un gran poncho de bayeta, cruzaba por varios corredores de su amplia casa solariega, bordeada de tiestos con hermosas flores, y luego se dirigía al patio cercano a la huerta, donde cacareaban las gallinas y

una robusta vaca negra amarrada a una estaca, esperaba pacientemente el ordeño, mientras el ternero hacía vanos esfuerzos por liberarse de la soga que le aprisionaba. Y claro, cuando Don Ramón se presentaba en ese pedazo pintorezco de la heredad, la servidumbre se apresuraba a servirle una escudilla llena de la mejor leche, "la postrera", en la que se había vertido unas cuantas gotas de algún sabroso licor. Después, Don Ramón daba sus órdenes al guasicama, paseaba un poco por el gallinero, el jardín y la huerta, fumando un buen cigarro, para dirigirse luego al comedor y desayunar con un plato repleto de lomo fino asado, papas enteras y un par de huevos fritos, terminando con un taza de exquisito chocolate, pan de huevo y el delicioso queso de Cayambe. Satisfecho su estómago, Don Ramón pasaba a la biblioteca que conservaba más como un recuerdo de sus nobles antepasados, que como un medio para distraer su despreocupado e inquieto espíritu. Allí meditaba en lo agradable de la vida, y en la gratitud que debía a los que supieron dejarle una hacienda saneada y productiva. Y siguiendo su diaria costumbre, mandaba a invitar al maestro de capilla de la Catedral, al señor escribano o a algún linajudo amigo con el que almorzaba en abundancia, charlaba con entusiasmo sobre las debilidades de las familias más encopetadas, despidiéndoles después con inimitable afabilidad. Dedicaba una hora a la siesta, se hacía luego un masaje con agua olorosa, y a las tres de la tarde salía a la calle derramando elegancia y salud. Paso a paso se encaminaba a la Plaza Grande y llegaba al pretil de la Catedral. Entonces se paraba y con gesto desafiante, miraba al gallito de las cúpulas exclamando con despectiva sonrisa: Qué gallito! Qué disparate de gallito! Y seguía su camino por la bajada de Santa Catalina hasta la casa de la Chola Mariana, en donde entraba, porque en ese tiempo era muy concurrida por los señoritos que gustaban tomar buenos licores. Pero a más de esto, añaden los viejos

relatantes que Don Ramón era uno de los más asiduos admiradores de la "chola", cuya belleza provocaba la envidia de muchas hermosas de la aristocracia.

El sol bañaba de luz la blanca fachada de la casa de la bella del pueblo, hasta cuando las campanas de las iglesias cercanas daban el primer repique llamando a los devotos para las plegarias de la tarde. Casi al instante, todos los días con rarísimas excepciones, una voz de trueno salía de aquella casa, de manera que los tranquilos vecinos que pasaban, se detenían para averiguar lo acontecido. El que se crea hombre, que se pare enfrente! Cascajo!! Que para mí no hay gallitos que valgan! Ni el de la Catedral! Ni el de la Catedral!!! Era Don Ramón que había saboreado en exceso las deliciosas mistelas de la atractiva "Chola Mariana". El noble descendiente salía del grato refugio con los carrillos encendidos de color, y echando palabrotas sin medida. Mas cuando arreciaba su coraje, era cuando llegaba al pretil de la Catedral y divisiva al gallito con la cresta erguida y en actitud de pegar picotazos al primero que lo mentara. Don Ramón no podía soportar que haya un gallo que le superara en coraje, y originaba el más tremendo de los escándalos. Había mujeres amantes de la oración, que al escuchar las palabrotas de Don Ramón, se santiguaban con temor y huían como si vieran al mismo diablo. Era preciso que el sacristán de la Catedral, abandone sus servicios religiosos y salga apresurado a calmar a su encumbrado amigo. Y en realidad, era el único que el convencía y le alejaba del sagrado lugar.

Esto pasaba todos los días. En vano un respetable político primo de Don Ramón, le suplicaba para que se modere y evite los repetidos escándalos; en vano el sacristán, el escribano y otros de sus íntimos amigos le rogaban que deje sus bravatas contra el gallo de la Catedral, porque cometía



Una vista de una cúpula de la Catedral, donde está el gallito de la tradición.

una ridiculez que excitaba la risa de los vecinos; en vano un encargado de la Curia le llamó la atención para que entre por el camino del arrepentimiento. Hasta una monjita de Santa Catalina, prima suya, intervino con sus súplicas para que cambie de vida y repare sus faltas. Pero no hubo remedio, pues para Don Ramón eran irresistibles las mistelas de la Chola Mariana, y consideraba su peor enemigo al gallo de la Catedral. Mas sucedió una vez, que Don Ramón había tomado más de lo ordinario, de modo que al regreso a su casa como de costumbre, con todo su valor en la cabeza, dió las ocho de la noche cuando estuvo en el pretil de la Catedral. A la luz de los faroles colgados de las altas paredes del templo, vio entonces que de las anchas columnas del centro, salió erguido como siempre el gallito amarillo de las cúpulas; pero a medida que avanzaba iba creciendo extraordinariamente de tamaño. Hasta que cuando estuvo bastante cerca, y Don Ramón se disponía a gritarle, "para mí no hay

gallos que valgan! Ni el de la Catedral!, se le atragantaron las palabras, porque el gallo alzó su enorme pata y rasgó con su espada las piernas del noble, que cayó secamente al suelo. Luego levantó airado el pico y sentó un feroz golpe en la cabeza, haciéndole ver un mundo de centellas. Horrorizado Don Ramón, pesó la tristísima situación en que se encontraba, y no tuvo empacho en suplicar al furioso animal que le perdonara todas las ofensas. Su asombro creció todavía, cuando el gallo abriendo el descomunal pico, pronunció con voz ronca estas terminantes frases: Me prometes que no volverás a beber las mistelas de la Chola Mariana, ni ninguna otra? Lo prometo!, exclamó como queja el varón. Prometes no lanzar injurias contra el gallo de la Catedral, ni contra ningún ser humano? Lo prometo! Jamás volveré a tomar ni agua, menos licor! Ni volveré a decir esta boca es mía!

En ese momento el gallo juntó con esbeltez ambas patas y alzando ceremoniosamente el pico, dijo: Levántate pobre mortal, y ten cuidado que si vuelves a tus faltas, en este mismo lugar de esperare para dar fin a tu vida, después de sufrir el castigo que merezcas! Levántate y vete! Después desapareció y no se supo el misterio del espeluznante acontecimiento. Aunque muchos decían que el autor del encantamiento había sido el sacristán de acuerdo con el escribano, algunas devotas de la Catedral, daban por cierto que era obra de los espíritus del otro mundo. La verdad es que Don Ramón llevó en adelante vida de recato, y no volvió a probar ni gota de aguardiente. Ni siquiera de las inocentes mistelas. Sinembargo, un día se le antojó pasar por frente a la casa de Chola Mariana; nada más que pasar. En efecto, cumplió su deseo, y al mirar desde afuera los llamativos colores de las mistelas colocadas sobre una mesa, casi se animó a entrar; pero su fuerza de carácter y el recuerdo de la picada del gallo le detuvieron. Casualmente, se encontró con su amigo, el escribano. Hombre!, le dijo al estrecharle entre

sus brazos. Usted Don Ramón ahora sí merece un premio, porque ha sabido salir por la dignidad de su nombre, y dejar para siempre el vicio de las mistelas. Ya iré a su casa y sabrá el premio que le hemos alcanzado sus amigos! Y se despidió Don Ramón quedóse pensativo, y aquello del premio le hizo reflexionar. El premio! exclamó después de de monologar un momento. El premio es bien merecido! He probado a la sociedad lo que puede un hombre de la integridad de un Ayala! He probado que donde un Ayala promete una cosa, la cumple al pie de la letra! Y en fin, he probado que soy todo un hombre! De veras que merezco un premio! Qué carambas!, continuó Don Ramón. El mejor premio será una copita de mistela. Nada más que una sola! Y luego de divagar un instante, entró resueltamente donde la "chola" y se quedó. Y al toque de la oración, la figura de Don Ramón volvió a destacarse en el pretil de la Catedral, y su voz tonante volvió también a decir: El que se crea más hombre, que se pare enfrente! Para mí no hay gallitos que valgan! Ni el de la Catedral! Cascajo! Ni el de la Catedral!!

Estaba probado: Don Ramón no tenía remedio!



Iglesia y parque de Calderón, población cercana a Quito, por donde se va a Oyacoto.

LA LEYENDA DEL POGYO DE OYACOTO

No muy lejos de Quito, apenas a dieciséis kilómetros al norte, se levanta Calderón, un pueblito sencillo con dos hileras de casitas blanqueadas que bordean la carretera. Detrás de cada una de ellas, hay un pequeño huerto donde florecen la manzanilla, el culantro, el toronjil y otras hierbas campestres que sirven para la medicina casera, y para el condimento de los platos frugales. Hay además pedacitos de tierra rodeados de tapia, donde robustas matitas de ají, van salpicando de rojo el yerbal, y se alzan lozanos los naranjos y los duraznos, o donde los mandarinos enanos esconden entre sus amarillentas hojas los frutos que han llenado de almíbar el sol templado y las escasas lluvias invernales. Por el camino y las callejuelas que cruzan las pequeñas heredades, transitan continuamente las sencillas gentes que van con sus azadones a desyerbar los maizales, o las longas donosas que cargadas sus mantas se dirigen a las naves de

agua, o los musculados indios negociantes de carrizos y de aves de corral. Y se ve a medio día los bueyes de arado que a paso lento se encaminan a los bebederos, acompañados de los burros de carga que cabizbajos parece que piensan en las rudas faenas diarias. Pero hay también cerca de ese bello poblado serrano, una hondonada extensa donde están diseminadas numerosas casitas de paja que constantemente humean a la sombra de los algarrobos, y en cuyas laderas se enchaparran las achupallas, los guarangos, los cabuyos y los chilcales, hasta llegar a una vertiente de agua cristalina, que después de aplacar la sed de los indígenas de esa comarca, deja que sus remanentes corran por una profunda quebrada hasta el caudaloso río Guayllabamba. En una de aquellas casitas que tenía un limitado patio rodeado de frondosos higuerrillos, vivía la María, hija única del Manuel Lincango, y de la Dionisia Simbaña. Era un hermoso retoño que apenas había pasado quince veranos en su vida, y ya poseía todos los encantos de aquella raza aborigen noble y leal, cuya sangre roja constituye el orgullo máspreciado de los auténticos ecuatorianos. A poca distancia de la casita de la María, estaba la del longo Manuel Tatayo, vástago así mismo de otra distinguida familia indígena. Ella y él habían crecido en el mismo valle, juntándose casi todos los días para las faenas que su condición libre les imponía. Adolescentes aún, ambos iban por las laderas pastoreando las cabras de sus rediles; juntos se protegían de los soles fuertes bajo la sombra de los cabuyos de una zanja o de un copudo algarrobo. Y cuando llegaba el mes de marzo y los guabos estaban cargados de sazonados frutos, él escogía un árbol de machetonas y trepándose con destreza, arrancaba las vainas más atractivas para ofrecerlas a la María que graciosamente las recogía en su tucuyo de Otavalo. Y apenas empezaba la mañana, entre obscuro y claro, el Manuel dejaba el abrigo de su lecho de pieles de cordero, y corría a la casa de

la María a pedir candela para calentar el desayuno. Y no eran raros los días en que mientras las cabras pacían en los chaparros, ambos jugaban haciendo fogones con los cangaguas y tostanto en un pedazo de tiesto las guanllas de maíz que llevaban. Pasaron así dos años, hasta cuando el Manuel y la María palparon que su amistad ingenua y casi infantil, iba trocándose en un sentimiento delicado que llegaba hasta lo más íntimo del corazón y sin embargo temían enojarse mutuamente y ocasionar su separación. Pero sucedió que una tarde cuando las yuntas estaban amarradas en las estacas de las majadas, cuando las cabras y borregos descansaban echados en la arena, rumiando las provisiones del pastoreo, el Manuel sintió irresistible deseo de hablar a la María. Subió entonces al soberado de su casa, cogió la guitarra regalo de su padrino, un viejo blanco de Calderón, y se dirigió casi al obscurecer a la vivienda de los Lincangos. Cuando hubo llegado, se situó detrás de una zanja de cabuyos hegros, escudriñó si la casa estaba con luz y sonriendo exclamó en la dulce lengua de nuestros antepasados: Caibi tian! Aquí está! Y luego tomando la guitarra en sus callosas manos, cantó tiernamente todo el cariño de su corazón apasionado. Al cabo de un momento, la María cobijada con gallardía un rebozo obscuro se presentó en un portillo de la zanja y con voz suave e insinuante preguntó a Manuel:

Para qué viniste?

Para verte, Mariacu, contestó cariñoso el longo.

No sabís que taita está enfermo?

Desde domingo tarde.

Tal vez rodó en quebrada?

No, Mariacu, y desde cuándo está así taita Manuel?

No, sino que los compadres dieron demás guarango.

Ah! Entonces ga no es nada.

Pero es que tengo que cuidar a taita para que no pegue a máma.

Y por eso no váis a cuidar la quincha?
Sí, por eso. Pero mañana iré.
Y si aura noche viene lobo y se lleva a tu guagchita?
Vos tenís que cuidar mi redil con el perro negro.
Y has de llevar bastante cucayo?
Si Manelito.
Qué cucayo has de llevar?
Tostado de maíz blanco con alverjas.
Bueno Mariaquito, yo quiero decirte una cosa.
Qué querís Manelito?
No enojarás Mariacu, pero quisiera que seas mi guarra,
mi mujer.
Pero si tu taita no quiere?
No, él sí quiere y el tuyo?
El otro día después del corte de cebada, taita me dijo
llegando a casa: Ve Mariacu, vos mucho estás juntado con
longo Manuel. Vos querís al longo?
Y vos qué contestaste?
Yo le dije a taita que sí quiero.
Y entonces ga qué respondió?
Primero hay que traer al longo para ver si es en trato de
matrimonio. Si es así, longo entrará en mi casa. Si no ga,
fuera de aquí mandaré más que sea con garrote.
Cierto, dijo así mi suegro?
Si, así dijo.
Entonces, ga mañana denoche vengo con mi taita para
hablar.
Vos querís?
Sí Manelito.
Y después de dialogar por un largo rato, el longo Ma-
nuel estrechó amorosamente la mano de la María, cruzando
luego los maizales en flor, en tanto silbaba una tonada me-
lancólica como el gemido de una bocina, denotando así el
contento de su alma enamorada.

A la noche siguiente, a la hora de la cena, el taita y el longo Manuel provistos del mejor aguardiente que encontraron en la consignación del pueblo, fueron al pedido de la María, y después de los brindis rituales, los padres de los novios convinieron en que las bodas se harían dentro de dos semanas, y que el domingo siguiente irían al convento parroquial para arreglar el matrimonio con taita Cura y el Teniente Político. Y como dando un sentimiento que no admitía la duda del compromiso, Taita Manuel Lincango dijo a su futuro yerno que tenía libertad para acompañar a la María en los trabajos propios del campo.

La mañana brillaba sin nubes en el horizonte. En la calle principal de Calderón, subían y bajaban diversidad de gentes que acudían a la feria. Ya eran las fruteras de Guayllabamba arriando los burros cargados de canastos de zuro conteniendo los aguacates, las chirimoyas, la yuca, el ají y los productos de su valle, ya eran los indios de Llano Grande que se esmeraban en que sus paisanos les oigan hablar un castellano que se aproximaba al legítimo; ya los que habitaban en la profunda comarca de Oyacoto, con sus llamativos capisayós y sujetas al cinto multicolores fajas tejidas en Nayón; ya los agricultores de Chinguiltina con sus ponchos de Otavalo y sus vestidos de casinete nuevo; ya las mujeres campesinas con sus pañolones de colores claros con flecos largos y entretejidos, y de vez en cuando, como una nota que desarmonizaba el paisaje típicamente pintoresco, los automóviles que cruzaban veloces espantando a los largos chiquitos y haciendo ladrar de rabia a los perros guardadores de las casas. En la plaza había hileras de vendedoras que atraían a las caseras y formaban una multitud abigarrada, que regateaba la compra en el cadencioso quichua o con el idioma de los que nos conquistaron. Y al fondo de este conjunto policromado, se destacaba la iglesia parroquial con sus dos torres en las que se sostenían varias campanas

para llamar a los devotos feligreses, mientras a un lado, en la tienda de un edificio nuevo, una banderita tricolor izada en un carrizo largo, señalaba que allí funcionaba la Tenencia Política. Cerca de una guayllabambeña que exhibían las mejores chirimoyas, había una pareja indígena que sobresalía por sus nobles facciones y por sus vestidos nítidos y limpios. El con su sombrero blanco de lana, con su capisayo rojo rayado de verde y morado, con su camisa floja y anchos calzones de lienzo, ribeteados de arabescas puntadas, arrebosado el cuello con una macana también y calzando alpargatas de capellada de pabilo y suela de cabuya; y ella de hermosura rara, ceñida la cabeza con un tucuyo adornado el filo con lanillas de colores, con brillantes guaschcas de mullos dorados y monedas coloniales en la garganta, con una camisa bordada de rosa por las costureras de Santa Clara de Quito, alhajadas sus manos con anillos de metal amarillo y piedras azules y rojas, con manillas de coral y vistiendo con elegancia un anacu de bayetilla azul oscuro. Eran el Manuel y la María que andaban recorriendo la feria, hasta que llegue la hora de la audiencia de taita Cura.

Querís esta chirimoya Mariacu?, preguntó el longo Manuel pasando la mano por un pañuelo colorado sujeto a la cintura, en el que tenía amarrado los ahorros de la semana.

Damé pes, respondió la María con cierta coquetería.

Y en tanto el Manuel pagaba la fruta y la saboreaba con delicia, continuaba el longo: Y querís ir donde comadre Eva para comer caucara y tortillas?

Vamos pes, respondía ella que más hablaba con sus miradas ardientes de pasión.

Y luego la pareja siguió conversando y riendo por todos los rincones de la plaza, anhelando saber el día en que debían coger el lazo nupcial que les presentaría el sacristán.

Y cuando se encaminaban calle arriba a donde la comadre Josefina, que hacía el champús más rico del pueblo, de una casa les llamó una voz gruesa: Ve Manuel! Oite luegoito,, que quiero hablar con vos! Traile no más a la María también! Era el amo Leonidas, el padrino del longo Manuel, que sentado tranquilamente en el corredor de su casa, comía un aguacate de cáscara negra, mientras un perrito juguetaba con los cordones de cuero de sus pesados zapatos. El Manuel y la María, saludaron con filial respeto y se acercaron con las cabezas descubiertas. El padrino era un viejo chagra pegado a los terrenos, a sus indios, a sus trojes y a la chicha dominguera. Por más que sus hijos que habían estudiado y permanecían en Quito querían que salga a la vida de la ciudad, él continuaba su labor de chacarero, rodeando las sementeras, haciendo uncir las yuntas para las aradas o las chigtas, o siguiendo a paso lento a la peonada en las cosechas y trillas, y sólo los días de fiesta, por la mañana, se



divertía jugando a la pelota de guante, o apostando en las peleas de gallos, y en las tardes recibía en el corredor de su casa a sus compadres y ahijados, frente a un azafate repleto de chicha de jora, en tanto hablaban de los casamientos, de las mingas y de las más recias hazañas campestres.

Entren y siéntensen, indicó el amo Leonidas en tono campechano.

Diosolopay achitaita, contestó el Manuel, al mismo tiempo que se sentaba en un poyo de ladrillo, María imitó también esta actitud, pero lo hizo sólo sobre el suelo.

Con que van ustedes a casar no?, preguntó el padrino. Ari Achitaita, contesto el longo.

Ya fui con tus taiticos, mis compadres, y con los de la María, para hablar con Taita Cura y amo Teniente Político, y como voy a ser padrino ya pagué los derechos para que se casen de hoy en quince, civil y eclesiástico, el mismo día. Después, ya hablé con mi compadre para que vos vayas de jardinero a la Legación de México. Ahí el Mayordomo es mi amigo y el otro día me recomendó que le viera un guambra honrado, como vos, para que cuide el jardín y nada más. Pagan buen sueldo y la comida es amo micuna; pero oirás lo que te voy a decir longo de un cuerno! Vos sois mi ahijado y tengo derecho a jalarte las orejas cuando no te portes bien! Bueno, primero tomá un pilche de chicha. Y luego de que el Manuel y la María tomaron la refrescante bebida, el amo Leonidas prosiguió: Cuando vayas a la Legación ahí les gusta que sus sirvientes se vistan bien, y a vos te han de poner buena ropa, y para los domingos te han de dar hasta terno de casimir. Ya pasando algún tiempito en Quito, ya no te ha de gustar que te digan longo o indio, queriendo pasar por blanco. No serás tan tonto longuito mío! Tenés que ser como tu padrino! Tené siempre presente que la

sangre india es lo mejor que tenemos, y yo mismo cuánto diera por tener pura la sangre tuya; pero desgraciadamente los blancos que vinieron por este país, nos quitaron todo y hasta dejaron revuelta nuestra raza. Les oigo no más somos descendientes de españoles. . . españoles! Qué españoles ni qué diablos preñados!! Allá ellos en España con su sangre azul, que aquí los ecuatorianos estamos orgullosos de nuestra sangre india, roja, como el fuego de nuestros volcanes! Al que te diga indio, extendele la mano de amigo y agradecele. Y pobre de vos donde trates mal a la María! No me ha de faltar un garrote para romperte la cabeza. Y a tus suegros y a tus taitas mucho respeto! Oíste?

Si Achitaita, contestó el longo, humildemente.

Bueno, ahora vayan a buscar a mis compadres que quedaron donde el amo Teniente Político y deciles que aquí han de almorzar una masamorrita. Vayan no mas: pero no se demoren en regresar. Tomá pes la chichita, continuó el amo Leonidas brindando a sus ahijados el último mate de chicha.

Faltaban tres días para que se realice el matrimonio. En las casas del longo Manuel y de la María, se hacían los últimos preparativos para las bodas. El mote estaba ya pelado, los cuyes y las gallinas listos para los medianos, las jochas habían provisto de las papas, del arroz de castilla y del chocolate que debía cocinarse con cauca de morocho. En los soberados habían muchas botellas de aguardiente regaladas por el amo Leonidas, y la jora se molía sin descanso para que la chicha no falte durante los ocho días del festejo. El Manuel y la María habían acarreado agua del pogyo desde la madrugada; sin embargo, los pondos todavía no estaban

lentos y había necesidad de algunos viajes más. El Manuel cargó su malta, pero antes de dirigirse a la quebrada por agua, se puso sobre el tronco de cabuyo botado en el patio y gritó a su amada. Ella salió enseguida y con el tucuyo le hizo una seña indicándole que le había comprendido y que adelantara. Al cabo de un momento, la María también con su malta, en las espaldas y con el puschcanaguango en una mano, iba hilando con maravillosa ligereza por un chaquiñán de la ladera. Al bajar por un recodo, la longa se acercó a una gran mata de cabuyo negro, llevó la mano casi a su asiento y quitó una piedra que servía de tapa de un hueco ovalado, en cuyo fondo estaba lleno el líquido del cabuyo; tomó entonces un sigse y complacida absorbió lentamente el jugo. Era el chaguarmishque, la bebida predilecta de nuestros paisanos indígenas. Un instante después el Manuel bajaba corriendo, saltan por encima de las cangaguas desprendidas de la peña, parándose cuando estuvo junto a la María.

Te has demorado Manelito, dijo ella afectuosamente. Cierto es Mariacu; pero fue por esperar este tostadito de manteca que te traigo.

Vos tostaste?

No Mariacu, hizo mi máma.

Querís descansar un ratito para que pruebes mi cuca-
yu?, dijo el longo sentándose en un poyo con su amada.

Bueno Manelito, contesto dulcemente ella.

Te gusta esta fritadita?

Si Manelito y mataste puerco?

Un puerquito parejito no más Mariaquito.

Y acabaron de chichar en tu llagta?

Todavía falta un pondo. Y vos?

A mi tan. Y ya mandasta a ribetear tu poncho para el casamiento?

Ari Mariacu; ya está todo listo. Y te gustó el anacu de

bayetilla que te mandé con tu máma?

Si Manelito, y las guashcas, y la camisa tan.

Iban a seguir la sencilla conversación, cuando empezaron a caer algunas gotas de lluvia. En el cielo habían nubes negras que anunciaban que la tempestad estaba próxima a desencadenarse. El Manuel entonces se levantó y alzó la mirada hacia el Oriente, y dijo:

Cuando viene por este lado siempre el aguacero va al pogyo.

Buscaremos donde escampar, insinuó la María.

Caminá, vamos a esa cueva, indicó el longo dirigiéndose a una concavidad de la peña donde había seguro refugio contra la lluvia.

Las nubes iban tornándose más oscuras, las gotas que caían eran gruesas, los relámpagos y truenos arreciaban a cada momento y en un instante la lluvia se desató copiosamente. Por las laderas bajaban torrentes de agua, arrastrando lo que encontraban a su paso, y el aluvión corría por la quebrada con hórrido sonido. Pero la tempestad fue benigna y no demoró en dispersarse, y al cabo de algunos minutos, se aclaró el espacio, quedando como huellas de la lluvia un suelo arrasado y las plantas mojadas. El Manuel y la María salieron entonces de la cueva, y después de consultar con su mirada la atmósfera, murmuró el longo: Ladera está resbalosa. Mejor regresemos a casa para madrugar mañana.

No, respondió ella. Mañana tengo que cocinar el mote. Vamos ahora mismo despacito no más.

Y con ánimo resuelto, la María adelantó por el chaquiñán con extremado cuidado. Caminaron así unos cuantos pasos, pero al llegar a una cangagua gredosa, la María quiso evitar una pequeña cocha y al dar un largo salto pisó en falso y perdió el equilibrio. Intentó agarrarse de unas ramas que toparon en sus manos, como una esperanza para salvarse, pero fue en vano. El Manuel desesperado y con los ojos desor-

bitados, trato de acudir en socorro de su prometida y gritó con todas las fuerzas de sus pulmones: Schuyay Mariacu!! Espera!! Y en un rato de angustia suprema se precipitó también en el resbalo. Tocó el brazo de la María y ya le prendía con sus dedos para salvarla, pero las ramas cedieron y los cuerpos de los jóvenes amantes fueron dando tumbos en el abismo.

Junto, al pogyo, en un pequeño plano donde habían crecido sinnúmero de aromáticas florecillas silvestres, yacían sin movimiento el Manuel y la María. Por una extraña casualidad, se habían entrelazado sus manos y en sus rostros bronceados no se descubrían señales de tragedia, sino más bien invariables sonrisas de cariño. Y aún parecía que él, con un gesto noble e insinuante, invitaba a su amada a ponerse de rodillas, como si estuviera frente a la cadena nupcial. Y dicen los que todavía madrugan por agua al pogyo de Oyacoto, que en las altas horas de la noche, se ve a los enamorados, hincados sobre la peña de la viertiente, recibiendo de un anciano sacerdote la unción matrimonial, mientras a un lado, un Inca apuesto, luciendo su plumajín y vestido de gala, extiende paternalmente sus brazos, para llevarlos a la celestial mansión de sus regios antepasados.

LA FUERZA DE LA OPINION PUBLICA

Por allá en el año de 1883, en la población de Guano residía el ciudadano colombiano don Manuel Sarasti, padre del entonces Coronel don José María Sarasti, militar que miraba con disgusto los actos autoritarios del dictador, General don Ignacio de Veintimilla. Esta circunstancia le hizo concebir la idea de una sublevación armada para derrotar a su gobierno, e inmediatamente se puso a conquistar hombres para su empresa revolucionaria, alcanzando a reunir sesenta voluntarios entre las provincias del Chimborazo y Tungurahua. Con esta escasa tropa se puso en marcha desde Guano al pueblito de Quero, con el ánimo de seguir engrosando sus filas en el trayecto. Pero el General Veintimilla que tuvo noticias oportunas de la revuelta, al instante mandó sus tropas bien armadas y en número mayor, alcanzando a los revolucionarios en las pampas de Huachi, y dándoles una desastrosa derrota, de modo que hasta el Coronel Sarasti tuvo que salvar el bulto sufriendo sinnúmero de molestias y peligros. Y una noche que ventajosamente estaba clara por la luna llena, en la casa de don Manuel Sarasti ladraron los perros con insistencia, indicando que había gente extraña que trataba de entrar. Era el Coronel Sarasti con un leal servidor, que llegaban cautelosamente en busca de albergue seguro. Don Manuel se sorprendió de ver a su hijo con el rostro pálido, las botas llenas de barro y un poncho ordinario que sin duda no era el suyo. Comprendió el desastre sucedido y en tono sereno le preguntó:

Qué te pasa que regresas de ese modo?

Nos derrotaron en Huachi, contesto secamente el Coronel.

Pero eso no puede ser!
Y sin embargo fue.
Y dime, cómo anda la opinión pública?
Ah! La opinión pública es completamente adversa a
Veintimilla.

Entonces no estás derrotado, porque la opinión pública más un soldado, te darán el triunfo. De manera que no te desalientes. Vuelve a la empresa, busca nuevos hombres y lánzate con firmeza a derrocar al dictador.

Tiene Ud. razón papá. Haré lo que me indica, respondió el militar, pero desde mañana, que ahora quiero descansar.

Así lo hizo en efecto. Desde el día siguiente se dió a recorrer de pueblo en pueblo. Convince al uno, anima al otro, lo cierto es que reunió ochenta hombres, de aquí y de allá. Y otra vez se encaminó a Quero, convencido de que

*Otra vista
de la Cruz del Atrio
de la Catedral.*



los pueblos circunvecinos le ayudarían, porque igualmente mantenían antipatía a la dictadura de Veintimilla. Y en la mañana de un domingo, era de verse a los soldados del Coronel en una esquina de la plaza de Quero, acomodándose las ruanas y los alpargates y echando la última limpieza a los viejos fusiles que después de diligentes gestiones habían conseguido. Y había que ver también al Coronel Sarasti, Jefe de la revolución, ajustándose el guante claveteado para sostener una mesa de pelota de caucho con sus hombres, sin más fin que ganar su confianza, y distraerlos hasta que la tropa vaya aumentando con otros voluntarios. No faltó ni la copa de "puro" que los pobladores que simpatizaban con la revuelta, obsequiaron a los que iban a derrocar al dictador.

Coincidió que por aquel tiempo, don Pepe Veintimilla, se levantaba también en armas en la ciudad de Guayaquil, obligando a que el gobierno enviara setecientos hombres bien equipados, con abundante parque y artillería, al mando del Coronel Goyo, el negro de confianza del General Veintimilla. Y sucedió que mientras el Coronel Sarasti jugaba a la pelota en la plaza de Quero, a poca distancia de allí Goyo avanzaba con su tropa por la carretera hacia la quebrada de Querocnaca, tomando informaciones de todos los que encontraba en el camino. Casi por ese mismo lugar encontró a una señora Holguín, ilustre dama propietaria de la Hacienda "Mocha", que iba con dirección a Quito rodeada de un séquito de mayordomos y sirvientes, cabalgando en magníficos mulares que portaban además sendas alforjas, como se acostumbraba en aquella época en que no existían autos, ni el ferrocarril ni otros medios para viajar con rapidez, como los que disponemos actualmente. Cuando el jefe gobiernista estuvo frente a la distinguida viajera, le saludó cortésmente y le preguntó: Pudiera decirme señora, de donde viene Ud?

Yo vengo de mi hacienda de Mocha, contestó con serenidad la señora.

Y no ha encontrado a los revolucionarios?

Pues no. Solamente vengo viendo unos hombres que juegan a pelota en la Plaza de Quero, y me parece que nada tienen de revolucionarios.

De modo que podemos seguir sin ninguna cautela?

Tan es así, que yo que soy mujer también voy tranquilamente.

Muchas gracias señora, contestó agradecido el jefe, continuando su camino.

De este modo, la señora Holguín, que estaba de acuerdo con la opinión pública que anhelaba la caída de la dictadura de Veintimilla, engañó admirablemente al Coronel Gojo que continuó con sus fuerzas ya sin ningún cuidado, pues no podía ni siquiera imaginarse que una dama respetable le hubiera dado una información fuera de la realidad. Al acercarse el militar al lado norte de la profunda quebrada de Querochaca, una viejecita que por el lado opuesta bajaba por agua halando sus chamelas, divisó a las tropas de Gobierno y sin pérdida de tiempo dejó allí sus trastos, se levantó los bolsicones y se regresó lo más aprisa que pudo y apenas estuvo en la plaza de Quero gritó: Coronel José María!! Ya vienen los cachudos! El Coronel Sarasti al oír el grito suspendió el juego y llamó a la mujer para que le explicara con más detenimiento. A los cachudos dice Ud. que ha visto? le preguntó el Coronel cuando la viejecita se acercó.

Si Coronel José María! Y vienen con bastante tropa, replicó la aldeana muy preocupada.

Los cachudos los llamaban en ese tiempo a los soldados de Gobierno, por la punta cónica del casco que usaban y la noticia confirmaba que el General Veintimilla tal vez tenía los hilos de la conspiración. El Coronel Sarasti, sin embargo, quiso cerciorarse con sus propios ojos, si la viejecita no

se había equivocado, e inmediatamente fue con ella a un lugar apropiado para observar. Ya ve Ud. Coronel José María? murmuró la mujercita indicando el camino por donde levantando enorme polvareda se divisaba las tropas del Coronel Goyo.

En efecto, son tropas del Gobierno, replicó el militar revolucionario.

Y ahora que hacemos? preguntó la mujer interesándose del asunto como cosa propia.

Qué hacemos? Pues atacarlos! contesto Sarasti.

Pero Coronel José María, si los nuestros son muy pocos!

De manera que ustedes no me ayudarán?

Eso sí Coronel; en todo lo que se pueda. Ya sabe que todos estamos con usted.

El Coronel Sarasti, animado otra vez de la opinión pública reflejada en las palabras de esta humilde viejecita, tomó de inmediato una resolución, regresó donde sus soldados y les dijo: Muchachos! Esta es la ocasión que esperábamos para aprovisionarnos de armas. El enemigo las trae en gran cantidad, y si atacamos con el valor que espero de ustedes, el triunfo será nuestro y pronto podremos ir a cantar victoria en la Capital de la República! Muchachos! abajo los cachudos! Abajo la dictadura de Veintimilla!!

Y todos los hombres y mujeres que estaban congregados en la plaza, que eran ya numerosos, entonaron un solo grito firme y decidido: Abajo!! Viva Sarasti!! Y enseñaron en sus rostros el ansia del combate. Luego el Coronel llamó a los que había conferido grados militares y les explicó su plan de ataque. Muchachos! les dijo! Ustedes saben que la quebrada de Querochaca forma una hondonada profunda. Pues bien, nosotros vamos a dividir nuestras tropas en dos partes. La una irá con fulano y sutano al otro lado de la quebrada; y la otra, quedará conmigo, en este lado, y cuan-

do los cachudos estén abajo en el puente, a una señal que yo les dé, rompan los fuegos por ambos lados, y les aseguro que no habrá bicho que resista! Estamos listos muchachos?

Si mi Coronel. Estamos resueltos! contestaron los dirigentes revolucionarios, asegurando sus fusiles y sus ponchos y disponiéndose a encaminarse al lugar de combate.

Goyo que efectivamente ignoraba estos preparativos bélicos, porque los informes que le habían suministrado eran falsos, entró confiado en la quebrada junto con los seiscientos hombres y el paque destinado a sofocar la rebelión de Guayaquil; mas cuando llegó al puente, quedó en verdad turbado de sorpresa cuando oyó un poderoso grito de "Abajo Veintimilla" y al mismo tiempo una horrorosa descarga de fusilería. Sus tropas se dieron rápida cuenta de que estaban cogidos a dos fuegos, metidos en un cañón imposible de escapar y fue difícil impedir que se desmoralizaran, agregándose la circunstancia de que creyeron que se trataba de un enemigo superior que se hallaba oculto en los matorrales. En vano el Coronel Goyo gritaba a sus tenientes y a sus clases, increpándoles por su cobardía y urgiéndoles a repeler el ataque; en vano les amenazó con fusilarles a todos los que intenten rendirse; mas todo fue inútil y al cabo de pocos minutos, los soldados de Goyo arrojaban las armas y se rendían incondicionalmente a los pocos bravos de Sarasti, que más que armamento tuvo el apoyo de ala opinión pública. Animado con esta victoria y con el armamento capturado a los cachudos, el Coronel Sarasti que poco después fue General, engrosó notablemente sus filas, y así enseguida hizo su entrada asimismo triunfal en Ambato, y el 10 de enero de 1883, abatía definitivamente a las fuerzas gobiernistas en Quito, derrocando al dictador Capitán General Don Ignacio de Veintimilla.



UNA LEYENDA RECOGIDA EN EL BARRIO DE SAN DIEGO

*La Cruz del patio
de San Diego*

Aprovechamos una tarde vacante conociendo el barrio Chimborazo que se ha formado detrás de San Diego porque Quito se ha extendido tanto en estos últimos tiempos, que en verdad no sólo hay rincones sino extensos sectores de conocer, a pesar de que se resida en la ciudad; pero el crudo invierno de este año, casi siempre es un inconveniente para los que no tenemos más que los pies para gozar de un corto paseo. Así fue aquella tarde, que cuando mirábamos detenidamente sinnúmero de casitas que con sus tejados nuevos, sus jardincillos, sus arbolitos de capulí y sus huertos, formaban bellos paisajes de caprichoso colorido campestre en las puertas mismas de la Capital, se encapotó el cielo y la lluvia se desencadenó súbitamente. Apenas hubo tiempo para guare-

cernos en la humilde habitación de una viejecita que vive en una calle, a poca distancia del Convento de las Franciscanas. Entre señor, nos dijo la mujer, acomodando un rústico banco sobre el que puso doblado un pañolón. Entre señor y esca-mpe. Estos aguaceros que no nos dan tiempo para nada. Y con lo que por aquí no pasan ni los carros . . . vamos al centro por alguna comprita y regresamos hecho sopa! Así es señor. Pero me perdona que voy a seguir quemando el fogón, porque ya ha sido tardesito, y yo entretenida con la vecina de aquí al lado, ni me he acordado de que tengo que hacer la merienda para mi hijo. Ah! Con este muchacho! Solo las madres podemos aguantar, señor! Este mi hijo es muy bueno; pero los domingos no hay quien le contenga. Aquí abajo hay una plaza; élé, señor, allí se pasa todita la tarde jugando a la pelota con los amigos; pero ya mismo viene porque cuando le coge el hambre, no hay aguacero que valga.

Y mientras conversábamos sobre la vida que está cara, sobre los ejercicios religiosos de San Diego y sobre otros temas populares que la buena mujer manifestaba conocerlos, vino la noche y la lluvia no escampaba.

Pues ya ve que hasta mi hijo me ha faltado ahora, continuó la viejecita, a la vez que destapaba una olla que hervía y probaba la sal. Pero ha de ser sólo porque el aguacero está cayendo a cántaros; porque sabe señor?. El no bebe nunca. Yh! Eso si que el guambra aborrece el aguardiente. Qué fuera de él si bebiera! Pobrecito! Y por estos lugares que son miedosos.

Miedosos dice?

Si señor; porque aquí se ve a cada rato el "mechapucó"; aquí arriba no más. . .

Y qué es eso?

Es una luz que vuela de un lado a otro, como si jugaran con una pelota de trapo, empapada con querozin. Y eso se ve casi todas las noches, desde que había muerto un leguito de San Francisco, por la caja ronca. . .

La caja ronca?

Si, la caja ronca.

Y urgida por nuestra curiosidad, la viejecita nos relató esa leyenda. Fue así:

En aquellos tiempos en que las comunidades religiosas poseían grandes haciendas y se hacía visible la relajación en el clero, cerca del Convento de San Diego, existía una casita aislada. Su dueña era una guapa bolsicona llamada Lucinda, que preparaba una chicha de jora de fama y un caldo de patas que le ponía nuevito al más viejo. Allí se reunían los quiteños que querían disfrutar de su buen humor sin recelos. No faltaba desde luego en esas reuniones, una buena vihuela, y el canto melancólico del tradicional pasillo. Una noche, el amplio patio de la casita estaba alumbrado por algunos faroles que quemaban velas de cebo, en tanto varios señoritos bailaban y se divertían con locura. La Lucinda se había trajeado con su mejor bolsicón de bayetilla "aurora", un elegante saco de raso rosado con largos encajes, y calzaba botas de cabritilla plomo. En su cuello escultural, brillaban preciosas gargantillas de mullos dorados, y unas manillas del más fino coral, hermo세aban dos brazos torneados incompatibles. Los cabellos tenía largos, sueltos y sedosos; los ojos con una languidez atrayente, la boca y los blanquísimos dientes, formaban una sonrisa inspiradora de afecto, y el rostro, en fin, presentaba una visión subyugante. La Lucinda estaba hermosa como nunca, y con cierto desdeñoso *dominante*, tendía la mano a cuantos le solicitaban para el baile. La jarana se envolvía en una alegría cada vez mayor, y eco de las sentidas canciones, llevaba a lo lejos el vibrar de espí-

ritus románticos y pesarosos. Parecía que en esa apartada posada, la vida había abierto un oasis de felicidad, donde hasta la misma tristeza era una parte del placer. Sin embargo, al aproximarse la media noche, se interpuso la fatalidad y el momento menos pensado se oyeron fuertes golpes en la pequeña puerta que cerraba la casita. La Lucinda que fue la primera en notarlo acudió presurosa a ver quién era, y con alguna zozobra preguntó: ¿Quién es? Por qué golpea tan duro?

Soy yo . . . el hermano Juan . . . Abre pronto!, contestó de afuera una voz jadeante.

Ah! Ya voy, dijo a su vez la muchacha.

Un instante después, un religioso franciscano cruzó el umbral de la puerta, arrimándose luego a la pared con el rostro extremadamente pálido, y manifestando una situación angustiosa. Un poco de agua . . .!, murmuró apenas. Dame un poco de agua . . .!

Bueno, hermanito Juanito; pero qué le pasa?, replicó la Lucinda tratando de prestarle apoyo.

Vete primero por el agua, insistió el religioso. La muchacha obedeció y entró al patio para visar a los demás el raro suceso. Se suspendió la diversión y todos acudieron en socorro del hermano Juan, muy conocido entonces por su privilegiada voz y su asombrosa habilidad para tocar la guitarra. El religioso tomó desesperado el agua que le dio la muchacha, y cuando recobró un poco de ánimo, explicó: Me venía para acá, y me había separado unas tres cuerdas del Convento de San Diego, cuando me siguió la caja ronca!! Y siento que me muero! Háganme el favor de acompañarme al Convento! Les ruego! Quiero ver al Padre Superior enseñado! El susto cundió entre los que escuchaban, y la Lucinda no demoró en santiguarse devotamente. Cuando se disponían a servirle de acompañantes al religioso, se oyó en efecto un sonido funesto, y en la ladera de allí cerca donde

antes había un espeso chaparral, se vio claramente una procesión de encapuchados, con hábitos vaporosos, que se esfumaban por el suelo llevando como cirios las canillas de los muertos, en tanto el que iba adelante daba golpes lentos sobre una especie de tambor, transmitiendo un sonido ronco y acompasado, que hacía terriblemente miedosa la estancia. Misericordia! Padre bendito!!, clamó entonces el hermano apretando la cruz de su rosario, cayendo luego desmayado en brazos de alguien que le socorrió en ese instante, mientras los demás horrorizados musitaban una oración. Después, los aparecidos se pararon, para enseñar sus cuerpos vacíos de carnes y con unos esqueletos vacilantes cuyos huesos despedían luminosas transparencias, dejando escapar un coro de voces tremebundas que decían Hermano Juan!!! Es hora del recogimiento!!! A poco rato, la fantástica procesión desapareció, quedando en ese lugar una luz que jugaba con la obscuridad, en tanto los que habían presenciado el helante espectáculo, yacían lívidos de espanto. Al otro día, muy por lamaanana, las campanas del Convéntillo de San Diego, doblaban tristemente llamando a los vecinos a misa de difuntos. El Hermano Juan, había muerto. Y añade la leyenda, que la hermosa Lucinda se alejó de esos lugares, y prometió hacer vida de penitencia; pero desde entonces, el mechapuco asoma con frecuencia en las noches oscuras, en el sitio mismo del fúnebre acontecimiento.

La lluvia había cesado. La viejecita terminó su relato. Agradecemos el bondadoso hospedaje. En la calle, brillaba el lodo, escurriéndose por las cunetas el agua de los tejados. Y en tanto caminábamos con pasos apresurados dirigiéndonos al pobre hogar, protegidos por la luz de los focos, mirábamos temerosos por la ladera, buscando el mecha-puco. Y aún nos parecía oír a lo lejos, el compás hórrido de la caja ronca.

LA CALAVERA DEL BARRIO DE SAN ROQUE

Con los 84 años que llevo encima, tengo muchas cosas de que conversar. En esto mismo de los alimentos, me acuerdo como si fuera ahorita. Cuando yo era guambrito de unos diez años de edad, con un "calé" que me daba mi taita, tenía para llenar la barriga, mientras veía con otros muchachos la calavera que se aparecía en una casa de aquí arribita no mas.



El populoso barrio de San Roque.

Con un calé, llenar la barriga?

Sí, señor; y no se admire que le voy a explicar cómo era. Fijarse. Con un calé, que eran dos centavos y medio, compraba mercado de pan, pero un pansote grande, y chaupí de queso con chaupí de raspadura, con lo que se hacía un "quinto", eso que ahora llaman sánduche. Con esto queda-

ba satisfecho. Mientras que en este tiempo, vaya pues, señor, a ver qué hace con dos centavos y medio! Oh! Si yo cada vez que me acuerdo de esos tiempos, y veo las hambres de hoy, soy capaz de caerme muerto. Oiga Ud. toda mi vida he sido carpintero, y cuando me casé, ya sabía trabajar muebles a la perfección. Y sabe cuánto ganaba? Pues cinco reales y medio diario! Ah! Qué hubiera sido de mí pobre con los once hijos que tuve y con lo que me quedé viudo y que mis hijitos, pobrecitos, tienen también su oficio y ya se casaron. Me he quedado sólo con mi Felipe que es el último. Es un muchacho bueno como el pan; pero el pan de mis tiempos. Todavía no ha encontrado compañera, porque como es tan juicioso, dice que se ha de casar cuando halle una muchacha que no piense sólo en el cine y en pintarse la boca, los ojos y el pelo. Y yo le apruebo. Sí señor . . .

Así nos conversaba ayer en su taller don Miguelito Suárez, un viejecito carpintero del barrio de San Roque, mientras con una muñeca de algodón empapada en charol, pasaba y repasaba el espaldar de una cama hasta dejarla brillante como un espejo.

Pero usted charola qué bonito!, le decimos admirando su magnífico trabajo.

Ni faltaba más, señor. Sabe Ud.? En la edad que tengo, sólo un compañero mío, un tal Maldonado, me iguala a charolar. Del resto nadie! Los demás son chigchiguas.

Entonces Ud. vio la calavera que se aparecía por aquí?

Sí, señor. Ya le voy a contar; pero tiene Ud. un tabaquito? . . . Ah! Carambas! No tiene de los de envolver? . . . Bueno; le aceptará de estos "fules".

Taita Miguelito entonces, dejó a un lado la muñeca de charol, nos pidió un fósforo, prendió el cigarrillo, y enseñán-

donos una mirada que parecía que sondeaba los tiempos de su lejana infancia, nos hizo este relato:

Siguiendo la carrera Rocafuerte, cerca del lugar donde ahora se levanta la Penitenciaría Nacional, había una casa grande cuyo propietario era un comerciante a quien llamaban don Adán González, casado con una muchacha lindísima de nombre Celia Carvajal. El pasaba de los cuarenta años de edad, y ella parecía que no llegaba a los dieciocho. Don Adán, en sus actividades comerciales, se ausentaba con frecuencia a Guayaquil, a Guaranda o a la frontera con Colombia, y sucedía entonces, que en la azotea de su sólida casa, asomaba una calavera que se movía lentamente echando llamas por los ojos y la boca, de modo que causa terrible espanto a los vecinos del barrio que salían por la noche. Al mismo tiempo, se veía un encapado que parecía que volaba en la calle frente a la calavera, haciendo oír una especie de lúgubre graznido. Después la miedosa aparición, iba languideciendo hasta desaparecer, quedando todo en sepucral silencio. Y sucedía también, que por una causa misteriosa, los que veían este acontecimiento, al siguiente día sufrían insoportables inflamaciones de los ojos, que les obligaba a quedarse en casa por algunas noches. El asunto despertó tanta preocupación no sólo en San Roque, sino en toda la ciudad, a tal punto que un día la Curia comisionó a su sacerdote, para que conjure la casa de don Adán. Sin embargo la calavera y el encapado continuaron apareciendo, y los vecinos evitaban transitar por esa calle tan pronto como terminaba la tarde, temerosos de que les sucediera algo malo. Con todo, el coraje que faltó a los mayores para escudriñar de cerca el misterio, tuvieron tres chiquillos valientes, entre los que estaba nuestro relatante taita Miguelito, que desde luego en ese tiempo era muy chico y recién aprendía el abecedario. Así, pues, una noche bastante oscura, los ra-

paces se escondieron detrás de un pequeño matorral cerca de la casa mencionada, y esperaron lo que suceda, acurrucándose bien para protegerse del frío. Pasaron largos momentos sin que notaran nada extraordinario, y ya se disponían a salir del escondrijo, cuando en la azotea de la casa vieron la fatídica y odiada calavera que arrojaba llamas rojizas por los ojos, la nariz y la boca. Empezó a moverse horizontalmente como de costumbre, y en cierto rato dirigió sus miradas de fuego al lugar donde los muchachos estaban ocultos, como si hubiera descubierto su intento, de modo que faltó poco para que los imprudentes chillaran de miedo. Por suerte, quedaron sin moverse pensando sólo en la manera de escapar burlando a la calavera. Iban a emprender en veloz carrera para guarecerse en la primera casa de la vecindad, cuando divisaron que una sombra negra se acercaba al portón encima del cual estaba la azotea y la horripilante aparición. Los muchachos entonces abrieron desmesuradamente los ojos y creyeron que el aparecido iba a castigar su curiosidad sin saber cómo; pero se sorprendieron más cuando distinguieron que el misterioso personaje, arrebosado con una capa negra golpeó quedamente el portón y oyeron que una voz femenina contestó desde adentro: Eres tú, Alberto? Sí, prenda mía, respondió el encapado, siguiendo después un amoroso diálogo que aclaraba el enredo.

Se fue tu marido?, preguntó él.

Salió a Guaranda ahora en la madrugada, replicó ella.

No sabes cuánto he sufrido en esta vez que ha sido larga la espera.

Ay! Alberto; mi angustia ha sido todavía mayor . . .

Por qué quiso el destino que no te amara tanto, y que tú no fueras libre para evitar estas encrucijadas?

Sólo mis padres que me obligaron a casarme sin cariño, son los responsables de tanto pesar.

No sabes Celia mía, el escándalo que está causando la señal que tú pones en la azotea para indicarme que puedo visitarte?

Si, Alberto; y estoy tan preocupada de esto, que es necesario que optemos por otra señal; pero entra, que puede haber alguien que nos vea.

El galán entonces aceptó la invitación; chirriaron los goznes de la puerta que se cerraba, y todo quedó tranquilo. Lo único que se notó fue que poco después la calavera desapareció de la azotea.

Ve lo que ha sido?, murmuró casi al mismo tiempo uno de los muchachos que no habían perdido detalle de lo que sucedió.

Y yo sé quien es el que entró, indicó el mas grande.

El señor Alberto, el dueño de la esa casota de aquí abajo.

Ese rico que da los toros para las corridas?

Ese mismo!

Entonces se fregó el pillo!, replicó el tercero que era precisamente Miguelito.

Pero por qué?, continuó el otro.

Porque cuando venga Don Adán, que es mi padrino, y me trae en cada viaje unos ricos alfeñiques, le avisaré lo que hemos visto; pero antes le he de sacar una cosita mejor.

Para vos no más?, preguntó el anterior.

No, sino para los tres.

Ah! Si es así, aceptamos.

En efecto, a los pocos días del descubrimiento, regresó de su viaje de negocios Don Adán González, y los muchachos aguardaron la oportunidad para hacerle saber lo que había acontecido. Y una tarde en que salía de su casa acompañado de un sirviente, para ir a ofrecer ciertas mercaderías en el comercio, Miguelito le llamó la atención insistentemente:

Padrino! Padrino!, le gritó
Ah! mocoso!, le respondió el negociante. Irás por casa para que lleves tus alfeñiques, que son sabrosos que los que te traje en el otro viaje, replicó Don Adán.

No Padrino, no le reclamo eso! Oiga un ratito porque quiero avisarle una costia!

Pero ven acá y dime!

No, Padrino! Venga un ratito no más aquí a la vueltita donde están mis compañeros!, insistió el muchacho enseñando unos ojos persuasivos y vivísimos.

Vaya con el guambra éste, murmuró sonriéndose Don Adán, encaminándose al lugar indicado por su ahijado. Y así fue que al voltear la esquina más cercana, el Miguelito uniéndose con los otros dos muchachos de la historia le relataron lo que habían visto en aquella noche.

No hay tal calavera, sino una olla de barro que le han hecho unos huecos, y de noche le ponían una vela por dentro para que venga el encapado. Creános padrino, nosotros que nos metidos escondiditos en la casa suya, vimos la olla huequeada, explicó el Miguelito.

De veras es lo que me cuentan?, preguntó Don Adán, con el semblante pálido por la impresión que le causó el relato de los muchachos.

Ciertito, padrino; y si no cree, escóndase su merced mismo y verá, replicó el ahijado.

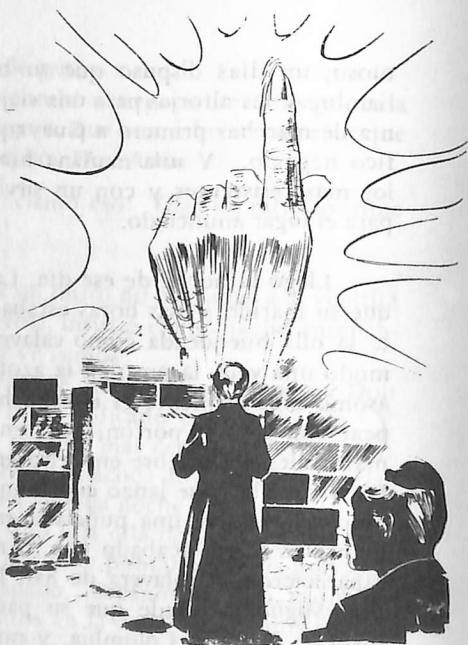
Bueno, guambritos. Tomen ustedes estos tres reales; pero si es mentira, les advierto que les ha de costar caro.

Ya verá, Padrino, aseguró el ahijado mientras Don Adán dio la vuelta la esquina con notoria preocupación, y continuó su camino en compañía del sirviente. La historia de la calavera que ya había oído a muchos vecinos y que fue confirmada por los chiquillos, prendió en su espíritu la duda y unos celos insoportables. Fingiéndose muy afec-

tuoso, un días dispuso que su bella esposa le prepare el fiambre y las alforjas para una viaje largo, añadiendo que tenía de marchar primero a Guayaquil para ajustar un magnífico negocio. Y una mañana hizo ensillar dos caballos de los más resistentes y con un sirviente de confianza partió para el lugar anunciado.

Llegó la noche de ese día. La hermosa Celia, segura de que su marido a esas horas estaba lejos, sacó de su escondite la olla huequeada como calavera, debajo de la cual acomodó una vela, la puso en la azotea y esperó. Al poco rato asomó efectivamente el encapuchado, y se apresuró a golpear con tino el portón; pero en ese instante, saltó de los matorrales un hombre envuelto en un gran poncho de bayeta de castilla, y se lanzó como un rayo sobre el rico enamorado, clavándole una puñalada en el corazón. Don Adán González había acabado con su rival. Desde entonces, desaparecieron la calavera de San Roque y el encapado. Y don Miguelito añade que su padrino, para evadirse de la justicia, se fue a Colombia, y no se supo más de él, y su esposa, la infiel y hechicera, tal vez arrepentida de su deslealtad, o porque la muerte de su amante le había causado intenso dolor, se refugió en el Convento de Santa Catalina, donde vivió muchos años y murió como una santa.

EL DEDO MISTERIOSO



La charla amena y florida de Fray Benjamín Gento Sanz, lleva sus recuerdos a los templos de España, a sus campiñas y a sus claveles rojos.

Terminado el relato de la "Calavera del Convento de San Francisco de Quito", Fray Benjamín Gento Zans sigue guiándonos por los extensos claustros en cuyas paredes blancas, como significativas reminiscencias de historias que pasaron y de vidas que fueron ejemplos de virtudes, están pegados los lienzos de Miguel de Santiago, de Pedro de Bedón, de Nicolás Javier de Goríbar, de Garófalo, de Quisphe y de otros muchos, bellas joyas de arte pictórico que nos hacen contemplar un desfile interminable de caras pálidas pero con una alegría inexplicable, de actitudes devotas y suplicantes,

de hombres rodeados de una aureola de santidad, de las bondades del Patriarca de Asís y de tantas expresiones de ambiente divino, que nos instan a pensar en lo de ultratumba y nos circundan de un aire místico que impresiona profundamente el pensamiento y la reflexión. Pero antes de que la mente se enrumbe en la contemplación de misterios incomprendibles para la pequeñez de la inteligencia humana, Fray Benjamín que sabiamente sabe penetrar el espíritu, nos habla de la vida pacífica del Convento, donde se cultiva no sólo la oración y la virtud, sino también la ciencia, el arte, la literatura y todo lo bello. Al pasar un arco donde se divisa la antigua puerta de piedra que conduce a la Capilla de Villacís, el ilustre hijo de la Orden Franciscana, se para y llama de nuevo a su prodigiosa fantasía, para relatarnos otra de las tradiciones claustrales, que sucedió hace muchos lustros. Fue así:

En la marmórea pila céntrica del extenso patio conventual, saltaba el agua cristalina, cayendo convertida en gotas diamantinas por obra de un sol fulgurante y vivificador. Bajo las arcadas silenciosas caminaban dos estudiantes que aspiraban la sagrada tonsura en no lejano día. Con aire juvenil, conversaban de sus piadosos proyectos y de su vida monástica; pero de ven en cuando dejaban escapar alguna broma que recordaba del mundanal laberinto, que fuera del valladar del Convento, se percibía todavía por su alboroto y sus exclamaciones fugaces. En ese instante, sonó la campana de la portería, y los estudiantes empujados de rara curiosidad, acudieron presurosos a ver quién llamaba. Quién será?, dijo el uno consultando a su compañero.

Pregunta tú, Leonidas, insinuó el otro.

Pero estamos prohibidos de acercarnos a la portería. replicó el primero. Mejor hazlo tú, Antonio; pero pronto, antes de que venga el Hermano portero!.

Bueno, ya está! Y diciendo y haciendo, abrió la ventanilla y preguntó: Qué desea?

Y a través de los huequitos de la rejilla, Antonio vio una mujer vieja, cubierta la cabeza y casi toda la cara por una manta negra, dejando visibles una nariz larga y unas barbas ralas y repugnantes que nacían sobre unos labios descoloridos, que se abrieron enseñando los vestigios de una dentadura sucia, dejando escapar una voz vacilante y ronca que en tono de súplica dijo: Hermanito! Haga el favor de llamar al Padre Anselmo!.

Antonio hizo una mueca de repulsión, y sin contestar nada cerró la ventanilla y se retiró disgustado.

Qué fue que cierras así, pregunto Leonidas.

Es una vieja feísima, indicó Antonio.

Pero puede ser alguna infeliz mujer que desee confesión o algún otro favor de este Convento.

Así fuera un caso de muerte que yo no le atiendo a esa vieja!

Pero Antonio, nunca te oí hablar así!

Es que la vieja es fea i Y con una nariz que se parece a la del Padre Provincial!

Qué dices Antonio! Estás faltando el respeto que debemos a nuestros superiores!

No tengas esos celos Leonidas! Alguna vez nos riamos de todos!

Antonio! No puedo seguir oyéndote, y me voy!

Uh! Qué beato! Y antes de hora!, replicó mofándose Antonio; pero Leonidas se encaminó con presteza a la celda de su confesor, para descargar su conciencia temeroso de haber faltado a la disciplina de la Sagrada Orden, en tanto su compañero se festejaba de su exagerada ingenuidad y aún lanzó una sonora carcajada que no dejó de llamar la atención del austero Hermano portero que en ese momento regresaba cumpliendo un encargo de un devoto. Pero no bien

terminó Antonio de reír, notó algo extraño ante sus ojos. Se restregó con insistencia una y otra vez, por si alguna pajuela se hubiera introducido en los párpados. Mas todo fue inútil, siguió mirando un objeto que no se apartaba por nada. Cerró los ojos, los volvió a abrir; agrandó las órbitas, caminó unos cuantos pasos; pero no consiguió apartarse de lo que veía. El asunto no dejó de inquietarle y su ánimo que poco antes estuvo tan festivo, se tornó meditabundo y contrariado. Sin embargo, sacudió la cabeza como queriendo desatarse de aquella preocupación, y resolvió conversar este incidente a su discípulo Leonidas. Cabizbajo, caminó por los claustros con paso lento, subió unas gradas donde había un ancho pedestal de piedra, sobre el que descansaba una estatua de San Francisco de Asís con la faz expresando una bondad divina. Antonio levantó la cabeza para rezar al santo; pero lo primero que vio fue la visión fatídica que le perseguía por donde iba. El estudiante sintió entonces una angustia que no había experimentado nunca, y en un arranque de desesperación, se echó de rodillas y juntando las manos exclamó con voz dolorida: Seráfico Patriarca, sálvame! Después se agachó hasta poner su cara pálida contra la dura piedra y se desato en incontenible llanto. En ese momento bajaba Leonidas, y al reparar el estado excitado de Antonio, le llamó: Antonio, Antonio! Qué te pasa! Háblame! Pero no pudo hacerlo porque el llanto le ahogaba. Con todo, al cabo de unos pocos minutos, Antonio se calmó un poco y pudo hablar: Leonidas, dijo; yo no sé lo que me pasa!

A ver, dime qué es! insinuóle Leonidas.

Casi enseguida de lo que estuvimos juntos en la Portería, se me presentó un dedo que me llama y que no se me desaparta ni un solo rato. . .

Lo ves este momento?

Sí, Antonio! Lo veo bien claro y me insiste tanto con su llamada, que tengo miedo y me aterroriza, porque pare-



La Santísima Virgen María, del Quinche, una de las imágenes más veneradas del Ecuador, precisamente porque recuerda a la Madre de Dios Hombre.

ce que el dedo va acercándose y me va a estrangular. . . Es terrible . . .!

Bueno, cálmate y caminenos un poco para que me cuentes con más serenidad, continuó Leonidas tomando del brazo a su compañero y llevándole a su celda. Me siento desfallecer Leonidas! Aconséjame qué puedo hacer?

Rezaste tus oraciones esta mañana?

Como de costumbre. . .

Haz cometido algo grave?

Nada que yo recuerde . . .

Haz murmurado de. . .

Sólo lo que tedije cuando le vimos a la señora.

Pero tienes que haber hecho algo, porque ese dedo que ves es una señal divina. Háblame con confianza que te aseguro que de mí no saldrá nada!

Me prometes, Leonidas?

Te prometo, Antonio.

Pues no recuerdo más que lo siguiente: Tú sabes que el Padre Provincial se enfermó hace poco con la nariz, de modo que echó una cara rara, y yo cada vez que le veía, me burlaba a mi antojo en mi interior; pero cuando ahora le vimos a la vieja, hice a nuestro Padre tan mal juicio, que juzgo yo que esa debe ser la causa para el enojo divino.

Pero Antonio! Haz hecho mal. No sabes tú que el Padre Provincial es un Santo?

Lo sé, pero esa es la verdad.

Y te has confesado de esto en estos días?

No, Leonidas.

Qué me dices, Antonio!

Te confieso mi culpa y ahora dime qué me aconsejas.

Sigues viendo el dedo?

Exactamente, y no deja de llamarme.

Pues no te queda más remedio que ir donde el Padre Provincial y pedirle perdón y contarle lo que te sucede, sin ocultarle nada.

Pero a él mismo, no: mejor me confesaré con otro Padre!

No, Antonio; haz ese sacrificio. Dile todo al Padre Provincial, que el como santo, te podrá aconsejar lo que sea conveniente.

Antonio, en la situación aflictiva en que se encontraba, accedió a lo que su condiscípulo le sugirió, y ambos fueron en busca del Provincial.

Y la leyenda refiere que el Padre Provincial informado con detalle de lo que había acontecido al estudiante, le infundió ánimo paternalmente, y le dijo: "Es una prueba dura que Dios te ha mandado: pero resígnate hijo mío. Haz una

novena muy devota a nuestro Seráfico Patriarca, y si al cabo de esa novena el dedo no ha desaparecido, entonces quiere decir que debes seguirle a donde te llame. Yo y la Comunidad te acompañaremos y elevaremos por tí nuestras oraciones. Antonio recibió la bendición del Santo Provincial, y llenando su alma de gran devoción, pidió al cielo durante nueve días, terminados los cuales el dedo continuó llamándole. En esta situación, reuniéronse los frailes de la iglesia y vestido con los sagrados ornamentos, entonaron cánticos y salmos litúrgicos que en tales trances acostumbran. Llamó entonces el Padre Provincial al estudiante arrepentido y le dijo: Hijo mío; ahora sí, encomiéndate a Dios y adelanta por donde te guíe el dedo! Antonio, todo contrito puso las manos al cielo y adelantó, balbuciendo una oración y con los ojos llorosos, en tanto le seguía a corta distancia la Comunidad, musitando un rezo gemebundo que quedaba vacilando entre los claustros, como un anuncio lóbrego y desesperante.

Padre, tengo miedo, dijo a media voz el estudiante regresando a ver al Provincial que le seguía a pocos pasos, regando agua bendita.

No temas hijo mío. Continúa por donde te llama la señal divina, le respondió.

Es que siento cierto estremecimiento. . .

Reza con fe y sigue adelante, contestó el Padre nuevamente, tranquilizando con su actitud al joven.

Antonio humildemente continuó rezando, y avanzó por un corredor con la mirada fija en un punto invisible para los demás. De pornto, al pasar por un arco, el estudiante se detuvo y giró a la izquierda, hacia donde existe una puerta de piedra que da a la Capilla de Villacís y esperó un instante. Ante la sorpresa de la Comunidad, la puerta se abrió sola, y el estudiante, pálido como un cadáver, entró vacilante, y cuando el Padre Provincial quiso franquear el umbral, la

puerta se cerró con la misma facilidad. Por más esfuerzos que se hicieron después fue imposible abrirla, y sólo cedió cuando la noche había dejado todo en silencio y en la obscuridad. Los frailes comprobaron entonces que Antonio había desaparecido misteriosamente, quién sabe por qué designios, y sólo habían quedado sus hábitos parados en el centro de la Capilla, como si alguien todavía los sostuviera. . . Mas cuando el Hermano trató de tocarlos, se aplastaron contra el embaldosado, dejando percibir un suspiro largo, como que delataba una pena profunda, un pesar infinito. . .

Pensando quedamos en la miedosa leyenda, hasta que Fray Benjamín vuelve a interesarnos con su charla amena y florida, para llevar sus recuerdos a los templos de España, a sus campiñas y a sus claveles rojos, de modo que brota de nosotros preguntarle: Padre, y no desearía ir a España? Y Fray Benjamín, con un entusiasta ademán, como si estuviera palpando su bella tierra de Valladolid, nos responde: Pero quién no querría ir a visitar a mis padres y darles mi último abrazo, y cantar también allá: "Jan hicis orto sidere", alabando también al sol de mi Patria? Pero amigo, cuándo y con qué? Y en tanto Fray Benjamín, pone contra sus labios un dedo de su diestra, en actitud reflexiva y sin dar con la solución de ese problema, quedamos pensando en fortunas que se derrochan y se pierden en un merecido olvido, mientras un sabio historiador sólo puede añorar la Patria que le vio nacer, en la dudosa espera de un mísero pasaje que le permita coronar un justo anhelo, un santo anhelo.

LA CANILLA DEL DIFUNTO

*Tradición de un hecho espeluznante sucedido
en el Convento de San Francisco de Quito.*

En el convento de San Francisco de Quito, hay un patio cuadrado donde como un motivo de arte colonial, se levanta una preciosa cruz de piedra policromada. Por los cuatro lados se extienden galerías claustrales sombreadas por las anchas arcadas que se agachan extremadamente sobre el pavimento formado por piedras rectangulares. En una de esas piedras del corredor que está situado frente al claustro que actualmente ocupa el cuartel de Carabineros, existe una huella que tiene la figura de un hueso humano, cuyo origen relatan las tradiciones de inmemoriales tiempos. Dicen pues, que hace muchos años todos los viernes a las doce de la noche, en aquel sitio junto a la pared, asomaba una canilla que encendida como un fuego fatuo se movía de un lado



a otro, produciendo una visión espeluznante, de modo que los frailes que por cualquiera circunstancia acertaban a pasar por allí en esos momentos, hacían la señal de la cruz y se alejaban lo más pronto posible. Pero hubo un Hermano sencillo y bondadoso que desempeñaba acuciosamente su trabajo, muchas veces más por satisfacer su invencible curiosidad. Y sucedió que una noche en que el religioso no pudo conciliar el sueño, quién sabe por qué fútiles pensamientos, abandonó su celda y casualmente se dirigió al lugar miedoso, en el preciso instante en que la canilla quemaba con una luz azulina. El Hermano detuvo su paso sin atinar a descifrar lo que veía. Curioso como de costumbre, fue acercándose lentamente; mas cuando fijó su mirada para descubrir la causa de esa misteriosa fosforescencia, oyó una voz quejumbrosa que le dijo: No te asustes Hermano . . . A este sagrado lugar fueron traídos y enterrados mis restos humanos, porque durante mi vida hice muchos beneficios con el producto de mi hacienda; pero un día fatal que un viejecito me pidió una caridad por el amor de Dios, sentí envanecerme ante la presencia de ese pobre cubierto de harapos, y le desprecié y hasta le rechacé con repugnancia dándole un puntapié. Por eso estoy en penas, y con esta canilla que ves que está quemándose, ofendí a ese pobre inocente. . . Y esperaba que un hombre bueno como tú, se apidara de mis largas cuitas, y me ayudara a salir del lóbrego lugar donde pago mis culpas.

El hermano quedó trémulo al oír aquella voz que venía como del fondo de una caverna, pronunciando las palabras con una lentitud que asustaba mientras más se demostraban. Quiso balbucear algo, pero sintió que los labios estaban como cosidos por el miedo, y no obedecían a la voluntad de hablar. La voz entonces, prosiguió con el mismo tono de pena, instando al Hermano a que le contestara. No

temas, Hermano, le dijo: contéstame sin recelo, para decirte lo que tienes que hacer . . .

El religioso temblando de espanto, sacó fuerzas de su pobre humanidad y apenas pudo murmurar: Qué quieres que haga . . . ?

Estás dispuesto a darme tu ayuda con buena voluntad?, repitió la voz.

Sí . . . Sí . . . sí . . . estoy, contesto el Hermano.

Entonces . . . mañana después del rezo de los santos oficios, habla con el Padre Provincial y comunícales lo que has visto y oído este momento, y pídele que te permita acudir a la limosna de diez de los más acaudalados de esta ciudad, para que esas limosnas las repartas el primer viernes de noviembre que se aproxima entre los más infelices, advirtiéndoles que pidan por el eterno descanso de esta alma que te habla. Cuando hayas hecho esto, no volveré a perturbar estos cristianos lugares, y tú tendrás asegurado el perdón de tus culpas más graves. Dicho lo cual, la canilla fosforescente desapareció y todo quedó en silencio.

El Hermano quedó agobiado por la espantosa visión y le pareció haber experimentado una pesadilla fúnebre. Pero, poco a poco fue reaccionando hasta que pudo pararse y moverse, cerciorándose de que todos sus miembros estaban sanos. Luego pensó en que tenía que cumplir lo que le había ordenado el alma en penas, se santiguó devotamente y se marchó a su celda, ansioso de encontrar un preciado descanso para su alterado sistema nervioso. Mas sucedió que los días pasaron y el Hermano no se animó a indicar al Padre Provincial lo acaecido, contentándose con musitar alguna oración cada vez que veía la canilla encendida. Hasta creyó que el difunto había olvidado su cristiana petición, y que por consiguiente no había necesidad de recurrir a las

limosnas solicitadas para su salvación. Y el humilde Hermano franciscano al fin se despreocupó de aquel asunto y siguió como de costumbre afanoso en efectuar las labores que le recomendaban, satisfaciendo como de costumbre su curiosidad en cuanto se le presentaba la oportunidad.

Y vino el segundo día del mes de noviembre. La tarde había avanzado más de tres horas y en el amplio comedor del convento de San Francisco de Quito, un Hermano se hallaba sentado en una banca larga, con los codos sobre una enorme mesa saboreando con una mano una gran taza de la tradicional masamorra morada, que ostentaba marcadamente el color del mortuño paramaño, mientras con la otra daba principio por la cabeza de una "guagua de pan" que hacía visible la harina fina, la manteca y los abundantes huevos que habían invertido en su elaboración. Se notaba el placer con que el religioso comía el delicioso bocado, producto de la munificencia de una acaudalada devota, que en los atardeceres estivales frecuentaba el majestuoso templo quiteño. A través de una ventana abierta en una pared que se levantaba cerca de donde el Hermano satisfacía su insaciable apetito, estaba otro que mondaba apresuradamente una porción de papas gruesas, seguramente para la cena de los frailes que se encontraban muy ocupados en los ejercicios religiosos propios del día de difuntos. Ambos legos dialogaban complacidos, mientras se oía las campanas llamaban a los fieles, para recordar piadosamente a sus familiares refugiados eternamente en la paz de los cementerios.

— Qué tal está la moradita, Hermano Polivio? preguntó el de la papa.

— Exquisita; parece que doña Ernestina ha puesto en esta ocasión toda su habilidad y todos los condimentos de su rica cocina, contestó el que comía.

— Para eso tiene plata a montones, replicó el otro.
— Hombre! Este rato me acuerdo de un asunto muy peliagudo! continuó el Hermano Polivio, retirando contrariado la taza de colada y el pedazo de pan que le sobraba.

— De qué se trata?, preguntó el que cocinaba.

— Pues, sabrá Hermano, que oía el tañido triste de las campanas hace algunos días, tal vez muchos días, y una noche a las doce, me sucedió una cosa muy rara.

— Seguramente lo de la canilla?

— Sí, Hermano Eduardo.

— Pero eso no es nada raro aquí en el convento.

— Es que a mí, el difunto de la canilla me habló . . .

— Que le ha hablado, dice? Ave María! Cuénteme, Hermano cómo fue!, continuó alarmado el Hermano cocinero.

Y el Hermano Polivio le refirió con detalle todo lo que vio y escuchó en aquella noche, cuando el alma en penas le pidió un acción buena para su eterno descanso. Cuando terminó su relato, el cocinero se santiguó asombrado y añadió: Pero es posible, Hermano que haya descuidado un encargo tan delicado?

— Le parece que puede tener alguna consecuencia grave? pregunto el Hermano Polivio.

— Gravísima, Hermano! Nada menos que yo he oído que el mismo encargo ha hecho a otros religiosos, y como no supieron cumplirlo, cuando llegaba el 2 de noviembre morían repentinamente por el menor pretexto. . .!

No me diga, Hermano!, interrumpió el otro religioso notoriamente excitado. Y qué hago en este caso?, concluyó.

Ud. que se ha comprometido verá, pero yo creo que no le queda más remedio que la oración.

La oración? Si con eso queda arreglado este asunto,

voy desde este rato a la capilla a rezar unos cuantos salterios
No le queda más, Hermano.

Y dicen que esa noche, el Hermano Polivio cansado de orar y arrepentido de haber incurrido en tan lamentable olvido, salió de la Iglesia a las doce de la noche, y maquinalmente se acercó al lugar donde la canilla estaba encendida. En ese instante oyó la voz quejumbrosa que le dijo: Agradece que tus oraciones han aplacado mi enojo y seguirás con vida; pero así te perseguiré hasta que hagas lo que te pedí! Y cuando el Hermano Polivio se alejó a toda carrera del siniestro lugar, sintió que un tremendo canillazo lastimó sus talones y le hizo rodar por el suelo, quedando después desvanecido, sin conocimiento. Añade la tradición que el religioso terriblemente atemorizado, cumplió con exactitud lo que el alma penitente le pidió, y desde entonces quedó grabada sobre la piedra las huellas del canillazo. Se dice también que no asomó más la luz fosforescente, tal vez porque el difunto expió ya sus culpas; sin embargo, un viejo carabinero que padecía de insomnio, y que hacía servicio en el claustro que pertenecía al convento de San Francisco, refiere que no fueron pocas las veces que vio claramente la fatal canilla. Sólo falta que también constate el misterio alguno de nuestros amables lectores.

EL TIO LUCHO Y LA YEGUA MORA



Sabe Ud. quién es doña Julia Gangotena de Zaldumbide y González? Que no? Tiene razón. Pues bien, Doña Julia, más conocida como mama Julita, es una viejecita más o menos noventona. Vive junto a su hija Rosa, allá en una tiendita en el barrio América. Allí, en una esquina, sentada sobre una gruesa alfombra, tiene delante una canasta de algodón. Y casi todo el día, pasa desmotando lentamente, agachada su cabeza blanca, con la mirada fija en las pepitas negruscas que poco a poco van asomando entre los blancos

copos de la fibra. Rara vez se le oye hablar, porque nadie quiere dirigirle la palabra, tal vez porque su vejez hace suponer que su conversación será cansada o monótona; pero esto es un error porque a mama Julita, no hay más que “darle cuerda”, como dicen los guambras, y es de oírle después su charla interesantem llena de casos curiosos. Y para prueba, escuche Ud. lo que una tarde nos contaba. Por supuesto, hay que aclarar que la viejecita es nuestra amiga desde hace algún tiempo.

A mi Rosita, no le gusta que converse porque la gente gree que es broma lo que digo, empieza mama Julita. Pero Ud. es mi amigo, y le voy a conversar siquiera para acordarme de mis buenos tiempos. A mi me creen una cualquiera; pero no es cierto. Yo pertenecía a las mejores familias de Quito, porque tenía una rica hacienda en Cayambe, mi gran casa en La Merced, y muebles lujosos y joyas y en fin maravillas. En mi casa se reunía lo mejorcito a las tertulias por la noche, y donde mí se tomaba lo que se llama buen chocolate, con el mejor queso que hacía preparar especialmente en mi hacienda, y con pan de huevo legítimo, no como el de ahora que es buena cara y malas obras. Ay! Señor! Pero esas malditas corridas de toros, fueron las que me arruinaron! Venían las fiestas de San Pedro y San Pablo, las de San Juan y Pascuas, y para mí los toros era lo mejor que existía. Antes, hasta aquí en la ciudad se embarreraba las plazas, echaban los lances más arriesgados por la chica que más querían. Y a veces, los pobres pagaban su valor y temeridad con la vida. Yo vi muchos casos. Bueno, Sigamos. Durante esas temporadas, en mi casa se derrochaba todo. Se terminaba la corrida y los quiteños de cepa, ya sabían que en mi casa había un gran baile; ya sabían que sólo donde mí se tocaban los mejores valeses y esas cuadrillas que se bailaban con tanta elegancia! No.

no. De veras, qué bonito era eso! Qué elegante! Uh! Si yo le contara todo lo de ese tiempo, fuera para cansarle a Ud.! Tantas cosas curiosas que se vio! Tantas fatalidades y misterios; tantas cosas magníficas! Tanta abundancia! Cómo teníamos hombres verdaderamente grandes por su inteligencia, por su sabiduría, por su genio, por sus ocurrencias y hasta por su malgenio. Nada de eso ha quedado. Ya le dije que mi casa quedaba en La Merced, precisamente cerca de la que se llama la "casa del toro". Pues por allí vivía el afamado "Tío Lucho" muy conocido en el Quito de entonces, porque era un hombre que no se aguantaba ni él mismo, y a cualquiera le lanzaba cuatro palabras como estacazos, y le dejaba plantado como un poste. Ah! Qué hombre era para tratarse bien, y además, pertenecía a la flor y nata de la aristocracia. Frecuentaba mucho mi casa, y una época rondaba mi ventana en algunas noches de luna, y el muy loco me hacía despertar con unas canciones lindísimas, que de veras conmovían mi corazón de muchacha. Todavía recuerdo una de aquellas canciones. Se llama "Paloma mía". Escuche:

Angel hermoso a quien amor juré,
Sombra querida que en mi mente estás,
Paloma pura cuyo vuelo alzó,
Dime por qué, dime por qué no me amas ya?

Si en adorarte mi pasión cifré,
Si en pos de tí mi pensamiento va,
Si gloria y nombre para tí busqué,
Dime por qué, dime por qué no me amas ya?

Un cántico pides de placer mayor,
A mí que aspiro a un existir sombrío,
O acaso quieres con el canto mío,
Entristecer, entristecer mi corazón?

Ud. me dice que si le correspondía al Tío Lucho? Prosigue sonriente la viejecita. Ah!, no. Si era tan variable y loco, que nadie le creía. Además, ya me había cambiado de aros con el que fue mi marido, el padre de mi hija Rosita: Don Anselmo Tobar de Encalada y Bello. Era un magnate de la nobleza más encopetada. Ah!, esto le iba a contar de don Lucho. Rico y hombre de buen gusto como era el Tío Lucho, no se ocupaba de nada. Y su costumbre favorita consistía en salir por las calles cuando prendían las mechas de los faroles. Envuelto en su lujosa capa del más fino paño negro, con forro de terciopelo rojo de seda, Tío Lucho se dirigía pausadamente a la Plaza Grande, en busca de sus amigos. Entonces venía lo gordo para el pobre hombre acaudalado. Ay! Señor! Cuando la gente es mala y molesta, de veras hay que cuidarse. Pues, cuando pasaba Tío Lucho, por más precauciones que tomaba, derepente en alguna puerta de calle, o al voltear una esquina, sarcásticamente le gritaban: Tío Lucho! Tío Lucho! Qué es de la yegua mora? Parábase entonces don Luis, y encendido en cólera, echaba atrás las alas de su capa, empuñaba su bastón con vicio, hijos de Caín, descendientes de la más baja calaña! Ignorantes y cochinos, no saben que bajo esta negra capa, se abriga el corazón más noble y generoso de esta ciudad? Sinvergüenzas! Canallas! Algún día me pagarán todas las hechas y por hacer! Luego don Luis, tosía con cierto modo, empuntaba su bastón hacia adelante, y continuaba su camino con garbo, haciendo sonar los tacos de sus zapatos de hule, como si hubiera sido un militar acabado. Y no sólo le hacían berrear así en las calles, sino también en la casa. Los muchachos, siquiera al pasar frente a la puerta de calle de su casa, le daban el consabido grito de "Tío Lucho! Qué es de la yegua mora?. A esto se agrega que este noble amigo mío, tenía siempre de guasicama a un indio sabidísimo que se llamaba Ambrosio Pilatuña. Lo conocí tanto a ese mitayo,

porque quiso casarse con una longa servicial mía. Pues este indio, se encargaba de molestar más al patrón, a pesar de las cuerizas que había chupado de sus propias manos. Y verá Ud. lo que hacía. Apenas oía los gritos de los muchachos, corría a donde don Luis, y con la cara de asustado le decía: Patrón! Patrón!

Qué te pasa? le preguntaba el acaudalado.

Patrón! Patrón!

Qué te pasa? le preguntaba el acaudalado.

Están preguntando... pero están preguntando.

Pero qué preguntan?, insistía el patrón impaciente por el tono vacilante de su guasicama.

Por animalito . . . están preguntado . . . proseguía el longo.

Por qué, animal! Dime claro de qué se trata!, repetía ya fuera de sí el patrón.

Tío Lucho, qué es de la yegua mora . . . están diciendo Patrón!, explicaba al fin el pícaro guasicama, y volaba a esconderse lo mejor que podía. Ya ve Ud. lo terrible que era el mitayo? Ah! Caramba! Pero creo que estoy quitándole el tiempo, dice algo inquieta mama Julita; pero al manifestarle que le oímos con deleite su conversación, ensarta sus huesudas manos, las pone sobre la falta y se dispone a proseguir. Mas antes de esto, llama a su Rosita y le insinúa: Vé, hijita? Prepara para el señor un sánduche de queso, y sírvele en un platito ese rico dulcesito de guayaba que hiciste ayer. Ya sabes Rosita lo que somos, aunque sea para morir pobres; pero a nuestros buenos amigos, tenemos que brindarles siquiera lo que podemos. Así es nuestro modo de ser. Y a mama Julita y a su hija hay que aceptarles sus bondades para no resentirles. La viejecita sobre todo sabe tantas cosas de su tiempo, que francamente su amistad es muy preciada y vale la pena de conservarla.

Bueno, le seguiré contando la historia, continúa doña Julia, mientras saborea su exquisito dulce de guayaba. Tanto le fregaron al hombre con aquello de "Tío Lucho, qué es de la yegua mora"?, que al fin se exasperó y resolvió vengarse de una vez. Y un día llamó al mayordomo de una de las haciendas más cercanas a Quito y le dijo: -Sabes cholito que me encuentro en un gran apuro; de manera que tú tienes que ayudarme a salir de él con todo éxito. Necesito que me traigas por la noche el toro más bravo, pero lo más pronto. Luego te indicaré lo demás. Así fue. El chagra trajo un toro que había sido una verdadera fiera. Le encerró en el corral de la casa del Tío Lucho, y después de dos días de que animal descansó, fijarése lo que sucedió. El Tío Lucho tenía de veras venganza con todo el pueblo de Quito por las bromas que le habían hecho, y creyó que el desquite más conveniente, era hacer esto. Atenderáme. Una tarde, a las seis más o menos, ordenó que sus sirvientes y un herrero de su confianza, agarren al toro bravo y le pongan herrajes en las pesuñas, y cuando empezó la noche que por cierto era obscurísima, soltaron al animal. Entonces Tío Lucho, montó en un caballo y seguido de algunos de sus mayordomos, salió en persecución del toro que corría furioso por las calles sacando chispas del empedrado. Al mismo tiempo, el noble señor se dio a gritar con todas sus fuerzas: Por dios! Conténganme esa yegua mora! Imagínese Ud. lo que el toro haría con los infelices que se apresuraron a contener a la yegua mora!

Al otro día, en todo Quito se comentaba que la yegua mora del Tío Lucho, había tenido afilados cuernos, y que se contaban por decenas los que había estrellado contra las paredes y aún destripado. No paró en esto don Lucho, sino que hasta del pícaro de su guasicama se desquitó, pues personalmente le llevó a una hacienda de Latacunga, le condujo

una noche a una troje apartada y le hizo colgar de una viga maciza que sostenía gran parte del techo. Pero para la buena suerte del mitayo, a media noche se rompió la viga que había sido pucucha, y cayó sobre él una lluvia de monedas de oro, que sin duda fueron ocultadas allí por seguridad. El indio con un contento indescriptible, recogió la plata y no volvió más a la hacienda del Tío Lucho. Después se supo, que el Ambrosio Pilatuña, convertido ya en un noble, hecho y derecho, porque era rico y dueño de una inmensa hacienda, había cambiado de apellido y así fue el origen de una de las más distinguidas familias que hoy tiene Latacunga. Ya ve Ud. cómo son las cosas?, dijo mama Julita al terminar su agradable relato. Luego con una sonrisa muy amable, concluyó: Bueno, como ahora ya es de noche y hora de buscar mi camita, me disculpa que me retire; pero voy a hacerle una invitación; pasado mañana lunes, mi hija, mi Rosita, va a preparar un manjar blanco exquisito, porque ella sabe hacer. Queda seriamente invitado a que se sirva. Entonces le he de contar otro asunto más interesante. Y mama Julita se despidió, haciéndonos prometer que no faltaríamos a festejar el famoso dulce. Nos figuramos que estará tan sabroso, que dentro de la confianza que nos presta la viejecita, nos permitimos pedir a Ud., amigo lector, que también nos acompañe. Quiere?



LA CALAVERA DEL CONVENTO DE SAN FRANCISCO

**Recorriendo los Claustros con
Fray Benjamín Gento Sanz**

En la vieja y mayestática Portería del Convento de San Francisco de Quito, el hermano portero abre la ventanilla, y con vos afable pronuncia: Ave María Purísima. Luego sueña en el interior una campana, y momentos después por la puerta principal se presenta un fraile de rostro enjuto, de mirada penetrante delatora de una meditación profunda, de nariz perfilada y con la cabeza que se hunde entre los repliegues de su grueso hábito distintivo de los Hijos del Se-

ráfico Padre de Asís; como aquellos lienzos trazados por el privilegiado pincel de Zurbarán. Es Fray Benjamín Gento Sanz, el ilustre y sabio investigador del arte colonial quiteño. Nacido en Peñafiel, en la provincia de Valladolid (España), era apenas un niño de once años cuando vino al Ecuador en 1922, y fue en Quito, en la paz de los claustros franciscanos, donde recibió su educación de maestros cuyos raudales de sabiduría, ocultan como una ofrenda religiosa en las recónditas posesiones de una beatífica humildad. El afán de investigación científica, ha llevado a Fray Benjamín a observar y estudiar hasta el último rincón de ese gran convento que en el continente subamericano, es el más valioso monumento del arte arquitectónico, pictórico y escultórico del tiempo de la Colonia. Es pues el mejor guía para conducir al que quisiera maravillarse en la infinidad de galerías y recovecos, por donde parece que aún trajinan los espíritus de los artífices, que decoraron con magnificencia las pétreas paredes y las doradas bóvedas del sagrado recinto. Pero nosotros, incapaces de encontrar las expresiones apropiadas para relieves tanto arte y tanta maravilla, por lo menos nos contentamos con dirigir nuestra inquieta mirada para sentir una satisfacción rara, que también en el alma del profano se alberga al contemplar lo excelso y lo majestuoso. Y mientras en el patio principal del convento las palmeras se mueven tenuemente, y se extiende en la estancia un ambiente que llama al recogimiento, Fray Benjamín conversa con sencillez admirable. Y hay momentos en que mentamos el arte, la historia, la geografía, y entonces su figura humilde, toma una actitud erguida, como la del hidalgo que requiere con aplomo su espada, y se entusiasma y habla con erudición que abstrae. Paso a paso lentamente, vamos por las arquerías, cruzamos por unos corredores con una claridad huidiza, y entramos en medio de un silencio imponente en un aposento abovedado, donde descansan los restos huma-

nos de los santos Hijos de la Comunidad. Fray Benjamín sin ninguna inquietud se acerca a uno de los nichos, coge una calavera y enseñándola nos dice: “Esta es la calavera que tenía asustados a los frailes, en la época del relajamiento. Hay una tradición al respecto; pero salgamos de aquí para contarle lo que dicen de aquel tiempo borrascoso, prosigue volviendo a depositar la calavera en el mismo nicho. Y siguiendo el recorrido por los solitarios claustros, y en tanto en una de las torres de la iglesia, cuarteán las campanas invitando a la oración, Fray Benjamín nos relata:

Era de noche. Lloviznaba. La luz de un farol, destacaba la Portería del Convento franciscano. Alrededor, se extendía el silencio. Ni siquiera se oía la voz medrosa del “sereno”. De pronto, frente a la Capilla de Cantuña, dos siluetas pusieron sus plantas en el ancho pretil. Fueron avanzando poco a poco, hasta cuando con la claridad del farol, se divisaban sus caras pálidas y somnolientas. Se acomodaron los oscuros hábitos, sobre los que se habían puesto lar-

*Otra vista del
patio de
San Francisco*



gos ponchos de bayeta, entraron a la Portería y tocaron la campana de llamada. Un momento después, un hermano abrió la ventanilla y dijo: Ave María! Quién es?

Yo Fray Carlos, contesto.

Ah! Es Su Reverencia! Y el hermano Julio?

Aquí está conmigo, continuó con voz lánguida, al mismo tiempo que dejaba escapar un olorcito de un anisado muy popular que había en ese tiempo.

Pero vienen bastantes tarde!

Cállate majadero y abre la puerta!

Chirriaron los goznes de las pesadas puertas que giraron dejando un corto trecho, para que entraran aquellas dos personalidades ataviadas con su rara vestimenta. Dos figuras que correspondían al inteligente Fray Carlos, famoso en cierto barrio por su privilegiada voz, y al hermano Julio que también era conocido por su habilidad para rasgar las vihuela. Ambos penetraron cargados de sueño, y cansados por el recorrido nocturno, precisamente cuando en el reloj de la torre sonaba la una de la mañana. Adentro en los claustros del convento, los faroles estaban apagados, reinando una oscuridad tenebrosa. El silencio era completo y sólo cuando Fray Carlos y el hermano Julio se dirigieron a sus celdas, se oyeron pasos lentos cuyo eco repitieron pesadamente las arquerías cercanas. De pronto, cuando iban a franquear la gradería de piedra que debía conducirles a sus celdas, al fin de un corredor estrecho, oyeron algo como un gemido profundo, prolongado, como de una persona que padecía un sufrimiento eterno. Después sonaron cadenas que parecían que eran arrastradas con dificultad. Los frailes reaccionaron de la trasnochada, y escudriñaron sorprendidos el lugar de donde salían tan espantosos ruidos; pero la oscuridad no dejaba percibir nada. Estará alguien enfermo? preguntó quedamente Fray Carlos a su acompañante.

No puede ser, Su Reverencia, porque el ruido de las cadenas . . .

Seguimos entonces a nuestras celdas?

Mejor esperemos un ratito más Su Reverencia, porque a decir verdad siento. . . un poco de miedo.

Oh! Qué demonios! Vámonos a nuestras camas que es lo mejor que podemos hacer! Talvez sea algún lego que quiere darnos mal rato y . . .

Y cuando el fraile quiso subir la primera grada, a lo lejos fue encendiéndose una luz fosforescente, en cuyo centro saltó una calavera haciendo una mueca sarcástica. Misericordia! exclamó asustado el fraile. Ten piedad de mí! continuó el hermano, y ambos sintieron un sudor helado que se apoderó de sus pecadoras humanidades. La calavera tomó movimiento y empezó a dar saltos pequeños chocando sus desnudos huesos sobre el embaldosado, de modo que producía un sonido hueco y horripilante. Los religiosos, yertos de espanto, quisieron salir corriendo hacia al Portería, pero sintieron que no podían moverse: sus pies y sus manos estaban como atados por fuertes ligaduras. Misericordia! balbucearon nuevamente implorando perdón por sus culpas.

La calavera entonces, alargó sus saltos, hasta quedarse quieta cerca de los aterrorizados monjes, y moviendo sus secas mandíbulas, con una voz cavernosa y tremebunda, dijo con toda solemnidad: !Pulvis est in pulvere reverteris!! Y como si entre los claustros envueltos en tinieblas, hubieran estado escondidos infinidad de seres misteriosos, unas voces roncadas contestaron lentamente: Acuérdate que eres polvo y en polvo te convertirás!! Y de nuevo exhalaban quejidos prolongados que se extendían hasta el fin de los pasadizos del convento! Perdón, Señor, perdon!! exclamó Fray Car-

los, levantando los brazos al cielo, en tanto el hermano Julio se desvanecía sobre el duro suelo. Y cuenta la tradición, que al otro día, encontraron a Fray Carlos que en actitud de arrepentimiento, había muerto a los pies sangrantes del Cristo de San Francisco, y el Hermano Julio hizo voto solemne de no salir nunca ni al dintel de la Portería.

EL FANTASMA DEL MOLINO DEL MACHANGARA

RELATO DE UNA HISTORIA MUY CONOCIDA
POR LAS LAVANDERAS DEL RÍO QUITENO



Ruinas del molino del río Machángara

Si Ud. vive en Quito, talvez sería indiscreto preguntarle si conoce el puente del Machángara. Quizás la indiscreción se disimularía si la pregunta se refiriera al viejo molino que existe al lado derecho del puente, siguiendo la dirección del Sur. Pues sobre este molino, cuentan las infaltables lavanderas del conocido río quiteño, algo que en un tiempo pasado, tuvo con frecuencia a los vecinos con los pelos de punta. Y sabe en dónde se sitúan las simpáticas lavanderas que conocen las más espeluznantes historietas? Pues atienda. Se escabulle Ud. del puente por un caminito lateral que va hacia el molino, se dirige a un antiguo alcantarillado, y para no detenerle más con otras señales que le orienten, Yd. ya en ese sitio, se da modos para llegar a un lugar del río donde

casi nunca faltan por lo menos seis o más lavanderas. Allí verá como a fuerza de amontonar piedras, han detenido las aguas formando una especie de pozo más o menos extenso y con alguna profundidad que les facilita su trabajo; allí verá también la ropa que blanquea sobre las matas de chilca y sauco de cerca; y mientras el jabón se deshace en blanca espuma apretujado por las manos endurecidas de las humildes obreras; podrá asimismo oír su charla amena que descubre graciosamente las debilidades de las vecinas jóvenes, o los cuentos de los aparecidos. Allí fue que una tarde algo melancólica, pudimos escuchar la "Leyenda del Fantasma del Molino del Machángará"; pero para que no se nos achaque de exagerados, se nos permitirá una ligera presentación de las que intervinieron en aquella popular narración. Imagínese una muchacha morena, simpática, con unos lindos ojos negros, delgada, con los brazos desnudos, vestida con un camisón que lo tenía sujeto en la cintura con un cordón de algodón, con el que ordinariamente se amarraba las trenzas del pelo. Esta dijo que se llamaba Eva León. Imagínese otra vecina cuarentona, algo gruesa, blanca, de ojos verdes, con el cabello castaño llevando una bata cenicienta. Su nombre era Lucrecia Dorado. Ambas tenían metidas las canillas en el agua, en tanto semi-agachadas sobre sendas piedras, fregaban sin descanso la ropa abundante que tenían en remojo a sus pies. Las dos conversaban con entusiasmo; pero también habían otras lavanderas que procuraban escuchar como podían a sus compañeras. Por lo que a nosotros nos toca, pudimos oír esto, mientras masticábamos hojitas tiernas de la menta que crece cerca del agua, y disimulábamos nuestro interés en la conversación echando nuestra mirada a las alturas de la calle Ambato.

Oyé vecina Lucrecia! Le ha visto Ud. a la Rita? dijo la Eva.

A la hija del sastre de la esquina? contestó la otra.

Sí, a la misma.

Y qué le ha pasado?

Pues nada: y no le ha notado nada?

Yo, nada, hijita.

Qué pasó, pes! ¡No sé pues, sólo que sea gordura; pero lo cierto es, que hay un chullita que le ronda desde do sé cuándo, y Ud. sabe amamía que el tiempo no está para comer hasta engordarse!

Ay! callá! No hagas malos juicios. Bien puede que le haya tocado la buena suerte, y tenga plata para tratarse bien

Uh! Ud. que a todas quiere hacer santas, hasta con todas las locuras y disparates que hacen!

Es que acaso porque la chiquilla es pobre, no puede tocarle la de a buenas? Así había sucedido hace años con un guambrito de aquí de este molino viejo.

De veras? Pero sólo ha de ser cuento.

No hija. Es la pura verdad. Así me aseguró mi abuelita que era persona muy honorable.

Y cómo fue eso vecina Lucrecia?

Pues verás. Hace muchos años este molino había sido de una señora muy avarienta. La plata dicen que le entraba a montones, porque era el único molino de ese tiempo. De manera que se hizo rica, bastante rica. Mas como hasta los ricos se mueren, la vieja también se murió, y nadie supo donde había dejado la plata.

Qué bruta la vieja! interrumpió la Eva. Que hubiera sido mi mama para dejarle sin medio.

Bueno, pero dejá que te siga concersando, insinuó la Lucrecia, en tanto con la mano mojada, se levantaba un mechón de pelo que le tapaba un ojo. Pues como te decía, la señora murió y sin confesarse. . . !

Ave María! Sin confesarse? Y con tanta plata?

Sí, pero callá, o no te cuento!

Bueno, bueno; siga no mas vecina Lucrecita.

Bueno. Lo cierto es que después de lo que le enterraron, se oían unos ruidos terribles en el molino y a las doce de la noche, salía de la tolva un bulto negro que se alargaba hasta llegar al tumbado. Luego se dirigía a donde había una piedra de moler abandonada, se sentaba allí y se ponía a llorar triste como hace el chushig.

Ave María! No diga! Quién sería?

Quién va a ser, sino el alma de la vieja.

Uy! Mamita mía! Y ...?

Y cuando alguien la veía o le oía, ella le llamaba; pero no querían acercarse del susto; pasaban los días y se iban secando hasta quedarse como una pasa, y se morían.

Qué horror! Y al fin que querría pes la vieja?

Ya te voy a decir. Pues sabrás que esto del alma que se aparecía, se regó tanto en el barrio y en Quito mismo, que la gente que pasaba por el puente a la media noche, mejor no regresaba ni a ver el molino, y antes se encomendaba a todos los santos de su devoción; pero hubo un guambrito que no tuvo miedo y fue el hijo del molinero. Por más señas se llamaba Jorge Alencastro. Mi abuelito decía que este guambrito que apenas tendría unos 13 años de edad, una tarde que cuidaba el molino, tanto oír el ruido de las piedras que giraban moliendo, se quedó dormido cerca de la tolva, y en sueños se le apareció el alma de la señora y le dijo. Ve guambrito: a vos que sois bien buenito con tus taitas, te quiero hacer rico, con bastantes plata para que les ayudes y les des todo lo que necesitan; pero primero tenís que sacarme de este purgatorio donde estoy quemándome por haber guardado la plata, en vez de hacer obras de caridad.

Y el guambra qué diría vecina Lucrecita? dijo nuevamente con tremenda curiosidad la Eva.

Ah! Con vos también! Pero dejá que te cuente nuevamente! Si, Si.

Claro que el guambra como estaba dormido, no salió corriendo; pero mi abuelita decía que en sueños mismo le contestó: Y qué quiere que haga? Y el alma le repitió: Quiero que ahora a media noche, cuando me veas en forma de alma en penas, no te asustes y te fijes en una piedra que te indicaré. Debajo de esa piedra de molino que durante largos años, ha estado abandonada, debes cavar con la ayuda de tu taitico, y allí encontrarás un gran cajón de la plata que guardé en vida. La mitad es para vos y la otra mitad harás que hagan en mi nombre una capilla, y lo que sobre, repartirás entre los pobres más necesitados. Todo esto por la salvación de mi alma. Si no haces lo que te mando, morirás secándote como los demás que me han visto y no me han obedecido . . .!

Y el guambra haría lo que le mandó?. Insistió la Eva dejando de lavar.

Esperá un poco. indicó la Lucrecia algo disgustada. Ya voy a decirte. Con este sueño, el guambrito se despertó asustado, y corrió a contar lo que había soñado al taita, que ese rato estaba merendando en la cocina. El taita le aconsejó que haga lo que el alma le había indicado, y él mismo se comprometió acompañarle. Bueno; así que llegó la noche, el taita y el hijo se pusieron a aguaitar al alma. Espera, espera y espera. Ay! esperaron, hasta que llegó la media noche. Cuando derepente, sintieron que de la tolva, primero soplabá un aire frío, y después salió el bulto ya medio blanco como una nube, se bajó y se fué por el lado de la piedra abandonada. Allí sacó su mano pálida y señaló ese puesto. Luego el alma se fue evaporando y se perdió. El taita y el guambra que vieron todo esto con unos ojazos que ya se les

salían, así que les pasó el susto, fueron a buscar una barra y una pala y enseguida se pusieron a cavar, en el puesto indicado por el alma. Y cava, y cava; cava, cava, cava y cava. Ay cavaron hasta que los gallos empezaron a cantar. Ya era la madrugada. Y cava, y cava . . .

Bueno, y al fin encontraron la plata? preguntó impaciente la Eva! Sí, hija. Al fin encontraron. Había sido un cajón grandote, llenito de libras esterlinas y soles de esos pesadotes que había antes, de pura plata, . . .

Qué ricura, vecina Lucrecita! Qué hubiera sido yo el guambra! Y entonces?

Entonces, mi abuelita decía que efectivamente el taita y el hijo cumplieron lo que el alma había ordenado al guambra. La capilla fue edificada, sin saber cuál será de las que hay en Quito. Claro que el guambra y los taitas llegaron a ser ricos, porque se habían comprado una hacienda en los Chillos y una rica casa aquí en la ciudad, y vivieron con todo lo necesario.

Bueno, y el guambra se casaría?

Aunque no se hubiera casado, ya no pudieras intentar nada con él, porque ya se ha de haber muerto hace tiempos! Claro que el guambra, si ha sido de buen gusto, se ha de haber casado con alguna muchacha buenamoza. Lo cierto es que desde entonces, no se oyó más ruidos en el molino, ni volvió a asomarse el alma de la vieja.

Y la Eva y la Lucrecia, siguieron conversando alegremente, en tanto fregaban la ropa, y la espuma del jabón se escurría entre sus manos, desapareciendo en el agua del arroyo que corría velozmente, llevando las charlas de esas buenas y sencillas lavanderas.



LA CRUZ DEL TEMPLO DE LA COMPANIA DE JESUS

*La Cruz de Piedra,
en el atrio
del templo de la
Compañía de Jesús.*

Pues bien, mi amigo. Ahora va Ud. a tomar el mejor chocolate del mundo, elaborado con el cacao de esta hacienda. Esta es la verdad.

Así nos decía don Isidro, en tanto él mismo vertía de un jarro de plata, la deliciosa bebida y nosotros admirábamos de soslayo la lujosa residencia de su hacienda, en la provincia de Los Ríos.

La tarde que lucía esplendoroso sol tropical, convidaba a contemplar los hermosos paisajes del lugar. Don Isidro también se sentó junto a la mesita colocada en un amplio corredor, por cuyos pilares trepaban con robustez, preciosas enredaderas cuajadas de variadas flores. Se acomodó sobre su camisa una servilleta de lino, se arregló sonriente su luen-

ga barba encanecida por los años y prosiguió: —pues mi buen amigo, no me va a creer que este sabroso chocolate, tiene su historia, o mejor dicho, tiene su tradición. Pero nos sirvamos, mientras le cuente cómo fue esta historia—. Aquí tiene ud. pan y queso, que también son buenos. Pruébelos y me dará la razón. Con confianza, mi amigo.

Don Isidro, era un simpático anciano setentón, vivaz y alegre, con aire juvenil, como si los años no le hubieran afectado. Su conversación era siempre amena y atractiva. Y tenía la costumbre de acariciar su larga barba blanca, mientras conversaba. Era precisamente, el dueño de una de las más ricas haciendas de Los Ríos. Sus trabajadores y vecinos, sólo hablaban de sus bondades y sentimientos humanitarios. Vivía en su hacienda con su esposa, rodeado de media docena de sirvientes que se disputaban por servirles. Pertenecía a una de las familias más linajudas de Guayaquil. Sabemos su apellido; pero nos advirtió cordialmente: eso sí, mi buen amigo; si alguna vez escribe esta tradición, no diga mi apellido. Es mejor así.— Y en tanto tomábamos con lentos sorbos el riquísimo chocolate, don Isidro nos contó lo siguiente:

Hace muchos años, un muchacho de nombre Francisco egresaba del Colegio de los Jesuitas de Quito. Había sido uno de los mejores estudiantes. Su carácter siempre jovial y sencillo, hizo que sea muy querido por sus profesores y discípulos. Pero se había operado en él, algo raro en un colegio religioso. Y era que a medida que avanzaba en sus estudios, iba tornándose antireligioso y rebelde a los dogmas cristianos. Los sacerdotes, sus profesores, le reclamaban con frecuencia por esta falta. Pero Francisco evadía siempre la respuesta, con tinsa cordialidad. Así terminó brillantemente sus estudios. Y un día, abandonó su querido colegio. El padre Anselmo, uno de sus profesores que más le apreciaba,

salió a dejarle hasta la puerta principal. Y mientras se despedía, apretó emocionado la mano del muchacho y le dijo: mira Francisco; mira mis ojos que te dirán el inmenso aprecio que te tengo. Tienes un corazón bueno. Tu error será pasajero. No te olvides de Dios. Y si alguna vez me necesitas, ya sabes que tienes a tu profesor siempre con los brazos abiertos. Adiós Francisco. Que el Señor y su santa Madre te bendigan.

El muchacho dejó escapar algunas lágrimas, abrazó al sacerdote y siguió por una calle, con un paje que le llevaba la maleta. El Padre, le acompañó con su mirada triste, hasta que torció por una esquina.

Destino ignorado

Había transcurrido mucho tiempo, desde que sucedió aquella escena en la puerta del colegio de los Padres Jesuitas. El Padre Anselmo, estaba encanecido, aunque conservaba todavía casi toda la robustez de su juventud. En muchos años, nada supo de Francisco. Alguna vez le dijo un pariente suyo que Francisco había viajado a Europa y que sabía que era miembro de una poderosa empresa comercial. Ninguna otra noticia habían recibido del inquieto o inteligente Francisco. Sin embargo, el Padre Anselmo, no le olvidaba en sus oraciones. Y temía sobre todo, que su espíritu anti-religioso haya avanzado. El destino de Francisco, era ignorado.

Una llamada misteriosa

Una noche oscura, caía ligera llovizna sobre la tranquila ciudad de Quito. Los faroles de las esquinas, se habían apagado. Sólo de vez en cuando se oía el ladrido de los perros de las casas solariegas. Todo era calma. La ciudad dor-

mía. De pronto, los cascos de los caballos que halaban un coche, resonaron en una calle. Y rápidamente se dirigió al convento de los Padres Jesuítas. Efectivamente, el coche paró en sus puertas. Desembarcaron dos hombres altos, cubiertos de amplias capas negras, de sombreros de copa alta, que cautelosamente, penetraron en la Portería del Convento. Uno de ellos, tiró apresurado de la campanilla, y esperó. Nadie contestó. Volvió a llamar otra vez. Los hombres se pusieron impacientes. Pero volvió a llamar el primero, esta vez casi hasta romper la piola de la que pendía la campanita. Por fin alguien abrió desde el interior la ventanilla, y con voz medrosa y lenta, preguntó: que desean caballeros?

— Pues . . . necesitamos al Padre Anselmo, dijo uno de los hombres.

— Pero a esta hora, es imposible, contestó el del convento.

— Es que hay un hombre que pide confesión!

— No ha de ser el caso tan grave ni excepcional, para que acuda el mismo Padre Anselmo, que tiene muchos años encima!

— Es que . . . bien hermano. Sólo queremos que le diga, que es Francisco X quien lo necesita. . .

— Francisco X ha dicho Ud.? — Pero es posible? — Recuerdo bien de él . . . Esperen ustedes caballeros, que presto voy a decirle al Padre Anselmo.

El hombre del convento, que efectivamente era un hermano de la Comunidad, cerró la ventanilla incrustada en la pesada puerta, y presuroso fué en busca del Padre Anselmo. A poco estuvo en su celda y llamó a su puerta:

— Padre Anselmo! Padre Anselmo

— Qué deseas y a estas horas! Te ha sucedido algo?

— A mí no, pero hay algo urgente! Por favor Padre, ábrame la puerta para explicarle!

— Espera un rato, que me pongo algo.

— A poco, el Padre Anselmo abrió la puerta de su celda y el lego entró. Y con voz entrecortada por el asombro, le dijo:

— Hay en la portería dos caballeros encapados, que piden confesión con premura! Dicen que se trata de un caso de muerte! . . . Pero hay algo más, Padre! Dicen que el que requiere la atención de su Reverencia, es Francisco X.

— Qué dices? Que Francisco X. me requiere? Estás seguro?

— Absolutamente seguro, Padre! Me lo han repetido, Francisco X. . .

— Santo Dios! En qué peligro estará? Pide confesión... Bien. Vamos . . .

— Y el Padre Anselmo, con la ligereza de un muchacho, se pudo su sotana y salió seguido del hermano. Llegó a la Portería, abrió la ventanilla de un tirón y preguntó:

— Los caballeros me buscan?

— Sí Padre, por favor, contestaron los dos que esperaban inquietos.

— El caso es de tanta urgencia?

— Apenas hay pocos minutos de por medio.

— Es de enfermedad grave?

— Algo de más urgencia. Pero le rogamos que se apresure, Padre.

— Está bien. Vamos hermano. — Y abrió la pesada puerta.

— No Padre, observó uno de los hombres. Es preciso que vaya solo.

El Padre entonces, pensó un instante. Pero solo fue un instante, después de lo cual dijo: está bien. Quédate herma-

no. Voy solo. Regresaré pronto. — El Hermano susurró pensativo: Qué Dios le proteja—. Y cerró la puerta.

Ya en la calle, el Padre Anselmo preguntó: está cerca el lugar donde debo ir?

No muy cerca Padre, —contestó uno de los encapados. Pero aquí tenemos un coche. Es asunto de pocos minutos, Le regresaremos en este mismo coche. Vamos Padre— Y le invitaron a que suba primero.

El Padre, así lo hizo. Luego subieron los dos caballeros. Pusieron al sacerdote en la mitad. Y uno de ellos sacando un amplio pañuelo negro, le dijo: le rogamos Padre, que nos excuse: pero así lo exigen las circunstancias—. Debe Ud. ir vendado los ojos. No tema Ud. que nada le pasará. Somos gentes decentes. Puede Ud. comprender el caso. No debe saber a dónde va.

— Comprendo. Ponga Ud. la venda en mis ojos. Y vamos.



Santo Domingo, donde existe una hermosa imagen de la Virgen del Rosario.

— Efectivamente, el hombre del pañuelo negro, vendó los ojos al Padre, y el coche partió apresuradamente. El Padre calculó que cruzaba varias calles y esquinas. Pasaban los minutos y más minutos. Eran minutos largos, y el coche seguía adelante. A dónde le llevaban?— El coche seguía misteriosamente. Mientras tanto, el Padre Anselmo, pensaba en Francisco. Y recordaba de su rebeldía antireligiosa. Pero en qué peligro se encontraba?— No estaba enfermo; pero algo más grave. Y era peligro de muerte. Y cavilaba en lo que podía haber sucedido a su querido discípulo. Habían transcurrido muchos minutos. Al fin, el coche paró. Los dos encapados tomaron al Padre por los brazos, y le hicieron bajar. A poco, el Padre oyó que se abrían unas puertas. Luego, una voz preguntó: ya está el Padre?

Después el Padre sintió que pasaba por un salón cubierto de mullida alfombra. Y luego, por un largo corredor entablado. Le hicieron parar un instante y le advirtieron: tenga cuidado, que hay algunas gradas de la bajar.— Así fue. Eran gradas de piedra que bajaba. Muchas gradas. Hasta que sintió que estaba en una pieza húmeda y fría. Debía ser un sótano. Entonces, volvió a oír una voz que decía: pudieron traerle al fin. Gracias señores. Me hacen un gran servicio. Gracias. — Luego, unas manos le quitaron la venda. Y el Padre quedó abismado, cuando vió que estaba en una gran bodega subterránea, con pocos muebles y alumbrada débilmente. Y en un sillón solitario, yacía sentado precisamente Francisco X. Estaba como pegado al asiento. Vió sin inmutarse al Padre y no se movió, ni dijo nada. Los dos encapados que se cubrían el rostro hasta los ojos, se dirigieron a una puerta que quedaba junto a una hilera de toneles de vino, la abrieron, salieron y la cerraron violentamente. Francisco X, quedó solo con el Padre. Vestía de negro y con elegancia. Se levantó entonces, y se arrojó en

los brazos del Padre y cubrióle de lágrimas su pecho. Per-dón Padre Anselmo, le dijo, enjugándose el llanto con un fi-no pañuelo blanco de lino. Y continuó: Padre, tengo po-cos minutos disponibles, apenas para confesarme, pues me han hecho esta gracia. Mi historia es muy larga. Su Reve-rencia tenía razón. Crucé por muchas aventuras. Me hice muy rico. Pero el mismo dinero, hizo que cayera en las re-des de una sociedad secreta. Sus instrucciones me fueron duras de cumplirlas. Y me condenaron a muerte. No hay escapatoria. No me perdonarán nunca. Esta es su ley. Y jamás dejan huellas de sus ajusticiados. Es como si murieran de muerte natural. Escúcheme Padre. No he olvidado de Dios. Por esto quiero confesarme, para pedirle perdón. Después que me confiese, me pondrán una inyección en la vena aorta, de un veneno mortal que me dejará vivo pero inconsciente, apenas tres horas. Y luego moriré. Este lu-gar no está distante del convento suyo. Después de pocos minutos me arrojarán en la puerta del Hospital San Juan de Dios. Mi boca tendrá olor a licor. Se tendrá la idea de que he muerto por alcoholismo. Allí me encontrará, Padre An-selmo. APenas verá en la vena como un ligero picado de pulga. Eso es todo. Sólo un reactivo poderoso, podría sal-varme. Su Reverencia que es un químico sabio, sabe esa fórmula. Que Dios me perdone y haga su voluntad.

Después de estas palabras, que las pronunció con apuro Francisco se arrodilló y se confesó devotamente. Instantes más tarde, el coche devolvía al Padre a su convento, igual-mente vendado los ojos y con los mismos encapados. Era la una de mañana.

Se salvará Francisco?

Minutos después, el Padre Anselmo estaba en el labora-torio del colegio, con el Hermano que antes le había acom-

pañado ante los encapados. Con admirable serenidad, revisaba varios frascos que contenían preparaciones químicas. Reunió varios de ellos, e hizo una misteriosa preparación, conforme a una fórmula escrita en un gran libro. A poco dijo: ahora sí, tenemos listo el reactivo que debemos inyectar a Francisco. Es lo único que puede salvarle la vida. Vamos en busca del muchacho! — Saquemos el coche del colegio! Pero pronto! Vamos Hermano.

En efecto, ambos fueron hacia una puerta lateral del convento, donde había una pesebrera y una cochera. Sacaron dos caballos, les pusieron los arneses y en pocos instantes, el coche estaba listo. Lo sacaron a la calle, cerraron la puerta, se embarcaron y a todo correr, se dirigieron al Hospital San Juan de Dios. Una cuadra antes, detuvieron la marcha del vehículo, y lentamente siguieron adelante.

— Hay que ver si ya le han arrojado en la puerta del Hospital, dijo quedamente el Padre Anselmo.

— Si Padre, sigamos, contesto el Hermano.

Al cabo de pocos minutos, el coche paró frente a la puerta del Hospital — Mire Padre! dijo el Hermano. Ahí está un hombre tendido bajo el umbral! Debe ser él.

— Bajemos pronto, indico el Padre.

— Sí Padre. Es él! Pobre muchacho . . . Está muerto!

— Pasémosle al coche! Y uniendo la acción a lo dicho, cogieron en vilo al hombre y le trasladaron al coche. Y en rápida carrera, regresaron al convento. Entraron por la puerta lateral, pusieron seguridad, y sin perder un instante, le llevaron al laboratorio.

— Prepara la jeringuilla! ordenó el Padre al Hermano.

— Inmediatamente Padre.

Mientras tanto el Padre, acomodó a Francisco sobre una larga banca de madera. Estaba desfallecido e incos-

ciente. El Padre pególe el oído sobre el corazón. — Aún respira, murmuró. Y digiriéndose al Hermano pregunto: está listo?

— Si padre, contesto el lego.

— Entonces, que Dios nos ayude.— Y tomando con mano firme la jeringuilla, absorbió el líquido preparado. El Padre Anselmo, con su acostumbrada destreza, introdujo la aguja de la jeringuilla en una vena del brazo de Francisco y vació el líquido. Y ambos esperaron la reacción. Los minutos eran para desesperarse. Reaccionaría Francisco, o dejaría de existir? — Los instantes parecían eternos. Y el cuerpo de Francisco seguía inanimado.

De pronto, el Hermano exclamó: Padre Anselmo! Empezar a respirar fuerte! Es la reacción, Padre!

— Ten calma, hijo, respondió el sacerdote. Hay que esperar todavía. Pero no! Mueve la cabeza! La reacción es positiva! Francisco se ha salvado! —Alabado sea Dios!

Media hora después, Francisco efectivamente volvía a la razón. Empezó a recorrer con mirada aún vacilante el laboratorio. Y al fin, preguntó: dónde estoy?

— En tu colegio, Francisco, — le respondió afectuosamente el Padre Anselmo. Ves hijo mío, que te ha salvado tu fe? — Quédate en descanso. Luego te daré una bebida reconfortante. Y ya verás qué bien te pones muchacho!

Hacia otro destino

Pocos días después, Francisco estaba con su salud completa. Se había salvado milagrosamente del poderoso veneno. Aconsejado por el Padre Anselmo, no salió de su pieza

en el convento, y se dejó crecer la barba. Y al cabo de dos meses, abandonaba el país secretamente y con un supuesto nombre francés, dirigiéndose precisamente a Francia. Conforme a las instrucciones y recomendaciones del Padre Anselmo, se hospedó en un convento de Jesuítas. Luego, ingresó a una asociación de industriales, adquiriendo fortuna con el influjo de su inteligencia e iniciativa creadora. Nunca se quitó la barba. Y para todas sus amistades, era un ciudadano francés. Contrajo matrimonio con una hermosa muchacha alsaciana. Y sólo cuando estuvo viejo regresó a la Patria ecuatoriana. Su primera gestión fue la compra de una magnífica hacienda en la provincia de Los Ríos. Su bondad, atrajo el cariño de todos los que le conocieron, para quienes seguía siendo el ciudadano francés. Hasta entonces, el Padre Anselmo había muerto. Pero Francisco que siempre le tuvo con cariño en su memoria, quiso grabar el hecho de su salvación y su gratitud para él, mediante algo que perdure a través del tiempo. Púsose entonces de acuerdo con los padres Jesuítas, les reveló su secreto, e hizo levantar la hermosa cruz de piedra que existe lozana y majestuosa, frente a la preciosa fachada del templo de la Compañía de Jesús en la ciudad de San Francisco de Quito.

Terminado el relato, cuando el sol tropical se ocultaba detrás de una colina poblada de seculares árboles y palmeras, preguntamos curiosos a don Isidro:

— Pero, si no es indiscreción, díganos don Isidro, por qué sabe Ud. esta interesante historia?

— Pues . . . sencillamente, mi amigo, porque Francisco fue mi abuelo. . . Su único hijo, fue mi padre. A su vez soy yo, también su único hijo. Los tres nos hemos interesado en obtener el cultivo del mejor cacao del mundo. Y en consecuencia, podemos tomar el mejor chocolate. Y gastamos

nuestro dinero en bien de los pobres — Y ahora, mi amigo, guardará Ud. el secreto de quien le contó esta tradición?

— Como caballeros, don Isidro . . . Nadie sabrá que Ud. nos la refirió.

Así lo hemos hecho. Y así referiremos a ustedes, la tradición de la cruz de piedra, que como un exvoto de gratitud, se levanta frente al templo de la Compañía de Jesús.

EL SANTO QUE DA MARIDO

Desde hace muchos años, talvez de siglos, se guarda en esta ciudad, el convencimiento de que San Antonio de Padua, es el santo que sabe dar buenos maridos, a las jovencitas que le piden devotamente esta gracia. Y se cuentan numerosos casos de este acontecimiento, sucedido en todos los tiempos, aún en circunstancia desesperada, cuando parece perdida toda esperanza. Y lo único que podía quedar para las solteras, es aquello de vestir a los santos. O sea, el renunciamiento involuntario al matrimonio, por falta del consabido príncipe azul. Pues bien. Acerca de este complicado asunto, aún hay personas avanzadas en edad, que cuentan una curiosa tradición.

Cuentan pues, que cuando esta tierra nuestra todavía estaba bajo el yugo del conquistador español, habitaba en el barrio quiteño de la Loma Grande, muy cerca de la "Mama Cuchara", una bellísima doncella llamada Catalina, N., a quien acompañaba su madre, viuda desde hacía mucho tiempo. Sus encantos eran un verdadero privilegio, igualmente que sus virtudes. Sin embargo, su edad había pasado de los treinta años y permanecía soltera. Y los vecinos, no dejaban de comentar esta rara circunstancia. Y no era que a Catalina le disgustaba el matrimonio. No era eso. Al contrario: cansada de esperar que espontáneamente le pidiera su cariño algún varón honorable, para llevarla a una santa unión ante el altar, acudió a San Antonio de Padua, y le dedicó varias novenas, que las rezaba juntamente con su madre, con profunda devoción. Esto, aparte del sinnúmero de cirios que le ofrecía a diario, al santo taumaturgo, para que el anhelado novio se hiciera visible de alguna manera. Mas el milagro

pedido y esperado por Catalina y su madre, ni siquiera se lo vislumbraba por ninguna parte. Las novenas, pues, habían sido infructuosas y Catalina estaba decepcionada. Con todo, su madre aprovechó un momento de tranquilidad espiritual de su hija, y le dijo:

— Hija mía: San Antonio nunca ha quedado mal con sus devotas. Dedícale una última novena. Pero hazlo con fé y verás que esta vez te oye.

Catalina quedó pensando largo rato y al fin le contestó la fe languidece, mamacita mía. Pero voy a hacerlo por obediencia. Mas si después de esta novena, no me oye San Antonio, le aseguro que tomaré una decisión definitiva! Nadie podrá impedirme!. Será terrible, pero lo haré!.

Y así fue como las dos mujeres volvieron a arreglar el altarcito de San Antonio de Padua, con flores frescas y dos cirios que constantemente se quemaban. Y ambas, comenzaron la última novena. Como nunca Catalina rezaba con ejemplar recogimiento, confiando en que en esa vez el milagro se haría. Así, al toque del Angelus, madre e hija rezaron la novena día por día hasta que llegó el noveno. Prudentemente, Catalina espero algunos días más, pero el novio del milagro no asomaba. Hasta que una tarde, una tarde fatal, Catalina con incontenible desesperación y con abundante llanto, corrió al altar de San Antonio, lo tomó en sus manos y le dijo: Pérdoname santo mío; pero te has vuelto sordo y no quiero verte más! Y le arrojó por la ventana a la calle! Y el santo deshauciado por su devota, cayó precisamente en la copa alta de un fino sombrero, de un encapado caballero que pasaba en ese mismo momento. El caballero reaccionó violentamente con el golpe recibido en la cabeza. Cogió en sus manos al santo y entró en la casa de donde había sido arrojado. Golpeó furioso con su bastón, la única

habitación que estaba abierta. Los golpes se repitieron varias veces. Hasta que de las profundidades de una cámara obscura y misteriosa salió algo cohibida la madre de Catalina. Y el caballero le preguntó en tono áspero:

— Fue Ud. la que arrojó a la calle al Santo? No pensó que este es un sacrilegio? — Y mire Ud. cómo está de arruinado mi sombrero! No podré reponerlo, porque este lo he pedido directamente a París! Explíqueme el asunto señora! Por qué hizo ésto!

— No fui señor, contestó timidamente la señora.

— Que no fue Ud.? — Quién fue entonces! Diga, diga señora!

Sí, sí, pero no lo hizo por mal, ni por ofender a Ud. caballero

— Pero quién fue, señora!

— No se disguste caballero, que fue mi hija, mi hija . . .

— Su hija de Ud! Pero por qué lo hizo, por favor!

Y dígame, buena señora, es joven la señorita?

— Sí señor. Y es bonita y virtuosa. . .

— Vaya, vaya, qué complicación! Pero por qué lo hizo? — Le ruego me disculpe, señora, para que me cuente como fue. . .

— A quién le pido calma es a Ud., caballero. Pero le ruego se siente y me escuche.

El caballero mas curioso que resentido, se sentó en un bancón y espero. La señora entonces, le refirió lo que había sucedido a Catalina, con su devoción a San Antonio de Padua.

Y el caballero arreglándose los mostachos y con una expresiva sonrisa, continuó:

— Señora: con todo respeto, vuelvo a pedirle me perdone por mi agriura. Y le ruego asimismo, me haga la gracia de presentarme a su señorita hija. Y que no tenga recelo. No

hay por qué, no hay razón. Soy el caballero más pacífico de la tierra. Por favor, señora.

Animada la señora por este cambio del caballero, entró en la recámara de su hija Catalina, a la que convenció que saliera y dejara que le presente. Y así fue. Minutos después, Catalina insinuada por su madre, extendía su mano al caballero, que indudablemente, pertenecía a la élite de la sociedad, por su apellido y por su fortuna. Pero que hasta entonces, había permanecido indiferente al matrimonio, sin embargo de que pasaba de cuarentón. El caballero quedó asombrado de la belleza de Catalina. Y luego de mirarle largo rato, le dijo:

— Le ruego señorita Catalina, considerarme su sincero admirador. Y permítame ser el primer servidor de esta su casa, a la que desde momento rindo mi respetuoso aprecio.

Catalina al oír semejante discurso, enrojeció de recelo. Pero a poco se repuso y contestó:

— Mi madre y yo, estamos realmente honradas con su presencia. Tendremos mucho gusto en recibirle, caballero.

Luego, los tres personajes pusieronse a conversar hasta cuando la noche estuvo avanzada, como si hubieran sido viejos amigos.

El caballero siguió visitando por varios meses la casa de Catalina. Y al fin, se casó con la bellísima muchacha, celebrando el acontecimiento con mucho derroche y lujo. Así pues, San Antonio de Padua, había atendido magníficamente el pedido de su devota Catalina. Y se cuenta que en agradecimiento por este milagro, Catalina y su rico esposo, mandaron a trabajar la estatua del Santo Taumaturgo, que hasta ahora se venera en la Capilla de Cantuña de Quito.

LA TRADICION DE LA VIRGEN DE LA CONCEPCION

La esquina de la Plaza de la Independencia, donde está situada la Iglesia de la Concepción. Nótese en la parte superior la urna de la Virgen de la Concepción.



Noche de conjunción. El cielo despejado de nubes y recamado de estrellas, cubre la noble ciudad de los Quitus, como amplísimo manto salpicado de diamantina pedrería. Abajo, la calle empedrada, apenas alumbrada por el foquito de una esquina, evoca lejanos recuerdos del tiempo colonial. Varios trasnochados, cantan sus tristezas al pie de un balcón. En tanto sus guitarras, gimen de pesar. Las doce dan las campanas de La Merced. Y el eco de las pisadas de los transeuntes, parece que delata recelosos seres que se ocultan. Más allá, las devotas envueltas en mantas negras, se escurren huidizas pegándose a la pared. El pito del Policía, suena como un quejido. Y al fin, sobre el azul oscuro

del firmamento, se destaca majestuoso el templo de La Merced, coronado de brillantes cúpulas. En la plazoleta, junto al inmenso muro conventual, una viejecita octogenaria, atiza el braseso para que hierva el agua de canela, en una donosa olla de barro. Qué buena parece la señora! Si quisiera conversar, qué de secretos nos diría! Intentémoslo.

— Ya está el agua de canela, señora? — le decimos cordialmente.

— Sólo falta que tome un poquito el color. Pero si quisiera acomodarse en este cajoncito? Porque el negocito es de mi nieta Martita. Pero ya mismo sale de misa. Quiere esperar un ratito? — En este caso, le serviré yo misma. — Nos contesta la viejecita con amabilidad.

— Y por qué no, señora? — Y nos sentamos en el cajoncito, que está muy cómodo. — Pero qué frío hace señora!

— Ya le voy a servir el agüita, señor. Esto le calentará. Quiere con una puntita? Porque tengo un traguito muy bueno.

— Está bien, señora. Pero que esté bien calentita el agua.

— Bueno señor. Aquí está. Si gusta, le pongo una copita más. Si le falta azúcar, aquí está en la bolsita de papel.

— Suficiente, señora. Toda está bueno y sabroso.

Y en tanto tomamos el agua de canela, que está rica como nunca, pensamos iniciar la charla con la simpática viejecita.

Parece que este año, la fiesta de nuestra Señora de las Mercedes ha estado muy buena. No es así, señora?

— Antes, en mi tiempo, había más gente. Con todo, si entra Ud. en el templo, verá que no hay donde poner un alfiler. Así mismo es esta misa de media noche.

— Dicen que la Virgen es muy milagrosa.

— Eso sí, señor. Con el nombre de nuestra Señora de las Mercedes, o con cualquier otro. Y este ratito, recuerdo lo que había sucedido hace muchos años. Me contó mi abuelita. Se imagina cuántos años serán?

— Algún milagro talvez?

— Sí, sí señor. Y vea lo que son las cosas. Fue en este mismo lugar. Cuando yo era jovencita, como es mi nieta Martita que ya mismo sale de misa. Mi abuelita venía a este mismo lugar, a la misa de media noche. Y hacía esta misma agua de canela. Yo le ayudaba a vender. Pero como ahora, había que esperar que salga la gente, porque aquí en esta plazuelita, se llenaba mientras quemaban los castillos, los chiguaguas y un mundo de cosas que hacían los coheteros. Pero que maravillas se veían entonces, señor! Y poníamos en el bracero tres ollas grandes de agua de canela. Y todas se acababan! Y todavía faltaba!

— Debía ser muy buena la fiesta de esos tiempos. Y cómo fue lo del milagro? Pero no la molesto, señora?

— No diga eso, señor. Pero se sirviera otra copita, porque el frío está que muerde!

— Con una condición señora. Que Ud, me acompañe por favor.

— Bueno, aunque cuando alguna vez tomo una copita, me molesta un poco la cabeza. Pero le daré gusto señor. Tomaré y le conversaré lo del milagro. Salud, señor.

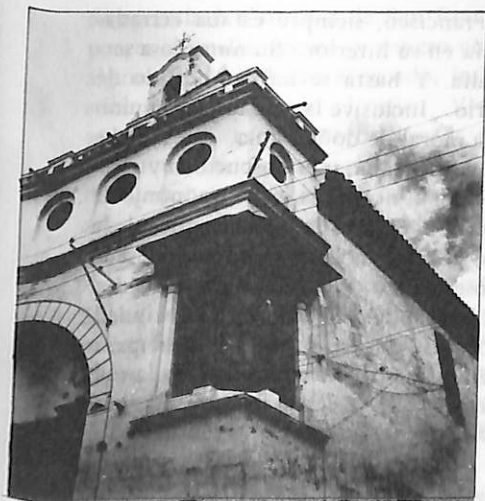
— Salud, señora.— Y la viejecita se tomó la copita de un solo trago. Y luego, limpiándose la boca con el revés de la manga, se acomodó en otro cajoncito junto a la pared y empezó a contarnos.

Lo que le contó la abuelita

Como le digo, señor, ésto me contó mi abuelita, nos dice con bondad la viejecita. Y así le voy a contar también

a Ud. — Verá señor. Aquí cerca, en toda la Plaza de San Francisco, vivía un señor muy rico. Y muy honorable y caritativo. Todo tenía de bueno ese señor. Pero de vez en cuando, se iba donde la “Tamalera”. Este era el sobrenombre de una mujer muy guapa, que tenía una tienda en la esquina donde ahora empieza el parque del Hermanito Miguel. A élla, si le conocí; pero ya muy viejita. Más vieja que yo. La “Tamalera”, tenía fama por los ricos tamalitos de gallina que preparaba, y también por los anisados que vendía. Pero qué anisados, señor! Esos anisados también bebimos en mi matrimonio. Para qué voy a decirle que no! Pues allá iba ese señor, que se llamaba Dionisio. El apellido, ya se ha me ido de la cabeza. Pero se citaba con sus amigos íntimos. Y tomaba, hasta las cejas! Y a eso de las diez de la noche, bajaba por esta plaza, diciendo unas palabrotas tan grandes, que dicen que el mismo diablo se tapaba los oídos. Cómo serían, señor? — Bien. Bajaba hasta la esquina de la Concepción. En ese tiempo, había pegada en el muro de la iglesia, una urnita de la Virgencita. Entonces don Dionisio, se sentaba en una grada del Palacio de Gobierno, que queda al frente, y decía horrores contra el señor Presidente de la República! — Y luego, cogiendo un bolsillo de piedrecillas, las arrojaba a la urna de la Virgencita, y le decía: Tú tienes la culpa, señora! Yo te he pedido que me libre de ese maldito anisado! Mil veces te he pedido! y nada! Pero qué has hecho por mi, señora? — . . . Pues haremos la revolución! Y cuando triunfemos, haré que te guarden en la Iglesia! Porque si no me vas a oír, para qué estás mirando mis flaquezas, señora! — Y mientras repetía estas frases, agotaba las piedrecillas, arrojándolas contra la urna.

Así pasó el tiempo, hasta que efectivamente, don Dionisio con varios de sus amigos ricos y, mucho pueblo, dieron el golpe revolucionario con tiros y mucha bulla. Y casi se



*La famosa urna
de la Virgen de
la Concepción,
motivo de la
tradición de este
libro.*

tomaron el cuartel. Pero les ganaron los del Gobierno, y don Dionisio cayó preso. Y le desterraron a Colombia. Pe- antes de ésto don Dionisio que era joven y muy guapo, se había casado con una dama muy hermosa y de lo mejor de Quito. Apenas eran ocho meses de matrimonio, Y cuando le desterraron, doña Paula, que así se llamaba su esposa, quedó en cinta.

Pasaron muchos años. Y doña Paula seguía adminis- trando sola sus extensas propiedades. Y por más diligencias que hizo, no volvió a saber nada de su esposo, don Dionisio. Y la gente, se olvidó del acontecimiento.

La señora del Reverendo Padre

Años después, doña Paula seguía siendo hermosa y se había alejado de todas las relaciones sociales. Su casa seño-

rial de la Plaza de San Francisco, siempre estaba cerrada. Nadie sabía lo que sucedía en su interior. Su numerosa servidumbre, pocas veces salía. Y hasta se había rodeado de cierto ambiente de misterio. Inclusive las gentes, murmuraban de algo que ofendía la moral de doña Paula. Pues de decía, que cuando la noche comenzaba, y la obscuridad y el silencio se extendía en la ciudad, no pocas veces un monje de elevada estatura, cubierto por hábitos de los hermanos de la Orden de San Francisco, abría con llave propia el pesado portón y penetraba sigilosamente. Y sólo salía al otro día, al acercarse la aurora. El escándalo cundía en la vecindad. Y no faltaban algunas beatas, que se santiguaban al pasar por esa casa. Eso era natural y prudente. Pero si era la casa de la señora del monje misterioso! Y según esas mismas gentes, doña Paula había violado la lealtad al esposo ausente!

Y decían también, que un íntimo amigo de Don Dionisio, que tenía el secreto encargo de comunicarle todo lo que sucediera en su familia le escribió avisándole que aunque era increíble y doloroso, su esposa, doña Paula, le había traicionado con un monje de ignorado origen. Y que era su obligación regresar con urgencia, máxime que ya no había ningún peligro de que sea castigado, por su viejo intento revolucionario.

Pocos días después de haber recibido la fatal carta confidencial, efectivamente regresó don Dionisio de Colombia. Llegó a Quito a caballo, por la noche, y alejóse con toda cautela donde su íntimo amigo, quien le aseguró personalmente, la deslealtad de doña Paula.

En la noche siguiente, don Dionisio con honda indignación y resuelto a la venganza, se armó de un afilado y fino puñal, se envolvió en su amplia capa negra y salió a la calle.

Se aproximó a su casa de San Francisco. Se ocultó en una puerta de calle vecina, y espero con aparente serenidad. Si alguien se le hubiera acercado, hubiera visto que tenía terriblemente fruncido el ceño. Y se mordía hasta hacerse sangre. En tanto apretaba cada más, el puñal que tenía asegurado en el cinto. De pronto, a través de la oscuridad de la noche, alcanzó a divisar que una elevada sombra, cruzaba por la plaza y se dirigía al portón de su casa.

— Es él! Es él! — murmuró agitadamente don Dionisio. Sí, sí! Es el monje! Y se atreve! Y se acerca! Y abre la puerta! . . . Ya entró! Dios mío! Virgen de la Concepción! Dame calma y serenidad! Sí, sí! Quiero ver esa traición con mis propios ojos! Y la mataré! Porque no tendrá perdón! La mataré! . . . Y me iré para siempre!

Don Dionisio, sin embargo, esperó pocos instantes más. Luego, fue resueltamente al portón. Sacó una llave que había conservado en su larga ausencia. Y abrió la puerta! Entró y la volvió a cerrar. Adentro, encontró todo oscuro y silencio. . . Solo había un pequeño farol, que apenas alumbraba un ancho corredor del piso alto, donde se destacaban como negras siluetas, sinnúmero de maceteros cuajados de ramas y de hojas. — Paróse entonces un instante don Dionisio. Levantó su barbuda cara. Dejó caer su capa. Y empuñó fuertemente el puñal! — Hay luz en el dormitorio, murmuró quedamente. Ahí debe estar ese miserable! Ni a él le dejaré escapar! Y huiré! . . . Sí huiré!

Después, don Dionisio, subió lentamente las gradas. Una grada y la otra. Y avanzaba sin hacer el menor ruido. Es que vería el mismo la terrible deslealtad de su esposa! Y su venganza sería fatal! Y subía otra grada y otra más. Los instantes le parecían eternos. Pero era necesario así.

Al fin, dominó la escalera. Nadie se había percatado de su presencia en su casa. Se pegó a la pared y siguió paso a paso. Lentamente . . . Hasta que se puso bajo el único farol que alumbraba la estancia. Soltó el aliento. Tomó una bocanada de aire. Se acercó al hueco de la llave del dormitorio, y miró . . . Y vió efectivamente lo que esperaba. Vió lo que su íntimo amigo le había denunciado! En el interior, sentados en un amplio diván, estaba su esposa, hermosa como nunca. Y junto a ella, sonreía complacido el monje. El odiado monje! Y doña Paula, le acariciaba dulcemente sus ensortijados cabellos. Ya no cabía la menor duda. Ahí estaba la prueba latente de su deslealtad! . . . Y había que obrar. Para qué esperar más? — Y de un violento empujón, abrió la puerta y saltó en el aposento! Y cuando don Dionisio, levantó el puñal para hundirlo en el corazón de doña Paula, paróse como un resorte el monje! Y extendiendo los brazos, exclamó: Papá, Papacito mío!..



Vista lateral del templo de la Merced.

Y doña Paula, roja de emoción, también acercóse amorosamente a su esposo y le dijo: por fin regresaste esposo mío! Es tu hijo! Es Pedro, que Dios lo bendijo para el sacerdocio!

Soltó entonces don Dionisio el puñal. Y abrazó fuertemente a su hijo y a su esposa. Y lloró de contento y de emoción profunda. Poco después, sentados ya en el diván en medio de sus seres más queridos, doña Paula refirió a don Dionisio, que durante su larga ausencia, se había entregado a la práctica de las virtudes cristianas, y a la educación de su único hijo, que siguiendo su vocación, entró al convento de San Francisco, en donde era ejemplo de piedad y de abnegación en el cumplimiento de su sagrado apostolado. Y que por una concesión especial, ante la soledad de doña Paula, el Padre Provincial, le permitía que fuera a visitar a su madre en algunos sábados, quedándose a celebrar misa allí mismo, el domingo, a las cuatro de la mañana, y regresar luego a su convento.

Así entró don Dionisio, en el más hermoso nido de felicidad, al que poco antes rodeaba la imagen de la tragedia y de la venganza.

Al otro día de llegado a su casa, y libre ya de la terrible obsesión que le atormentaba, don Dionisio dirigióse a visitar la urna de la Virgen de la Concepción, en la esquina de la Plaza Granda. Paróse frente a la sagrada imagen, sacóse el sombrero y dijo: Señora; os agradezco por el inmenso favor que acabáis de hacerme. Como también, por el favor de haberme quitado desde hace varios años, el vicio de esos endemoniados anisados. Y perdóname Madre mía, por las piedrecilla que en momentos de locura, arrojé a vuestro manto. Os ruego que no abandonéis nunca mi hogar. Amén.

Después, fue a visitar a sus buenos amigos y les refirió sobre todo, lo que le había acontecido con su esposa y su hijo, de quien ignoraba, que había entrado a la Orden de San Francisco, siendo uno de los más santos sacerdotes.

Pocos días después, don Dionisio que en su larga ausencia en Colombia, se había dedicado a la explotación de oro en las famosas minas del Valle del Patía, haciendo grandes ganancias, enfermó gravemente con una afección hepática, contraída en el duro trabajo que había tenido. Todos los esfuerzos que doña Paula y el Padre Pedro hicieron para salvarle la vida, fueron inútiles. Hasta que don Dionisio, resolvió prepararse para su viaje a la eternidad. Se confesó con su mismo hijo, el Padre Pedro, recibió la santa comunión y cayó en una especie de letargo, durante el cual balbuceaba frases entrecortadas: Madre mía . . . tu manto! Madre!. . . El manto no fue así. . .!

Minutos después, don Dionisio despertó. Junto a él, en la cabecera de su cama, estaban doña Paula y el Padre Pedro, como también sus familiares y amigos íntimos. Refirió entonces, jubilosamente, que se le había aparecido la Virgen de la urnita de la Concepción. Y con dulzura infinita le dijo: Mira Dionisio, lo que has hecho mi manto. Los has hecho pedazos con las piedrecillas que me arrojaste. Pero lo hiciste para no olvide de tí. Y ya ves que estoy aquí para llevarte a mi mansión celestial.

Dirigióse entonces a doña Paula y al Padre Pedro, y rogó que hicieran cambiar esa pequeña urna de la Virgen, por otra de mayor tamaño, que guarde el recuerdo de ese milagro. Luego bendijo a su hijo y a su esposa, y murió.

A poco de este acontecimiento, efectivamente doña Paula y el Padre Pedro, consiguieron que en la esquina de la fachada del templo de la Concepción, hacia la Plaza Grande, se coloque la imagen de la Virgen en una gran urna, que vemos hasta nuestros días.

LA TRADICION DE "EL PANECILLO"

Hay tradiciones quiteñas, que han venido conservándose a través de las familias amantes de la quiteñidad. Así, el abuelo las ha contado al nieto. Este, a los hijos y así sucesivamente, hasta nuestros tiempos en que las preocupaciones de la civilización moderna, van alejando de la mente de los vecinos, aquellos temas tan amenos, muchos de los cuales



El señor José Luis Recalde en la plausible labor de descubrir la famosa olla del Panecillo

han tenido un fondo de verdad histórica. De este modo, se ha atribuído al Panecillo, este montículo que tanta gracia da a nuestra ciudad, que posee en sus entrañas ciertos misteriosos secretos, inclusive el entierro de caudalosos tesoros de los aborígenes. Lo cierto es, que también nuestro hermoso Panecillo, tiene su tradición, posiblemente, nacida por allá

en el tiempo del indio Francisco Cantuña, cuyo nombre lleva esa maravillosa joya arquitectónica, que es la capilla pegada al imponente y mayestático conjunto de la iglesia y convento de San Francisco.

Nos permite Ud, referirle esta tradición? — Bien. Le rogamos entonces, acomodarse en su poltrona y regalarnos unos pocos minutos de su atención.

Hace muchos años, en una época que se pierde en la distancia del tiempo, en una habitación baja de la vieja casona quiteña de un caballero español, agonizaba una joven india atormentada por terribles dolores del estómago. Junto a ella, sentado sobre un cuero de llama, estaba un niño de la misma raza broncea, cuyo rostro delataba intensa pena. De sus grandes ojos negros, se escapaban de vez en cuando, gruesos lagrimones que rodaban hasta mojar su capisayo. La joven tenía los ojos cerrados y la cara pálida. Respiraba con violencia, y sus resecos labios se movían solo para dejar escapar frecuentes quejidos. De pronto se incorporó en su lecho, abrió los ojos y acariciando al niño, le dijo en la cadenciosa lengua quichua: He visto a jatun mama . . . y me dice que me curaré de mi dolor, sólo cuando tome el agua de la oreja del murciélago sagrado. . . Anda hijo mío. . . Busca la oreja . . . no está distante. Anda a la cueva del Panecillo... donde dejamos el maíz para jatun mama . . . Anda hijo mío

El niño entonces, se levantó con rapidez, cogió un pequeño recipiente con cocuyos y salió presuroso de la habitación. Y dicen que se dirigió por una callejuela que hoy lleva el nombre de calle Bahía. Llegó sudoroso al lugar que le había indicado su madre. Y ni siquiera reparó en que la tarde caía y se acercaba la noche. El niño indio entró sin vacilar en la cueva. Adentro había obscuridad. Por las paredes de grandes piedras, rebalaban gotas de agua. En el piso

había lodo. Pero el niño siguió con vehemencia. Agitó los cocuyos, y una débil luz le guió para continuar su camino. Había caminado ya muchos pasos, cuando un animal negro y sisniestro, de alas puntiagudas, de patas con largas uñas, pasó resguñando su poblada cabellera! El niño gritó de espantó! Sintió que un sudor frío bañaba su frente! Sus piernas temblaban. Sin embargo, calmó su ánimo. Respiró un poco con la boca abierta, movió nuevamente los cocuyos y continuó, paso a paso para no resbalar y caer. Las paredes de la cueva iban enanchándose. Y en el fondo, se oían chirridos y raros sonidos como de reptiles. El niño avanzaba lentamente. De pronto sintió que pasaban mordiendo agudamente sus pies, infinidad de pequeños animales. Instintivamente, se agachó para defenderse. Eran cientos de hambrientos ratones que se movían inquietamente. El niño tomó entonces una piedra. Y con desesperación machacó a uno y otro, hasta ahuyentar aquellos feroces animalillos, Los pies del niño sangraban por las mordeduras. Pero se sobrepuso y siguió caminando, aunque con dificultad. Mas algo oyó adentro. Algo como el aliento pausado de un enorme animal. Debía esta moviéndose pesadamente. El niño aguzó su vista para descubrir lo que era. Pero todo estaba obscuro en la cueva forrada de pedrones. Y movió otra vez los cocuyos y avanzó. Cada paso le era más difícil. El aire que respiraba, era pesado. Y en el tenebroso fondo, oía más ruidos extraños y miedosos. Pero instintivamente, sus miembros se paralizaron, cuando oyó un ladrido ronco, como de un perro gigante. . . Eran gruñidos amenazantes, que dejaron al niño como petrificado de espanto . . . Un sudor helado bañaba su cuerpo. El corazón le latía con violencia. Estaba desesperado. Y había momentos en que sentía desfallecer. Pero la imagen de su madre enferma, le devolvía el aliento. Sin embargo, esperó un instante. Al fin parecía que se hacía el silencio. Y continuó su camino pe-

sadamente. Cuando nuevamente oyó el poderoso coro de graznidos estridentes. Y casi al mismo tiempo, sintió que una nube de feroces murciélagos le atacaban con sus puntiagudas alas y sus agudos dientes. De todos los lados recibía golpes y mordiscos, que le arrancaban gritos de intenso dolor. Sangraba su rostro, y también sus pies y manos. Era un helante ataque que el niño no podía resistir. Y gritaba con más desesperación. Pero era inútil. La voracidad de los murciélagos se aumentaba. Y al fin, el niño cayó sin aliento. En tanto los salvajes graznidos, seguían haciendo un lúgubre y aterrador concierto.

La cueva fatídica, había quedado en silencio. Todo era oscuridad. El niño indio, yacía tendido en el fangoso suelo. Su tierno cuerpo, estaba cubierto de erupciones sangrantes. Sería esa su tumba? Y moriría su madre?

— No, Porque lentamente, revolotearon en la cueva, miles de multicolores y fosforescentes mariposas, que alumbraron maravillosamente la estancia. Y allá en la profundidad, se oyó una cadenciosa música de pingullos indios, que iba acercándose poco a poco. Y asomaron dos robustos guerreros bronceos, adornados de pecheras y coronas de hermosos plumajines. Acariciaron al niño, le sonrieron con afecto y le condujeron hacia el interior. Y cosa rara: donde antes había fango y punzantes piedras, se extendía solo un suave sendero de fresca hojarasca y de fragantes orquídeas orientales. Y el niño, desapareció hacia un misterioso destino.

Dos robustos guerreros indios que llevaban de las manos a un niño de la misma raza, llegaron al final de un inmenso túnel contruido con grandes piedras. Al fondo había una gran puerta de piedra, de la que pendía aisladamente, un disco de metal. Uno de los guerreros, tocó en él, con un tolete de chonta. Y misteriosamente, cedió la pesada puerta.

Y asomó entonces, una deslumbradora estancia. Las paredes eran de oro macizo, con dibujos indígenas recamados de esmeraldas. El piso estaba construído de adoquines de plata. Distribuidos a los lados, había sinnúmero de asientitos de chonta forrados de brillante tela púrpura, sobre los que descansaban plácidamente bellísimas vírgenes indias. En el fondo, sobre un pedestal de mármol, se levantaba una estatua de bronce, representando al gran Atahualpa. Y al rededor de su cabeza, formando una exótica corona, volaban constantemente infinidad de cocuyos despidiendo intensa luz azulina. Mientras abajo, encima de una tarima asimismo de oro, estaba sentada una anciana de semblante noble, de cabellos blancos, de mirada bondadosa, dibujando en sus contraídos labios, una maternal sonrisa. Dirigióse dulcemente al niño y le dijo: Shamuy ñuca guagua. Ven hijo mío! — y le hizo una seña para que se acercara. El niño sintió algo que le atraía irresistiblemente, y corrió a los brazos de la anciana. Ñuca jatun mama! Abuelita mía! — balbuceó el niño y quiso llorar. Pero la viejecita le arrulló con ternura y besándole en la frente, continuó: tranquilízate hijo mío. Aquí no existen las lágrimas. Soy la madre de Atahualpa, y de todos los de esta tierra. . . Los blancos de otros tiempos, no lograron arrebatarnos las riquezas que aquí guardo. Son para mis buenos hijos. Para aquellos que se enorgullecen de nuestra sangre. Y se sienten nobles, mirando su tez cobriza. Ven hijo mío. Arrímate a mi corazón, para que sientas cómo bulle la sangre roja de los indios. Sangre que no perderá jamás su rebeldía! Esta rebeldía que nunca podrán detener los blancos. Ves como no sientes ningún dolor, de lo que te sucedió a la entrada? — Estás sano. Lo hice así, para que aprendas que para sentir la verdadera felicidad, antes hay que sentir el sufrimiento. Y recuérdalo bien: los blancos nos arrebataron nuestras tierras e impusieron la injusticia. Pero vendrá un día en que volverán

a ser nuestras, y será la justicia nuestro mejor consuelo. — Y luego acercando una canasta tejida de mimbres de oro, cogió una mazorca de maíz y otra de morocho, las entregó al niño y le dijo: es ésto tendrás para que un médico cure a tu madre. Ella sanará, si le prometes ser siempre buen hijo. La bondadosa anciana, besó al niño nuevamente en la frente y concluyó: anda hijo mío. Tu madre te espera. — Entonces, uno de los guerreros que vigilaba la puerta, le llamó: Shamuy ñuca guayquicho. Ven hermano mío. El niño acudió a la llamada, y el guerrero volvió a decirle: huele estas hierbas hermano. El niño obedeció y a poco, quedó profundamente dormino. — Y quedó sorprendido, cuando pocos instantes después, despertó en la boca de la cueva del Panecillo, cuando el sol hacía poco que alumbraba un nuevo día. Y su sorpresa creció, cuando vió que tenía en sus manos una hermosa mazorca de maíz y otra de morocho. — Fue cierto. No fue sueño, murmuró contento. Y corrió a la habitación de su madre. La encontró animada y alegre. — Madre, le dijo con emoción, Jatun mama me dio estas mazorcas, y me dijo que con esto te curarás. Y le refirió luego todo lo que la víspera le había sucedido en la cueva. Y no pudo contener su sorpresa, cuando vio de qué eran las mazorcas.— Esta que parece maíz, dijo la joven india, tiene los granos de oro. y esta que parece morocho, tiene perlas por granos. . . Vete hijo mío, a ver a un médico! Le pagaremos con algo de ésto.

Y cuenta la tradición, que efectivamente, fue a curarla un caritativo y cristiano médico, que intervino después para que acaudalado español, le comprara el oro y las perlas, con lo que fácilmente consiguió su libertad y pudo vivir cómodamente con su hijo, por el resto de su vida.

Es así la tradición del hermoso Panecillo, que otea nuestra muy noble y muy leal ciudad de San Francisco de Quito.

LA TRADICION DEL NICHO DE LA TOLA ALTA



La esquina de las calles Don Bosco y León, y la casa llamada por la quiteñidad "La Universidad Ruiz", donde ahora se levantan los servicios sociales salesianos.

Hasta hace algunos años, la loma del Ichimbía, era uno de los paseos preferidos para los muchachos de los barrios quiteños. Sobre todo, porque estaba cuajada de chaparros donde abundaban diferentes frutitas silvestres, como las moras y las guagra-manzanas. Y había también muchos conejos y tórtolas, para los amigos de la cacería. Pero en el transcurso del tiempo que todo lo cambia, esa hermosa loma se ha transformado en uno de los más atractivos barrios de Quito, denominado la Tola Alta, barrio que posee varias tradiciones, inclusive la de haber sido el lugar donde se ha-

bía enterrado a muchos ilustres aborígenes, desde antes de la época colonial. Pues con este simpático y populoso barrio, tiene relación la leyenda aquella de la Viuda Blanca. Casualmente la supimos así: visitábamos a uno de los más respetables y eruditos monjes de Santo Domingo, muy conocido por sus escritos, especialmente de la historia ecuatoriana.— Era una tarde. Y mientras de soslayo mirábamos cómo las tórtolas, jugueteaban en los elevados pinos del convento, y bajaban confiadas a recoger en las callejuelas del jardín, el alimento que cumplidamente, les ponía un Hermano religioso, el respetable Padre, metiendo las manos en las amplias mangas de su albo hábito, nos refirió esta tradición:

“En lo más elevado de la loma del Ichimbía, donde todavía existe el caserío de una hacienda que posteriormente se formó en ese lugar, y cuando ya se había fortificado el dominio de los conquistadores españoles, se levantaba una casita de teja, de blancas paredes, rodeada de hermosos arbustos y rosales, y de variedad de primorosas flores. En ese oasis de belleza, oculto entre los chaparrales y árboles silvestres, vivía una joven apenas de dieciocho años de edad, acompañada de su madre y de un hermano mayor. La muchacha que se llamaba Mónica, era de una hermosura irresistiblemente atractiva. Y él, un muchacho vivaz, guapo y fornido, listo siempre para la aventura. Su nombre era Isidro. En tanto la madre, anciana ya, hija de un hidalgo español, era dulce como la misma bondad, y suplía con el cariño de los hijos, el recuerdo de su esposo fallecido desde muchos años atrás, en un combate con los indios. En esa agradable vivienda, donde todo parecía mansedumbre, y donde hasta la naturaleza era más benigna, porque se expandía hasta la distancia el suave aroma de las flores, se presentaba una escena que arrobaba el espíritu humano. Y era que cuando el sol llegaba al cénit, Mónica salía jubilosamente de su

casa y poniéndose bajo la sombra la un hermoso cedro, oteaba con visible interés la ciudad que se extendía abajo, en las faldas del Ichimbía. Y parecía que alguna preocupación que ocultaba en su alma, le hacía más bella, como una exótica aparición que se destacaba sobre el multicolor fondo del jardín y del follaje. Los grandes ojos negros de Mónica, sombreados por largas y sedosas pestañas, miraban escrutadores, como si trataran de concentrarse en alguna casa de la población. Qué misterioso secreto podía guardar esa lejana morada? Acaso sería algún venturoso habitante? — Habría tal vez Mónica, abierto su corazón a algún noble sentimiento? — Mónica efectivamente, amaba. Pero amaba con ese cariño noble, puro y delicado que hace del amor, un sentimiento encumbrado de espiritualidad que con frecuencia se posa y descansa sobre románticos matices. Era ese amor permitido, que lleva al corazón enamorado, un efluvio de ternuras, encaminándolo excelsamente hacia una misión divina. Mónica amaba, y había hecho dueño de su corazón a un mancebo alto, atlético, de tez cobriza, con ceño dignificante, que delataba la altivez de su espíritu. Se llamaba Anselmo, y era nativo de esta tierra fecunda de creadoras rebeldías. La leva de los conquistadores españoles, y su vivacidad e inteligencia habían hecho que fuera escogido, para que aprendiera la milicia. Y el amor que no tiene vallas raciales, había apasionado el alma de Anselmo, para rendirla bañada de emociones, al cariño de Mónica. Y mientras permanecía en el cuartel recibiendo la instrucción militar, salía a también a su atalaya, para dirigir sus quemantes y amorosas miradas, hacia la casita blanca del Ichimbía, donde Mónica le pensaba., cuando el sol llegaba a su apogeo. Y así la vida llevaba a los enamorados, como en una barca que suavemente se desliza en un remanso de ensueños, cruzando la esmeraldina fronda de los más puros sentimientos.

Y sucedió que un día, el Capitán español del comando militar, llamó a Anselmo y le dijo:

— Mira Anselmo; tú eres valiente y leal, y conoces todos los vericuetos de esta tierra. Dentro de dos días, saldrá de aquí la tropa necesaria para reducir a una poderosa tribu que amenaza nuestros dominios. Tú debes guiarla y ayudar a que la expedición tenga feliz éxito. Yo sabré premiarte con grado militar y tendrás además magníficas tierras. Has oído Anselmo? — Dentro de dos días.

— Como dispongas. Saldré con la tropa dentro de dos días, contestó el joven indio. Se cuadró militarmente y salió del Comando. Y decidió entonces, ir a su acostumbrada visita a Mónica y hacerle saber la orden que había recibido de su jefe militar.

El sol que había volteado el medio día, brillaba esplendorosamente. Anselmo abandonó el cuartel y se dirigió lentamente, a la casita blanca del Ichimbía. En el trayecto, iba recordando cómo había sido instruido y educado, por un buen religioso dominicano. Y recordaba también, los consejos que le había dado. Mira Anselmo, le había dicho en alguna ocasión; se están cometiendo muchas injusticias con los nativos de esta tierra. Y yo, por ser cristiano, no estoy conforme con esta situación. Vine de España, por hacer el bien a todos. Y no puedo ver el bien, en las matanzas de indios, para apropiarse de sus riquezas. — Y mientras caminaba, pensaba en que él, era también nativo, no podía cooperar para el éxito de la sangrienta expedición, de la que él debía ser el guía. Así llegó a pocos pasos de la casita de Mónica. Levantó entonces la cabeza y vió que saltando por un sendero, Mónica bajaba apresuradamente a su encuentro. Anselmo dirigióle su ardiente mirada, sonrió de contento y



El nicho de la tradición de la Tola Alta, que se encuentra incrustado en el muro de piedra al fin de la calle Chile. En el nicho está la Virgen de la Inmaculada Concepción.

también animó el paso. Un instante después, ambos prometidos se abrazaban con júbilo. Luego, avanzaron un poco, y sentándose bajo el follaje de un árbol, que les hacía sombra para los fuertes rayos solares, enlazaron sus manos y pusieron a dialogar con indescriptible felicidad.

— Mónica, dijo el joven, mirándole fijamente a su amada. No quiero la milicia, porque me quita la libertad que necesito para verte cuando quiera, como hace el sol, como el aire.

— También ese es mi deseo, Anselmo. Y sabes? El padre Alipio, me dijo que nos casaríamos en la Capilla de la Virgen del Rosario, después de quince días. Te alegras Anselmo?

— Esa era mi ambición, Mónica. Pero el Capitán español al que sirvo, me ordenó que vaya con la expedición que debe salir después de dos días. Nadie sabe, Mónica mía, cuántos días durará esa expedición. Y que sea yo, que guíe la expedición para que maten a mis hermanos! No lo haré, Mónica!

— No irás entonces?

— Iré! Pero será para guiarles por un despeñadero, donde mis hermanos les acabarán!

— Pero te castigarán, Anselmo! Será mejor que hablemos al Padre Alipio para que no vayas!

— Será inútil, Mónica. Me acusarían de cobarde. Y los indios no somos cobardes!

— Pero entonces, Anselmo, qué harás?

— Dios sabe. Mónica mía. Dios y la Virgen a la que yo amo como tú.

— Pero, regresarás pronto?

— Espero que regresaré, porque no podría vivir sin tí.

Mónica entristeció su hermoso rostro. Bajó la vista. Y sin soltar la mano de amado, le invitó a subir a su casa. Al llegar al jardín, Mónica le dijo: mira Anselmo. Miras cuántas flores hay en mi jardín. Todas son para la Virgen del Rosario, que está en mi dormitorio. Vamos a que le veas, Anselmo. Yo tengo fé en que Ella te protegerá y te traerá bien.

— Yo también, Mónica mía.

Y ambos jóvenes, asidos siempre de las manos, subieron por el florido sendero y llegaron a la blanca casita de Mónica. Allí, efectivamente Anselmo pudo ver, que una hermosa imagen de la Virgen del Rosario, parecía que sonreía en medio de varios floreros llenos de frescas y bellísimas flores. El joven quedó contemplándola, como si interiormente le dirigiera una plegaria.

Dos días después, Anselmo había partido con la expedición militar de los españoles, hacia un lugar desconocido de la selva, donde una poderosa tribu de indios, se había rebelado contra los conquistadores.

Así pasó algún tiempo. Mónica no había tenido ninguna noticia de Anselmo. Y su corazón iba, cada vez lace-

rándose más, por la permanente preocupación del destino de su prometido, cuya ausencia le parecía eterna. Y un día, el cielo tornóse oscuro y triste, como muy rara ocasión había estado. Las nubes aparecían cargadas de agua. Se acercaba la tempestad. De pronto, espantosos truenos rasgaron el espacio y una copiosa y gruesa granizada empezó a caer, destruyendo cruelmente la robusta vegetación. Mónica salió apresuradamente a mirar su jardín. Y vio con tristeza, cómo las hojas de los arbustos, caían abundantemente, hasta dejarlos esqueléticos y agobiados. Las flores sucumbían hechas pedazos, y los pétalos desfallecían en el suelo llorando su último aroma. Las robustas enredaderas se apretujaban contra las paredes de la casa, defiendiendo su existencia. Las cortezas de los árboles, quedaban heridas terriblemente. Y toda la belleza del jardín, era vencida por la mortal granizada. Hasta que cuando todo estuvo destruido, se dispó la tempestad. Y sólo quedaba la nieve, que como blanco sudario, cubría lo que antes era follaje, flores, aromas, hermosura y alegría. Mónica entonces, contempló con dolor la obra suya convertida en cementerio. Y como si ésto fuera presagio de algo fatal, cubrió su rostro con sus blancas manos y lloró largamente.

Al caer la tarde de ese mismo día, Isidro luego de haber cumplido su trabajo en la ciudad, regresó a su casa con visible preocupación. Miró la imagen de la Virgen, adornada con las últimas flores que Mónica había cogido poco antes de la tempestad. Musitó una plegaria. Después, fue en busca de su hermana Mónica. Aún tenía los ojos llorosos. Y acercándose a élla cariñosamente le dijo:

— Has llorado Mónica?

— Sí. Miraste cómo ha quedado mi jardín?

— Todo está en el suelo. Pero ya retoñará mejor, y tendrás flores más bonitas. No te aflijas hermanita mía.

— Ojalá sea así, Isidro. Pero, mientras la tempestad destruía mis plantas, sentó algo extraordinario en mi corazón. Era como un mal presentimiento. Y dime, Isidro, has sabido algo de Anselmo?

— Sí, Mónica. Anselmo se ha pasado a los suyos y ha combatido con ellos, contra los soldados de la expedición... Ha sido feroz en la lucha.

— Isidro!

— Sí, Mónica. El choque ha sido sangriento. Apenas han regresado tres expedicionarios. Los demás, han perecido...

— Y Anselmo?

— Tienes que ser como siempre, serena y valiente, Mónica. Anselmo también ha muerto.

— Mónica entonces, lloró desesperadamente. Y en un momento de loca angustia, corrió ante la imagen de la Virgen y clamó: mira Madre mía, lo que has permitido! Abandonaste mi jardín y . . . luego también a mi amado Anselmo. Pues bien! Me duele Madre Mía! Pero también yo no volveré a poner mis flores en tu altar.

— Qué dices Mónica! reclamó asombrado Isidro. Estás loca! Piensa en lo que dices! Mónica!

— Mónica cubrió su rostro con sus manos y sólo respondió con llanto. Pero a poco, Mónica se serenó y lloriqueando aún, volvióse a la Virgen y murmuró: perdóname Madre mía. . . Te he ofendido.

Pero algo extraordinario sucedió entonces, porque los floreros en que estaban las flores del pequeño altar de la Virgen María, cayeron al suelo y se hicieron pedazos. Mónica palideció. Y en ese mismo instante, cayó también ella de rodillas, y púsose a orar devotamente, pidiéndole perdón por su falta.

Transcurrieron los días. Mónica no recobró su habitual alegría. La muerte de Anselmo, le había afectado tanto, que enfermó gravemente. Su rostro, antes hermoso y atractivo, iba demacrándose, como la flor que se agosta. Las fuerzas le iban abandonando. Hasta que no pudo levantarse de su lecho. Y murió. Y su hermano Isidro, hizo que en todas las solemnidades religiosas, la enterraran en su mismo jardín, lugar preferido de sus juveniles ensueños. Desde entonces, dice la tradición, que con frecuencia aparecía en la loma del Ichimbía, en las noches de plenilunio, un ser vaporoso y blanco, con un bellissimo rostro de mujer, al que las gentes le llamaban la viuda blanca. Y aún después, cuando se había formado el barrio de la Tola Alta y todavía no era poblado como actualmente, contaban los ancianos del lugar, que en la calle Valparaíso, donde se levanta un imponente muro de piedra, había un enorme hueco cavado en la peña, del que salía alguna vez la aparecida. Y decían también, que quienes veían a la viuda blanca y huían de ella, enfermaban gravemente por largo tiempo. Pero que hubo un valiente parroquiano, que con unos tragos adentro, la vio y la esperó tranquilamente. Y quedó admirado, cuando vio que la aparecida tenía un bellissimo rostro, blanco como el mármol, que le habló y le dijo: Hermano; desde muchos años estoy en penas porque negué un día a la Virgen María, las flores que cultivaba. Si también tú la amas, hazme el bien de que en este mismo lugar, se coloque un nicho, que inculque la devoción a Ella, que es toda bondad. Y mi alma será salva... Y desapareció... Y efectivamente, el muro de nuestra referencia se hizo. Y sin saber con qué origen, el Ingeniero Carlos Oquendo, Director de Obras Públicas Municipales de esta ciudad de San Francisco de Quito, hizo colocar en ese muro un hermoso nicho, donde expande su infinita dulzura la imagen de la Virgen María.

FRIAS, MI GENERAL!



Sucede, pues, que de vez en cuando, también en las clases adineradas, surgen hombres sensibles al dolor de los demás. Y que por lo mismo, captan el sufrimiento de las gentes pobres. Y se aconmueven ante las consecuencias de las injusticias sociales. Es lo que precisamente sucedió hace muchos años, en tiempo ya muy lejano, del que quedan apenas pocos recuerdos. — Fue en la ciudad de Riobamba. Un

joven de apellido Frias, apuesto, de poderosos músculos, de rara agilidad, de rápida inteligencia, de extraordinario valor y de ilimitada caballerosidad. Su palabra fácil, fluída y amena, era el atractivo preferido en las reuniones sociales. Pertenecía a una de las familias más linajudas de la época, y como era natural, su hacienda era una de las más provistas. Admitía que los ricos gocen de comodidades sensatas y sean de su agrado los opíperos banquetes, que para eso tenían fortuna; pero en lo que no estaba conforme era, en que mientras unos pocos ciudadanos, no vislumbraban siquiera lo que es la pobreza, había muchas familias que remolían en sus hogares la miseria. Y entonces, creía que su misión en la vida, era la de establecer por cualquier medio cierto equilibrio que aleje esas tremendas injusticias. La verdad es que, cuando los servidores de confianza de los grandes terratenientes de aquel tiempo, enviaban con toda clase de precauciones, grandes cantidades de monedas de plata y oro, como carga de robustos mulares para que sean guardadas en sus casas de Riobamba y Quito, un hombre, uno solo, que siempre estaba oculto en algún lugar estratégico, de un prodigioso salto y con increíble fuerza, anulaba a los cuidadores y se apoderaba de esos grandes caudales. Y sucedía también, que muchas familias pobres, recibían de ese mismo hombre cantidades de dinero con las que aplacaban sus necesidades apremiantes. A ese hombre, se le tenía como una bendición del cielo, ignorándose el misterio de sus bondades. Ese hombre era realmente Frías; pero nadie se había atrevido a indagar siquiera quién era aquel misterioso personal, pues se ponderaba de su fuerza y de la venganza que prometía tomar contra sus delatores, que no era otra que la muerte a la cola de un potro o el arrastre enlazado por un cabestro a una silla de un veloz caballo de vaquería. La verdad era, que no se descubría, y no se atrevían a descubrir quien era el audaz ladrón de los grandes tesoros de los

acaudalados, que luego eran repartidos religiosamente entre los pobres de la comarca. Sólo se conversaba de sus extraordinarios saltos, de su prodigiosa fuerza y de su asombrosa agilidad.

Mientras tanto, Frías seguía como el centro de atracción en las reuniones sociales de Riobamba y especialmente de Quito. Y acontecieron cosas raras como éstas. Una noche en que las familias de la alta sociedad de Quito, se habían dado cita en casa de uno de los más ricos de ese tiempo para celebrar las bodas matrimoniales de una de sus hijas, bromeaban varios jóvenes entre los que estaba Frías, muy cerca de una ventana del salón principal. Uno de ellos fue un poco brusco al empujar a Frías contra el ventanal, y el ruido de un ancho vidrio que se rompió en pedazos, produjo un ligero susto a los de la ocurrencia. Frías inmediatamente, les calmó anunciándoles que en pocos minutos estaría subsanado el daño. Luego con una piola tomó las medidas del vidrio del roto y salió. Y la fiesta siguió sin ninguna alteración. Frías en tanto, se dirigió a una casa donde los ventanales tenían idéntico tamaño de vidrios que el roto. Y aprovechando la obscuridad de la noche, saltó como un felino a un balcón de uno de los ventanales, sacó un vidrio con increíble facilidad, volvió a saltar a la calle, escondió el hurto bajo su capa y desapareció. Regresó igualmente al salón de la fiesta cruzó desapercibido entre los asistentes y como por arte mágica reemplazó en un instante el vidrio roto. A poco se vio con sus amigos, los que empezaron a hacerle fisga de su ofrecimiento de hacer el milagro de la reposición del vidrio roto.

— Pero por qué juzgan ustedes que eso no ha sucedido? dijo sonriente Frías. No podrían vuestras mercedes, dejar un instante las copas de ese rico néctar que están bebiendo, para retirarnos un momento al ventanal?

No valdría la pena de darnos esta incomodidad, si antes no hacemos una apuesta! — dijo uno de los amigos.

— Magnífica idea que la acepto con especial complacencia! respondió Frías.

— Sería suficiente un cordero asado y unas cuantas vajijas de purísimo vino español? — siguió el otro en tono de burla.

— Creo que sería poco, y es mejor algo más sabroso y abundante. Acepta el ilustre proponente que sea un cerdo gordo, y el doble del vino que indica? — dijo Frías con cierto desdén.

— Aceptado, Frías! Y aceptó con inmensa complacencia, porque será tú el del gasto! Contestó el otro, invitando a sus amigos a que le sigan hacia el ventanal.

Pero fue grande su sorpresa, cuando observó que la ventana estaba como si nunca se hubiera movido y menos roto ninguno de sus vidrios.

— Pero, cómo lo has hecho! Será por ventura cierto aquel cuento que se dice de tí, que eres rey de la magia?

— Pero dónde pudiste conseguir un vidrio igual a estas horas? — repuso el admirado amigo, haciendo parecidas exclamaciones los demás.

Frías contestó sólo con su silencio y su gesto de triunfo.

El terrible encuentro con el General

Pero algo más sucedió en otra ocasión. En aquella época en que los acaudalados gustaban de la vida desocupada y solo aguzaban su ingenio para esconder las grandes cantidades de monedas de oro y plata que les enviaban de sus haciendas, eran frecuentes las reuniones sociales y las charlas con el tradicional chocolate con queso y pan de huevo. Y sucedió entonces, que una bella dama de alta sociedad y

viuda por añadidura, celebró su onomástico con una fiesta en la que derrochó riqueza y brindó con abundancia exquisitas viandas y costosos licores añejos. Y allí estuvo lo más grado de las encopetadas familias. Y allí estuvo también el General . . . El General . . . Bueno, no digamos su nombre, porque aún se conserva su apellido y pudiera haber resentidos. Llamémosle solo el General. El hecho es que era el militar de quien se contaban las más valerosas hazañas, ya en las batallas, ya como hombre que no conocía el miedo, y a quien la naturaleza le había dado una fuerza poderosa. A cierta hora de la noche, los buenos licores empezaron a hacer su efecto y por todas partes se regaba loca alegría. Pero los más importantes de los concurrentes, preferieron citar los actos de valor del General, unos para adularle y otros para obligarle a que él mismo los relate con su exagerada mímica. Sin embargo, varios jóvenes a quienes no les agradaba el militarismo, ni las luchas fratricidas, contrarrestaron la lluvia de elogios para el General, relatando las hazañas de Frías, el amigo de los pobres. El General comprendió el asunto. Y ya sin poder contenerse, salió de su círculo apretando el puño de oro de su espada que la tenía ajustada al cinto, se dirigió a los jóvenes y les dijo:

— Con que ustedes mis buenos mozos, que todavía no saben que los hombres de verdad, sólo se cuajan en los campos de batalla, encumbrando a Frías el jovenzuelo vulgar que es el espantapájaros de las gentes tímidas y sencillas?

Pero en ese mismo instante, un joven levanto el brazo, encendido el rostro y pronunció:

— Perdone General; pero nosotros nos ufamamos de ser amigos de Frías, por sus nobles sentimientos. Y le admiramos por su valor. Y sabe General, que en fuerza, agilidad y valentía, no hay otro que se compare a Frías?

El General entonces, hizo sonar los tacones de sus brillantes botas, para cuadrarse y erguirse cual ato era. Y luego levantando su atronadora voz, dijo con furia:

— Pues sepa Ud. que si alguna vez, óigame bien, si alguna vez, encontrare a Frías en mi camino, lo haría añicos como a un espantapájaros! — Dicho lo cual, el General volvió airosamente al círculo de sus amigos

Los jóvenes no se atrevieron a pronuncia ni media palabra más. Pero se retiraron disimuladamente a un rincón del lujo salón y comentaron el asunto. Uno de ellos, el que sacó de quicio al General, propuso:

— Han oído ustedes al bravucón del General? y decir que haría añicos a Frías? — Lo creen ustedes? —

— No, no! Es porque nunca le ha tanido al frente de él! Si, si! — Respondieron los demás en coro.

— Qué proponen ustedes? — Frías debe saber lo que dijo el General! Prosiguió el joven.

— Y hoy mismo, en este instante! Dijo otro de los jóvenes.

— Vamos! No esperaremos más! Hemos de saber que tanta gallardía pedante del General, llegará a su término! Anunció el primero de los jóvenes.

En efecto, los jóvenes que sabían donde encontrarle a esas horas de la noche a Frías, salieron presurosos del salón. Cruzaron algunas calles de la ciudad, alumbradas por tímidos faroles, hasta que tocaron la casa de Frías. Y luego, le refirieron lo acontecido con el General. Frías se sonrió y les despidió con su acostumbrada amabilidad. Sólo añadió: mañana lo sabrán.

El fatal encuentro

Se levantaba ya en Quito, la iglesia del Belén, que fue la primera que posiblemente se hizo. Y en aquel tiempo, estaba como abandonado en medio de cercanos chaparrales, cruzados de caminos que conducían a diseminadas casas, que eran depositarias de muchos secretos. Por rara coincidencia, cada vez que el General asistía a una reunión social, ya avanzada la noche, pasaba siempre frente a la iglesia del Belén, envuelto hasta la nariz en su ancha capa. Las gentes de ese tiempo, decían que el General iba a una de esas apartadas casitas, donde precisamente, vivía una joven chola que tenía locos por su hermosura a muchos adinerados. Esto era lo que decían; pero la murmuración es muy ligera para juzgar. No nos metamos en estas honduras y sigamos la pisadas del gallardo General.

Eran las doce de la noche. Siempre ha de ser esta hora. Hora fatal. Hora de los aparecidos y de las almas en pena. Hora de los misterios y de lo que nunca se sabe. Sin embargo, esta vez se supo. El General iba apresurado, como que iba a perder tiempo. Ya estaba frente a la Iglesia, en cuya fachada pendía el único farolito que se mantenía encendido por el cuidado de los devotos. De pronto saltó un hombre que salió misteriosamente de entre las sombras, y párose garbosamente frente al General.

— Quién va! dijo entonces el General con voz potente, al mismo tiempo que empuñaba su espada.

— Frías mi General! Respondió el aparecido, despojándose de su sombrero violentamente y arrojándolo a distancia.

— Qué es lo que desea! Siguió el General.

— Pues, supe por mis amigos, que Ud. había ofrecido hacerme añicos! Continuó el joven calmadamente. Estoy a sus órdenes, General. Desearía Ud. batirse con arma de fuego? — O no quedrría hacer uso de su donosa espada? O prefiere la fuerza de sus puños. Estamos solos. Proceda General!

— Es que ... es que ... bueno ... es que era una reunión de la encumbrada sociedad ... y ... y bueno....

— Pero titubea Ud. General? — Tendré al fin que obligarle a que se bata con el vulgar Frías? — No esperó más General! En guardia General, que voy a atacarlo solo con mis manos!

— Ah! ...Qué va a hacer Ud.? — Pero no es posible ... Frías, Frías, por favor!

— Se ha convencido Ud. que no es capaz de enfrentarse a Frías? — Verdad que Frías no es un espantapájaros?

— Sí, sí ... Olvidemos Frías ... Olvidemos ... se lo ruego.

— Muy bien, General, respondió Frías sonriendo. Pero cerremos este negocio como se debe. Su espada mi General!

El General se apresuró a entregar su espada a Frías.

— Su reloj, mi General!

Y el General le entregó su reloj de oro y pedrería.

— Y su monedero, General.

Y el militar sacó su pesado monedero y lo extendió pronto al joven.

— No deseo más General. Ah! Empieza a hacer un poco de frío. Su capa mi General!

No hubo más que hacer. Y el General también entregó a Frías su capa.

— Prosiga Ud. General. Buena suerte General...

Y el General por un lado, y Frías por el otro, desaparecieron en la obscuridad de la noche.

Fría Sorpresa

Al otro día, eran las ocho de la mañana, y el General, no se había levantado todavía de su lecho, en su casa solitaria situada en lo mejor de Quito. El sueño le había sido ingrato en esa noche. Se había ausentado. Y luego aquello del atrevido Frías, le había quitado toda su calma. Es que no era posible que ese mozalbete, ese odiado Frías, le haya dado semejante humillación. Y luego, se divulgaría el incidente muy pronto. Y cómo murmurarían de él, que había sido el hombre victorioso de muchas escaramuzas. Pero cómo evitarlo? El dinero sería inútil para Frías, porque también él era rico. Pero qué vulgar ese Frías! Despojarle hasta del monedero!

En estas y otras cavilaciones, estaba el General. De pronto, alguien golpeó la puerta de su cámara. Quién será? Murmuró el General. Bueno pues! Así sea el diablo! Pase adelante! — Ordenó el General.

Una doméstica entonces, abrió tímidamente la puerta y entró con un gran paquete en sus manos.

— Qué es lo que traes? Y a estas horas? Y sin haberte llamado!

— Lo trajo un muchacho, señor General ... — murmuró la muchacha.

— Acércate! Dame el paquete! Pero este paquete ... y para mí...? Será talvez de ... Pero no puede ser ...

Y aquí este sobre, señor General, que me entregó el muchacho con el paquete ... — Susurró de nuevo la muchacha.

— Tráelo! Y el General rompió furioso el sobre, sacó la esquila y leyó:

General ... De un cobarde como Ud., Frías no quiere nada ...

Y efectivamente, firmaba el mismo Frías. El General, en efecto se quedó frío, cuando abrió el paquete y encontró su capa, su espada, su monedero y su reloj.

LA TRADICION DE LA VIRGEN DE LA NOCHE



Dicen los archivos de un convento de Quito, que esto que vamos a relatar, sucedió hace más de ciento cincuenta años. Lo cierto es que sucedió.

Fue él un joven que, estimulado por sus buenos profesores, se apasionó por la vida de la comunidad religiosa. Por la vida del sacerdote jesuíta. Además, era un especial honor para su familia, que desde luego, era una de las más distinguidas de Quito. Con esta idea, el joven estudió con todo éxito en el Colegio de los Padres Jesuítas. Y posteriormente ingresó al Convento de la misma Orden, con el ferviente an-

helo de ser sacerdote. Concentró sus facultades en el estudio de la teología y materias inherentes. Hasta que vistió el hábito de la Comunidad, habiendo sido sometido a duras pruebas, que convencieron a sus superiores que el camino que había escogido era realmente el de su vocación.

En el transcurso de pocos años, dentro y fuera del convento, se ponderaba el talento de Fray Pablo, que así se llamaba el joven. Sin embargo, de que todavía no había recibido las órdenes sacerdotales, Fray Pablo se había destacado por su convincente oratoria religiosa. Aun se hablaba de conversiones que había conseguido con su palabra que convertía a las gentes más endurecidas en el error. Apenas le faltaban a Fray Pablo, dos escasos meses para tener treinta y tres años de edad. Sus estudios doctorales habían terminado con sorprendente éxito, y pronto debía ordenarse como sacerdote.

Sin embargo, exigente y estricta como era la Comunidad de San Ignacio de Loyola, una tarde, casi entrada la noche, el Padre provincial llamó al salón de la Comunidad a los jóvenes seminaristas, para una conferencia reservada. A la hora exacta estuvieron todos presentes, inclusive Fray Pablo. Y se presentó con especial solemnidad el Padre Provincial, sin más compañía que su breviario.

Era un padre alto, de rostro severo, de más de cuarenta años, robusto erguido, casi atlético. Paróse en el centro del procenio, pausadamente. Apretó entre sus gruesas manos su breviario. Y levantó el rostro al mismo tiempo que acentuaba el ceño, y dijo:

— Hermanos: Antes de hablar con ustedes sobre algo fundamental, invoquemos el nombre de Dios, con fe y con-

fianza. De rodillas, hermanos . . . Y con voz lenta, pronunció:

— Padre nuestro que estás en los cielos, santificado sea Tu nombre. . . Y los estudiantes seminaristas, contestaron con la misma solemnidad:

— El pan nuestro de cada día dánoslo hoy, y perdónanos nuestra deudas, así como nosotros perdonamos a nuestros deudores . . . Amén.

El Padre Provincial, depositó sobre una mesa su breviario, se santiguó y empezó:

— Hermanos: Habéis pasado largos años, estudiando profundamente, para buscar la verdad. Y estoy seguro, de que la habéis encontrado. La verdad en Dios. Y sabéis que Dios todo lo puede. Y habéis experimentado, la bondad infinita de Dios. No hay obstáculos para su Poder. Sin embargo de lo cual, Dios es incomparablemente bueno. Vosotros sabéis como yo, todas estas grandes verdades. Pero hay una verdad que debéis pensarla con toda serenidad. Verdad que debe ser el motivo exclusivo para vuestra reflexión. Para conocer esta verdad, mis buenos hermanos, es la de que sepáis con certeza, si tenéis o no tenéis vocación real para el sacerdocio.

Para ser sacerdote y cumplir sin desmayo, todos los votos que habláis. Sabéis bien, hermanos, que debéis renunciar para siempre, las riquezas y especialmente, hermanos, renunciar al mundo y a la carne. Y concentrar toda su virtud nada más, que para el servicio de Dios y de nuestra santa religión! Debéis pensar, hermanos, que el sacerdote, es el Angel del cielo o ... el tizón del infierno! El sacerdote, mis buenos hermanos, debe serlo por vocación! Todo lo contrario. Es mucho mejor, que os retiréis a tiempo, antes de ser malos sacerdotes, cuando podéis ser hijos ejemplares

de Dios, en otras actividades. Dedicados a la oración, hermanos. Amén.

Después, el Padre Provincial, se postró ante una imagen de la Virgen María, rezó un momento y salió, llevando siempre su breviario en su diestra. Y los religiosos, se santiguaron y salieron profundamente pensativos. Ninguno quiso decir nada, y preferieron el retiro.

Todavía repercutía en las anchas y extensas arcadas del convento de los Padres Jesuítas, el rezo de los santos oficios. Aún había luz en algunas celdas. Pero ya nadie andaba por los corredores. Sin embargo, como una sombra alguien cruzó por uno de ellos. Y se paró cabalmanete, en la puerta de la celda del Padre Provincial.

El Padre aún estaba en oración. De pronto, oyó ligeros golpes en la puerta. Entonces, tranquilamente se levantó, se puso el bonete y murmuró:

— Debe ser él. Le oigamos.

Y abrió una hoja de la puerta. Y asomó el rostro lívido de Fray Pablo.

— Puede recibirme su Reverencia? — Preguntó con gravedad el frayle.

— Pasa Pablo, respondió el Padre. Entra con confianza. Luego cerró la puerta y ofreciendo al fraile una silla, le dijo:

— Te esperaba, Pablo. . .

— Qué me esperaba?

— Sí, Pablo. Te lo explico. Tú sabes que en los largos años de aprendizaje y de prueba para el sacerdocio en este convento, yo he sido el profesor en algunas materias.

— Pero . . . esto, Padre?.

— Pues tiene su importancia, porque en el transcurso de esos años, durante mis enseñanzas, he observado con cuidado, la inspiración vocacional de cada uno de ustedes. Quería saber si realmente, tenían vocación para ser sacerdotes. Y pude cabalmente descubrir que en varios, no había vocación . . .

— Entre ellos estaba yo, Padre

— Sí Pablo. Lo sabía aún antes de que de decidieras a entrar en nuestro seminario. . .

— No hay en esto error, Padre?

— Pues no, Pablo. Recordarás que juntos estudiamos en el colegio. Luego egresaste. Perdiste algún tiempo en tus haciendas. Y al fin tus padres, pidieron tu ingreso en este convento. Nunca hablaste siquiera cuando muchacho, de tu deseo de ser sacerdote. Perdóname, Pablo, que te diga una verdad. Mas antes, te ordeno que me trates como cuando éramos condiscípulos.

— Está bien, Padre Provincial. Está bien, Medardo. Tu lo has dicho. Es la verdad. Sin embargo, quise vencer todo lo negativo y buscar la vocación. Y hacerme sacerdote. Cuánto soñé con esto!

— En mala hora, la vocación no se la busca, ni se la encuentra. Se nace con la vocación. Cada cual nace con vocación para algo. Algo bueno, si se trata de gentes normales. Tú puedes ser muy útil fuera del sacerdocio. No te aflijas, Pablo. Tienes en tu inteligencia, vastísimos recursos para servir a Dios. Y para ser útil a ti mismo y a los demás. De modo que puedes salir confiado. Sólo te ruego que siempre permitas que yo sea tu amigo. Porque es posible que necesites, una voz sincera que te aconseje.

— Estás con la razón, Medardo. Cuánta pena me da esto. ¡Pero es mejor que te lo diga, porque he pensado en el asunto durante largas horas y en muchas ocasiones. Me he

puesto mentalmente, frente a la realidad desnuda de la vida. He pensado serenamente mis cualidades para resistir la tentación, de lo más fuerte que hay en el mundo. La tentación del amor. ¡Y por otro lado, Medardo mío, hermano mío, he pensado lo que tu me has dicho muchas veces, tal vez para que insistamos en nuestras reflexiones, que es inmensamente grande que el sacerdote tome en sus manos la Hostia Sagrada, haga que Cristo esté en ella. Qué felicidad, Medardo! Pero también tiemblo con sólo pensar que no esté suficientemente puro para este acto tan grande. Y antes de ser mal sacerdote, vengo humildemente ante tu presencia, para decirte que no puedo, Medardo ... Pero seguiré fiel a Dios, por otro camino.

El Padre Provincial quedó pensando en silencio, por algunos minutos. Y luego dijo;

— Es preferible eso, mi querido Pablo. Te repito que en el sacerdocio más que en ninguna otra actividad, es indispensable la vocación. Confío con firmeza, en que tú siempre serás fiel a Dios.

— Está bien, Medardo.

— Mañana a esta misma hora, estarás aquí para despedirnos. Pablo. Eres mi hermano en Dios. Y no me obstarás que vele siempre porque le seas leal. Qué Dios te proteja. Pablo. Hasta pronto.

Efectivamente, al otro día, al caer la tarde y cuando la noche empezaba. Pablo fue a despedirse del Padre Provincial. Minutos después, con los ojos rojos por el llanto, dejaba el convento. Y se perdía entre el laberinto del mundo, después de algunos años de haber estudiado en el convento y de haber practicado ejemplarmente las virtudes cristianas.

Días después, hombre de gran talento y de enorme ilustración, como de fáciles y creadoras iniciativas, Pablo estaba colocado en una poderosa empresa comercial. A poco ocupó uno de los más altos empleos de la misma, con rica remuneración. Y como sucede siempre en estos casos, se le presentaron muy a su alcance, los placeres del mundo.

Pablo visitó primero los grandes centros donde se rola con las gentes más adineradas, con las que bebían los licores más finos y costosos. De este modo, fueron frecuentes las ocasiones en que conocía las mujeres más bonitas. Y el dinero era siempre su fiel servidor, que le abría las puertas de donde quería estar.

Y sucedió que embebido en la satisfacción de estas pasiones materiales, Pablo olvidó por completo de sus prácticas religiosas. Ni siquiera le había quedado la costumbre de santiguarse, cuando se levantaba de su cama, por la mañana. Había reemplazado a Dios, por el culto a los placeres.

La noche estaba abrigada. Muchos faroles alumbraban un lujoso salón. En el centro y pendiente del techo, un inmenso colgante compuesto de maravillosas figurillas de cristal finísimo, hacía de mil colores las luces que alumbraban en sus candelabros. El piso del salón estaba cubierto de costosas alfombras, en las que descansaban preciosos muebles de caoba con adornos de oro.

En un rincón de ese lujoso salón, un hombre vivaz más que apuesto y una bellísima mujer, bebían y cambiaban promesas de amor. De pronto, el hombre que precisamente era Pablo, se levantó súbitamente y elevando su copa, invitó a la mujer a que hiciera lo mismo. Luego dijo:

— Bebo, porque en la existencia humana, no hay más poder, que el del hombre con dinero!

Crees tú eso, Pablo? — Observó la mujer con cierta sonrisa de duda.

— Es que crees tú en algo que no sea el hombre por el hombre?

— Pues sí. Inclusive en que todo tu dinero, no será capaz de torcer mi voluntad, ni de mandar en mi voluntad! Así, mi buen Pablo, hoy estaré contigo y mañana me iré a donde guste!

— Cómo dices, imbécil!

— Te equivocas, Pablo! Yo sí creo en Dios, sin embargo de vivir en el fango, porque me ha gustado el lujo y el dinero!

— Dos veces imbécil! ¡Pues yo no creo en nada! Sólo el dinero es capaz de todo. ¡El dinero que es poderoso! El dinero que hace que gentes como tú, se arrastren como víboras. ¡El dinero que hace a los hombres pigmeos e imbéciles, para rendir homenaje a quien muchas veces no merece ni un jarro de agua! El dinero que humilla a las gentes, como a uno le place! El dinero que le hace soñar al hombre, en falsas grandezas! El dinero que sirve para humillar a pueblos enteros, llevándoles a la pobreza. ¡Tú no sabes esto porque estás atada al dinero imbécil! Yo no creo en nada divino! Es tonto, muy tonto creer en Dios ...!

— Pablo ¡No digas eso, por favor! No pronuncies eso, Pablo!

— Era la voz enérgica de un sacerdote que entró violentamente en el salón. Pablo regresó a ver quién le interrumpía de ese modo. Y a él, que no admitía que nadie le replicara. Y sorprendido vio que era su antiguo amigo, el Padre Medardo. Frunció entonces el seño y con gesto despectivo, dijo:

— Eres tú, eres tú ... quién se atreve a interrumpirme? Un fraile que cree en ...

— Pablo! ¡Ten en cuenta que soy sacerdote efectivamente! Pero debajo de esta sotana, hay un hombre! Un hombre que te hará recordar si es preciso a golpes, que tienes todavía inteligencia!

— Pues bien. Repuso Pablo, soltando la copa con el licor que se derramó en la mullida alfombra. Pues bien. Me agrada que me recuerdes que tengo inteligencia. Lo de los golpes, no es conmigo porque también soy hombre fuerte. ¡Retirémonos a esa esquina y hablemos!

Pablo y el Padre Medardo, se retiraron a una esquina del amplio y lujoso salón.

— Pues bien. Qué quieres de mí, Medardo? — Sé ligero!

— Te ofrecí ser siempre tu bien amigo. En efecto. Alguien había que me informaba todos los días sobre el camino que seguías. Y me avisó del peligro en que estabas, por qué habías renegado de Dios ...

— Sí. Y qué? ... Prosigue Medardo.

— Pablo ¡Cállate! En las largas noches que estudiábamos juntos. Y juntos libremente, buscamos la verdad en todas las profundidades de la filosofía. Y siempre, por cualquier camino que nos indicó la inteligencia, encontramos a Dios, en toda su grandeza ... y con una inmensa bondad, capaz de permitirnos hata todo lo malo. Hasta renegar de El. ¡Reflexiona en esta realidad incontenible, Pablo! Es imposible que un hombre de tu inteligencia, se pierda de Dios! La vida es muy fugaz! Y lo único que a la postre quita esa fugacidad al ser humano, es la existencia de Dios! ¡Pablo! Sacúdete. ¡Tú no puedes perderte!

Pablo agachó la cabeza y la puso entre las manos. Y quedó así largo rato. Y al fin, pronunció:

— Inteligencia ... Inteligencia. ¡Pero dime, Medardo ¿Qué es lo que he hecho? ¿Por qué me salvas si estaba a punto de ahogarme? — Pero por qué no busco el remedio que necesito? Inteligencia en mi cerebro!

Se levantó de su asiento violentamente y clamó:

— Pero si somos una piltrafa ante su Poder. ¡Qué horror! ¡Medardo! Renegado yo ¡No puede ser! Medardo, dime por favor, que todavía tengo inteligencia para no caer en eso! ¡Medardo! Por favor déjame ¡Aléjate! ¡Qué quiero reflexionar!

Efectivamente, cuando la noche estaba avanzada, Pablo salió del salón con algún destino. Y el padre Medardo, también se retiró a su convento.

Tras salir apresuradamente del salón, Pablo se encaminó solo hasta la Plaza de San Francisco. Buscó un asiento y allí, después de hondas reflexiones, siguió como autómeta por el pretil. Y ya estuvo frente a la puerta del templo. La puerta estaba abierta y había luz adentro.

— Entraré ... No importa que no haya entrado en los templos por algunos años. Entraré a ver a mi Madre ... Sí. Recuerdo que tenía una Madre buena. Y si está bierto el templo, debe estar esperándome, junto a la pilastra. Voy. Pero ... estará enojada? — No. ¡Ella nunca se enoja!

Y entró resueltamente, Y vio que efectivamente, pegada en la segunda columna de la nave derecha del templo, había pintada sobre la piedra, una imagen de la Virgen con el Niño Dios en sus brazos. Varios cirios encendidos le daban luz. Era una pintura antigua, que en algunas partes pequeñas flanqueaba la pintura. Pero la imagen demostraba una extraordinaria bondad.

Pablo se postró ante ella y le dijo:

— Madre. Madre mía. Te veo pálido y triste... Pero, no estas enojada conmigo? Te veo buena ... como siempre. Ya sabes lo que he cometido? Quieres que te cuente cómo fue? No. No puedo ... Ahora comprendo, madre ¡Soy ingrato! Ingrato! ¡Madre mía ... Madrecita ...!

Y Pablo lloró por largo rato, frente a la imagen de la Virgen. Y su llanto repercutió en las amplias naves del templo, en que nadie había. Después, cuando Pablo se consoló se enjuugo sus copiosas lágrimas, Pablo siguió:

— Bueno, Madre mía, voy ahora mismo a ver a Medardo. Voy a ver al Padre Provincial. Y le conversaré que ya cambié de camino. Puedes estar segura, Madre, que no volveré a asumentarse de Dios. Y mañana, cuando venga a saludarte, traeré a un gran pintor que retoque tu imagen y la deje hermosa. Hasta mañana, Madre ... Hasta mañana...

Y salió Pablo del templo. Luego fue a donde el Padre Provincial de la Compañía de Jesús, el que sin embargo de que era muy denoche, le abrió el convento y le llevó a su celda. Y cuando supo del arrepentimiento de su amigo Pablo, se abrazaron y lloraron juntos de felicidad. Pablo no supo explicar nunca, cómo estuvo abierto el templo de San Francisco, en aquella hora de la noche.

Al otro día, Pablo efectivamente, llevó a uno de los grandes pintores de la época, el que pintó de nuevo la imagen que existe ahora, en la segunda columna de la nave derecha de aquel templo. Es una hermosa imagen de la Virgen, conocida con el nombre de la VIRGEN DE LA NOCHE, a la que se encomiendan y piden su intervención, especialmente los que se han descarriado por la vida de los placeres.



FUNERALES ANTICIPADOS

Uno de los mejores placeres para los quiteños es, el que generosamente concede la tertulia amena, cordial y entusiasta. En efecto, para los quiteños, nada se iguala al placer de reunirse cómodamente en una sala familiar, o en un café escogido y decente, para charlar sobre la política ambiental y sus políticos, los empedernidos, demagogos, los camaleones politiqueros, los funcionarios improvisados, y sobre la falsa democracia de esta hermosa tierra ecuatoriana, y cuando hay un poco más de calma y de buen humor, pues también es un placer muy quiteño citar los excepcionales casos de la ocurrencia o del chiste fino y oportuno, que por diferentes circunstancias brota espontáneo del incomparable ingenio de los hijos de esta noble ciudad que se llama Quito, y que se lo ha bautizado como la sal quiteña. Y ésto sucede cuando menos se piensa. Una tarde, o una mañana, una noche. Al salir de la oficina. Al cruzar una esquina. O al lan-

zar el sacramental "cholito", como la mejor manera de saludar en la quiteñidad.

Así fue efectivamente, cómo una tarde, un viernes por más señas, en tanto las campanas del secular campanario de San Francisco, llamaban a los devotos de Jesús del Gran Poder, me retiraba de la redacción de un centro periodístico, oí una voz agridulce, pero que sin embargo parecía cordial, que decía: a dónde irá mi viejo tan apurado ... V1 que a mi lado, pasaba una chica guapa. Entonces, la voz no podía ser dirigida a ella. Debía ser a mí mismo. Regrese a ver y ... encontré un rostro amistoso, en el que se dibujaba una franca sonrisa, y enseñaba la picardía de un par de ojos que querían ocultarse detrás de unos lentes de aumento. Era nada menos que un quiteño, nacido de veras en un barrio genuinamente quiteño, como el de la Clínica del Seguro. Era pues un quiteño auténtico, sin ninguna duda, dispuesto siempre a la tertulia y a la feliz ocurrencia, para arrancar la espontánea e inmediata carcajada de quien la oye. Era mi doctor Gonzalo Bonilla. Quien podía dudar de su quiteñidad?

— Sabe usted una novedad en contra de su personita?
— me dice jovialmente.

En mi contra? — le respondo sorprendido. No puede ser. Si soy una persona pacífica. Inofensiva.

— Todo puede ser; pero cuando se impresiona el corazón, no hay paz que valga.

— El asunto se agrava. Pero si yo hace mucho tiempo que no tengo corazón ...

Oiga cholito. Esto es algo que no podemos seguir conversando en la calle, por donde pasa tanta gente, Qué le parece si entramos aun café?

— Lo hagamos doctor, pues me intriga lo que Ud. me dice ...

— Y mi doctor amigo, me agarró amistosamente del brazo, y efectivamente nos dirigimos a un café de la Plaza Grande.

Ya va a saber usted un secreto, me dijo mi doctor amigo, adoptando una cara seria y un poco apenada. Me irá a contar algo desagradable? — Será algún cuento de algún otro amigo, en esta tierra de tanta broma? Pero qué será que mi amigo no me suelta del brazo? El asunto debe ser urgente. Y en fin, pensaba yo en tantas cosas, aunque nada me acusaba mi conciencia. En fin pues, era mejor escucharle. Y entramos al café. Un salón grande, donde se respiraba ambiente de buen humor y moderación. Mi amigo garbosamente se quita el sombrero, para colocarlo en un roperito cercano. Se arregla los lentes, y sin abandonar su seriedad, comienza ceremoniosamente su charla.

— Pues mi querido cholito, como amigo que soy, debo contarle esto que no es cualquier cosa. Pero antes, tomamos algo?

— Si, doctor, sólo un café doble.

— Le advierto cholito, que Ud. no debe alarmarse, porque son cosas que suceden en este pícaro mundo. Y sobre todo en esta muy noble y muy leal San Francisco de Quito, donde indudablemente, siguen viviendo los duendes, los aparecidos y una serie de espíritus, demasiado inquietos, que no se cansan de molestar al prójimo.

En ese instante se acerca la muchacha con el café y pregunta: se sirven negro o pintadito?

— Para mí, pintadito. Y para Ud.? —

— Lo mismo, contesto ya muy picado por la curiosidad para sonreirme.

— Pues bien, prosigue mi amigo. En el barrio de la Loma Grande, vivía una familia muy honoralbe. Y muy querida por sus amistades y por los ajenos. Se componía de

Don Manuel el esposo, No le digo el apellido, porque tiene todavía muchos familiares. Y además no hace falta. Era casado con una dama, la que además de sus hijos, tenía un hermano solterón, infaltable en las tertulias de los trasnochadores. Don Manuelito, que le gustaba tratarse bien y tomaba buenos licores, trabajaba en la Compañía de Tránsito, en mala hora desaparecidos de Quito. Y aquí viene la parte trágica. La parte penosa. Pero sírvase tranquilo el cafecito. Ya ve usted que no es nada en su contra? Es que de otro modo, Ud. se me escapa, porque siempre está ocupado según me dice.

Ambos amigos sonreimos y tomamos gruesos sorbos del sabroso café pintado. Y mi amigo sigue:

— Sucedió pues, mi querido cholo, que un día sábado, mi don Manuelito había sido invitado con otros compañeros de trabajo, a la matanza de un puerco gordo en la cercana población de Calderón. Decían pues las malas lenguas, que en esa invitación no sólo había habido la rica fritada con mote, las papas fritas, las empanaditas y tanta cosita sabrosa que se sirve en esos casos, sino que también no había faltado algunas señoritas, que desde luego, eran las que servían los ricos preparados del cerdo sacrificado. Pero esto no lo puedo asegurar, mas sí lo de las fritadas. Con esta invitación coincidió una grave desgracia. Pues mientras don Manuelito, estaba feliz en Calderón, un tranvía perdió los frenos y se precipitó en las turbias aguas del Machángara, fue tan grave, que murieron como sesenta personas y hubo muchos heridos. Fue una desgracia que conmovió a Quito. Recuerdo que fue en el mes de mayo de 1922.

— Y esta desgracia, sucedió efectivamente? pregunté a mi amigo, que comenzaba a sonreír con un modito algo picante.

— Sí, claro que sí. Le digo que fue una tragedia que conmovió a la ciudad. Pero aquí viene lo más grave. Al sa-

ber la señora esposa de la tragedia del tranvía, se puso intranquila y llamó alarmada a su hermano el solterón, para que averiguara si su esposo se había encontrado en ese vehículo, pues debía hacer la inspección. Y este lo hacía, porque había ignorado totalmente de la invitación para su esposo en Calderón. Efectivamente, el hermano asomó mucho más alarmado. Y corrió donde su hermana, embargado de pena.

— Debes tener resignación, le dijo a la compungida esposa.

— Es que ha sucedido algo a mi Manuel?

— Sí, hermana mía. Pero hay que tener ánimo.

— Pero qué es de mi Manuel! Le viste. ¿Está herido?

Qué le ha pasado?

— Pues, está muerto, Le he visto yo mismo ...

— Pero si estaba con terno café! Te fijaste bien ...

— Sí. Era el mismo, con terno café. Aunque no le distinguí bien la cara, porque estaba destrozada. Pero era él, mi querido cuñado. Ya le hice pasar a la Policía para el reconocimiento. Y como el caso es insalvable, contraté también la caja mortuoria, que desde luego es lujosa, porque el traslado debe ser de la mejor calidad. De manera que arregla pronto la sala para el velorio, que voy a traer el cadáver. Cayeró entonces inconsolable la esposa de don Manuelito, en un mar de lágrimas.

El velorio

Hombre tan conocido y estimado como era don Manuel, la gente acudió muy numerosa a dejar constancia de su condolencia. Y había de toda condición social, que hasta lloraban recordando las virtudes y los méritos del difunto. Las tenderas de la vecindad habían cerrado sus tiendas, en señal de duelo. El zapatero de la familia, con su terno ne-

gro, estuvo en el velorio hasta los últimos instantes. El señor Flores, había enviado unas botellitas de mayorca, para los que pasaban la noche. La señora de la tienda de la esquina, al expresar su pesar a la apenada viuda, le abrazó y le dijo: Hoy somos y mañana no somos amamía. Lo siento de veras. El doctor Leoro, uno de los mejores amigos del difunto, igualmente dijo solemnemente: murió en el cumplimiento del deber. Hasta la planchadora de la casa, lloraba al servir unas canelitas a los acompañantes, repetía a cada instante: pero si yo le saludé por la mañana. Y hasta me dijo con cariño: cómo estás mi querida cholita. Y tan bueno como era el señor Manuelito ... Una señora bien trajeada que estaba al lado de la viuda, sin saber cómo manifestar su pena le dijo al oído:

— Pero está linda la caja. El terciopelo es de seda pura ...

— Y la viuda, con la mano en la mejilla, le contestó y le gusta el color?

— Ah! sí, es linda la color. Y con las coronas de flores encima, queda mejor, amamía.

La verdad es que don Manuel, el inolvidable y ejemplar funcionario de la Compañía de Tranvías, el bromista y campechano, fue trasladado al cementerio con un numeroso acompañamiento, en una carroza lujosa halada de seis caballos. Y no faltaron como es de suponerse, las lágrimas de la viuda y de los familiares, que no se conformaban con el desaparecimiento eterno del querido difunto quiteño.

Resurrección

Mientras tanto, el legítimo don Manuel, seguía gozando de la fiesta del puerco gordo en Calderón, rodeado de buenos amigos, y con unos guitarristas que tocaban con maravilla. Nadie de esta tierra linda ignora, que con las sobro-

sas fritas, no faltan las agradables copas de escogido licor. Y don Manuel, con todo este entretenimiento, solo supo de la tragedia del tranvía, al otro día de sucedido. Y de su entierro supo la misma noche, cuando un chagra amigo suyo, le dijo:

— Don Manuelito. Yo vengo de Quito, y no se asuste de lo que voy a decirle, Pero en su casa he visto las cortinas negras de luto. Y yo mismo ví al paso, que usted se había muerto en el tranvía rodado.

— No sea zoquete! Que yo me he muerto? Pero no me ves vivo y coleando?

— Todo puede ser, don Manuelito. Lo cierto es que esta misma mañana le enterraron a Ud. y todas sus familias le lloraban...

— No seas bruto! Que ya me han enterrado? Pero cómo pueden hacer esto! La gente se ha vuelto loca! Y sin esperar más llamó a sus amigos, con los que resolvió cancelar la fiesta, para trasladarse esa misma noche a Quito. Y así lo hizo en un coche que por casualidad, pasaba por Calderón.

Ya en Quito, apenas el coche paró en la puerta de su casa, salto al zaguán y subió las gradas de tres en tres. Y jadeante se presentó en la sala, donde todavía estaban entristecidos los deudos y amistades íntimas. La primera que lo vió fue la viuda, la que se levantó sorprendida y exclamó asustada: Misericordia! Milagro! Milagro! Eres de ésta o de la otra?

— Qué otra, ni que ocho cuartos! Si a la única que quiero es a tí, contestó don Manuelito con indignación. Y siguió: Pero por qué has hecho esto, mala mujer! Por qué me has enterrado sin motivo!

— Créeme que yo no tengo la culpa, Manuelito! Dijo su admirada esposa. Es que encontraron tu cadáver con el terno café.

— Pero eso no podía ser, porque yo estaba en otra parte, cabalmente en una invitación en Calderón!

— Como no, Manuel! Pero si todos los que te vieron me aseguraron que tú eras el muerto.

— Te digo que no, mujer desorientada!

— Sí, Manuel ¡Tu estabas muerto! Mi mismo hermano te vió y lo mismo en la Policía! De todas maneras, tendrás que pagar la caja y los funerales!

— Pero no me ves que estoy frente a tí? Mujer increíble. ¡Vuelve en tí, que estás loca! ¡Tócame que soy yo mismo!

— De veras no? — Tienes razón, Manuelito. Gracias al cielo que estás vivo. . .

Así fue como las penas y las lágrimas del entierro de otro hombre con terno café, que no fue don Manuel, cambiaron por un loco regocijo que duró hasta el otro día, cuando al romper la aurora, todavía se oían las lloriqueantes vihuelas en la casa de Don Manuelito. Y cuando él mismo supo, cómo le habían querido muchos amigos que cumplidamente enviaron sendas ofrendas florales. Igual que otros que pasaron indiferentes y no asistieron a su entierro anticipado. Esto le obligó a rectificar, el cuadro de sus amistades.

Y esto que le cuento, dijo entonces mi amigo, el doctor Gonzalito, es la pura verdad. Y parece que sucede solo en nuestro lindo Quito. Y viva Quito, cholito.



*La tradicional
Plaza Grande y
el monumento
a la Libertad.*

EL SOLITARIO DE LA PLAZA GRANDE

No hay duda de que la Plaza Grande, como generalmente se le llama, es un centro vital para la hermosa ciudad de Quito. Y para sus inquietos habitantes. Durante el día, es el lugar obligado donde los viejos que pretenden entender de política, hacen sus cálculos y augurios, que a veces se cumplen; pero de pura coincidencia. La Plaza Grande, es el lugar más apropiado, más agradable y el preferido para una cita cordial entre amigos. Y en la noche, cuando el ancho pretil de la Catedral con sus hermosas esculturas, y las imponentes cúpulas y campanarios del templo, haciendo contraste con las sólidas columnas del palacio de Gobierno, de estricta arquitectura colonial, y todo lo que hay en ella, forman un maravilloso conjunto de misteriosas siluetas y un campo propicio para los hechos y acontecimientos más intrigantes. O que han estado rodeados de circunstancias de pena, de espanto, de indignación y de miseria Y muchas veces, hasta de sangrienta venganza. La Plaza Grande pues, so-

bre todo en los tiempos idos, ha sido también el escenario de extraños aparecidos, unas veces de este mismo mundo. Y otras de las almas en penas, según dicen viejas tradiciones.

Este relato del que vamos a ocuparnos, corresponde a un ser misterioso que cabalmente apareció en la Plaza Grande. Cuando la ronca campana mayor de las torres de la Catedral Metropolitana, daba las doce de la noche. Y cuando gobernaba el Ecuador el Viejo Luchador, General don Eloy Alfaro, por allá en el año de 1910.

El débil alumbrado de los faroles de las esquinas, favorecía que se formen recovecos y sombras oscuras, que no pocas veces ocultaban desagradables sorpresas. Así era como oculto por una de esas sombras, a las doce de la noche asomaba un hombre tendido en una banca de piedra pegada al atrio. Inmóvil como un muerto, tenía cobijado su cuerpo con un viejo mantón. Y sólo cuando la luna destruía con su plateada luz el tenebroso escondrijo, se podía ver que el hombre tenía el rostro pálido como cera y con nobles facciones. Nadie sabía como asomaba en ese lugar tan extraña figura. Ni sabían tampoco los vecinos quiteños que conocían de tal aparecido, en qué momento de la madrugada desaparecía. Lo cierto es que era el motivo para que los vecinos hilaran asombrosas historietas sobre ese raro solitario de la Plaza Grande. Tampoco se atrevían a acercarse al extraño aparecido, porque aseguraban, que bajo el mantón con que se cobijaba, ocultaba un tremendo puñal con el que hería y aún daba muerte al osado que interrumpía su descanso. Sin embargo, algunos vecinos referían que habían visto que en las noches más oscuras, otros hombres igualmente extraños, se acercaban cautelosamente al solitario y lograban que se incorpore sin saber cómo. Hubo con todo un sacristán de la Catedral, curioso como todos los sacristanes, que no pudo

vencer su curiosidad. Y al fin resolvió oír lo que estos extraños decían. Se puso entonces a aguitar en las noches de conjunción lo que sucedía, escondido entre los grandes sdnornos de piedra del pretil. Y efectivamente, una noche, cuando había más penumbra, la penetrante vista del sacristán descubrió que alguien cruzaba presuroso la Plaza Grande. Luego, se ocultaba en la sombra de los aleros. Y al fin se asomó silenciosamente cerca del hombre solitario. Entonces murmuró apenas:

— Isidro? ... Isidro? ... Duermes?

— No. ya estoy despierto. Eres tu Fernando? —contestó el solitario.

— Sí Isidro. No pude venir pronto, porque estaba ausente.

— Te he extrañado efectivamente, Fernando, porque eres el único en el que confío.

— Puedes aceptarme algo de comer que te traigo?

— Haré un esfuerzo por aceptarte. Porque tú sabes que mi costumbre es no aceptar la conmiseración de nadie ...

— Pero es que en cambio, yo lo hago por sincero aprecio. Acaso no te he dado pruebas?

— Es verdad. Perdóname, Fernando.

— Te traigo además, un poco de dinero ...

— Dinero? Ja, ja, ja! Pero es que tu crees que voy a restar ese dinero a tu familia?

— Te juro Isidro que no es así.

— Cómo lo tuviste entonces?

— Es algo que hemos reunido algunos amigos a quienes pedí su colaboración para hacer una obra de cariño, de cordialidad, nada más.

— Me animo a creerte. Te acepto. Gracias.

Y luego Fernando con timidez, sacó una bolsa de lienzo lleno de plata, que lentamente entregó al aparecido.

Isidro echando sus manos detrás de su cabeza, para recostarse sobre ellas, dijo secamente: ponla por allí, que ya la recogeré. Gracias amigo.

Y es que Isidro asomaba como un personaje extraordinariamente raro, el que sin embargo de su miseria, Fernando no podía obsequiarle nada. Con todo, se adivinaba que estaba resuelto a conseguir algo más de Isidro.

— Mira Isidro, — contestó Fernando. Llevó algún tiempo de que tengo la enorme complacencia de ser tu amigo. Y tienes que convencerte que no tengo más fin que ser tu confidente. Porque el ser humano, no puede vivir indefinidamente abstraído en algún pesar y aislado de todos, así sea voluntariamente.

— Pero si mi mundo es distinto del de los demás, Fernando. Y no es verdad que vivo aislado. Porque tengo excelentes y magníficas compañeras.

— Como quiera que sea, Isidro. Pero yo quisiera ... quisiera ... pues llevarte a un mundo mejor. Un mundo que te devuelva a la sociedad ...

— Que me devuelva a la sociedad? Por qué dices así Fernando?

— Porque tienes talento. Me has dicho pensamientos que sólo puede decirlos un hombre ilustrado. Y vislumbro que hay un secreto en tu vida, que te separó de la sociedad. No eres un hombre vulgar, Fernando. Estoy seguro de esto.

— Precisamente por eso, pertenezco a otro mundo que no es vulgar, Fernando.

— Te contradices, Isidro. Porque es raro que un hombre de tus talentos, se aisle en una vida que te priva hasta de ser útil como ciudadano.

— Pero crees tu. mi querido Fernando, que aquellos hombres que viven en la sociedad con todos los atributos, que tu dices, son útiles como ciudadanos? Te equivocas, Fernando, ¡Te equivocas!

— Pero por lo menos practican el trabajo y así se engrandecen. Por lo menos luchan por su bienestar personal.

— Luchar, Trabajar yo, — En mi mundo no se trabaja mi querido Fernando ¡Pobres aquellos que trabajen, sin meditar que la vida es efímera! Que trabajen los bobos que tienen vehemencia de las riquezas, sin pensar que la vida termina mañana o más pronto! Pobres bobos sin un adarme de reflexión!

— Me extraña Isidro, oírte decir que el trabajo en resumen es locura!

Mírame bien, Fernando. Mira mi rostro, mira mi cara! Tengo la tranquilidad del que no pide jamás ni el más mísero favor a nadie! Sólo, como, cuando la comida es fruto de la caballerosidad sincera! Bebo solo el agua pura, y me saldo de la vulgaridad de perder el equilibrio mental con las bebidas alcohólicas! Y me evado de la ridiculez irreflexiva de sacar humo por las narices como fruto de un vicio torpe! Pues no fumo! Duermo, cuando la noche me invita al descanso. Esta banca de piedra, es mi mejor cama. Y cuando llueve, duermo en la portería de un convento, con la compañía de gentes buenas pintadas en los cuadros de los santos. Y me río a carcajadas de los que trabajan! Y de los que sufren porque no tienen trabajo ¡Ja, ja, ja! Cuántos idiotas tiene este mundo! Me río de tantos bobos que confunden miserablemente los grandes ideales, con los procedimientos más ruines! Y aunque admiro la inteligencia de algunos hombres, aborrezco y odio a los falsos valores! A los improvisados! A los enciclopédicos que sirven para toda función! A todos esos que se encumbran por la más desgraciada suerte de esta parte del mundo! Y me río de su pequeñez! Me río de ellos, porque no son capaces de hacer una sola buena obra, que diga su elevación de espíritu! Ja, ja ja! Pobres enterrados en la más repulsiva mediocridad! Pobre bobos incapaces de entender a las almas grandes! Pobres

hombres impotentes para llevar su alma más allá de la tierra!
Pobres hombres muertos, sin embargo de que todavía *vi-*
ven!

— Isidro! Nunca te he oído hablar así!

— Pero no dices que eres mi confidente? — No quieres
que después de mucho tiempo te diga lo que siento?

— Tienes razón, mi buen Isidro. Hazlo como es tu de-
seó. Pero también escúchame.

— Es verdad. No debo abusar del silencio de la noche.
Cuando quiero que sólo tu, sólo tú, Fernando, oigas el cla-
mor de mi espíritu ...

— Pues bien, mi querido Isidro. Siento enorme consue-
lo y alegría, porque al fin me tienes como amigo, que lo soy
efectivamente.

— Así es, Fernando eres mi único amigo. Y te agradez-
co que me has dejado respirar, encontrando mucho consue-
lo ...

— Y te iba a decir, Isidro. Comprendo que tienes algo
que nunca se marchitó en tu corazón. Por qué no me cuen-
tas, qué hizo que escojas como cama esta dura piedra. Y sea
élla la depositaria de un gran secreto? Dime y no me escon-
das, Isidro! Puede ser que ambos, padezcamos del mismo
dolor ...

— Que tengamos el mismo dolor? Hombre! Cómo se
te ocurre idea tan maravillosa! Ambos padecer del mismo
dolor? O sea que ambos podemos comprendernos?

— Ves Isidro, que es posible esta afinidad de espíritu.
Y esta coincidencia de pesares, ha hecho que encontremos
esta amistad?

— Es posible, Fernando.

— Entonces, cuéntame, Isidro, por qué te convertiste
en el solitario de la Plaza Grande, que luego te contaré lo
que sucedió conmigo.

— Te confieso, Fernando, que durante largos años, he preferido enloquecerme viéndome y sintiéndome voluntariamente en un mundo distinto, en el que no hablo con nadie. Muchas veces, dialogo mejor con las cosas. Con las frutas. Con la misma naturaleza. Y ahora recuerdo que era hasta buen cristiano. De todo eso que era un consuelo, me he olvidado. Me he olvidado de los templos. Y a lo más, conozco sólo de la portería de un convento donde duermo cuando llueve. Pero hay tanta miseria en los seres humanos, que casi siempre les huyo! Mientras más alta es su alcurnia y su posición social, y económica y política, más les huyo y corro de ellos! Me detengo sólo cuando tengo cerca a las gentes humildes, porque no son malas como las otras.

— Pues tienes que contarme entre esas humildes, con corazón sincero. Cuéntame tu historia, Isidro.

— No temes que nos sorprenda la madrugada?

— No Isidro. Y además está todavía lejana.

— Pues bien, Fernando, escúchame.

Y el aparecido se incorporó. Se sentó sobre la banca de piedra. Se acomodó con sus dedos sus largos cabellos, y continuó con solemne gesto:

— Pertenezco a una familia realmente honorable y noble. Pero por la nobleza de sus procedimientos. No noble por títulos llamabos nobiliarios y de sangre azul, que eso me ha sonado siempre como una ridiculez insoportable. Para ser corto, estudié hasta la Universidad. Y no me gradué de abogado sólo por dejadez. Aunque esto te parezca raro; así hay escrúpulos del alma. Alcancé un modesto empleo en un Ministerio. Me dediqué tanto al asunto administrativo que ascendí pronto a Jefe de Sección. Cada Ministro me distinguía siempre por mi dedicación y el constante aporte de mis iniciativas creadoras. Entonces estaba casado, con

una de las hermosas mujeres de esta ciudad. Es la verdad, Fernando. No era rico. Apenas vivía con decencia. Pero era feliz. Tenía dos hijos que eran el tesoro más grande de mi felicidad. Hasta que fue nombrado un Subsecretario

Un Subsecretario, mi buen Fernando, que apenas fue presentado en el Ministerio, hizo un discurso sobre los ideales de reivindicación para los desheredados. Y habló con facilidad, sobre los anhelos de justicia del pueblo, que por fin iban a cumplirse con el nuevo orden político. Casi todos los empleados aplaudieron. Yo estuve entre los que no aplaudieron, porque no era de fácil impresión. Sin embargo, pasaron los días sin mayor novedad. Un día vino a buscarme mi esposa a mi oficina, para consultarme un asunto urgente de hogar. Coincidió que en ese momento entraba el Subsecretario. Le saludé como de costumbre. Pero el muy mentecato quedó mirando insistentemente a mi esposa. Casi enseguida por sus preguntas fue informado por un portero que esa bella mujer era mi esposa. Desde entonces, el Subsecretario me regaló desacostumbradas atenciones. Y luego, con el pretexto de mejorar mi posición económica, me enviaba a frecuentes comisiones lejos de la ciudad, a provincias. Y aprovechó de esta situación para visitar con diferentes pretextos a mi esposa. Ella me tenía al corriente de todo, Pero después se dio a enviarle regalos costosos, que nunca fueron aceptados. Y al fin, mi esposa que tenía la virtud de la dignidad, le rechazó como una verdadera dama. Yo le aplaudí, anunciándole que preferiríamos la muerte antes que manchar el honor de nuestro hogar, antes que legar a nuestros hijos la mancha de la deslealtad conyugal. — Fue éste suficiente pretexto para que el famoso Subsecretario cancele mi nombramiento y deje en la ruina mi hogar. Pero un buen amigo mío, me aconsejó que avisara de la ruindad del Subsecretario al General Alfaro, porque estaba seguro que no soportaría semejante atropello.

Efectivamente, pedí audiencia y al fin pude hablar con el General. Me atendió amablemente, como era su costumbre con todos. Y se indignó terriblemente, cuando le hice saber el motivo por el que el Subsecretario me separó. Llamó a un militar y le ordenó que trajera al instante al Ministro. Me quedé asombrado de semejante orden. En efecto, a poco llegó en el mismo coche presidencial el Ministro. Y se hizo este ligero diálogo:

- Conoce Ud. Ministro a este señor?
- Sí. General. Es el Jefe de la Sección ...
- Por qué fue separado desde hace algunos días?
- Se me dijo que ... había dispuesto indebidamente de apreciable cantidad de dineros del Ministerio.
- Quién le dijo?
- Pues ... pues ...
- Diga sin regateos, Ministro!
- Pues fue el Subsecretario ...
- No hay tales dineros malgastados, Ministro. Sino que el muy tunante se aficionó de la esposa de este señor que es muy hermosa! Cancele inmediatamente al tunante Subsecretario y reponga en el cargo a este padre de familia! No quiero oír ni una sola observación de su parte. Hemos venido para imponer efectivamente la justicia y la honradez en todo sentido. Lleve mi agradecimiento, mi buen Ministro. Adiós.

Y siguió Isidro:

- El General era un hombre realmente grande, mi querido Fernando. Y cuando sentí la satisfacción de que nuestro país tenga efectivamente un gobernante a quien los hombres del pueblo puedan decir sus pesares con confianza, no supe que la desgracia había entrado en mi hogar. Salí de la casa presidencial y corría a la mía. Ya estaba cerca, cuando ví mucha gente en la puerta de calle. Apresuré el paso y al entrar, me dijeron que tenga ánimo para ver lo que iba a

ver. De pocos trancos subí las gradas y ví en el lecho inanimados a mi esposa y a mis hijos. Junto a ellos, dos médicos y una monjita de la caridad, trataban en vano de volverles a la vida. Pero si estaban muertecitos. Fernando! Ya no tenían vida! — No sé lo que pasó. Pero ni siquiera pude arrojarme a besarles. Me quedé frío como una estatua. No vertí ni una lágrima. No hice un sólo gesto de nada. Y sólo después de algunos minutos, entró en mí la desesperación y se me fue el llanto copiosamente. Qué había sucedido? — Pues que en tanto mi esposa regresaba con mis hijos del comercio, un coche halado por unos caballos desbocados, le atropelló con tanta violencia, que les arrojó contra las duras piedras de la calle, dejándoles instantáneamente muertos. Un médico amigo les llevó inmetamente a casa para atenderles, creyendo que sólo estaban heridos. Pero todo fue inútil. — Así terminó mi felicidad, Fernando. Hice un cabal concepto de determinados funcionarios, falsos demócratas, sin profundidad de ideales. Y sin mi esposa y mis hijos, los seres que eran mi misma alma, ya no quise empleos de nada. Y busqué un nuevo mundo que me libre de todas las horribles vulgaridades y miserias de la llamada sociedad. Y huí de lo que llaman civilización. Y así me encontraste en esta banca, mi querido Fernando. Ahora pues, no siento ningún sentimiento influyente. No tengo afectos íntimos. Y espero solo la eternidad.

— Entiendo que te has desahogado. Te agradezco por tu confianza. Pero debemos sacar alguna consecuencia saludable, Isidro.

— Esto que llaman desahogo entre amigos de verdad, es efectivamente una compacencia. Y esto es suficiente Fernando.

— No Isidro. Pues tengo una familia feliz como fue la tuya. Y en verdad, el único dolor que tengo y tenemos con la familia es, tu aislamiento. Tu soledad ...

— No sabes Fernando, que la amiga más leal es la soledad? Tristeza y soledad, son las mejores y más leales amigas que puede encontrar el ser humano! Y esas son precisamente mis hermosas amigas.

— No Isidro. Se aumentaría mi felicidad, si tu vieras a vivir con nosotros, en mi hogar. Porque no es justo que un hombre de tu inteligencia, se pierda en el vacío. Resuélvete Isidro. Te lo ruego por Dios.

— Por Dios? — Por Dios ... Retengo esta palabra después de mucho tiempo, Déjame pensar, Isidro. Y regresa.

Los datos que refirieron este hecho, dicen que el amigo de Isidro regresó varias ocasiones. Hasta que la gente no volvió a ver al Solitario de la Plaza Grande. Y que meses después, se hablaba mucho de la santidad de un hermano del convento de San Francisco de Asís. Y no está prohibido decir, que ese hermano era el Solitario de la Plaza Grande. Que pertenecía a una de las mejores familias de esa época. Y que su nombre propio era, Isidro Michelena.

LA TRADICION DE LA CRUZ DE PIEDRA DE LA MERCED

Antecedentes históricos

Según los valiosos datos recogidos por el Reverendo Padre Mercedario Luis Octavio Proaño, la cruz del atrio de la Merced de Quito, data de mediados del siglo XVII y estuvo en ese lugar hasta el año 1900. Después de permanecer en el atrio durante 244 años, el Gobierno Nacional de 1895 dispuso que sea retirada. La Comunidad Mercedaria así lo hizo en el mes de septiembre de 1900, trasladándola al interior del convento, a un ángulo del patio principal, de donde no se puede moverla por causas técnicas. Pero la Comunidad Mercedaria mantuvo el plausible anhelo de restaurar esa



La Cruz de piedra de La Merced, que se la conserva en un patio del convento, según indica esta tradición.

*La cruz de piedra
que está en el
atrio de la Basílica
de La Merced.*



hermosa cruz, en el mismo lugar donde estuvo por muchos años como dejamos anotado. Y con fecha 12 de abril de 1965, según los indicados datos, la Orden Mercedaria insistió en su petición al I. Municipio de Quito. Y el señor Jaime Mantilla Mata,, Encargado de la Presidencia del Municipio, consiguió la aprobación de que se levante nuevamente en el atrio de la Merced, una cruz como la que antes existía. El doctor Carlos García Velasco, secundado por la Comisión de Ornato, ordenó la hechura especial de la cruz que al fin se hizo realidad, en afirmación de la quiteñidad. Es justo consignar que mucho antes, el doctor Jorge Salvador Lara, de la Sindicatura Municipal en esa época, había presentado al I. Municipio de Quito, un valioso informe sugiriendo como muestra de genuina quiteñidad, la restauración o arreglo de las siete cruces de la calle García Moreno, como también de la del atrio de la Merced. Fue éste posiblemente el origen que inclinó al I. Municipio de Quito a que esta noble ciu-

dad cuente nuevamente entre sus tesoros tradicionales, la hermosa cruz a la que nos referimos.

Las cruces que se levantan en esta hidalga ciudad de San Francisco de Quito, tienen también y sobre todo, un origen sentimental. Su historia esconde algo que es afirmación de la fe de Cristo. La santa cruz de la doctrina de Jesús. Esta parte pues, es la más difícil de descubrirla. Sin embargo, aún existe. Unas veces en los famosos archivos de los conventos. Otras en determinadas familias al contarse de padres a hijos, como si fuera una valiosa herencia. Esta investigación demora generalmente mucho tiempo. Y en alguna rara ocasión, la casualidad le concede la suerte de conocer alguna tradición de la quiteñidad. Esta que vais a leer es pues, la parte sentimental de la TRADICION DE LA CRUZ DE PIEDRA DE LA MERCED

Los protagonistas

La vida sin amor, sería por demás insípida. Lo único que justifica la vida, es el amor. El ser humano sensato, no puede vivir sin amar. La vida sin amor es imposible. El buen gobernante tiene que amar a su pueblo. De otra manera, sería sólo un tirano, La madre sin amor, no merecería el nombre de madre. El buen esposo tiene que amar a su hogar. Sin ésto, sería sólo un hombre vulgar. El hijo que no ama a sus padres, personifica a la ingratitud. La religión es sólo amor. Si se apartara un instante del amor, dejaría de ser religión. Sería un vil engaño. Por esto, la religión católica, se define claramente con el amor al prójimo, sin ninguna excepción. Hay necesidad de este pequeño preámbulo para relatar la Tradición de la Cruz de Piedra de la Merced, que cabalmente es el recuerdo de un dulce amor, rociado de la tirsteza del crepúsculo campesino. Un amor que tuvo un raro fin.

Hay que empezar por ratificar la existencia de los protagonistas, aunque parezca innecesario. Pues don Isidro Dosithe Andrade, según los datos históricos respectivos, vivía en su casa solariega de San Agustín, en esta incomparable ciudad de Quito. Como buen quiteño, era casado. Su esposa era doña Marieta del Carmen Guerra. Ambos procedían de la más noble alcurnia de asiento quiteño. Por esto mismo, tenían una de las hermosas y productivas haciendas de los alrededores de Otavalo. La felicidad de este matrimonio estaba en dos hijos, y sobre todo en una hija que tenía el nombre de Martha, que era excepcionalmente bella. Era esbelta como una palmera. De cutis alabastrino, de cabello de oro. Sus ojos llevaban el azul límpido del cielo quiteño. Cada uno de sus gestos, era una gracia. Y en cada expresión de su voz había una melodía. Era pues esa niña, un tesoro completo. Pero como ese tesoro tenía corazón muy sensible al noble sentimiento del amor sincero, sucedió que Martha escuchó complacida los requerimientos de un vigoroso joven, que aunque no era de rostro hermoso, tenía sin embargo todos los atractivos de un hombre de verdad. No le faltaban las frases galanas para las damas. Su conversación era amena y la impregnaba de curiosidad. Era oportuno para ayudar a los ancianos, a los desvalidos y a los niños. Y como trabajaba en una hacienda de su padre, era robusto y atlético, con el rostro habitualmente quemado por el sol y las manos callosas por las faneas agrícolas. Desde la pila baustimal, le llamaban Edmundo. Amaba tanto a Martha, que no eran pocas las veces que agotaba las flores de la vecindad, para enviarlas a ella con las frases más delicadas y amorosas, que al fin consiguió convencerla. Y una tarde que precisamente cerraba un hermoso día, cuando el sol se había ocultado detrás de la cordillera que circunda a la incomparable ciudad de Quito, Edmundo recibió de manos de una doncella del servicio de Martha, una rosada esquila en la que

le decía que su corazón había latido por él, y que sus padres al fin le habían dado su asentimiento. El joven en desbordante contento, fue también a participar a los suyos esa noticia que le hacía de veras feliz. Y este amor que alcanzó la aprobación de los progenitores de los dos amantes, creció arrullado por las más dulces emociones que exhalaban tan suaves encantos, como el rocío de la mañana primaveral, que acaricia los pétalos frescos, como si fuera lágrimas de perfume y de delicia.

El Jáichima

Eran algunos días que Martha estaba con sus padres en su famosa hacienda de Otavalo, cuando hacía su reinado un verano candente. Había entrado en su plenitud la cosecha de maíz, cuyas robustas plantas se las veía secas en extensas llanadas. Y apenas la aurora anunciaba la venida de un nuevo día, el grito del mayoral dado sucesivamente desde las pequeñas lomas, resonaba en la llanura llamando a la peonada a la cosecha. Y de las humildes casitas de paja, salían los indios huasipungueros llevando consigo los adminículos para esa gran faena de campo. Y apenas el sol se levantaba perezosamente detrás del lejano monte, sinnúmero de campesinos indígenas con sus tradicionales vestidos blancos de lienzo, su rústico sombrero de lana y el costal semanero echado a la espalda. Como también lindas longas o jovencitas indígenas, llevando con donosura la camisa blanca bordada de colores, amarrada la cabeza con el acostumbrado tucuyo, y el típico anacu ceñido al cinto con finísima y vistosa faja. Parábanse cada cual frente a un guacho ordenado por el mayoral y el mayordomo. Y con una asombrosa destreza, los cosechadores rompían con la tipina los cutules y sacaban la robusta mazorca de maíz para depositarla en el semanero que llevaban a la espalda. En tanto el encargado de recoger el

maíz, abría un costal grande para que vaciën en él las mazorcas recogidas y luego cargarlo y depositarlo en la era, de donde se lo transportaba a los graneros y trojes de la hacienda. Esta hermosa faena, que era realmente un precioso cuadro de colorido esencialmente ecuatoriano, se había repetido por más de dos meses. Hasta que quedaba la última gran sementera, en la que las mazorcas de maíz y de morocho eran de extraordinario tamaño y de la mejor calidad reservada como de costumbre a la fiesta del JAICHIMA.

Martha había pedido a Edmundo que asistiera al último día de la cosecha, porque quiso que la belleza del paisaje y la maravillosa policromía costumbrista, sea el marco de una sencilla y permitida escena, en la que recordarían la fecha de su legítima unión ante el altar de la Divina Majestad. Y Edmundo, rebotante de alegría, cabalgando en uno de los mejores caballos de su hacienda, aderezado con la montura de vaquería con estribos de plata, llegó al llano el último día de la cosecha, cuando Martha precisamente jugueteaba en la era con las doradas y robustas mazorcas de maíz rodeada de varias jovencitas indias que reían de las bromas y ocurrencias de su bella patrona.

De un salto Edmundo dejó al caballo y presuroso fue a saludar a su prometida. Y esto sucedía precisamente cuando el sol había abandonado el cenit. Edmundo uniendo su alegría a la de Martha, observaba el fin de la ruidosa cosecha, Numerosos jóvenes indígenas de ambos sexos, gritaron con inusitado contento. Tiraron a los aires los semaneros vacíos. Sin saber de donde, se levantaron infinidad de banderas de diversos colores. Y de todos los pechos, salió un potente grito que repercutió en la llanura: Jaichima! Jaichima! — Era la placentera ceremonia del último día de la cosecha de maíz. Era realmente la fiesta del maíz, y la inolvidable fies-

ta de la chicha de jora, la privilegiada bebida de los dioses de los Quitus. Varios viejos indios de la hacienda, aparecieron con sus tambores hechos con troncos de cabuyo negro. Otros tocaban alborozados los dulces pijuanos de carrizos. Y la peonada rodeó con infinito placer a los dos amantes. De pronto, dos lindas longas se presentaron con una ashanga llena de frutas, de panes finos y de campestres regaloss, que cariñosamente hicieron que la cargara a su tierna patronita.

Al mismo tiempo que robustos jóvenes igualmente indios, hacían lo mismo con Edmundo. Después ambos prometidos montaron a caballo, amarrados con las fajas por las jóvenes indias. Y así les llevaron cruzando los extensos rastros hasta llegar a la casa de la hacienda. Mientras tanto, un viejo indígena acompañado por los rústicos tambores y la música de los pijuanos, dirigía el melancólico canto del Jáichima, tradicional distintivo de la fiesta del maíz. Al llegar a la hacienda, los jóvenes prometidos luego de saludar felices a sus padres, fueron llevados ante dos postes plantados en el patio de la hacienda, a los que les amarraron con las fajas. De allí fueron libertados sólo cuando entregaron a la peonada varias botellas de aguardiente de montaña, según una vieja costumbre. Después los padres de Martha, entre la algarabía de los cosechadores, abrieron la fiesta que comenzaba con el gran banquete de los peones, en una inmensa mesa armada en el patio, en la que se regaban enormes canastas de mote pelado con arvejas, que era precisamente la comida de entrada, antes de servir el chan o caldo de patas de res, y luego la colada de arvejas con carne de puerco y otros platos criollos de antigua costumbre entre los indígenas, en fiestas campesinas como el jáichima. No estaba completo este suculento banquete, si no era interrumpido a porfía por los pilches de la sabrosa chicha de jora, y de vez en cuando por un cachito de aguardiente de las llamadas puntas, destiladas en los alambiques de las montañas cercanas. Terminado este abundante

banquete, se levantaba la mesa improvisada, se limpiaba de estorbos el enorme patio y comenzaba la lidia de los toros. Los peones alentados por el licor, no vacilaban en sacarse los ponchos colorados que usaban, para lanzarse frente a los furiosos animales. Unas veces acertaban en los pases y en demostrar su destreza para evadir las cornadas. Pero no pocas ocasiones, el toro les cogía con los cuernos echándoles por los aires. De estas cogidas por menos salían muy maltratados y a veces se lamentaban casos fatales. Pero en esa ocasión, alguien pidió a Edmundo con su juventud y valentía iniciara la corrida. Edmundo pundonoroso como era, no se dejó repetir la invitación. Pidió un poncho y galantemente ofreció su intervención a su bien amada prometida. Martha con agrado aceptó el ofrecimiento. Edmundo bajó al patio. Y esperó tranquilamente que el toro salga del corral. De pronto, un toro de negrísima piel, salió bufando al enorme patio. Los indios se acomodaron friamente en las barreras que circundaban la plaza improvisada. Los invitados a la fiesta, acompañaban con emoción a los padres de los prometidos. El toro parecía muy bravo y todos quedaron pendientes de la faena del joven. Edmundo salió a provocar con el poncho rojo. Se acercó temerariamente al hocico. El animal le embistió con furia. Pero el joven le hizo un diestro quite. Y otra vez buscó al animal. Y logró otro diestro quite. Y otra vez buscó a la bestia. Y continuó luciendo-se en su faena. El toro volvía más furioso. Edmundo insistió en continuar su exitosa faena. Y se repitieron los escalofriantes pases. El joven iba cansándose. Pero porfiaba en demostrar su valor y destreza. De todas partes de la plaza le gritaban: Basta! Basta! Martha angustiada le gritó también repetidas veces: Edmundo! Edmundo! Deja al toro! Los padres de la joven bajaron al patio para obligar a que Edmundo deje de torear. Pero Edmundo dijo: esto es lo último ... Ya voy ... — Y se preparó jadeante con el poncho.

El toro con más furia, arremetió contra el joven. Edmundo tropezó ligeramente en algo. Y perdió el equilibrio. Y la bestia, metió los cuernos en el cuerpo de Edmundo, el que prácticamente voló por el espacio. Cayó pesadamente en el suelo. Y al intentar levantarse el toro le embistió y le echó bruscamente. Y luego a cornadas le hizo ovillo en el suelo. Todo esto sucedió en increíbles instantes. De modo que cuando los indios y los chagras se arrojaron con sus ponchos y púas para defender al joven era tarde. El animal ahuyentado por los pinchazos y garrotazos que recibía, rompió la barrera y huyó a la llanura. Y el joven quedó yerto en el suelo. Martha fue la primera en socorrerle. Edmundo estaba como muerto. Su respiración era tenue y lenta. Y en diversas partes del cuerpo, tenía anchas y sangrantes heridas. Un médico que por casualidad estaba entre los invitados juzgó reservadamente el caso como fatal. Edmundo no podía escapar de la muerte. Martha que oyó el mortal diagnóstico corrió a su dormitorio. Y frente a una imagen de la Virgen de Mercedes, postróse lloriqueante y compungida de dolor, juntó las manos y le clamó con dolor: Madre de las Mercedes! Salva la vida de Edmundo! Sávale y yo entraré en un convento, para dedicarme toda mi vida a tu servicio y también al de tu santo Hijo! Y volvió donde su moribundo Edmundo. El joven apenas respiraba. Su estado era cada vez mas grave. Armaron, entonces una improvisada camilla y le llevaron a Otavalo, a la casa del mejor médico de esa época. Se pusieron en práctica todos los medios indicados por la ciencia médica. Pero el joven se empeoraba. Martha, no cesaba de rezar en silencio. Y repitiendo su ofrecimiento a la Madre de las Mercedes. Las esperanzas de salvarle la vida, iban acabándose definitivamente. Parecía todo terminado. La muerte del joven era inevitable. Dos días y sus noches se pasaron en esa dolorosa lucha. Lucha para salvar una vida y un amor. Más todo era en vano. Edmundo se enfriaba poco

a poco. Y muy apenas se distinguía el latido de su corazón, Martha entonces, soltó el llanto y acudió corriendo a su dormitorio. Tomó una estampa de la Madre de las Mercedes y regresó donde su agonizante amado. Y sobre su sangrante pecho, pusóle la imagen y murmuró con profunda devoción: Madre mía. Este es también tu hijo. Sálvale Madre, Sálvale! Y yo me entregaré a tu servicio para siempre Madre. Para siempre ...

Y el milagro empezó efectivamente. El corazón del joven tomó nueva vida. Se le oía latir claramente. A poco, el joven se quejó una vez. Minutos después, se quejó otra vez. El médico que le asistía, dijo asombrado: es admirable que vuelva a la vida, si tiene lesiones graves, muy graves ... Este es ni más ni menos que un milagro. Y Edmundo efectivamente, respiró al principio agitadamente. Y luego, con más calma. Hasta que dijo algo. Nadie supo que decía. Le dieron a beber un reconfortante. Pocos minutos después Edmundo abrió por fin los ojos. Era la noche del tercer día. Y había avanzado varias horas. El joven abrió nuevamente los ojos y vacilante buscó a alguien. Martha comprendió y bajó su rostro sobre el pecho de su prometido y le dijo con voz dulce: Soy yo, Edmundo. La Virgen te está curando. Pronto estarás sano.

Edmundo con enorme esfuerzo, movió su diestra y buscó la mano de Martha. Ella la tomó entre las suyas y rebosante de alegría le habló nuevamente. Tengo fe. Pronto estarás bien, Edmundo mío. Es Nuestra Señora de las Mercedes la que te cura.

Y sucedió efectivamente, que Edmundo salvó su vida atendido en su casa por un médico amigo, en la ciudad de Otavalo, Mas todos los que supieron lo acontecido, conve-

nían en que era un verdadero milagro. Largos meses pasaron hasta que Edmundo se repuso por completo. Martha no le había dejado un instante, hasta que dejó la cama y tomó robustez su cuerpo. Y un día, Edmundo movió los brazos y todos los miembros de su organismo. Se sintió de veras robusto. Nada le molestaba. Y ya en su hacienda, montó a caballo. Galopó por largo rato. Cogió después las herramientas para hacer un poco de faena de campo. No le molestaba nada. Estaba sano. El milagro había sido completo.

El ofrecimiento

Una mañana de esas tan comunes en nuestra bendita tierra. Una mañana llena de sol, cuando el cielo de Quito, mostraba su azul asombrosamente limpio Martha tarareaba una canción, en tanto recogía apresurada las flores más más lindas de su hermoso jardín. Y esto pasaba, en tanto los traviesos canarios de varias doradas jaulas, cantaban a la muchacha como si entendieran su contento. Anda muchacha que estás linda! El sol te ha regalado tus dorados cabellos! Tus preciosos ojos, han robado dos pedacitos del cielo quiteño! Y quién no puede confundir tus labios, con los pétalos rojos de las rosas que recoges? — Anda niña! Para quien son tantas flores lindas? — Ve pronto a tu aposento, que Edmundo no demora en llegar! Está más amoroso que nunca! Y saber, — Hoy pedirá alborozado tu mano! Y serás feliz ... muy feliz ... muy feliz.

Y mientras oía que así le decía su conciencia, Martha se apresuraba a llenar de flores su delantal. De pronto, calló su voz. Se apagó en sus labios la canción. Las flores cubiertas todavía del rocío de la mañana, parecían que lloraban. Martha dejó su grata tarea y se dirigió al oratorio de su mansión, donde la Virgen de las Mercedes le esperaba.

Y ya delante, martha sonrió a la imagen. Bajó los floreros en tanto le decía: Ya ves Madre, que voy a cumplir. Estas flores son para tí. Para que me des fuerzas y no flaqueé. Para quién pueden ser? — Soy feliz, porque veo que Edmundo está como antes sano y fuerte. Hazle feliz, Madre, muy feliz... — Y Martha colocó los floreros con flores frescas, en el pequeño altar de la Madre de Dios.

Un instante después, asomaba en la estancia Edmundo con toda gallardía. Iba acompañado de los padres de la muchacha y de los suyos. Don Isidro fue el primero en hablar. Llamó a su hija y le dijo cariñosamente.

— Hija mía. La Madre María hizo que Edmundo recupere completamente su salud. Y alégrate que vamos a fijar el día de tu matrimonio. Edmundo, sus padres y nosotros lo queremos. Todo porque así tu lo quisiste. Verdad que te complaces, hija mía?

Martha entonces, levantando los ojos a la imagen de la Virgen, contesto con calma:

— Padre mío, papacito mío. Recuerdas que era imposible salvar la vida de Edmundo? — Más no fue así, cuando fuí donde nuestra Madre de las Mercedes y le ofrecí dedicarme a su servicio, a cambio de que volviera la salud a Edmundo. Y así fue. La Virgen me oyó, Y ahora, debo ir a un convento de claustro, a servir a Ella, para servir también a Dios.

Edmundo abrió los ojos sorprendido y exclamó: Martha! No puede ser!

— Ese fue mi compromiso para que salvaras tu vida. Edmundo. Porque te amo sinceramente.

— Martha por favor! Reflexiona en lo que haces! le advirtió su madre.

— Don Isidro sólo oía.

— Me matarás de dolor, Martha! siguió Edmundo.

— También yo me morirá de angustia, si faltara a mi ofrecimiento. Piensa con serenidad mi amado Edmundo Nunca de olvidaré y pediré a Dios en toda mi vida, para que te haga feliz..

— No, Martha. No podría olvidarte! Imposible, Martha mía! — Y lloró el joven inconsolablemente.

El santo destino.

Días después, Martha acompañada de su madre, entraba para siempre en un convento de claustro, donde luego de prepararse efectivamente recibió los hábitos de las Hermanas de la Orden Mercedaria. Y nunca más estuvo entre los mortales de su ciudad.

Edmundo pasó largos días entregado a la desesperación. Nadie pudo consolarle en su profunda amargura. Ni siquiera sus mismos padres. El amor que tenía a Martha, le fue imposible borrarlo de su corazón. Hasta que una tarde, que pensaba en los consejos de sus padres, reflexionó maduramente. Y al fin resolvió también entregarse al servicio de nuestra señora de Mercedes. Y fue así que igualmente, ingresó al Convento de la Merced de Quito, donde en el trayecto del tiempo, fue uno de los más famosos predicadores de esa época. Y era fama que sus sermones convertían a muchos pecadores empedernidos.

Un día se levantó la cruz de piedra en el atrio de la Basílica de la Merced. Y como nada queda en tanto secreto, se supo que era el Padre Edmundo, el que había alcanzado que se le permita levantar esa cruz, en recuerdo del amor que le salvó la vida y al fin le hizo un santo sacerdote.

Nota explicativa:

Tucuyo: (quichua) es un pañuelo grande de color
Anacu: la típica falda de lana de las mujeres indígenas.

Tipina: especie de cuchilla hecha de madera dura como la chonta.

Cutul: la camisa de la mazorca seca de maíz.

Pijuano: pingullo.

ELECTROCARDIOGRAMA URGENTE



Condición ineludible para que el progreso de un país siga adelante, mejorando el nivel de vida del pueblo es, reconocer el mérito donde quiera que se lo encuentre. Reconocer el mérito y la virtud, sin admitir jamás ningún antagonismo social, ni religioso, ni político. Y poner al mismo tiempo de relieve esas nobles cualidades, con la más elevada espiritualidad. Y hasta con entusiasmo fraterno. Con esa fraternidad que todo espíritu bueno y sobre todo culto siente, cuando hay algo que justifique la razón esencial de la vida. En el Ecuador, especialmente, tenemos que seguir resueltamente este camino. Porque el egoísmo ha sido precisamente, el que entre otros graves daños que ha hecho, ha desvirtuado la esencia de la política, confundiéndola lamentablemente con la más absurda politiquería. Este espantoso egoísmo, ha sido el que ha cegado las mentes de muchos ecuatorianos distinguidos, para dejar de reflexionar que la política es la ciencia más noble, porque cabalmente enseña

los mejores sistemas para administrar con eficiencia, honra y sabiduría, los intereses públicos en favor exclusivo del pueblo estableciendo el bien común. Es esa ciencia infundible que enseña a ver con precisión, los sufrimientos y necesidades del pueblo; no para tomar estos tristes temas para sobustecer la destructiva demagogia, sino para encontrar con sencillez y modestia soluciones efectivas, que se derivan indudablemente de la justicia social. Y esto, porque la justicia social concebida sin bastardas reservas, construye el único camino para la felicidad de los pueblos, dándole la libertad económica para que sea el mismo hombre, el mismo ciudadano común, el que por su propia iniciativa, resuelva definitivamente sus propios problemas.

Anticipada esta ligera reflexión porque en mi modesta vida profesional de periodista, tuve la oportunidad de comprobar con verdadera complacencia, una de las grandes virtudes de uno de los más destacados políticos de nuestra Patria, combatido cabalmente por algunos de sus opositores, talvez con algún egoismo. Como quiera que sea, lo que pude comprobar en ese distinguido dirigente político, fue su legítimo amor al prójimo. Y esto, sucedió así:

Una buena señora amiga de mi casa, hallábase enferma en el Hospital San Juan de Dios. Para cumplir un deber de amistad, fui a visitarla varias veces. En una de ellas, observé que una señora entrada en edad, morena, ya encanecida la cabeza, vestida de negro pobremente, sentada en una cama cercana, empapaba un pañuelo llorando amargamente. Pregunté entonces a mi amiga, por qué se lamentaba así la señora. Y apenas visiblemente me dijo:

— Pues esa señora está enferma más de un mes en este hospital. Es bastante pobre. Dicen que tiene varios hijos

que pueden ayudarle. Pero no lo hacen por terrible ingratitud. La única que viene a verle es una hija. Pero también muy pobre. Le ayuda de vez en cuando, apenas con unos pocos sures.

— Cuál es entonces su problema? repliqué con alguna impaciencia.

— Pues que la señora, como le digo es muy pobre. Los médicos le xigen con urgencia un electro-cardiograma, sin el cual no pueden operarle. Y la señora, no tiene el dinero que cueste ese electro—cardiograma. Y así sigue agravándose. Eso es todo. Así me explicó mi amiga.

— Me despedí angustiado de mi enferma. En el trayecto iba pensando cómo pudiera remediar esa urgente necesidad. Ni siquiera podía acudir a mi limitada economía porque todavía estaba distante el pago de mi pensión mensual. Pero pasó entre mis sienes una idea, como corriente eléctrica. Había oído a muchas personas serias y honorables, que don Manuel Jijón Caamaño y Flores, hacía frecuentes buenas obras sin más condición que el silencio. Que nadie sepa los auxilios que daba en casos extremos. Que ni siquiera su mano izquierda sepa, lo que hacía la derecha. Y sin perder un instante, inmediatamente, le escribí una sencilla nota indicándole lo que había visto. Y sin más antecedentes, le solicitaba la ayuda que necesitaba la señora del hospital, a quien nunca había conocido. Ni siquiera sabía su apellido. Su nombre lo escuché a una enfermera.

Tenía esperanza de que la carta sería contestada, sin embargo de que jamás había hablado con el señor Jijón Caamaño. Y sucedió así efectivamente.

Al otro día, descansaba en el pequeño jardín de mi modesta residencia. Leía el periódico. Era una mañana llena de sol. De pronto el cartero anunció que tenía carta. Fui

apresurado a recibirla. Algo me anunciaba de bueno el corazón. La abrí. Y salté de júbilo, cuando vi que el caballero me había contestado con verdadera amabilidad. Y junto con la carta, me enviaba una orden para que la enferma interesada, retire del tesorero de su oficina central, la cantidad más que suficiente que la sufrida enferma necesitaba.

Cogí el saco. Me lo puse como pude. Y salí más que ligero al hospital. Era precisamente el Día de la Madre. Y que mejor cosa para esa madrecita, abandonado de sus seres más queridos. Llegué jadeante. Y junto con mi amiga enferma, convenimos la forma más suave para comunicarle la noticia a la señora.

Le llamamos reservadamente al corredor, cuando nadie pasaba. Nos sentamos en una banquita de madera destinada a los enfermos. Una monjita, en un rincón del corredor, comenzaba a distribuir el almuerzo para las distintas secciones. Y nuestra cordial operación, se hizo con sencillez. Le dijimos como le llegaba la ayuda que necesitaba. Y le entregué la orden para que recibiera el dinero solicitado. La señora no pudo contener la emoción. Y lloró copiosamente. Fue inevitable. Nunca pensó que así podría seguir su curación.

Ese mismo día, acompañada de una enfermera, había presentado la orden. Y pudo entonces obtener el electrocardiograma. Después supe que le habían pasado a la sala donde se prepara a las enfermas de operación. Es posible que la señora haya sido operada y salvada por los excelentes cirujanos que hay en ese famoso hospital, merced a la ayuda de quien en silencio comprende lo que es el dolor y la necesidad de los demás.

Posteriormente, pensé en este acto que en verdad da placer al alma. Y resolví narrarlo en este libro de la quiteñidad. Porque también es tradicional, la nobleza de alma de los legítimos y buenos quiteños. Tengo la esperanza, de que quien sin conocerme se dignó atender mi petición para mitigar el dolor de una humilde enferma del Hospital San Juan de Dios, se dinará excusarme que esa buena obra suya, no haya quedado en el silencio, como así lo exige en tales casos.

SUERO ANTIOFIDICO

Fue una aventura extraordinaria, la que sucedió no hace mucho, a dos turistas extranjeros que visitaron el Ecuador, ansiosos de admirar la hermosura de sus paisajes y la asombrosa variedad de sus productos agrícolas. El hecho fue que los ingenieros europeos David Weber y Carlos Brauer, asomaron en Quito, en un día lleno de sol, bien provistos de cámaras fotográficas. Su proyecto turístico era conocer por lo menos de lejos la tierra de los indios aucas, de quienes habían oído y leído espeluznantes escenas. Estaban pues convencidos de la ferocidad implacable de los famosos aucas.

Contrataron un carro cómodo y un día muy por la mañana salieron de Quito, siguiendo por una carretera pavimentada que efectivamente, les enseñó una cadena de admirables paisajes salpicados de raro colorido, dominando el verde oscuro de los prados de las ganaderías, y en el fondo, la imponente presencia de los volcanes y nevados de la cordillera andina. Pero donde llenaron el espíritu de una exuberante naturaleza fue, desde que penetraron en los huertos frutales de la provincia de Tungurahua y luego continuaron hacia la selva oriental y llegaron a la ciudad de Pelileo, desde donde pudieron mirar con asombro, el enorme y rojizo cráter del temido volcán Tungurahua, del que viene precisamente el nombre de esa jurisdicción ecuatoriana. Siguieron el viaje, observando siempre el cambio de paisaje, desde la zona fría hasta la templada y caliente, a medida que iban descendiendo y penetrando en la zona oriental. Pasaron por la atractiva población de Baños, en la que gozaron con

un saludable baño en las aguas termales del lugar y para seguir por el encañonado del terrible río Pastaza, en cuyo trayecto comenzaron a contemplar una naturaleza prodigiosa, digna de los pinceles más hábiles y de los poetas más sensibles a la belleza. Vieron precisamente, paisajes extraordinariamente hermosos, como el de El Manto de la Novia, con una cascada blanca, vaporosa, como bordada de diamantinas puntas, que efectivamente forma con sus aguas un gigantesco manto, que parece que cubre a una invisible y misteriosa novia, para deslizarse suavemente por una enorme y elevada roca. Y luego por un prado cubierto de verdura y de raras flores silvestres, y al fin confundirse en las correntosas aguas del Pastaza.

Las curiosos turistas llegaron a las tres de la tarde a la simpática, aunque pequeña ciudad del Puyo, incrustada con maravilla cabalmente en el comienzo de la selva oriental. Una pequeña ciudad, en cuyo rededor corren numerosos ríos de tranquilas aguas, que riegan de frescor los cañaduzales y milenarios bosques, o rompen la monotonía tropical con el murmullo del torrente. Descansaron en esa población contemplando en los potreros, el robusto ganado vacuno que se hunde en el pasto que crece con exuberancia. O las costumbres de los indios de pacíficas tribus, que visitan el lugar para aprovisionarse de víveres y vestidos. O gozando de las sabrosas comidas con variedad de pescados. Por la noche, pudieron asimismo, observar el poderoso volcán Sangay, que arrojaba infinitas bocanadas de fuego y humo, dando al turista un soberbio espectáculo que instantáneamente, produce diferentes y raras emociones incluyendo el asombro y el miedo y luego, la tranquilizadora reflexión. Al otro día, los dos turistas desayunaron bien y después de proveerse de algunos alimentos, partieron en un jepp por la carretera Puyo—Napo, para cumplir su especial objetivo, de

mirar de lejos el territorio en plena selva, donde habitan los temibles indios aucas. Recorrieron por varias horas ese verdadero paraíso terrenal, una de las más apropiadas sorpresas que el Ecuador tiene para los turistas. Hasta que llegaron a un campamento para trabajadores, junto al cual se podía almorzar en un pequeño salón. El chófer anunció a los turistas que era ese un descanso obligado, porque más adelante no había otro hasta llegar a la población de Tena. Los turistas aceptaron la indicación y efectivamente, almorzaron con excelente apetito sin embargo de que las comidas eran muy propias del lugar. Y como el salón quedaba a pocos metros del caudaloso Río Anzu, los turistas salieron a distraerse en la orilla. Prendieron un cigarrillo, impresionaron algunas fotografías y un pedazo de película, en tanto el chófer les explicaba animadamente los detalles más curiosos de la zona, especialmente de la vida de los indios aucas que moraban a poca distancia de ese río. Les acompañaba también el enfermero de los trabajadores, que por largos años había vivido con los indios. y también el dueño del salón. Habían caminado un largo trecho por la orilla del río, viendo sobre todo las bandadas de loritos que volaban insistentemente entre los gigantescos árboles. De pronto, un potente y alargado grito resonó en la estancia.

— Los aucas! exclamó el enfermero pálido de espanto.

— Los aucas! Huyamos pronto! gritó el salonero.

Y acompañando lo dicho a la acción, corrieron al campamento seguidos por los dos jóvenes turistas que con razón no acertaban cómo asegurarse.

— Hay que protegerse pronto! dijo el chófer sin saber donde meterse. Pero pronto!

Y un nuevo grito desde la otra orilla del río, aumentó el desconcierto de turistas y lugareños y el de varias mujeres que habían estado en el salón.

— Los aucas! volvió a gritar el enfermero, con la cara amarilla de espanto.

— Ahí están! Miren en la otra orilla! indicó desesperado el chófer.

Efectivamente, frente al pequeño campamento al otro lado del río, varios aucas luciendo la robustez de sus cuerpos bronceados y moviendo sus fuertes y rústicas lanzas de chonta, iban de un lado a otro como si quisieran acometer ansiosamente. Uno de ellos gritó varias veces, haciendo señas con los brazos.

Se preparan para el ataque! Hay que asegurarse pronto! gritó el salonero. Y sin perder un instante se precipitaron dentro del campamento por estar construído con madera fuerte. Cerraron la única puerta. La aseguraron con maderas y trancas. Uno de los turistas preguntó:

— Alguién tiene un arma?

— Yo tengo, dijo el salonero. Pero está en el salón. Y ya no hay cómo salir.

— Pero es posible que no nos defendamos por lo menos? — Reclamó el otro de los turistas, que para su felicidad hablaba bien el español.

— Sí. Claro que sí. Aquí cabalmente tenemos herramientas. Muchas herramientas. Hachas y machetes. Aquí hay suficiente! explicó el enfermero medio enloquecido.

— Es que los aucas son más numerosos y no perdonan! murmuró el chófer. No nos queda más que esperar . . .

Pero cuando los sitiados se apresuraban a armarse de hachas y machetes, los gritos de los aucas se repitieron. Y eran al parecer tan amenazantes, que las mujeres se pusieron a rezar devotamente. Los hombres miraron inmediatamente por las rendijas del campamento. El enfermero más que todos. Un indio auca se hizo más visible, plantándose en la

otra orilla del río. Y en alta voz explicó algo. El enfermero como lugareño, puso más atención. Y al fin, ante la sorpresa de todos sonrió.

— Por qué se ríe Ud. le preguntó impaciente uno de los turistas.

Yo entiendo el idioma de los aucas, contestó algo tranquilo el enfermero. Dicen que su jefe, el cacique, está picado de víbora. Y piden de urgencia un remedio porque el jefe está grave. Y yo tengo suero antiofídico. Abramos la puerta. Ya no hay peligro.

— Pero Ud. está seguro de lo que dice? — le preguntó el turista Brauer.

No hay cuidado. El sabe lo que dice porque conoce sus costumbres, aseguró el salonero.

— Abramos la puerta, insistió el chófer.

El enfermero, como si fuera en verdad omnipotente en semejantes circunstancias, arrojó a un lado y con apuro las trancas, y abrió, violentamente la puerta. Luego sacó una toalla para hacer señas y gritó a su vez en el idioma auca, que pasaran la orilla. Y corrió en busca de su botiquín para preparar la aguja de inyecciones, y el suero antiofídico. Y el suero antibiótico.

Efectivamente, como un rayo, los aucas sacaron del follaje una extensa canoa, en la que entraron varios de ellos que llevaron en brazos a otro. Remaron velozmente y llegaron a la orilla donde estaban el enfermero y los demás. Sin dejar un instante sus lanzas de chonta, sacaron a su jefe. Un indio alto y fuerte, amoratado por el veneno de la víbora y casi sin movimiento. Y con gran destreza, le inyectó el suero salvador. Los aucas se veían unos a otros y detuvieron sus miradas en los turistas de rostro blanco y ojos azules.

El chófer notando esta circunstancia, insinuó tranquilamente a los turistas, que no se asusten. Sonríales, les dijo. Y los turistas obedecieron.

Pasaron más de treinta minutos largos como si fueran días. Hasta que el indio cacique, comenzó a reaccionar..

Cambió el color de la piel. Se sobrepuso y se paró. Agradeció al enfermero y le dijo que era amigo de ellos. El enfermero repuso, que era necesario que regrese al otro día, para repetirle la inyección. El robusto jefe auca, volvió a agradecer con gestos y palabras. Y entonces, con sus propios pies y apoyado ligeramente en uno de los suyos, se dirigió a la canoa, que cruzó nuevamente el río y luego, los indios desaparecieron en la selva milenaria, cuando precisamente era muy tarde y se aproximaba la noche. Entonces y sólo entonces, los turistas respiraron a todo pulmón. Extendieron satisfechos los brazos. Y Brauer preguntó al salomero vende Ud, algún licor?

— Si señor. Tengo algunas botellas de chugchuguaso. Es muy bueno.

Era el licor más puro de las cercanas destilerías, compuesto con la corteza de un árbol medicinal que se llama precisamente chugchuguaso. Los turistas sonrieron y pasados algunos minutos, rieron de buena gana. Habían vaciado como agua más de dos botellas con los acompañantes. Y Weber satisfecho dijo: nadie creará cómo tuvimos tanta suerte para conocer tan cerca de nosotros, a los temibles auca. Brauer con más serenidad, preguntó al chófer, podemos regresar inmediatamente al Puyo? — Y el chófer sonriente ya contestó:

Si señor. Claro señor! Claro que sí. Y estaremos en el Puyo después de poco, como para que ustedes duerman como reyes. El susto ya pasó, señor. Ya no hay peligro. Pero vamos señores, para la tranquilidad de ustedes ...



MISTER CHANG

Mister Chang, el simpático títere de estas páginas de quiteñidad, adquirido por su autor, entretiene a su nietito Ricardo Viteri Noboa.

La pobre mujer vivía en un cuartito miserable, junto a la grada de una vetusta casa del barrio de San Roque. Un cuarto donde apenas alcanzaba una cama de tarima, una caja de madera, una pequeña mesa, sobre la que había un reverbero y nada más.

La mujer se llamaba Mariana, Joven todavía, pues sólo tenía treinta años de edad: Y un hijito de ocho años. Segundo Ramón. La pobre madre, muy por la mañana preparaba el agua de panela que ella y su hijito tomaban con un poco de harina de cebada. Ella se iba a lavar ropa de varias casas, pues ese era su trabajo. Y entregaba veinte centavos a su hijo, para que vaya a la escuela fiscal del barrio.

Al llegar la hora del almuerzo, cuando Mariana estaba recién secando la ropa compraba un plato de cualquier comida frugal en alguna fonda pobre de la vecindad. Y seguía

aún con hambre en su dura labor. Y el niño, compraba un banano y pasaba el tiempo en el patio de la escuela, viendo jugar a los demás chicos, en tanto sea la hora de las clases. El no jugaba, porque le faltaba ánimo en su cuerpo. Le faltaban fuerzas. No tenía gusto para jugar. No tenía pues, la alegría que los demás niños sentían. Quién podría creer, que ese niño del pueblo, tenía por almuerzo todos los días de escuela, nada más que un plátano? — Sin embargo esa es hasta ahora la realidad de miles de niños que sufren en la rica tierra donde se produce el mejor banano del mundo: el Ecuador. Un país caudaloso en riquezas naturales, que todavía no son para su pueblo.

La Mariana y su hijo Segundo Ramón, eran pues los inquilinos que vivían en el cuartucho junto a la grada. Ella con su cuerpo delgado y su cara pálida. Y el niño también delgado, pero con una palidez realmente rara, como si siempre estuviera enfermo. Le gustaba estar sólo sentado y viendo inquieto a su rededor, como si tratara de ver en la penumbra. Con mirada vacilante, sin fijarla nunca en ninguna parte. Es que su madre no podía darle de comer más. Lo que ganaba de lavandera, era en verdad muy limitado. Por el cuartucho mismo donde vivía, tenía que pagar cien sucres mensuales, un verdadero capital para ella. Y lo poco que comían y alguna vez adquiriría una prenda vestir, consumía todo lo demás que ganaba. Era un mal sin remedio para la pobre mujer. Y lo que más le atormentaba era la debilidad de su hijo. Era esa falta de alegría natural en los niños. Los vecinos muchas veces, con el corazón tierno propio de las gentes de nuestro pueblo, le brindaban algo de comer al pobrecito. Pero eso no era receta para robustecerlo. Ni para dar a su cuerpo, lo que necesitaba para ser fuerte. Mariana con todo, quería descansar los domingos. Y no iba a lavar. Lo cierto era, que esos días le servían para arreglar la ropa de

ella y de su hijo. Y para sacar las basuras de su cuarto. Sin embargo, por la tarde, descansaba un poco. Y como una costumbre entre las vecinas, se sentaba al borde del patio a conversar con ellas. La tarde de un domingo, una vecina que era la que más le brindaba de comer, al fin se animó a preguntarle a la Mariana:

— Le veo al guagua suyo bastante débil, vecina Mariana.

— Sí, vecinita, le contestó la Mariana. El médico del Hospital San Juan de Dios que le vió, me dijo que tiene anemia y que debo curarle de urgencia. Y me dio una receta de unas cápsulas de vitaminas. Tenía diez sures y fui a comprar la medicina. Y sabe lo que sucedió?

— Que la medicina era muy cara ...

— Eso mismo, vecinita. Apenas valía veinte sures cada cápsula! De dónde sacaba yo pobre tanta plata? Me dolió en lo más hondo del corazón. Me mordí los labios de las iras. Y lloré bastante. Me costé llorando de pena. Y le mal-dije a él.

— A quién? Al papá del guagua?

— Sí. A él que tiene la culpa!

— Y es casada Ud. vecinita?

— Sí. Me casé muy muchacha. Mi mamá influyó para

eso.

— Y vive su marido?

— Claro que sí. Trabaja de Policía.

— Pero por qué se fue de su lado, vecinita?

— Porque son cosas que por desgracia suceden en la vida, vecinita. Era bueno al principio. Me trataba bien. Me decía sólo "mamita". "Mamacita mía" ... Pero había conocido a una mujer labiosa como el diablo, con tres hijos de distintos taitas. Se dejó conquistar torpemente por esa mala mujer, porque así son los hombres. Y ahora, vecinita, vive con élla. Vea Ud. lo que es ese mal hombre?

— Esto mismo le sucede a una comadre mía. Y cuánto tiempo es de esto que me conversa, vecinita?

— Van a ser tres años.

— Pero algo le ha de dar para el guagua.

— Le encuentra rara vez. Y sabe lo que de da, vecina?

Pues a lo más es un sucre. Y esto servirá para alimentar a mi hijo?

— Ay, qué pena vecinita. Más todavía ahora que ya viene la Navidad ...

— Qué Navidad voy a tener yo pobre! El otro año, por casualidad le había encontrado el guagua y le había regalado un bolsita de galletas. Y eso, qué Navidad podía ser para mi hijo?

— Ay, qué pena, vecinita. Ud. debe ponerle una cartita a Jesús del Gran Poder. Sabe? Es milagroso y sabe arreglar estas cosas.

— Si Ud. supiera cómo le pido, vecinita. Todos los viernes voy a llorarle en la Iglesia, para que arregle mi situación. Por qué me casé? — Y por qué me hizo casar mi mamá? Era para toda la vida, vecina mía! Y para luchar los dos hasta la muerte! Pero vea Ud. que es malo mi marido. Ni siquiera tiene pena del guagua, que era vivísimo. Y vea ahora lo que es. Siempre palidito. Siempre triste. Y acordándose todos los días de él. Quisiera más bien morirme para no verle así a mi guagua!

— Tenga fe, vecina, Y verá que le vienen días mejores.

— Así mismo hago, vecina. Pero casi me canso de pedirle al Señor todos los días. ..

Efectivamente, la Navidad iba acercándose. La Mariana había aumentado su trabajo. Lavaba más maletas de ropa, para comprar un juguete a su Segundo Ramón. Y el niño, se animaba en su debilidad, para ir al cuartel de Policía y ver si encontraba a su padre. En el trayecto había visto

en un almacén de juguetes, un lindo títere y soñaba con él. Era un títere de caucho. Un chinito realmente lindo. Era el detective mister Chang, como de las películas. Se le metía los dedos en la cabeza y en las manos del títere, y se le hacía contestar maravillas. Mister conversaba así con los niños. Y Segundo Ramón iba todos los días a ver a su papá, para rogarle que le compre el muñeco. Pero el Policía no asomaba. Estaría en comisión fuera de la ciudad? Las vecinas decían, sin embargo, que se escondía para que el niño no le pida nada.

Un día domingo, cuando faltaba poco para Navidad, el niño fue llorando amargamente donde su madre. Angustiada la buena mujer, le pregunto:

— Por qué lloras, mi hijito? Le encontraste a tu papá?

— No, mamita. No lo encuentro y no puedo comprar el muñeco ... el títere ... mamita ...

— El títere ... Qué títere ... mi hijo?

— Yo ví en un almacén. Es lindo mamita! Mister Chang! Se le hace hablar lo que se quiere. Yo le hiciera hablar, para que Ud. oiga, mamacita ...

— Pero ese juguete debe ser caro, mi hijito.

— No es muy grande, mamacita. Mi papá puede comprarlo. Pero no lo encuentro. . .

— Pues bien, mi hijito. Le vas a rezar al Niño Jesús. Y verás que te dá el muñeco. Cómo dices que se llama!

— No es muñeco. Es títere y se llama, Mister Ghang.

— Tengo que buscarle a mi papá ...

Y el niño sacando fuerzas de su debilidad iba todos los días a buscar a su papá, cerca del cuarte de Policía. Pero siempre regresaba angustiado porque no lo encontraba. Una tarde, la vecina más compadecida, le averiguó a la Mariana por qué lloraba tanto Segundo Ramón. La Mariana le indicó que el niño había visto en un almacén a un títere y quería tenerlo. Pero que élla no podía comprarlo, porque no

le pagaban todavía de su lavado de ropa. La buena vecina entonces, llamó al niño y entregándole un billete de a diez sucres, le dijo: te doy estito, para que ayudes. Pero ya verás que el Niño Jesús te dará el juguete.

El niño saltó de gusto. Su madre le abrazó y vibró también de contento y de esperanza. Pero al besar al niño en la carita, le pareció que tenía temperatura. Sin embargo, dudaba y le dejó.

El niño ajustando el billete de diez sucres en su mano, pidió a su madre que le acompañara al almacén para que viera el juguete. Insistió tanto, que al fin accedió. Tomó al niño de la mano y ambos fueron al almacén. El niño sonreía de contento y de emoción, como si iba efectivamente a tener el títere. Procuró caminar pronto y al fin llegaron al almacén. Y entre risas y felicidad, el niño enseñó a su madre que en la vitrina, en una cajita de cartón, estaba efectivamente el deseado Mister Chang.

— Ahí está, mamita! Véale. ¡Ahí está mister Chang! exclamó el niño. Y sin poder detener su emoción, el niño lloró de esperanza. La madre entró al almacén a preguntar el precio del títere. Y el niño continuaba enseñando al juguete y repitiendo: ahí está mister Chang, mamacita ... Mister Chang ... No me ves? — Y sin poder alcanzarlo, volvió a mirar.

Mariana conmovida, preguntó a una señorita empleada del almacén, cuánto valía el títere. Le respondió que cuarenta sucres. La madre volvió a sentir un puñal en su corazón, porque ese dinero no tenía.

La señorita apenada porque el niño continuaba lloriqueando, pregunto a la mujer:

— Por qué llora el niño?

— Pues porque quiere que le compre ese títere. Y no puedo porque para mí es caro. Y todavía no me pagan de lo que lavo ropa. Cuarenta sucres, es bastante, señorita ...

— Ah! Qué pena! Pobrecito ... Y saliendo detrás del mostrador, acarició al niño y le dijo:

— Mira peladito. Quieres a mister Chang? Sí?

— Si señorita, murmuró el niño. Pero mi mamacita no tiene la plata. Yo tengo sólo diez sucres. Aquí tengo. Ve?

Y como no todos tienen corazón de avaro, la señorita continuó:

Espera un ratito. No te muevas. Voy a ver si hago algo con mis compañeras para ayudarte.

Y efectivamente, la buena señorita, habló bajito con otra compañera y al fin se pusieron de acuerdo con las otras dos y la cajera. Y acudió a hablar nuevamente con Mariana.

— Mire, señora. Vamos a darle lo que le falta con mis compañeras. Pero el niño irá llevándose a mister Chang.

Luego la señorita, feliz por lo que había hecho fue donde el dueño del almacén que vigilaba cerca, un gringuito con no tan buena cara, pero de buen corazón, y le dijo: mire señor, queremos que nos anote treinta sucres a las cuatro.

— Para qué? Necesitan algo urgente para que me hagan este pedido algo extraño?

— Sí señor. Es que a este niño que es pobrecito, como le ve, le faltan treinta sucres para llevarse el títere ése. La mamá tampoco tiene la plata. Y no es justo que el niño pase Navidad sin cumplir su ilusión. Verdad, señor?

— Pues claro, contestó el gringuito con media sonrisa. Entregue el títere al niño. Y no hay ningún anticipo, porque le regalamos. Está bien?

Las señoritas empleadas agradecieron al gentil dueño. Y llenas de contento entregaron a Segundo Ramón el soñado mister Chang.

Mariana tomó en sus manos al muñeco y roja de felicidad, murmuró: mister Chang ... Ud. es mister Chang? El de mi hijo ... Y no pudo seguir más porque le vencieron las lágrimas. Entregó el títere a su hijo, que le estrechó contra su pecho con inmensa alegría. Y salieron del almacén llenos de dicha.

Segundo Ramón, al fin tuvo en sus manos a mister Chang. El niño metía su manito en la cabeza del títere y se daba modos para mover con sus pequeños dedos, las manos del muñeco. Conversaba con él. Le hacía preguntas sin descanso. Y el niño, figurando la voz del muñeco, también le hacía contestar.

— Mister Chang? Le quieres a mi mamacita? Y el títere moviendo afirmativamente la cabeza y las manos, decía que sí. Y el niño seguía con las preguntas.

— Mister Chang. Vendrá en Navidad mi papacito? Y el muñeco movido por el niño, contestaba asimismo que sí.

— Y ya no se irá de donde mi mamacita? Y el títere moviendo las manos, decía que no.

— Ha visto mamacita. lo que dice mister Chang, siguió el niño.

Sí le estoy oyendo, respondió Mariana. Parece que es bueno mister Chang. Que Dios le oiga mi hijito.

Y la mujer al fin pudo también sonreír. Y gozaba al ver que su hijo habitualmente pálido y triste, sonreía y se entretenía con el simpático títere. Y se entusiasmaba pensando en el regreso de su papá al hogar. Todo esto sucedía cuando precisamente faltaba un día para Navidad.

Pero algo grave contrariaba la tranquilidad de Mariana. Su hijito, sin embargo de tener el ansiado juguete, y estar aparentemente contento, seguía con más temperatura. En la noche ardía en calentura. A cada instante se despertaba

y soñaba con mister Chang. Y con su papá. Mariana vio la urgencia del médico. Al otro día arrojó al niño y le llevó al hospital. El médico le examinó y algo alarmado indicó:

— Mire, buena señora. El niño está vencido por la anemia. Voy a recetarle algo que quizás le haga reaccionar.

— Pero costará mucho el remedio, doctor? preguntó angustiada la mujer.

— En mala hora sí. Pero por esta vez, voy a darle de mi muestrario gratis. Ojalá no suceda nada fatal.

Efectivamente, el médico entregó las medicinas a la mujer, que regresó a su cuarto con el corazón destrozado de dolor.

Llegó. El niño no tenía ánimo para nada. Quiso sólo sentarse. Y se acostó, siempre junto a su títere. Sonreía sin embargo, pero no quiso tomar la medicina. Todo lo que le dijo su madre para que la tome, fue en vano. Apenas tomó unos bocados de caldo en todo en día. Y al caer la tarde, el niño entró en letargo. En tanto afuera, los demás niños, se preparaban a celebrar la noche buena. La noche de Navidad

— Vecina. Le veo al niño bastante mal. Qué tiene? —le dijo la vecina más amiga de Mariana.

— El médico me dijo esta mañana, que está vencido por la anemia. Me dio este fallo fatal, vecina.

— Pero entonces, debe avisarle al papá que por lo menos sepa que su hijo está grave.

— Pero con quien le dejo a mi hijito, si a cada instante se despierta, sonrío y dice que me acerque a su cama. Luego le sonrío al títere. Pregunta por el papá. Y sólo así se queda como dormido.

— Pero con todo, el hombre debe saber. Espere que voy al mercado y ligerito me doy un salto al cuartel y le aviso. Es que el hombre debe ser racional, vecina!

— Gracias vecinita. Le ruego lo haga. Quizás viéndole al papá, el niño reaccione.

— Me voy ahorita mismo, vecinita.

La noche había llegado. Y Segundo Ramón estaba más mal. Casi no abría los ojos. Su madre se acercaba a cada instante y le preguntaba con honda amargura:

— Qué te duele, hijo mío?

— Nada, mamacita, contestaba el niño, buscando saliva para sus secos labios.

— Quieres tomar alguna cosita?

— No tengo hambre, mamacita. Está aquí mister Chang? Va a venir el Niño Jesús, mamacita?

— Sí, mi hijito. Ya viene y te vas a sanar.

— Le traerá a papacito?

— Sí, hijito mío.

— Aquí está mister Chang?

— Sí. Aquí está junto a tí. Le ves?

— Ah! Sí.

Y el niño haciendo mucho esfuerzo, tomaba en sus manos el muñeco y le preguntaba: Mister Chang, ya viene mi papacito? Porque al Niño Jesús ya le veo que está allá jugando.

Y el títere movido apenas por el niño, decía con la cabeza que sí.

Mariana rezaba. De vez en cuando entraban las vecinas. Le veían al niño y lloraban. Es que ya se moría. De pronto el niño aumentó su palidez y se quedó inmóvil. Una vecina que le observaba con pena dijo:

— Vecina Mariana! El niño parece que se muere!

Mariana dejó el reverbero donde hacía una agua de remedio y se volvió donde estaba su hijito.

— Hijito, Segundito! Amorcito Mío! Segundito! clamó adolorida la pobre mujer. Y continuó con llanto: mi hijo se muere! Dios mío, no me quiete a mi hijito!

Pero el niño no despertaba. De pronto entró en el cuarto un hombre de uniforme de Policía. Se sacó el cas-

co y fue presuroso donde Mariana y le preguntó:

— Qué le sucede a nuestro hijo, Mariana?

— Se muere, Ramón ...

— Pero qué le ha dado? Dime, hija!

— Anemia, Ramón, anemia. No ves que no comía lo que necesitaba? Con qué plata podía yo comprarle los alimentos indispensables?

Por la cara del Policía rodó una lágrima. Y acercándose a su hijo, le llamó:

— Segundito! Estoy junto a tí soy tu papá! Hijito ...!

Abre los ojos ... Me ves, Segundito?

— Se vió entonces que el niño, como volviendo de lejos, comenzó a moverse apenas. Lentamente abrió los ojos. Y al fin murmuró:

— Papacito ... Papacito ... El Niño Jesús me dijo que ya venía Ud. Le ve allá? Está jugando con los demás niños. Le ve?... Sí, allá ...

— Sí, mi hijito. Ya estoy aquí. Vas a sanarte, Segundito. Te traigo unas lindas cositas ...

— Mister Chang está aquí? preguntó con esfuerzo el niño.

— Sí, mi hijito, dijo Mariana.

— Papacito ve a mister Chang? Ay! No le puedo coger. Hágle hablar, papacito ...

El niño quería incorporarse para recibir a su papá. Pero le faltaban energías. Y caía nuevamente en la cama.

— Ya ves, Segundito. Le tengo en mis manos a mister Chang.

— Mister Chang: Está aquí con mi mamacita y mi papacito? seguía diciendo con esfuerzo el niño.

— Y el Policía, moviendo al títere como su esposa le indicaba, le hizo contestar.

— Sí, Segundito. Ya está tu papá con tu mamá.

— Y ya no se irá más de donde mi mamacita? preguntó nuevamente el niño al mister Chang manejado por el Policía.

El Policía vaciló un instante. Pero al fin, hizo que conteste el muñeco:

— Sí, Segundito. Ya no se irá más, para estar junto a tí y con tu mamá ...

— Mister Chang, estarás con mi papacito para que no se vaya?

— Sí. aquí estaré con tu papá y tu mamá ...

— No, mister Chang ... Esta vez no te dejaré, para que me acompañes con el Niño Jesús. Le ves que nos está esperando, mister Chang? Quiero tocarte ... mister Chan ...

— Aquí está. Aquí lo tienes a mister Chang, Segundito Le sientes? dijo lloriqueando el Policía.

— Sí. Aquí mister Chang ... Vamos mister Chang ... Papacito ... mamacita ... Nos con el Niño Jesús. Dame la mano mister Chang ...

Y el niño apretó entre sus manitos al simpático títere. Se hizo más pálido. Y murió. En tanto afuera, sonaban los pitos. Reventaban torpedos. Y las gentes reían a carcajadas. La algarabía se extendía por todas partes. Los salones estaban llenos de alegres clientes. En los hogares brillaban los farolitos de colores, que adornaban los árboles de Navidad. Y los nacimientos del Niño Jesús. Era la noche buena. La noche esperada con vehemencia por los niños. Pero para muchos, era la noche cargada de infinita tristeza. Tristeza muy amarga para los niños pobres. Por qué habrá todavía en esta tierra, la palabra pobreza? Pobreza, que es sinónimo de humillación y de injusticia.

En el pobre cuarto de Mariana, había duelo. Los vecinos lloraban. De rodillas junto al lecho de Segundito Ramón, el Policía y Mariana, rezaban al Niño Jesús. Y trata-

ban en vano de enjugar el llanto. Al fin se paró el Policía. Se puso el casco y frunciendo el ceño, dijo:

— Marianita. Voy a comprar la cajita para velar al niño. Pero antes, junto al cadáver de mi hijo único, juro que no te abandonaré nunca más. Perdóname, Marianita.

Y el Policía, efectivamente, se hizo esposo leal, noble y cumplido. Y como algo que inspiraba recuerdo de profundo cariño, guarda en un cofre de nogal, a mister Chang de su hijo Segundo Ramón.

PARA ELLOS



El Autor

Desde la ventana de mi cuarto de scritto, y a través de las ramas de un bondadoso claudio, que nunca deja de ofrecerme sus hojas, sus flores y sus frutos, miro con fruición cuando abajo en el jardín se mueven y ríen y juegan mis hijos ya jóvenes. Sus voces, sus gritos y sus juegos, repercuten en mi alma como inmenso placer.

Y es una dulce algarabía cuando ellos que son pedazo de mi corazón, también gozan y se divierten con la gracia de sus tiernos pimpollos.

Es la unidad de la familia que se abre con un torrente de alegría, y de incomparables emociones. Como se abren los pétalos frescos de un rosal, mojado de perfumado rocío y animado por el aire primaveral de nuestra hermosa tierra.

Es esa unidad de familia, vigorizada por la lealtad mútua de los padres y la sumisión cariñosa de los hijos. El padre y la madre, unidos por el amor espiritualista, bendecidos por Dios. El amor que engendra seres virtuosos, que cumplen la misión inalterable de hacer siempre el bien. El hogar que comienza con el esposo y la esposa unidos por un ideal divino. Y que termina asimismo, sin dar a los hijos ni un padre extraño, ni una madre que no es ella. Y sin ser abandonados por ninguno de los padres legítimos. El hogar con los esposos siempre juntos, para ver a los hijos y saborear de su felicidad. A veces sufrir hasta el llanto. Y otras, vivir profundamente las alegrías sobre todo del amor filial. Y al fin, cuando la existencia camina impertérrita hacia el término de su destino, verse los esposos rodeados de la familia como la mejor compensación a los duros avatares de la vida.

Los hijos. Mis hijos. Los de mi esposa. Hijos de los dos. Hijos inspirados de tristeza. Ellos que sufren con el dolor ajeno. Y sienten,

ansias de restañarlo. Ellos que se alegran íntimamente del bien de los otros. Ellos, que son amasados de tristeza, porque saben que la tristeza es la virtud más grande de la humanidad. Tristeza sin la cual jamás existieran los más hermosos sentimientos. Tristeza, sin la cual Jesús no hubiera ido al huerto de Jetsemaní, para clamar al Padre el perdón de los que le ofendemos. Tristeza tan grandiosa, sin la cual Cristo Jesús no hubiera ido al sacrificio de la cruz, para salvar a la humanidad. Así son los hijos. Y así seguirán por el camino que Dios les ha señalado. Son mis hijos que llevan en su alma, la abnegación tierna que les dió su buena madre, en la misma leche de sus senos, para que siempre sean leales a Dios y a su Patria. Madre que jamás midió sacrificios, para que crezcan sanos de cuerpo y de alma, y puedan asimilar felicidad. Madre que siempre les dió ejemplo de dignidad. Sin la más leve mancha en su honor ni en su nombre.

A mi esposa y a mis hijos, dedico con profundo y respetuoso amor, estas humildes páginas de quiteñidad.

Guillermo Noboa



Doña Matilde
Molina de Noboa,
Madre que
siempre les dió
ejemplo de dignidad ...



Mis hijos Guillermina María, Guillermo Alfonso, Fabiola Elena,
Edmundo Dositeo y Martha Beatriz (de izq. a der.).

